BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXCIV

HISTORIA

DEL

IMPERIO ROMANO

DESDE EL AÑO 350 AL 378 DE LA ERA CRISTIANA

ESCRITA EN LATÍN POR

AMMIANO MARCELINO

VERTIDA AL CASTELLANO POR

F. NORBERTO CASTILLA

TOMO II



MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11.

1896

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferraz, 13.

LIBRO XXIV

—

Juliano entra con su ejército en Asiría y prende fuego al fuerte de Anatho, cerca del Eufrates, que se le rindió.—Deja á un lado algunas otras plazas y quema las abandonadas: Pirisabora, que se rinde, es incendiada.—Promete cien denarios de recompensa á cada soldado, recibiendo todos con desdén tan pobre donativo.—Con noble y enérgico lenguaje les trae á la razón.—Los romanos sitian la ciudad de Moagamalca y la destruyen.—Toman é incendían otra plaza bien defendida por su posición y fortificaciones.—Después de un combate en que destrozó Juliano dos mil quinientos Persas sin perder más que sesenta de los suyos, arenga á sus soldados y les distribuye numerosas coronas.—Renuncia á sitiar á Ctesifonte: manda imprudentemente incendiar su flota y cesa de seguir la orilla del río.—Viendo que no puede construir puente ni contar con la reunión del resto de sus fuerzas, se decide á retirarse por la Corduena.

Tranquilo acerca de las buenas disposiciones del ejército, penetrado de singular ardor, y que, según costumbre, juraba por Dios que su querido príncipe era invencible, creyó Juliano llegado el momento de acometer las grandes empresas. Después de una noche dedicada al descanso, hizo dar la señal de marcha al amanecer, y entró con el día en Asiría, habiéndolo dispuesto todo de antemano para vencer las dificultades de la marcha. Veíasele, encendida la mirada, correr á caballo de fila en fila, dando á todos ejemplo de ardimiento y valor. Carecía del conocimiento del terreno, y, como el enemigo podía aprovecharse de ello para tenderle asechan-

zas, desde el principio, como general aleccionado por la experiencia, hizo que se adoptase el orden de marcha por cuadros. Ante todo había enviado por el frente y flancos mil quinientos exploradores, para reconocer el terreno y evitar toda sorpresa; y permaneciendo él mismo en el centro con la infantería, que formaba la fuerza principal del ejército, mandó á Nevita que costease el Eufrates á su derecha con algunas legiones. Por la izquierda, la caballería, á las órdenes de Arintheo y Hormisdas, marchaba en masas compactas por terreno llano. Degalaifo y Víctor mandaban la retaguardia, cerrando la marcha Secundino, duque de Osdruena. En fin, para aumentar el ejército á los ojos del enemigo y herir su imaginación con la idea de fuerzas superiores, cuidó de separar las huestes y las filas de modo que la columna ocupaba cerca de diez millas de terreno entre el frente de marcha y las últimas filas; maniobra muy frecuente y hábilmente empleada por Pirro, rey de Epiro, el más hábil de los generales en el arte de sacar partido del terreno, en extender ó estrechar su orden de batalla, y multiplicar á la vista ó disminuir sus fuerzas según la necesidad. Llenaron los espacios entre los cuerpos los bagajes, los criados y todo cuanto un ejército arrastra consigo, y que, dejado atrás, puede ser arrebatado por un golpe de mano. La flota, á pesar de los recodos del río, tuvo que marchar á la par y mantenerse constantemente á nivel nuestro.

Después de dos días de marcha llegamos á la ciudad de Duras, en las orillas del río, hallándola desierta. En las inmediaciones encontramos numerosos rebaños de ciervos, de los que derribamos á flechazos y también á golpes de remo los bastantes para alimentar al ejército. El resto, gracias á su velocidad de natación, cruzó el río y se refugió en sus soledades, sin que pudiésemos impedirlo.

En seguida hicimos cuatro jornadas cortas; y en la tarde de la tercera el conde Luciliano recibió orden de tomar mil hombres armados á la ligera y llevarlos en las barcas para apoderarse del fuerte de Anatho, situado, como casi todos los del país, en una isla del Eufrates. Las barcas se pusieron alrededor del fuerte, ocultas por la obscuridad de la noche; pero á las primeras luces del día, un habitante que salía á tomar agua comenzó á gritar al ver á los nuestros, y dió la alarma á la guarnición. Juliano, que estaba observando desde una altura, pasó entonces el brazo del río con dos naves de refuerzo, siguiéndole otras muchas que llevaban máquinas de sitio. Pero cuando llegó bajo las murallas, considerando que un ataque á viva fuerza ofrecía muchos peligros, quiso ensayar primeramente con los sitiados el efecto de las promesas y amenazas. Pidieron éstos entenderse con Hormisdas, que consiguió impresionarles, garantizando la blandura con que se les trataría; viniendo todos á someterse, precedidos por un buey coronado (1), que en este pueblo es emblema de intenciones pacíficas. Evacuado el fuerte, en el acto quedó reducido á cenizas; y su comandante Puseo obtuvo por recompensa el tribunado, y más adelante el ducado de Egipto. Al resto de los habitantes les trataron humanitariamente, trasladándoles con sus bienes á Calcis, en Siria. En el número se encontraba un soldado romano que formó parte de la expedición de Galerio, y que había quedado enfermo. Siguiendo la costumbre del país, había tomado muchas mujeres, convirtiéndose en tronco de numerosa familia. Cuando le abandonaron, decía, apenas tenía edad para que le apuntase la barba y le encontramos con el aspecto de viejo decrépito. La

(1) Créese que esta costumbre era común en Persia y en Siria. Zósimo habla de la procesión del buey coronado cuando se rindió la ciudad de Palmira al ejército de Aureliano.

rendición de la plaza, á la que se creía había contribuído, le colmaba de alegría, tomando por testigos á diferentes personas de haber predicho siempre que moriría teniendo cerca de cien años y que se le sepultaría en tierra romana. Poco tiempo después llegaron exploradores sarracenos á presentar prisioneros al Emperador, que mostró profundo regocijo, y, para alentarles á continuar, les hizo muchos regalos.

Un accidente muy desagradable ocurrió al siguiente día. Impetuoso viento que se alzaba en torbellinos derribó todas nuestras tiendas, rasgando muchas de ellas. Con tanta violencia soplaba, que los soldados no podían tenerse en pie, cayendo muchos al suelo. Aquel mismo día nos ocurrió casi un desastre. Desbordando repentinamente el río, sumergió muchas barcas nuestras cargadas de grano. Diques de piedras construídos para contener las aguas y distribuirlas después por canales de riego habían sido arrastrados, sin que nunca se haya podido saber si aquello aconteció por mano de los hombres ó solamente por la fuerza de la corriente.

Habíamos tomado é incendiado la única fortaleza enemiga que habíamos visto delante de nosotros, y trasladado á otro paraje á sus defensores cautivos. La confianza del ejército había aumentado, proclamando en alta voz su entusiasmo por un príncipe que consideraba elegido por la bondad divina. Pero no había disminuído la prudencia de éste; sentíase en país desconocido y sabía que trataba con el enemigo más insaciable y fecundo en estratagemas. En tanto se le veía en el frente, en tanto á retaguardia, ó, seguido por una escolta de caballería ligera, registrando los bosquecillos, reconociendo los valles por temor á las emboscadas, y ora reconviniendo con severidad, ora reprendiendo con la natural dulzura de su carácter la imprudencia del soldado que se separaba demasiado del grueso del ejército.

Permitió, sin embargo, incendiar con las casas las ricas mieses que cubrían los campos, pero solamente cuando cada uno hubo hecho suficiente provisión de todas cosas. El enemigo, que no esperaba tales rigores, sufrió cruelmente. El soldado consumía con regocijo aquellos víveres, considerando que de igual manera aseguraría su subsistencia en lo venidero, y que, viviendo en la abundancia, conservaría las provisiones de que estaba cargada la flota. Uno hubo que, en su embriaguez, llevó la imprudencia hasta pasar á la otra orilla. Cogiéronle y le condenaron á muerte á nuestra vista.

Después de estas cosas, llegamos á la fortaleza de Thilutha, que se alza en medio del río sobre una roca extraordinariamente alta, á la que el arte no habría podido proteger tanto como la naturaleza. Cuando con buenas palabras, según se acostumbra, propusieron á la guarnición de aquella inexpugnable fortaleza la rendición, contestó que no había llegado el momento; pero que si conseguiamos enseñorearnos del reino, seguiría la suerte común, y reconocería entonces la dominación romana. Dicho esto, dejaron pasar al pie mismo de las murallas nuestra flota, sin dirigirle ni el más pequeño insulto. Igual negativa nos esperaba en la fortaleza de Achaicala, defendida de la misma manera por su posición insular é inaccesible, dejándola nosotros á un lado. Al siguiente día, y á doscientos estadios de allí, encontramos un fuerte abandonado á causa de la debilidad de sus murallas, y lo entregamos á las llamas. En los dos días inmediatos avanzamos doscientos estadios antes de llegar á Paraxmalcha, donde cruzamos un río para ocupar, siete millas más allá, la ciudad de Diacira, abandonada por sus habitantes, que dejaron en nuestro poder abundantes depósitos de trigo y sal blanca. En el punto más alto de la ciudad descollaba un templo. Fueron degolladas algunas mujeres que quedaron

en las casas é incendiada la población. En seguida pasamos un manantial del que brotaba betún, y entramos en Ozogardana, evacuada á causa del terror que infundía nuestra proximidad. Todavía mostraban allí el tribunal del Emperador Trajano. También fué incendiada esta ciudad, después de lo cual descansamos dos días: pero al terminar la segunda noche, estuvo Hormisdas á punto de caer en manos del Surena (que entre los Persas es la dignidad más elevada después del rey), que le había preparado una emboscada de acuerdo con Maleco Posodaces, filarca de los sarracenos asanitas, bandido famoso por sus sangrientas depredaciones en las fronteras. Ignórase cómo había sido advertido de un reconocimiento que debía hacer nuestro aliado. Pero el golpe fracasó porque Hormisdas no pudo encontrar vado para cruzar el río, cuyo lecho es en aquel punto muy angosto y muy profundo. Al amanecer nos encontramos delante los Persas, viéndose á lo lejos brillar los cascos y avanzar rápidamente aquellos temibles jinetes forrados de hierro. Los romanos, con intrépido arrebato y cubiertos con los escudos, volaron á su encuentro. La ira redoblaba su valor; nada les detiene, ni la amenaza de aquellos arcos tendidos, ni el brillo que producían los reflejos de las armaduras; y tan de cerca se ve estrechado el enemigo, que no puede disparar ni una flecha. Animados con el primer éxito, los nuestros llegan hasta el pueblo de Macepracta, donde todavía subsisten los restos de una muralla que, á lo que se cree, servía en otro tiempo de defensa á la Asiria contra las empresas de sus vecinos. Allí se divide el río en dos brazos, uno de los cuales forma los anchos canales que fertilizan extensísimos campos, llevando aguas á las ciudades de la Babilonia. El otro brazo, llamado Nahamalcha, es decir, río real, baña las murallas de Ctesifonte. En el punto de unión se eleva una alta torre en

forma de faro. En el segundo brazo se colocaron sólidos puentes para el paso de la infantería; y nuestros jinetes, completamente armados, cortaron de soslayo la corriente, eligiendo los puntos menos peligrosos. Repentinamente recibió á nuestras fuerzas en la otra orilla una lluvia de saetas; pero nuestros auxiliares, avezados á la carrera, se lanzaron como otras tantas aves de rapiña sobre los que las habían lanzado, y no dejaron ni uno.

Después de este combate llegamos ante Pirisabora, ciudad grande, populosa y rodeada de agua como una isla. El Emperador dió vuelta alrededor de ella á caballo, tomando ostensiblemente todas las medidas preliminares para un sitio, creyendo que bastaría esta demostración para que los habitantes abandonasen la idea de resistir; pero habiéndose celebrado algunas conferencias, sin que produjesen efecto ruegos ni amenazas, decidió pasar á las obras. Formarónse, pues, en derredor de la ciudad tres líneas de ataque, y durante un día entero se cambiaron saetas. Fuerte y resuelta la guarnición, se apresuró, para guarecerse de nuestras saetas, á cubrir toda la extensión de las murallas con espesa cortina de pelo de cabra. Los Persas resistían bien detrás de sus escudos formados de mimbres tejidos cubiertos con cuero crudo; pareciendo aquellos soldados estatuas de hierro, porque les envolvía de pies á cabeza una armadura de láminas de este metal. ingeniosamente superpuestas, y que obedecían á todos los movimientos del cuerpo, constituyendo impenetrable defensa.

Muchas veces mostraron deseo de hablar á su compatriota Hormisdas, nacido de sangre real; pero en cuanto se acercaba le abrumaban con injurias y reconvenciones, recibiéndole con los nombres de tránsfuga y traidor. Esta guerra de palabras ocupó considerable

parte del día; pero en cuanto cerró la noche, mandó acercar algunas máquinas y se procedió á cegar el foso. La primera claridad del día reveló á los habitantes, asustados, los progresos que habían hecho nuestros trabajos; y además, habiendo quebrantado vigoroso golpe de ariete el baluarte de un ángulo de la muralla, abandonaron el doble recinto exterior de la ciudad y se retiraron á la fortaleza, construída sobre la meseta de un montecillo escarpado y redondeado en forma de escudo argólico, exceptuando la parte del septentrión, por donde faltaba la redondez, cubriendo aquel punto rocas que se alzaban desde el lecho del Eufrates. La defensa la formaban altas murallas construídas con ladrillo cocido cimentado con betún, construcción que aventaja á todas en solidez.

Irritado el soldado al encontrar vacía la ciudad, volvió su furor contra la fortaleza, desde la que lanzaban los habitantes nube de saetas. A los golpes de nuestras catapultas y balistas, oponían el efecto igualmente destructor de sus arcos, extremadamente encorvados, que tienden con suma lentitud, pero cuya cuerda, al escapar de los dedos que la retienen, lanza con violencia un dardo herrado, cuyo choque en pleno cuerpo es siempre mortal. Las piedras, lanzadas á mano por una y otra parte, volaban también sin interrupción, y así se peleó desde el amanecer hasta muy entrada la noche, sin que resultase ventaja por uno ni otro bando. Al siguiente día comenzó de nuevo el combate, sosteniéndose con graves pérdidas recíprocas y sin mayor resultado, cuando la impaciencia del Emperador quiso apresurar la terminación. Poniéndose al frente de un grupo, mandó unir escudo con escudo, para defenderse mejor de las flechas, y avanzó de pronto contra una puerta de la fortaleza, defendida por fuerte cubierta de hierro. Aunque le lanzaron nubes de piedras, de pelotas de

honda y otras armas arrojadizas, él mismo, con inminente peligro de su vida, insta reiteradamente á los suyos para que se abran paso derribando el obstáculo, y no se retiró sino en el momento en que iba á ser inevitablemente aplastado. Regresó sin perder ni un soldado, trayendo algunos ligeramente heridos, habiendo resultado él ileso, pero avergonzado, porque había leído que Scipión Emiliano con el historiador Polibio de Megalopolis en Arcadia y treinta soldados solamente, forzó de la misma manera una puerta de Cartago. Sin menospreciar una hazaña que consta en nuestros anales, creemos que la de Juliano puede comparársele. En aquel caso Scipión estaba protegido por la bóveda de piedra de un pórtico que formaba saliente sobre su cabeza, y penetró en la ciudad mientras los que guardaban la puertas reconcentraban sus esfuerzos en la destrucción de aquella defensa. Juliano, por el contrario, peleó al descubierto, y solamente se retiró á pesar suyo, cuando el cielo estaba obscurecido por los pedazos de piedra é innumerables saetas que caían por todos lados en derredor suyo.

Este atrevido golpe fué concebido y ejecutado repentinamente; y como estrechaba el tiempo á Juliano, viendo que adelantaba con lentitud la confección de manteletes y terraplenes, mandó construir inmediatamente la máquina llamada Helépolis, á la que, como ya dijimos, debió Demetrio su nombre de Poliocrates. Viendo entonces los progresos del monstruoso edificio, que muy pronto amenazaría á sus torres más altas, y considerando además la decisión de que se mostraban animados los sitiadores, recurrieron al fin los habitantes á las súplicas. Vióseles desparramarse por las torres y murallas, y desde allí, tendiendo á los romanos las suplicantes manos, implorar su compasión. Y en seguida, observando que se detenía el trabajo, que los obre-

ros quedaban parados, señal de suspensión de hostilidades, pidieron hablar con Hormisdas, como les fué concedido. Marmesides, jefe de la fortaleza, se hizo entonces bajar por medio de una cuerda, siendo conducido ante el Emperador; y después de haber pedido y conseguido la vida para él y los suyos, regresó con estos, aceptando las condiciones convenidas todos los que se encontraban encerrados en la fortaleza, siendo concluído el tratado con las acostumbradas consagraciones religiosas. Entonces abrieron las puertas y todos salieron proclamando en alta voz la grandeza de ánimo y la clemencia del César. Solamente había dos mil quinientas personas de uno y otro sexo: el resto de la población, previendo el sitio, había abandonado de antemano en barquillas la ciudad. En la fortaleza encontraron considerables provisiones de armas y alimentos, de las que tomaron lo que creyeron necesario, entregando el resto á las llamas, así como la ciudad.

Al siguiente día, estando comiendo el Emperador en un momento de descanso, recibió una noticia desagradable. El surena que mandaba la vanguardia de los Persas había sorprendido tres turmas nuestras, y aunque les mató muy poca gente, entre los que había un tribuno, se había apoderado de un estandarte. Juliano se encolerizó estremadamente, y supliendo al número con la rapidez, se trasladó al punto del combate solamente con su escolta; cayó sobre el bando enemigo, que, aterrado, se dispersó vergonzosamente. En seguida depuso á los dos tribunos supervivientes, como cobardes é indignos y diezmó sus turmas, degradando, antes de hacerles morir, á los designados por la suerte; todo esto con sujeción á las antiguas leyes.

Después del incendio de Pirisabora, Juliano dió desde su tribunal gracias al ejército por su valor, exhortándole á que continuase dando iguales pruebas y prome-

tiendo gratificación de cien monedas de plata por cabeza. Oyendo en seguida el murmullo que excitaba la pobreza de la oferta, alzó la voz, y con indignado acento, dijo:

«Delante tenéis á los Persas y su opulencia; ¿queréis enriqueceros? Tened valor para arrebatarles sus despojos. Pero creedme: la república, que antes disponía de tantos tesoros, hoy se encuentra muy pobre, y tienen la culpa aquellos cuya bajeza aconseja á los príncipes que compren bárbaros á peso de oro, y además la paz y la libertad. El tesoro está agotado; las ciudades puestas á rescate y arruinadas las provincias. Soy de noble estirpe, pero no tengo caudal, y solamente he heredado un corazón sin miedo á nada. Haciendo consistir todos los bienes en las cualidades del alma, yo, que soy vuestro Emperador, no me avergüenzo de mi pobreza. También fué Fabricio tan pobre de caudal como rico de gloria: ¿dejó por esto de dirigir bien la guerra más importante? ¿Queréis ser ricos? Pues bien, sed valientes. Confiad con corazón más sumiso en Dios, y, si me atrevo á decirlo, en mí también; á no ser que prefiráis caer en la innoble anarquía de las pasadas sediciones, en cuyo caso, podéis continuar. Yo sabré morir como Emperador, al cabo de una carrera noblemente recorrida ya, y hacer sin pena el sacrificio de una vida que un acceso de fiebre puede terminar, ó bien renunciaré el poder. A la manera que he vivido, puedo encontrarme desahogado en condición privada. Os dejo detrás de mí, lo digo con satisfacción y orgullo, jefes experimentados y hábiles en todos los achaques del arte de la guerra.»

Esta modesta oración del Emperador, tan bien proporcionada entre lo áspero y suave, calmó repentinamente la irritación, renaciendo la esperanza, y con ella la confianza: todos prometieron á una voz mostrarse dóciles y disciplinados, reconociendo con admiración el

ascendiente que sabía ejercer el príncipe; y, según acostumbra el soldado en casos tales, suave rozamiento de armas confirmó la sinceridad de la declaración. En seguida entraron en las tiendas para tomar alegremente el alimento que permitían las circunstancias y para entregarse al descanso de la noche. Hasta en los términos del juramento sabía Juliano interesar sus simpatías: y en vez de jurar por los que les eran queridos, decía, por ejemplo: «¡Ojalá pueda vencer á los Persas!» ó bien: «¡Ojalá pueda regenerar el Imperio romano!» También tuvo Trajano esta costumbre de jurar, quien, para asegurar algo, decía frecuentemente: «¡Así vea yo á la Dacia reducida á provincia romana!» ó bien: «¡Ojalá pueda pasar el Histro y el Eufrates!» ó algo parecido.

Avanzando catorce millas llegamos en seguida al punto del río donde se encuentran las esclusas que llevan la fecundidad á toda la campiña inmediata. Los Persas las habían levantado, sabiendo que tomaríamos aquel camino, ocasionando por este medio inmensa inundación. Obligado á detenerse un día ante aquel obstáculo y á dar descanso á las tropas, el Emperador marchó adelante, y con el auxilo de muchos odres henchidos, de barcas de cuero y de estacas de tronco de palmeras, consiguió, á fuerza de trabajo, construir multitud de puentecillos por los que pasó el ejército.

En esta comarca abundad los viñedos, como también árboles frutales de muchas clases, y muy especialmente los árboles de palmas, que forman verdaderos bosques hasta Mesenem y el mar Mayor. No se da un paso sin encontrar una palmera fecunda ó estéril; obteniendo de la savia de las primeras miel y vino en abundancia. Dícese que las palmeras se unen, y que entre ellas es muy sensible la diferencia de sexo. Llégase hasta pretender que las hembras pueden ser fecundadas artificialmente; que estos árboles son susceptibles de amor

reciproco, hasta el punto que no hay fuerza de viento que alcance á impedir en una pareja la inclinación de una á otra; que, falta de la fecundación del macho, la hembra aborta, no dando más que frutos imperfectos que no maduran; que para conocer de qué macho está enamorada una hembra, basta ungir su tronco con el licor que aquél destila. La emanación, por secreta ley de la naturaleza, se comunica al otro árbol, que manifiesta en seguida el deseo de unirse á él.

El ejército se sació de los frutos que encontraba á mano, y hasta hubo que precaverse de los excesos de la gula allí donde se temía la escasez. En seguida dejamos á la espalda muchas islas; y después de recibir una nube de flechas de parte de los arqueros persas, que se habían emboscado para sorprendernos, y á los que ahuyentamos, llegamos á un punto donde se divide en multitud de canales el brazo principal del Eufrates.

Había en esta comarca una ciudad habitada por judíos, que la habían abandonado á causa de la endeblez de sus murallas, y que los soldados, irritados, entregaron á las llamas. Desde allí continuó Juliano la marcha con la confianza de quien cree tener á los dioses en su favor, y llegó á Maogamalca, ciudad importante y rodeada de fuertes muros. Levantó sus tiendas con todas las precauciones posibles para ponerlas al abrigo de los ataques de la caballería persa, tan temible en la llanura; y, tomando en seguida consigo algunos vélites, hizo á pie un reconocimiento completo de la plaza; pero cayendo en una emboscada, donde corrió inminente peligro su vida. Saliendo por una puerta oculta diez soldados persas, se deslizaron de rodillas por un talud, cayendo de improviso sobre los nuestros. Dos de ellos, que reconocieron á Juliano por las insignias de su dignidad, corrieron hacia él con la espada empuñada; pero él recibió valerosamente sus golpes en el escudo, atra-

vesó á uno y el otro cayó acribillado por los que rodeaban al príncipe. Los ocho restantes, algunos de ellos heridos, emprendieron la fuga. Juliano trajo los despojos de los dos muertos como trofeos al campamento, donde le recibieron con entusiasmo. Torcuato arrebató un collar de oro á su enemigo vencido; Valerio, con un auxiliar alado, triunfó de un galo que se jactaba de su prodigiosa fuerza, adquiriendo por aquello el nombre de Corvino. No les disputamos nosotros estos títulos de gloria: pero que la hermosa hazaña de Juliano quede consignada para recuerdo de la posteridad.

Al siguiente día se construyó un puente, y el ejército pasó un brazo del río para buscar campamento más favorable, haciendo Juliano que lo rodeasen con doble empalizada, porque sabía cuánto tenía que temer en medio de llanuras descubiertas. Decidido estaba á apoderarse de la ciudad, porque se hubiese expuesto mucho penetrando más adelante dejando tan considerable número de enemigos á la espalda. Mientras se ocupaban seriamente de los trabajos preparatorios, el surena trató de apoderarse de los caballos que pastaban en un bosque de palmeras, pero la cohorte de guardia le rechazó con pérdidas.

La población de las dos ciudades, no obstante su posición insular, se había alarmado, y trataba de refugiarse en Ctesifonte. El espesor de los bosques protegió la retirada de los unos; pero los otros no encontraron salvación más que embarcándose en troncos huecos y penetrando en el interior del país. Los soldados, que recorrían el río en barcas y esquifes recogiendo prisioneros, mataron parte de los fugitivos, que se defendieron. Por disposición muy bien entendida de nuestras fuerzas, mientras la infantería se entregaba á los trabajos de sitio, la caballería reconocía en grupos hasta muy lejos el campo para recoger víveres. De esta ma-

nera el ejército, respetando la parte de terreno que ocupaba, vivía, sin embargo, á expensas del enemigo.

Formadas nuestras fuerzas en tres líneas, atacaban ya vigorosamente el doble recinto de la ciudad, confiando el Emperador en conseguir su propósito. Pero si era indispensable apoderarse de la plaza, no era cosa fácil alcanzarlo. La fortaleza estaba construída sobre una roca á pico, recortada en aristas de acceso muy difícil y peligroso: además, el arte había construído hasta el nivel de aquella altura natural torres formidables que estaban llenas de combatientes, y obras muy fuertes en las inmediaciones de la parte baja de la ciudad, edificada en un declive que terminaba en el río. Añádase á estos obstáculos naturales una guarnición numerosa y escogida, inaccesible á la seducción, y cuyo patriotismo la llevaba á vencer ó á sepultarse bajo las ruinas. Por otra parte, nuestras tropas mostraban ardimiento bastante indócil, que apenas podía contenerse; y en su impaciencia por atacar al enemigo cuerpo á cuerpo, se indignaban contra el toque de retirada que las hacía abandonar el asalto.

La habilidad del general triunfó de aquel ardor de los ánimos por medio de sabia repartición de fuerzas, designando á cada cual su tarea, que se apresuró á cumplir. Trabajábase aquí en construir altos terraplenes; allí se cegaban fosos, y más lejos se abrían largas galerías subterráneas; los artífices colocaban las máquinas, cuyo silbido se oiría muy pronto. Nevita y Dagalaifo tenían la vigilancia especial de los trabajos de mina y terraplenes; reservándose el Emperador la dirección de los asaltos y la protección de los trabajos contra las salidas y fuegos que lanzasen desde las murallas.

Estaban ya al final de tantos esfuerzos y terminados los aprestos de destrucción; los soldados pedían á gritos el asalto, cuando el duque Víctor, que había hecho

un reconocimiento hasta Ctesifonte, regresó trayendo la noticia de que no había encontrado al enemigo en ninguna parte. La embriaguez de regocijo que produjo en nuestras tropas aumentó su confianza y ardor guerrero, y esperaron con impaciencia la señal.

La marcial bocina resonó por ambas partes. Los romanos se esforzaron al principio en distraer la atención del enemigo por medio de gritos amenazadores y multiplicados ataques fingidos; sus escudos unidos formaban sobre sus cabezas una bóveda de figura indecisa, en tanto unida, en tanto fraccionada, según la necesidad de la maniobra. Defendidos los Persas por las láminas de hierro que les cubren y que están colocadas como las plumas en el cuerpo de las aves, confiando en sus probadas armaduras, en las que rebotan las saetas, resisten perfectamente en sus parapetos, dispuestos siempre á burlar ó á rechazar á viva fuerza las tentativas de los sitiadores. Pero cuando ven á los nuestros, protegidos por manteletes de mimbres, atacar seriamente las murallas, flechas, hondas, pedazos de roca, todo lo emplean para rechazarlos. No cesan de jugar las balistas, lanzando con silbidos continuas nubes de saetas; y los escorpiones, por todas partes por donde puedan apuntarlos, nos abruman con lluvia de piedras. El asalto se repite muchas veces; pero á medio día el calor es demasiado intenso para pelear y mover las máquinas: teniendo que ceder los dos bandos al cansancio y el sudor.

Al siguiente día comienza de nuevo la pelea en igual forma, y termina como la víspera, sin ventaja decidida. El príncipe, presente en todas partes, apresuraba la toma de la ciudad que, deteniéndole al pie de sus murallas, le impedía descargar más lejos los golpes más formidables. Pero en estos momentos supremos el incidente más pequeño suele tener inesperadas consecuen-

cias. Al terminar un asalto, en el momento en que, como de ordinario, peleaban con menos ardor, un golpe dado negligentemente por un ariete que acababan de colocar, derribó la torre de ladrillos más alta, arrastrando en su ruina considerable lienzo de la muralla inmediata. Entonces recrudece la lucha con las alternativas de brioso arrebato en el ataque y de extraordinaria energía en la defensa. Ningún esfuerzo detenía al soldado romano, inflamado de ardor y de cólera; ningún apuro asustaba á los sitiados, que peleaban por su salvación. Solamente la noche puso tregua é hizo pensar en el descanso.

Todo esto había ocurrido en plena luz. Al terminar la noche, vinieron á decir al Emperador, á quien tantos cuidados tenían despierto, que los legionarios encargados de abrir la mina habían llevado la galería hasta el pie de las murallas, y que solamente esperaban órdenes para penetrar en el interior. Ya iba á amanecer; sonó la bocina y empuñaron las armas. Intencionalmente se dirigió el ataque sobre dos puntos opuestos, con objeto de que, en el tumulto de una defensa dividida, la atención de los sitiados, distraída del ruido más inmediato del trabajo de los mineros, no acudiese á oponer fuerzas á su salida. Ejecutóse la orden, ocupóse la guarnición y se practicó la abertura. Exuperio, soldado de la legión Victorina, salió el primero; después el tribuno Magno; en seguida el notario Joviano, siguiéndoles atrevida tropa. Degollaron primeramente á los habitantes de la casa en que había desembocado la mina; y en seguida, avanzando con precaución, cayeron sobre los centinelas, que cantaban á gritos, según costumbre de su nación, las alabanzas de su justo y afortunado soberano. Los que tienen por cierta la tradición del dios Marte ayudando personalmente á Luscino en el ataque contra los lucanos, y admiten sin escrúpulo la posibili-

dad de tal derogación de la majestad divina, obtuvieron aquel día confirmación de su creencia. Un guerrero de colosal estatura, que llamó la atención en lo más recio del asalto, llevando él solo una escala, no se encontró á la mañana siguiente, á pesar de las investigaciones que se hicieron en una revista general del ejército. Ahora bien, un soldado, con el convencimiento de haberse distinguido tanto, no habría dejado de presentarse. Pero por uno que quedó ignorado, pusiéronse de manifiesto los nombres de cuantos merecían premio; concediéndoseles la corona obsidional, y, según antigua costumbre, se pronunció su elogio ante el ejército.

Invadida por dos partes, pronto quedó ocupada la desgraciada ciudad; inmolando la furia del vencedor en los primeros momentos, sin distinción de sexo ni edad, á cuantos encontró. Estrechados algunos entre el hierro y el fuego, para escapar del inminente peligro se precipitaban desde lo alto de las murallas, y, mutilados por la caída, sufrían mil veces la muerte, esperando el golpe que les arrancaba la vida. No se cogió vivo más que á Nabdates, jefe de los guardias del rey, con ochenta de éstos. Presentáronle al Emperador, quien, movido por la clemencia, dispuso se le perdonase. En seguida se distribuyó equitativamente el botín según el mérito, y, en cuanto al Emperador, que se contentaba con poco, solamente se reservó tres monedas de oro y un niño mudo, dotado de ademanes graciosísimos y elocuentes, declarando que estaba suficientemente recompensado por su victoria. Entre sus cautivas las había, naturalmente, muy hermosas, porque Persia tiene fama por la belleza de sus mujeres: pero Juliano no quiso ni verlas siquiera; teniendo este rasgo común con Alejandro y Scipión el Africano, que, esforzados en los trabajos y peligros, temían sucumbir á la voluptuosidad.

Durante el sitio, un arquitecto nuestro, cuyo nombre

no recuerdo, encontrándose al lado de la armadura de un escorpión, quedó con el pecho roto por la piedra que el apuntador colocó mal en la honda, siendo lanzada en sentido inverso á su dirección. Encontráronle tendido en el suelo y de tal manera destrozado, que no conservaba su cuerpo la forma humana.

Enteróse al Emperador de que parte de los enemigos permanecían escondidos cerca de las murallas de la ciudad destruída, en un subterráneo de los que abundan en la comarca, disponiéndose á caer sobre nuestra retaguardia. En seguida envió fuerzas escogidas de infantería para desemboscarlos. No quisieron los soldados penetrar en aquella caverna, y no pudiendo hacer salir á los que la ocupaban, cerraron la entrada con un montón de paja y sarmientos y le prendieron fuego. El humo, tanto más denso cuanto más estrecha era la abertura que encontraba para penetrar en el interior, ahogó á muchos Persas; y las llamas que les alcanzaban, obligó á los demás á entregarse por sí mismos á la muerte; y después de exterminarlos por el hierro ó el fuego, los nuestros regresaron al campamento. De esta manera el valor de los romanos triunfó de aquella fuerte y populosa ciudad, no dejando más que cenizas y escombros.

Después de esta gloriosa expedición tuvo el ejército que atravesar sucesivamente muchos ríos sobre puentes, encontrándose delante de dos fortificaciones cuidadosamente construídas. Victor, que nos precedía, quedó detenido allí algún tiempo sin poder cruzar el río; teniendo delante al hijo del rey, que había salido de Ctesifonte con fuerzas considerables. Pero viendo este príncipe acercarse el resto de nuestras tropas, se retiró en seguida.

Continuando el ejército la marcha, atravesaba una serie de matorrales y terrenos labrados, que presenta-

ban variado cultivo. Encontrábase allí un palacio de construcción romana, que debió su conservación al placer que su vista nos produjo. También encontramos un parque de inmenso circuito, cerrado con fuerte empalizada, encerrando los animales destinados á las cacerías reales. Había allí leones de largas melenas, jabalíes armados con temibles colmillos, osos como solamente se encuentran en Persia, cuya ferocidad no puede imaginarse, y otros ejemplares de los monstruos de las selvas, elegidos en las diferentes especies. Nuestros soldados derribaron las puertas del recinto y mataron á todos aquellos animales con las picas y las flechas.

El Emperador acampó y se fortificó apresuradamente en aquellos parajes tan hermosos y bien cultivados, y, hallando á mano agua y forraje, mandó descansar al ejército dos días. A corta distancia se encuentra la ciudad de Cocha, que nosotros llamamos Seleucia, destruída por el emperador Vero. Adelantándose Juliano con los exploradores, visitó su desierto recinto. Un manantial que nunca se seca forma en aquel punto un lago que desagua en el Tigris. Allí vió muchos cadáveres suspendidos en horcas: eran de los parientes del Emperador que, como ya dijimos, se habían rendido en Pirisabora. En aquel paraje mismo tuvo lugar el suplicio de Nabdates, prisionero con ochenta de los suyos, en la toma de Maogamalca, pereciendo en la hoguera. Había alcanzado perdón á pesar de haber defendido tenazmente la ciudad, después de prometer reservadamente que nos la entregaría, pero el inesperado perdón le había hecho insolente hasta el punto de prescindir de toda circunspección en su lenguaje contra Hermisdas.

Poco después de nuestra partida experimentamos un contratiempo. Una vanguardia, formada por tres cohortes, encontró una fuerza enemiga, que había salido de Ctesifonte, y, mientras sostenían el combate, otro grupo

cruzó el río, arrebató las bestias de carga que la seguían, y mató algunos forrajeros que cogieron aislados. Enfurecido Juliano, se dirigió á Ctesifonte, deteniendo su marcha un castillo, construído sobre una altura y provisto de buenas defensas. A caballo y débilmente acompañado, reconoció aquella fortaleza; pero, habiendo avanzado imprudentemente hasta colocarse al alcance de las saetas, le conocieron. Inmediatamente cayó en derredor suyo una lluvia de flechas, hiriendo á su escudero, que estaba á su lado; y á él mismo le habría alcanzado una saeta de muralla, de no haberse apresurado todos á cubrirle con los escudos, preservándole de aquel inminente peligro.

Este insulto le irritó por modo extraordinario, decidiéndole á sitiar la fortaleza; pero la guarnición preparaba vigorosa defensa, confiando en su posición casi inaccesible y en la próxima llegada del rey, de quien se decía estaba en marcha con fuerzas imponentes. A poco quedaron terminados los manteletes y demás preparativos del sitio: pero los sitiados, que á la luz de la luna veían nuestros trabajos desde las murallas, hicieron de pronto, á la segunda vigilia, una salida en masa y destrozaron una cohorte que sorprendieron. El tribuno que la mandaba cayó peleando. En el mismo momento renovaron la maniobra que ya había dado resultado á los Persas: parte de ellos pasó el río, cayeron sobre los nuestros, mataron algunos y cogieron prisioneros. El convencimiento de que se tenía encima una fuerza superior hizo que, por nuestra parte, fuese débil la resistencia. Dominóse el pánico, pero los Persas á su vez se alarmaron al escuchar la bocina que llamaba en socorro al resto del ejército, y se retiraron sin experimentar pérdidas.

Indignado el Emperador, desmontó á los jinetes que tan débilmente habían sostenido el empuje de los si-

tiados, imponiéndoles servicio más rudo; volviendo en seguida el enojo contra la fortaleza, que había puesto en peligro su vida, y empleando toda su habilidad y atención en apoderarse de ella. Siempre en primera fila y testigo de todas las hazañas, alababa el valor y daba ejemplo. En fin, después de diversas alternativas, abrumada por las saetas de los sitiadores, fué tomada la fortaleza, merced á un esfuerzo mejor combinado, y reducida á cenizas en el acto. Conseguido este resultado, concedió al ejército algunos días de descanso, necesarios por los trabajos que había realizado y los que le quedaban que realizar, y dispuso abundante distribución de víveres. Pero ante todo, consideró prudente rodearse de profundo foso y fuerte empalizada; porque además de las salidas que podían temerse por la proximidad de Ctesifonte, podían surgir repentinamente otros muchos peligros imprevistos.

Después de esto llegamos al Naharmalcha ó río de los reyes, que es un brazo artificial del río y que encontramos seco. Trajano, y después Severo, habían abierto este canal, siguiendo vasto plan y reuniendo por este medio el Eufrates y el Tigris, habían establecido comunicación directa entre los dos ríos para las naves más grandes. Comprendiendo los Persas el partido que un enemigo podía sacar de aquella obra, hacía mucho tiempo que la habían cegado. Por interés nuestro creimos conveniente abrir de nuevo aquella vía, que recibió, en cuanto estuvo despejada, un volumen de agua bastante considerable para sostener la flota en un trayecto de treinta estadios, hasta su salida al Tigris. Al mismo tiempo pasó el ejército por puentes y se dirigió á Cocha. En la opuesta orilla, rica y verde campiña cubierta de viñedos y vergeles, nos ofrecía el descanso que necesitábamos. Allí se alzaba, en medio de un bosque de cipreses, bellísima casa de recreo, cuyas pare-

des interiores, cubiertas con representaciones de las cacerías reales, presentaban por todas partes al monarca derribando bajo sus golpes algunos monstruos de las selvas. De esta clase son generalmente las pinturas del país, porque el arte solamente se dedica á reproducir escenas de sangre y carnicería.

Hasta entonces todo le había resultado bien á Juliano. Su valor se embravecía contra los obstáculos, y esta continuación de triunfos le inspiraban confianza próxima á la temeridad. Por orden suya, las naves más fuertes de las que llevaban las máquinas de guerra y los víveres quedaron descargadas, recibiendo cada una ochenta soldados. En seguida dividió en tres partes la flota; conservó dos bajo su mando, y confió á Victor el de la tercera, compuesta de cinco naves, con encargo de cruzar rápidamente el río á las primeras sombras de la noche y ocupar la opuesta orilla.

Esta disposición puso en extraordinaria alarma á sus capitanes, quienes de común acuerdo le suplicaron la abandonase; pero fué inquebrantable. Las naves obedecieron; desplegaron sus enseñas, y muy pronto desaparecieron de la vista. En el momento de abordar, las recibió una lluvia de fuego y materias combustibles, y hubiesen quedado reducidas á ceniza con los hombres que las tripulaban, á no ser por la enérgica decisión de Juliano, que, diciendo que aquellos fuegos eran la señal convenida del desembarco, excitó al resto de la flota á forzar los remos. Ejecutado este movimiento con rapidez, salvó á las cinco naves, que se acercaron á tierra sin graves daños; y el resto de las tropas, después de empeñada pelea, á pesar de las piedras y saetas de toda clase que les arrojaban desde lo alto, pudo al fin subir las laderas del río y mantenerse en ellas. Mucho se ha celebrado á Sertorio por haber atravesado á nado el Ródano, yendo completamente armado y revestido con

la coraza: mucho puede decirse también de los nuestros, que, por honor en esta ocasión y por seguir sus enseñas, se lanzaron sin otro apoyo que sus anchos y cóncavos escudos sobre el agua profunda y turbulenta del río, y, aunque novicios en esta maniobra, rivalizaron en cierto modo en rapidez con las naves.

Los Persas opusieron las apretadas filas de sus catafractos, cuya armadura de hierro flexible deslumbra á sus adversarios, y que montan caballos enjaezados con grueso cuero. Sus turmas se apoyaban en muchas filas de peones armados con largos escudos convexos, cuyo tejido de mimbre estaba cubierto con cuero crudo. Detrás estaban los elefantes, montañas movibles amenazándonos desde lejos con un conflicto del que ya teníamos terrible experiencia.

El Emperador por su parte adoptó el orden homérico de intercalar lo que tenía menos seguro de la infantería entre el primer cuerpo de batalla y la reserva. En efecto, si hubíese colocado al frente aquella fuerza, bastaba, retrocediendo, para acarrear la derrota del resto; y, dispuesta detrás, nada hubiese tenido á la espalda para contenerla. El por su parte no cesaba de correr del frente á la retaguardia con un cuerpo de auxiliares armados á la ligera.

En cuanto los dos ejércitos se encontraron frente á frente, los romanos agitaron sus penachos, resonaron los escudos y avanzaron pausadamente, marcando el paso como en cadencia de anapesto. Comenzó la batalla por algunos dardos lanzados fuera de las filas, y ya del hollado suelo se alzaban torbellinos de polvo. Al sonido de la bocina se une la excitación de los gritos lanzados, según costumbre, por ambas partes. Trábanse á golpes de picas y de espadas: los nuestros estrechan de cerca al enemigo, y por lo mismo sufren menos de sus flechas. Juliano se multiplicaba, llevando socorros á donde fla-

queaban y reanimando el valor que veía debilitarse. En fin, la primera línea de los Persas comenzó á retroceder poco á poco, y en seguida precipitó su retirada hacia Ctesifonte, no pudiendo resistir más el calor de sus armaduras. Los nuestros, aunque igualmente fatigados, habiendo peleado desde la mañana á la tarde bajo sol abrasador, llevaron, sin embargo, á los Persas hasta el pie de las murallas de la ciudad, donde penetraron con sus jefes, el surena, Pigrano y Narses. Los nuestros hubiesen entrado también revueltos con los fugitivos, si el duque Victor, que había recibido una flecha en un hombro, no les hubiese gritado y mandado detener, temiendo que si traspasaban las murallas cerrasen las puertas á su espalda, quedando allí abrumados por el número.

Que la antigua poesía ensalce las hazañas de Héctor y los trofeos de Aquiles; que la historia consigne siempre el heroísmo de que dieron pruebas aquellos rayos de la guerra Sofanes y Aminia, Calimaco y Cinegiro, en el famoso conflicto de Grecia y Asia; también habrá que confesar que entre nuestros soldados tuvieron émulos en esta batalla.

Había terminado el combate, y los soldados, hollando los muertos y cubiertos de gloriosa sangre, se reunieron en torno de la tienda imperial para pagar á su jefe el tributo de admiración y gracias. Ignorábase qué celebrar más en él, si al general ó al soldado. Dos mil quinientos Persas, poco más ó menos, habían perecido, y nosotros no teníamos que deplorar más que á setenta de los nuestros. Juliano llamó por sus nombres á los que con más intrepidez habían peleado á su vista y distribuyó coronas según los méritos.

En aquel comienzo veía el anuncio de una serie de triunfos, y quiso hacer amplio sacrificio á Marte vengador. Pero de diez toros que llevaron, nueve (y este fué

el primer pronóstico desagradable) cayeron muertos antes de llegar al altar: y el décimo, que rompió las cuerdas, costando mucho trabajo sujetarle, cuando le inmolaron, no presentó más que señales de funesto augurio. Al ver esto encolerizóse Juliano y juró por Júpiter que no sacrificaría más á Marte. Este juramento no fué retractado, porque no tardó la muerte del Emperador.

Celebrado consejo con los principales capitanes acerca del sitio de Ctesifonte, los que conocían la plaza opinaron que sería una imprudencia y una falta, en vista de su posición inexpugnable, y la seguridad en que estaban de que muy pronto tendrían que habérselas con Sapor y un ejército formidable. Esta opinión era razonable, aprobándola el buen juicio del príncipe, que se limitó á enviar á Arintheo, con fuerza de infantería ligera, á arrebatar las mieses y ganados de las ricas campiñas inmediatas y perseguir al mismo tiempo á los enemigos dispersos por los bosques ú ocultos en parajes que ellos solos conocían. Esta expedición dió por resultado considerable botín.

El ardor de Juliano le impulsaba hacia adelante, á pesar de las opiniones contrarias. Reconvenía á sus capitanes que, por pusilanimidad, según decía, ó por amor al descanso, se atrevían á aconsejarle dejar inacabada la conquista de Persia. De pronto tomó la resolución de avanzar al interior, y dejó el río á la izquierda, bajo la fe de guías muy poco seguros, dando la fatal orden de incendiar la flota. Solamente conservó diez de las naves más pequeñas, destinadas á lanzar puentes, disponiendo que le siguiesen en carretas. Creyó haber obrado acertadamente arrancando esta presa al enemigo, y pudiendo disponer por este medio de veinte mil hombres próximamente, ocupados desde el comienzo de la campaña en la maniobra ó remolque de las naves.

Enterado más adelante por los murmullos, reconoció al fin lo que de suyo era evidente, esto es, que en el caso de un descalabro, la retirada hacia el río se hacía imposible por aquellas áridas llanuras y aquellas montañas que se perdían de vista. Sujetando los desertores á la tortura, confesaron entre los tormentos que habían dado informes falsos; y entonces se mandó que se corriese á apagar las llamas. Pero la conflagración había sido tan rápida, que solamente quedaban intactas doce naves, que habían podido conservarse separadas de las otras. Nos encontramos, pues, privados imprudentemente de la flota; pero á los ojos de Juliano quedaba compensado este inconveniente con la facultad de reconcentrar el ejército y obrar en adelante sin dividir las fuerzas. Avanzábase, pues, por masas compactas hacia el interior, y por todas partes se encontraba todavía abundantes provisiones.

Para privarnos de este recurso y perdernos por hambre, el enemigo puso fuego á los pastos y á las mieses, sazonadas ya. Este incendio nos detuvo, y, para esperar que terminase, tuvimos que recurrir á un campamento provisional. Entretanto los Persas nos molestaban sin cesar, en tanto con escaramuzas, dispersándose en cuanto se les hacía frente, en tanto oponiéndose en masas, con objeto de hacernos creer que el rey se les había reunido y que este refuerzo les daba valor y audacia desacostumbrados. Entonces capitanes y soldados deploraron la pérdida de las naves, que les privaba del recurso de arrojar puentes y de adelantarse á los movimientos del enemigo, cuya proximidad solamente se conocía por el lejano brillo de las armaduras. A este inconveniente se unía otro igualmente grave: no se oía hablar de los socorros ofrecidos por Arsaces, ni de la próxima llegada de los dos cuerpos avanzados.

Para dar valor á los soldados, Juliano mandó presen-

tarles algunos prisioneros endebles y descarnados, como son casi todos los Persas (1) y, dirigiéndose á los nuestros, dijo: «Aquí tenéis á los que los hijos de Marte consideran hombres: extenuados y deformes, cobardes á quienes tantas veces hemos visto arrojar las armas y volver la espalda sin pelear.» En seguida mandó retirar los prisioneros y reunió consejo, en el que se trabaron largos debates, mientras los soldados gritaban, sin miramiento alguno, que era necesario retroceder por donde se había venido. El príncipe rechazó enérgicamente esta opinión, uniéndose á la suya muchos votos para demostrar la imposibilidad de atravesar de nuevo aquellas inmensas llanuras donde todo estaba destruído, mieses y pastos, y donde solamente quedaban diseminadas algunas aldeas hambrientas respetadas por el incendio general. Además, todos los caminos estaban impractibables por consecuencia de la licuación de las nieves, y por todas partes la crecida de los torrentes les había hecho salir de madre. Complicaba más la situación la circunstancia de encontrarnos en la época en que el calor engendra en aquel país millones de moscas y mosquitos, cuyo vuelo llena el espacio día y noche y obscurece la luz del sol y de las estrellas.

No ofreciendo la prudencia humana solución alguna, eleváronse altares, inmoláronse víctimas y se consultó á los dioses para saber si se debía regresar directamente por la Asiria, ó dar vuelta á las montañas á cortas jornadas, para caer bruscamente sobre el Chiliocomo, que linda con la Corduena, y talarlo. El examen de las entrañas dejó indecisa la cuestión, y al fin se adoptó la

(1) Según Xenofonte, Agesilao empleó en otro tiempo la misma estratagema. Por orden suya expusieron desnudos y en venta delante de todo el ejército algunos prisioneros Persas, como muestra de los afeminados enemigos con quienes tenían que pelear los espartanos.

idea de ocupar la Corduena á falta de cosa mejor. El diez y seis de las kalendas de Julio, el ejército estaba en marcha desde la aurora, cuando se vió aparecer en el horizonte como una humareda ó torbellino de polvo. Creyóse que eran piaras de asnos salvajes, cuya raza abunda en aquella comarca, y que acostumbran reunirse para defenderse de los ataques de los leones: otros opinaron que eran hordas de sarracenos (1), que atraía á nuestras enseñas el rumor que se había propagado del próximo asedio de Ctesifonte; pero también se propalaba la opinión de que era el ejército persa que venía á nuestro encuentro. En esta incertidumbre, y temiendo una sorpresa, se reunieron las fuerzas, y el ejército, formando el círculo, acampó tranquilamente á orillas de un arroyo, en un valle cubierto de hierba, bajo la protección de muchas líneas de escudos. Aquella cortina nebulosa estuvo á la vista hasta la tarde, sin que fuese posible averiguar lo que ocultaba.

(1) Los sarracenos, á quienes Juliano había negado el subsidio á que los tenían acostumbrados, le retiraron en seguida su auxilio. Pero aparecían en cuanto los acontecimientos militares ofrecían esperanzas de botín, porque solamente vivían del pillaje, no distinguiendo amigos de enemigos. Ofendidos por la altivez de Juliano, tomaron partido por los Persas.

LIBRO XXV

SUMARIO

Los Persas atacan al ejército romano en marcha y son vigorosamente rechazados.—Faltan á los romanos pan y forrajes.—Asústase el Emperador por los prodigios.—Estrechado por los Persas, Juliano no reviste la coraza y se lanza imprudentemente en la pelea.—Hiérele una lanza.—Llevado á su tienda, exhorta á los presentes y muere después de haber bebido agua fría.—Cualidades y defectos de Juliano.—Su retrato.—Elección tumultuosa de Joviano, primicerio de los guardias.—Apresúranse los romanos á abandonar la Persia, y, en su precipitada retirada, son inquietados por los Persas y Sarracenos, á los que rechazan causándoles grandes pérdidas.—Tratado ignominioso, pero necesario con Sapor.—Impulsado Joviano por la escasez y murmuraciones del ejército, compra la paz con la entrega de cinco provincias y las ciudades de Nisiba y Singara.—Los romanos repasan el Tigris, y después de resistir largo tiempo y heroicamente los horrores del hambre, entran en Mesopotamia.—Joviano arregla como puede los asuntos de la Iliria y las Galias.—El noble persa Bineses recibe de Joviano la inexpugnable plaza de Nisiba.—Expulsados los habitantes, se retiran á Amida.—Entregan también á los Persas, en conformidad con el tratado, cinco provincias, con la ciudad de Singara y diez y seis fuertes.—Temiendo Joviano sublevaciones, recorre apresuradamente la Siria, la Cilicia, la Capadocia y la Galacia.—Toma en Ancira el consulado con su hijo Verroniano, que todavía era niño.—Repentina muerte le arrebata poco después en Dadastena.

Ni una estrella brillaba en el cielo aquella noche, que, como acontece en circunstancias graves, pasamos en pie. Al amanecer, el reflejo de armas y armaduras nos anunció la presencia del ejército real. Al verle, ardían

nuestros soldados en deseos de venir á las manos con él; pero el Emperador prohibió cruzar el arroyo que corría entre nosotros y el enemigo. Sin embargo, al otro lado de esta barrera se trabó empeñada pelea entre nuestros exploradores y los de los Persas, pereciendo en ella Machameo, jefe de un cuerpo nuestro. Su hermano Mauro, que después fué duque de Fenicia, se lanzó ante su cuerpo, mató al que le había herido, y, derribando cuanto se encontraba á su paso, tuvo bastante fuerza, aunque herido por una flecha en el hombro, para sacar de en medio de los combatientes á aquel hermano querido, cubierto ya con la palidez de la muerte.

Sucumbiendo al fin bajo el calor y la fatiga del combate, las turmas enemigas quedaron derrotadas: y en un movimiento de retirada que hicimos entonces, los Sarracenos, que se habían dispersado ante nuestra infantería, intentaron, mezclándose con los Persas, arrebatar nuestros bagajes; pero á la vista del Emperador, se replegaron sobre la caballería que había de sostenerles. Después de este combate llegamos á un pueblo llamado Hucumbra, donde encontramos víveres de toda especie en mayor cantidad que deseábamos; y después de pasar dos días reponiéndonos, quemamos todo lo que no pudimos llevar.

A la mañana siguiente continuaba el ejército con más tranquilidad su marcha, cuando los Persas cayeron de improviso sobre nuestra retaguardia, y fácilmente la hubiesen derrotado, á no ser porque, desembocando muy oportunamente de un valle fuerza de caballería nuestra, rechazó la acometida, poniendo á muchos fuera de combate. En esta escaramuza pereció un noble sátrapa, llamado Adaces, encargado anteriormente de una misión cerca del emperador Constancio y recibido por este príncipe con mucho agasajo. El que le mató presentó su despojo á Juliano, que le recompensó honrosamente. En

este mismo día las legiones presentaron acusación contra el cuerpo de caballería unido á la tercera, por haberse separado insensiblemente en el momento en que se lanzaban contra el enemigo, lo que debilitó el efecto del ataque. Justamente indignado el Emperador, quitó á aquel cuerpo las enseñas, mandó romper las lanzas de los jinetes y les condenó á marchar con los bagajes y prisioneros. Su jefe, único que se portó bien, recibió el mando de otra turma, en el puesto de un tribuno convicto de haber vuelto vergonzosamente la espalda. A cuatro tribunos de los auxiliares, culpables de igual cobardía, se les degradó; perdonándoles Juliano pena más severa, en consideración á las circunstancias en que se encontraban.

Cuando avanzó el ejército setenta estadios más, se encontraba al final de sus recursos, y todos los pastos y mieses estaban ardiendo. Apresuróse cada cual á disputar la presa á las llamas y á llevarse lo que podía cargar. Al dejar estos parajes, llegamos á una comarca llamada Maranga, donde desde el amanecer tuvimos á la vista los Persas, que venían hacia nosotros en número formidable, bajo el mando del Marena ó jefe supremo de la caballería, acompañado por dos hijos del rey y muchos magnates. Todo aquel ejército era una mole de hierro. Desde la cabeza á los pies estaban cubiertos los soldados por láminas de este metal, ingeniosamente ajustadas para permitir la libertad de movimientos y el juego de las articulaciones. Añadid á estas armaduras cascos que simulaban por delante caras humanas y que no tenían aberturas más que para ver y respirar; únicos puntos vulnerables en aquellos cuerpos completamente cubiertos. Sus lanceros permanecían inmóviles y como unidos entre sí por anillos de bronce. Cerca de ellos, los arqueros tendían con una mano el arco nacional y aseguraban la dirección de la flecha, que en

todo tiempo formó la fuerza de sus ejércitos, y con la otra, atrayendo fuertemente la cuerda al nivel de la tetilla derecha, disparaban ruidosamente aquellos dardos silbantes que llevaban á lo lejos la muerte. Detrás de éstos venían los elefantes con la trompa levantada, enseñando sus horribles bocas abiertas. Su presencia solamente helaba los corazones y los caballos se espantaban de sus gritos y del olor que exhalan. Desde la derrota de Nisiba, donde los elefantes se volvieron contra sus propias falanges, aplastándolas en su fuga, para evitar se reprodujese aquel desastre, todos los conductores llevaban, atados á la muñeca derecha, largos cuchillos con mango, dispuestos, si el animal se enfurecía hasta el punto de no poder dominarlo, á clavarlo con toda su fuerza en la articulación de la última vértebra, siguiendo el ejemplo de Asdrúbal, hermano de Anníbal, que demostró no necesitarse más para dar muerte á estos monstruos.

Juliano contempló un momento aquel formidable aparato; y en seguida, con intrépido corazon, corrió, rodeado de los magnates y seguido por su escolta, á ordenar su ejército en batalla. Para compensar la desproporción del número, adoptó la disposición en media luna, alargando en parte las alas; y, temiendo que los arqueros persas introdujesen el desorden en sus filas si les dejaba la iniciativa del ataque, avanzó con rapidez que neutralizó el efecto de sus armas. Dada la señal, los peones romanos cayeron en apretadas filas sobre las compactas masas de los Persas y rompieron sus primeras líneas. Activóse la pelea, oyéndose sin interrupción el choque de los escudos, mezclado con el siniestro silbido de las flechas y los gritos de los combatientes. Cúbrese el suelo de sangre y cadáveres, principalmente por el lado de los Persas, que de cerca pelean débilmente, defendiéndose mal cuerpo á cuerpo; porque su

táctica es mantenerse á distancia, ceder terreno á la menor desventaja, y lanzar en la fuga nubes de flechas que matan á los que los persiguen. Los Persas fueron, pues, vigorosamente rechazados, y los nuestros regresaron á sus tiendas al toque de retirada, fatigados por haber peleado todo el día bajo un sol ardiente, pero animados por el éxito y preparados para los mayores esfuerzos.

Hemos dicho que en este combate experimentaron los Persas grandes pérdidas: las nuestras fueron muy cortas, aunque tuvimos que deplorar en la primera línea al intrépido Vetranión, que mandaba la legión Zianiana.

En seguida hubo tres días de descanso, que se aprovecharon para curar las heridas; pero había cesado la distribución de víveres y experimentábamos yá los apuros de la escasez. Hombres y bestias estaban reducidos á la inanición por el incendio de los pastos y de las mieses, La mayor parte de las provisiones destinadas al uso particular de los tribunos y de los condes, que se hacían llevar en bestias de carga, fueron distribuídas á los pobres soldados, que carecían de tales reservas. En cuanto al Emperador, que no tenía comida real, y que bajo el débil abrigo de su tienda cenaba un plato de polenta (1) que habría rechazado un criado del ejército, olvidaba sus propias necesidades y dejaba para los más pobres lo que se conseguía recoger para su mesa.

Una noche en que, después de algunas horas de sueño inquieto é interrumpido, á ejemplo de Julio César, había dado treguas al descanso para escribir en la tienda, y se ocupaba en meditar sobre algún punto filosófico, vió, según dijo después á sus amigos, el genio del Imperio, pero muy diferente de como era cuando apare-

(1) Puches de harina de trigo ó de legumbres.

ció á Julio César en la época de su advenimiento en las Galias. Su aspecto era triste; un velo cubría su cabeza y su cuerno de la abundancia, y no hizo más que cruzar silenciosamente la tienda. El Emperador quedó turbado por un momento; pero su ánimo, inaccesible al temor, se entregó en seguida á los decretos del destino. Aunque todavía era de noche, abandonó el lecho para conjurar con un sacrificio las desgracias que parecían amenazarle, cuando un rastro de luz, parecido á la caída de una antorcha encendida, surcó el aire y desapareció en seguida. Esto estremeció á Juliano, pensando que era la estrella de Marte que se mostraba bajo aquel aspecto siniestro.

No era sin embargo otra cosa que el meteoro llamado en griego διαΐσσοντα (1), que en realidad no cae ni toca jamás á la tierra: porque es locura é impiedad creer posible la caída de un cuerpo celeste. Diferentes causas producen este fenómeno; bastará exponer algunas. En tanto es alguna chispa escapada al fuego del éter y que se extingue cuando le falta fuerza para avanzar más; en tanto es el efecto de la radiación de la luz sobre la densidad de la nube, ó de su adherencia casual á sus costados: esta luz toma la forma de una estrella, cuya carrera dura tanto cuanto la alimenta la materia ígnea, y que, perdida muy pronto en el espacio, se disuelve y absorbe en la misma substancia cuyo frotamiento la hizo inflamarse.

Antes de amanecer llamó Juliano á los arúspices etruscos y les consultó acerca de la significación de aquel fenómeno, contestándole éstos que debía aplazarse todo proyecto. Apoyábanse en la autoridad del libro de Tarquicio, en el capítulo *De rebus divinis*, que recomienda, en caso de aparición de un meteoro en el cielo,

(1) Que pasa pronto.

abstenerse de librar combate ó de realizar cualquier acto de guerra. Y como Juliano, escéptico en muchas ocasiones, no hacía caso alguno de sus opiniones, le suplicaron que al menos suspendiese la marcha por algunas horas. Pero tampoco accedió el Emperador á esto, haciéndose de pronto refractario al arte de la adivinación; así fué que se levantó el campo al amanecer.

Desde este momento los Persas, á quienes sus precedentes descalabros habían enseñado á temer á la infantería romana formada en batalla, no hicieron más que observar nuestra marcha, acechando desde las alturas el momento de sorprendernos. Esta maniobra inquietó á los soldados, impidiéndoles atrincherarse en todo el día, y no haciéndose otra cosa que reforzar los flancos y marchar por cuadros; orden que, según los accidentes del terreno, solía dejar huecos entre ellos. De pronto anuncian á Juliano, que, sin haber tenido tiempo de armarse, practicaba un reconocimiento por la vanguardia, que atacaban á la retaguardia. En el apresuramiento coge el primer escudo á mano, olvidando ceñirse la coraza, y acude al punto del combate. Pero en el camino sabe que la vanguardia, de la que acababa de separarse, está igualmente comprometida: acude en seguida, despreciando su propio peligro, para ordenar las cosas, cuando una nube de catafractos Persas cae sobre el flanco del ejército, rebasa nuestra ala derecha, que cede y se encarniza á lanzazos y flechazos sobre los nuestros, quebrantados ya por los gritos y el olor de los elefantes.

Sin embargo, la presencia del príncipe, que se esfuerza en hacer frente al peligro en todas partes, provoca el ardimiento en nuestra infantería ligera, que, cogiendo á los Persas por la espalda, destroza á los hombres y corta los jarretes á los elefantes. Los gritos y ademanes de Juliano, que señala á los suyos aquella

ventaja, les animan á continuarla; él mismo da ejemplo con un ardor que le hace olvidar que pelea desarmado. Acuden sus guardias, que también habían cedido al principio, le gritan que desconfíe de aquella masa de fugitivos como de un edificio que se derrumba, cuando una pica de jinete, lanzada por mano desconocida, rozándole ligeramente un brazo, se le clava en el costado penetrando en el hígado. Juliano no puede arrancarse el dardo, cuyo hierro de doble filo le corta los dedos, y cae del caballo. Rodéanle, le levantan, le trasladan al campamento y se le aplican en el acto los socorros del arte.

En cuanto calmó algo el dolor, vuelto Juliano en sí, pidió un caballo y sus armas: su ánimo valeroso lucha todavía con la muerte. Quiere volver al combate y devolver á los suyos la confianza, ó al menos demostrar, con un acto de abnegación personal, su profundo interés por el soldado. Con igual valor, pero con preocupación muy diferente, el famoso Epaminondas, herido mortalmente en Mantinea, preguntaba con inquietud por la suerte de su escudo. La muerte le pareció dulce desde que le presentaron aquella arma, porque solamente la idea de haberla perdido perturbaba aquel ánimo, al que no podía conmover la proximidad de la muerte. Pero las fuerzas de Juliano no correspondían á su ardor; corría abundantemente su sangre, y tuvo que permanecer allí: hasta la misma esperanza de vivir se extinguió en él, cuando, á petición suya, le dijeron que el punto en que había caído se llamaba Frigia: porque, según una predicción, Frigia se llamaba el punto donde le esperaba la muerte.

Imposible describir el dolor y deseo de venganza que se apoderó de los soldados á la vista de su príncipe que llevaban al campamento. Corrían al enemigo, clavando las picas en sus escudos como decididos á morir. Ciegos

por el polvo, extenuados por el calor, sin jefe para guiarles, todos se lanzaban como por instinto ante el hierro de los Persas; quienes, por su parte, multiplicaban el disparo de flechas hasta formar una nube entre ellos y los romanos. Delante de sus líneas avanzaban lentamente los monstruosos elefantes con la cabeza empenachada, aterrando con su solo aspecto á los caballos y hasta á los hombres. Solamente se oía á lo lejos el confuso ruido de combatientes que chocaban entre sí, de moribundos que gemían, de caballos que relinchaban; este espantoso rumor no cesó hasta que estuvieron cansados de matar, y llegó la noche tendiendo su velo entre los dos bandos. En este combate perecieron cincuenta sátrapas ó grandes dignatarios y multitud de soldados, quedando entre los muertos los famosos generales el Merena y Nohodares. Que la antigüedad celebre con grandilocuencia los veinte combates de Marcelo, añada las numerosas coronas militares de Sicinio Dentato y prodigue, en fin, su admiración á aquel Sergio que, según se dice, recibió en diferentes combates veintitrés heridas; gloria manchada y hollada para siempre por Catilina, último heredero de este nombre. Pero nuestra ventaja estaba contrabalanceada por sensibles pérdidas. Después de la retirada del Emperador, cayó muerto en el ala derecha, que retrocedía, Anatolio, maestre de los oficios, Al lado del prefecto Salustio pereció su consejero Soforo, y él mismo se libró de la muerte por el auxilio de su aparitor, que le sacó del combate. Parte de los nuestros, reducidos al último extremo, consiguieron refugiarse en un fuertecillo inmediato, y pudieron reunirse al ejército tres días después.

Mientras ocurrían estas cosas, Juliano, acostado en su tienda, hablaba de esta manera á los que, entristecidos, le rodeaban: «Ha llegado el momento, amigos míos; la naturaleza exige el tributo, aunque demasiado pron-

to tal vez; pero como deudor leal, me apresuro á pagar, sin experimentar, como podría creerse, abatimiento ni tristeza. La filosofía me ha enseñado á reconocer la superioridad del alma sobre el cuerpo; y, cambiando mi condición por otra mejor, antes debo regocijarme que entristecerme. Morir joven es favor que algunas veces conceden los dioses en recompensa de elevadas virtudes. Tampoco olvido la misión que me fué confiada, misión de lucha y de enérgica perseverancia, en la que jamás flaqueará mi valor; porque sé por experiencia que el mal solamente abruma al débil. El fuerte sabe triunfar. Mi conciencia recuerda con igual serenidad, la humillación y el destierro, la grandeza y el poder. He recibido el principado como herencia á que me llamaba el cielo, y creo no haber abusado de él. Moderado en el interior, jamás mi gobierno declaró ó aceptó la guerra sin maduras reflexiones. Pero los resultados no corresponden siempre á los planes mejor concebidos, perteneciendo su ordenación á las potencias del cielo solamente. Convencido de que el bienestar de los que obedecen es el único fin legítimo del poder, he procurado, como sabéis, dulcificar su ejercicio, y he rechazado lejos de mí esa licencia corruptora de las costumbres del príncipe y atentatorias á la fortuna pública. Siempre que ha reclamado mi concurso la salud del Estado, dispuesto me ha encontrado su imperioso llamamiento. He arrostrado los peligros más evidentes, y hollado el temor, como aquel para quien el peligro es una costumbre. Confieso, sin avergonzarme, que hace mucho tiempo se me había anunciado que terminaría mi vida por el hierro; y doy gracias á la suprema divinidad de que no me coja la muerte por traición, ó por largos padecimientos de enfermedad, ó por mano del verdugo, sino bajo la forma de gloriosa liberación después de noble carrera. Con razón se dice que se muestra igual debili-

dad de ánimo provocando la muerte antes de tiempo, como evitándola cuando llega el momento. Me falta fuerza para continuar. De intento callo acerca de la elección de mi sucesor: temo que mi designación no recayese en el más digno; ó que, no siendo ratificada mi preferencia, llegase á ser perjudicial á quien la mereciera. Pero como verdadero hijo de la patria deseo ardientemente que el ejército encuentre un buen jefe después de mí.» Dicho esto, con igual serenidad dividió por testamento su fortuna privada entre sus amigos más íntimos, y en seguida preguntó por Anatolio, maestre de los oficios. Habiéndole contestado el prefecto Salustio que era feliz, comprendió que no existía y deploró con amargura aquella muerte, cuando contemplaba la suya con tanta indiferencia. Todos los presentes lloraban; pero Juliano les dijo que no debía llorarse al que marchaba al cielo á tomar puesto entre los astros; y esta reprensión, hecha con acento de amo, les impuso silencio. Entonces tuvo grave conversación con los filósofos Máximo y Prisco acerca de la sublimidad del alma; pero abrióse de nuevo su herida, y haciéndosele difícil la respiración por efecto de la hinchazón de las arterias, pidió agua fresca, que bebió: hecho esto, expiró sin agonía, cerca de la media noche, á los treinta y un años de edad. Había nacido en Constantinopla: huérfano desde la infancia, había perdido á su padre en medio de aquella proscripción general que atrajo la muerte de Constantino sobre todos aquellos que tenían derecho á la sucesión: y mucho tiempo antes había perdido á su madre Basilina, nacida de antigua é ilustre familia.

Merece Juliano que se le cuente entre los varones más grandes por sus elevadas cualidades y hazañas que realizó. Los moralistas admiten cuatro virtudes principales: la castidad, la prudencia, la justicia y el valor; y cuatro accesorias, en cierta manera exteriores

al alma: el talento militar, la autoridad, la fortuna y la liberalidad. Juliano dedicó su vida á adquirirlas todas.

En primer lugar era casto hasta el punto de que, desde el momento en que perdió á su esposa, prescindió por completo de mujer. Incesantemente recordaba las palabras que Platón pone en boca de Sófocles el trágico. Preguntado en su ancianidad si existía todavía en él la pasión por las mujeres, el poeta respondió que no, añadiendo que se felicitaba por haber sacudido el yugo de la tiranía más violenta é inexorable. Para confirmarse más en esta regla de conducta, complacíase Juliano en repetir este pasaje del poeta lírico Bacchilides, al que leía con sumo agrado: «La castidad en las personas elevadas es un barniz tan agradable como aquel con que el pintor embellece los rasgos de sus figuras.» Hasta en el vigor de la edad supo precaverse tan bien de toda tentación de este género, que los criados más inmediatos á su persona, jamás sospecharon, como muchas veces sucede, que sucumbiese alguna vez.

Favorecía mucho esta continencia la restricción que se imponía en la alimentación y el sueño, y que observaba en su palacio lo mismo que en el campamento. Asombraba ver á lo que se reducía la comida del Emperador, tanto en calidad como en cantidad. Con fundamento podía temerse que se le vería tomar de nuevo el manto de filósofo. No era cosa rara que en campaña comiese de pie como los soldados, no siendo su comida menos sencilla ni frugal. En cuanto corto sueño había reparado las fuerzas de su cuerpo endurecido en la fatiga, levantábase é iba á vigilar personalmente guardias y centinelas, regresando en seguida para entregarse á profundas y sabias meditaciones. Y si las antorchas nocturnas, testigos de sus vigilias, hubiesen podido hablar, sabríase hasta qué punto se diferenciaba de

otros príncipes el que ni siquiera obedecía á las exigencías de la naturaleza.

Algunos rasgos bastarán para dar idea de la extensión de su inteligencia, Poseía en alto grado el arte de gobernar y hacer la guerra. Gustaba de mostrarse afable, no guardando más reserva que la necesaria para ser respetado. Joven por la edad, era ya viejo por las virtudes. Era apasionado por las ciencias y juez irrecusable en casi todas. Censor rígido de las costumbres, aunque dulce por carácter, despreciador de las riquezas y de todo lo perecedero, su máxima favorita era que el sabio debe ocuparse del alma sin cuidarse del cuerpo.

Brilló por sus elevadas cualidades en la administración de justicia, y, según las circunstancias y las personas, supo hacerla aparecer terrible sin crueldad. Algunos ejemplos bastaron para reprimir los desórdenes. Más bien enseñaba la espada que hería. Conocida es la moderación con que castigó á sus enemigos personales que habían conspirado abiertamente contra él, y cómo mitigó con su natural bondad los castigos que merecían.

Numerosas campañas y multitud de combates atestiguan su valor en la guerra, así como su aptitud para soportar los rigores del frío y del calor. El soldado vale por el cuerpo y el general por la cabeza. Pero á Juliano se le vió pelear cuerpo á cuerpo, derribar con sus golpes adversarios formidables, y formar á los suyos que retrocedían, muralla con su pecho. En el dominado suelo de Germania, bajo el sol abrasador de la Persia, su presencia entre los primeros daba brío á su ejército. De sus conocimientos militares existen notorias y multiplicadas pruebas: ciudades y fortalezas tomadas en las condiciones más difíciles y peligrosas, disposición de batallas tan sabia como variada, atinada elección de campamentos como seguridad y salubridad, inteligen-

te disposición de avanzadas y líneas de defensa. Tanta influencia tenía sobre los soldados, que, si bien intimidados por su rigor en achaques de disciplina, le querían como á un compañero. Le hemos visto, no siendo más que César, hacerles afrontar, sin sueldo, la ferocidad de los bárbaros, y, con la sola amenaza de su renuncia, reducir al orden una multitud descontenta y armada. Y por decirlo todo de una vez, bastóle una sencilla exhortación á los soldados de las Galias, acostumbrados á las nieblas y al cielo de las orillas del Rhin, para llevarles por tantas comarcas lejanas hasta el suelo abrasador de la Asiria y las fronteras de los Medos.

Por mucho tiempo fué dichoso, como lo demuestran las inmensas dificultades que venció, guiándole la misma fortuna, por decirlo así, favorable entonces á sus empresas: y como lo demuestra también, después que abandonó el Occidente, aquella inmovilidad en que, como por efecto de un sortilegio, permanecieron hasta su muerte las naciones bárbaras.

Multitud de hechos acreditan su liberalidad. En achaque de impuestos, ningún príncipe fué tan generoso. Moderó las ofrendas de coronas de oro; perdonó los atrasos acumulados; fué imparcial en las cuestiones entre el fisco y el contribuyente; restituyó á las ciudades la percepción de las rentas municipales y también sus propiedades rústicas, exceptuando las enajenaciones realizadas en los reinados anteriores. En fin, jamás se le vió cuidadoso por acumular en su tesoro dinero que creía mejor colocado en los bolsillos particulares, diciendo algunas veces: «Alejandro el Grande contestaba cuando querían saber dónde estaba su tesoro: En casa de mis amigos.»

Después de haber hablado de sus buenas cualidades, pasemos á sus defectos, á pesar de que ya hemos dicho algo de ellos. No estaba exento de ligereza, pero en

cambio permitía que le reconviniesen cuando no tenía razón. Hablaba demasiado y no conocía el valor del silencio. Abusaba de la adivinación, yendo tan lejos como el emperador Adriano en esta materia. En su culto había más superstición que religión verdadera. Era tan grande el consumo de bueyes que ocasionaban sus sacrificios, que se decía llegarían á faltar si regresaba de su expedición á Persia, pudiéndosele aplicar el chiste que se hizo acerca de Marco Aurelio, siendo César: «A Marco César los bueyes blancos: «Concluímos si vuelves vencedor.» Era excesivamente aficionado á la lisonja; por la menor ventaja se exaltaba su vanidad, y no resistía entablar conversación con cualquiera por simple deseo de popularidad.

A pesar de estos defectos, podría repetirse con él que su reinado iba á traer de nuevo la justicia á la tierra, alejada, según la ficción de Arato, por los vicios de los hombres; y el elogio sería completamente verdadero, si algunas arbitrariedades no contradijesen la estricta equidad, regla ordinaria de su conducta. Por punto general sus leyes están exentas del estrecho despotismo que viola la libertad natural. Pero en este elogio hay que hacer excepciones, siendo una de ellas la tiránica prohibición de enseñar, impuesta á los retóricos y gramáticos que profesaban el cristianismo, á menos que abjurasen su culto. También constituye intolerable abuso de poder la obligación de pertenecer al orden municipal, impuesta á muchas personas que gozaban del beneficio de exención por su cualidad de extranjeros, por privilegio ó por nacimiento.

En cuanto á su exterior, tenía mediana estatura, el cabello liso como si acabase de peinarlo, la barba espesa, áspera y puntiaguda. Sus ojos eran hermosos, y el fuego con que brillaban revelaba un espíritu que se sentía encerrado en paraje estrecho. Tenía bien dibujadas

las cejas, la nariz recta, la boca algo grande, prominente el labio inferior, el cuello grueso é inclinado, anchos los hombros y desarrollado el pecho. Todo su cuerpo, de la cabeza á los pies, presentaba proporciones exactas, por cuya razón era vigoroso y ágil en la carrera.

Sus detractores le acusan de haber atraído sobre su país los apuros de la guerra; pero en realidad no se le debe atribuir el origen de la guerra con los Persas, sino á Constancio, que, por avidez, como antes demostramos, creyó demasiado en las mentiras de Metrodoro. Este príncipe es, pues, el responsable de la destrucción de nuestros ejércitos, de los que cuerpos enteros rindieron las armas, del saqueo de nuestras ciudades, de la demolición de nuestras fortalezas, de la extenuación de nuestras provincias, y, en fin, de la realización muy probable de aquella amenaza del enemigo de llevar la guerra hasta Bitinia y las playas de la Propóntida. La Galia la encontró Juliano con una guerra, antigua ya, encarnizándose cada día más: nuestras provincias eran presa de los germanos; los Alpes, muy pronto atravesados, iban á abrir la Italia á sus estragos; por todas partes desolación y ruina, heridas sangrientas y en perspectiva, males más terribles aún. En socorro del Occidente se envía á un joven adornado con vano título. Llega, y todo queda reparado, y los reyes enemigos le obedecen como esclavos. La idea de levantar de igual manera al Oriente le llevó á hacer la guerra á los Persas, y sin duda hubiese alcanzado un nombre y trofeos si el favor del cielo hubiese acompañado á su valor y excelentes planes. Y cuando se ve á tantos náufragos volver á arriesgarse en el mar, á tantos vencidos tentar de nuevo la fortuna en los combates y exponerse de buena voluntad á pruebas que ya les han sido fatales, no es posible censurar á un príncipe victorioso siempre por acudir una vez más en busca de la victoria.

No habia tiempo para llantos y lamentos. El cadáver recibió solamente, por razón de las circunstancias, los cuidados que reclamaba su traslación al punto donde había de ser enterrado, elegido por el mismo príncipe difunto. Y al siguiente día, cinco de las kalendas de Julio, mientras los Persas rodeaban al ejército por todos lados, los jefes, después de convocar á los tribunos de las legiones y de la caballería, se reunieron para deliberar acerca de la elección de emperador. En el primer momento verificóse violenta excisión. Arintheo, Víctor y otros capitanes del antiguo ejército de Constancio, querían que se eligiese en sus filas; mientras que Nevita, Degalaifo, con los demás capitanes galos, insistían en que la elección recayese en uno de ellos. Prolongábase el debate, porque ninguno de los dos bandos quería ceder, cuando se pusieron de acuerdo para dar todos los votos á Salustio, quien se excusó con su edad y achaques; y como persistía inquebrantable en su negativa, un capitán distinguido dijo: «¿Qué habría hecho cada uno de vosotros si el Emperador, como muchas veces ha ocurrido, le hubiese encargado en su ausencia la dirección de la guerra? ¿No pensaría, prescindiendo de toda consideración extraña, en sacar á nuestros soldados de la crítica posición en que se encuentran? Esto es lo que hay que conseguir: y si logramos volver á la Mesopotamia, entonces los votos reunidos de los dos ejércitos eligirán al Emperador legítimo.»

Durante estos cortos momentos de natural vacilación, ocurrió que algunos impacientes, mientras se deliberaba, eligieron tumultuosamente á Joviano, jefe de los guardias, cuyos únicos títulos eran los servicios de su padre, siendo muy mediana la recomendación. Joviano era hijo del conde Versoniano, que hacía poco tiempo había dejado la carrera militar para entregarse á tranquila vida. Revestido ya Joviano con los orna-

mentos imperiales, había salido de su tienda y recorría las filas del ejército, dispuesto á ponerse en marcha. Las líneas se extendían en el espacio de cuatro millas; y por esta razón los soldados, colocados delante de las enseñas, oyendo saludar á Joviano Augusto, repitieron el grito con todas sus fuerzas, porque, engañados con la semejanza de los nombres, que solamente se diferencian en una letra, creyeron que se les devolvía á Juliano y que era él á quien se le recibía con el acostumbrado entusiasmo. Pero al ver avanzar la larga figura inclinada de Joviano, comprendióse la triste verdad y hubo una explosión de lágrimas y sollozos. Una elección hecha en tales circunstancias, no podía juzgarse con mucha escrupulosidad; porque esto valdría tanto como censurar á marineros que, habiendo perdido un hábil piloto zumbando la tempestad, entregasen el timón á aquel de entre ellos que aceptase la responsabilidad de la salvación común. Apenas había hecho esta elección el capricho de la fortuna, cuando el signífero de los Jovianos, que por mucho tiempo había mandado Verroniano, huyó al campamento de los Persas. Este hombre había tenido altercados con Joviano, entonces igual suyo, que estaba muy ofendido por sus inconvenientes palabras contra su padre, y tuvo miedo al resentimiento de un enemigo que había llegado al rango supremo. Admitido á la presencia de Sapor, que se encontraba á corta distancia, le dijo que aquel á quien tanto temía no existía ya, y que un tumulto de criados del ejército había elegido á Joviano, simple protector, hombre sin alcances ni energía, un fantasma de Emperador. Al enterarse Sapor de la noticia, que colmaba su deseo más ardiente, se apresuró á reforzar con respetable cuerpo de caballería de sus fuerzas de reserva las tropas que habían combatido contra nosotros, y mandó atacar con viveza á nuestra retaguardia.

Tal era el estado de las cosas por ambas partes. Consultóse en interés de Joviano las entrañas de las víctimas, siendo la respuesta que se perdería infaliblemente si, como había dicho, esperaba al enemigo detrás de una empalizada, pero que conseguiría ventaja en campo raso. Comenzaron, pues, á ponerse en marcha. En seguida atacaron los Persas con los elefantes, que iban al frente. Al pronto los gritos y el aspecto de estos animales espantan nuestros caballos y hasta los jinetes. Sin embargo, los Jovianos y Herculianos mataron algunos y resistieron á los catafractos. Al ver el peligro de sus compañeros, acudieron los Jovios y Victorios, que mataron dos elefantes é hicieron terrible carnicería en los Persas. Por nuestra parte perdimos en el ala izquierda tres varones de gran valía, Juliano, Macrobio y Máximo, tribunos de las mejores legiones del ejército. A éstos se les tributaron los últimos honores lo mejor que permitieron las circunstancias. Como se acercaba la noche, apresuramos el paso para llegar á un fuerte llamado Sumera; y en el camino reconocimos el cadáver de Anatolio, enterrándole apresuradamente. Allí se nos reunieron sesenta soldados y algunos guardias que, como dijimos antes, se habían refugiado en el fuerte Vaccatum.

A la mañana siguiente acampamos en un valle en forma de embudo, que no tenía más que una salida, formando en derredor las montañas como una muralla natural, á la que añadimos un refuerzo de estacas aguzadas como puntas de espadas. Viéndonos tan bien atrincherados, el enemigo, que ocupaba los desfiladeros, se contentó con enviarnos desde allí nubes de saetas de todas clases, al mismo tiempo que nos colmaba de improperios, llamándonos traidores y asesinos del príncipe más digno de estimación; porque algunos desertores les habían repetido el vago rumor que había corrido

de que el arma que hirió á Juliano la lanzó mano romana. Dos turmas enemigas se atrevieron á forzar la puerta pretoriana y á penetrar hasta la tienda de Joviano; pero las rechazaron vigorosamente, matando ó hiriendo á muchos.

Al salir de este campamento ocupamos á la noche siguiente á Charcha, donde, gracias á la destrucción de las fortificaciones de que en otro tiempo estaba guarnecida la orilla del río para cerrar la Asiria á los sarracenos, no tuvimos que soportar ningún insulto. El día de las kalendas de Julio, después de recorrer treinta estadios, nos acercábamos á una ciudad llamada Dura, cuando los conductores de nuestros bagajes, que naturalmente se encontraban á retaguardia, y á quienes el cansancio de las bestias obligaba á caminar á pie, se vieron repentinamente envueltos por una nube de sarracenos, que habrían dado cuenta de ellos, si algunas turmas ligeras de los nuestros no hubiesen acudido rápidamente á libertarlos. Los sarracenos se habían vuelto contra nosotros desde la retirada de subsidios y tributos á que antes estaban acostumbrados. Cuando se quejaron á Juliano, no obtuvieron más que esta respuesta. «Un príncipe guerrero y vigilante no tiene en la mano oro, sino hierro.»

Con interminables escaramuzas nos retuvieron los Persas en aquella comarca cuatro días, obligándonos continuamente á regresos ofensivos en cuanto nos veían en marcha, y replegándose en cuanto presentábamos batalla. En las circunstancias desesperadas fácilmente se aceptan las ilusiones. Había corrido el rumor de que estábamos cerca de nuestras fronteras, y el ejército pedía á gritos repasar el Tigris. El Emperador lo negó terminantemente, apoyado en la opinión de todos los jefes; y mostrando á los soldados el río hinchado con la crecida de la canícula, les exhortó para que

no se arriesgasen en aquella peligrosa tentativa. Considerable número, decía, no sabían nadar, y además, el enemigo ocupaba con muchas fuerzas las dos orillas. Pero en vano multiplicaba las observaciones; no por esto cedían en su obstinación, mostrándose la impaciencia del ejército con gritos furiosos y amenazando llegar á los últimos extremos. Concluyóse por ceder, y se mandó á los galos y germanos del Norte que entrasen los primeros en el río, calculando que, si les arrastraba la corriente, su desastre serviría de lección á la tenacidad de los otros, y que sería presagio favorable al paso si llegaban sanos y salvos á la otra orilla. Eligióse, pues, á los más hábiles en este género de ejercicio, aquellos para quienes era costumbre desde la infancia atravesar los inmensos ríos de su país natal, formando esto parte de su educación. A favor de la obscuridad de la noche se lanzaron todos, á una señal dada, en medio de las aguas, y llegaron á la otra orilla más pronto de lo que se esperaba. Desde allí, arrastrándose sobre el vientre hacia algunas guardias enemigas que se habían dormido en vez de vigilar, hicieron estragos en ellas, apresurándose en seguida á alzar las manos agitando paños enrollados de sus vestidos en señal de su audaz empresa. Vióse desde lejos la señal, y el ejército ardió en deseos de reunírseles; pero fué necesario esperar, porque los arquitectos habían ofrecido establecer un puente con odres y cueros de bueyes, y la construcción experimentaba retrasos.

En medio de tantos esfuerzos vanos, el rey Sapor, que, de lejos ó de cerca, constantemente se encontraba bien informado por sus exploradores ó los desertores, no ignoraba ninguna hazaña de nuestros soldados, la espantosa matanza de sus tropas ni la destrucción de sus elefantes, destrucción tal, que no recordaba haber experimentado otra parecida. Comenzaba á convencer-

se de que el ejército romano no había hecho más que aguerrirse con tantos combates y fatigas; que desde la muerte de su glorioso jefe no pensaba en la salvación, sino en la venganza y en concluir con las dificultades que le rodeaban con una victoria decisiva ó con una catástrofe sublime. También hacía una reflexión alarmante: numerosas fuerzas estaban diseminadas en nuestras provincias, bastando una señal para reunirlas. Por experiencia sabía el efecto que producían en Persia tamaños desastres en el espíritu de las poblaciones. Teníamos además en Mesopotamia una reserva casi tan importante como nuestro ejército principal: pero le impresionaba especialmente aquel paso del río, impunemente realizado á pesar de la crecida de las aguas, por quinientos nadadores que, después de degollar las guardias encargadas de impedirlo, invitaban desde la otra orilla á sus compañeros á que imitasen su audaz empresa.

Por nuestra parte, perdimos lamentablemente dos días luchando contra la violencia de las aguas para establecer el puente, consumiendo los escasos víveres que nos quedaban. Exasperado por el hambre, el soldado solamente pedía morir por el hierro, para escapar á este innoble suplicio.

Pero el numen eterno del Dios celestial estaba por nosotros. Los Persas, tomando contra toda esperanza la iniciativa de las proposiciones pacíficas, nos enviaron por negociador al Surena y á otro magnate del reino. Ellos también perdían valor al considerar la superioridad de las armas romanas, que se señalaban diariamente con alguna ventaja notable. Pero sus condiciones eran duras y sus palabras capciosas: «Su clementísimo rey, decían, permitiría por humanidad al resto del ejército retirarse, si el César, de acuerdo con sus capitanes, aceptaba sus condiciones.» Por nuestra parte

enviamos al prefecto Salustio y á Ariutheo: y en estas interminables conferencias transcurrieron cuatro días de inacción y de tormentos. No se hubiese necesitado más, si el príncipe hubiese sabido aprovecharlos antes de enviar los negociadores, para salir del territorio enemigo y llegar á los puntos fortificados de la Corduena, país nuestro, lleno de recursos, y que solamente distaba cien millas.

El rey reclamaba obstinadamente todo lo que Maximiano le había tomado. El precio de nuestro rescate, según decía el documento, debía ser la restitución de las cinco provincias transtrigritanas, á saber: Arzanena, Moxoena, Zebdicena, Rehimena y Corduena, con quince plazas fuertes: además, Nisiba, Singara y el fuerte de los Morales, uno de los baluartes más importantes de nuestra frontera. Cien veces más valía combatir que aceptar una sola de estas condiciones. Pero el tímido príncipe se encontraba rodeado de aduladores, y, para asustar, se pronunciaba ante todo el nombre de Procopio. Decían que era indispensable regresar rápidamente; de no hacerlo, este general, que conservaba un ejército intacto, podía, á la noticia de la muerte de Juliano, promover una revolución sin encontrar resistencia. Tan perniciosas insinuaciones obraban incesantemente en el ánimo de Joviano, que concluyó por dejarse convencer y aceptarlo todo sin discutir. Consiguió, sin embargo, pero con mucho trabajo, que Nisiba y Singara no pasasen sino evacuadas por sus habitantes bajo la obediencia de la Persia, y que cuando se entregasen las otras plazas, los súbditos romanos tuviesen libertad para trasladarse á algunas de las nuestras. Por una cláusula adicional, condición tan desleal como funesta, se estipuló que en lo sucesivo no podríamos auxiliar contra Persia á Arsaces, nuestro antiguo y fiel aliado. Por este medio quería el enemigo castigar per-

sonalmente á este príncipe por el estrago de la provincia de Chilicoma, llevado á cabo por orden de Juliano, y además procurarse facilidades para invadir más adelante la Armenia. El tratado tuvo realmente por consecuencia el cautiverio de Arsaces, y, con ocasión de esto, disensiones intestinas que aprovecharon los Persas para apoderarse de Artaxata y de casi toda la frontera de la Armenia por el lado de los Medos.

En cuanto quedó convenido este innoble tratado, entregáronse rehenes como garantía de su ejecución: siéndolo por nuestra parte Remora, Víctor y Belovedio, tribunos de los primeros cuerpos del ejército; y por los persas Bineses, uno de sus sátrapas más distinguidos, y otros tres varones notables. Ajustóse la paz por treinta años, y se sancionó con las acostumbradas ceremonias religiosas. Emprendimos para regresar camino diferente, con objeto de evitar los malos pasos y las asperezas que se encuentran siguiendo las sinuosidades del río; pero los horrores de la sed se unieron entonces á los del hambre.

Esta paz, de la que habían sido pretexto los sentimientos humanitarios, fué funesta para muchos de los nuestros. Unos, extenuados por el hambre y no pudiendo continuar la marcha, quedaban á la espalda y no se les veía más. Otros se lanzaban al río y se ahogaban al querer atravesarlo. Algunos, bastante afortunados para llegar á la otra orilla, caían aisladamente en manos de los sarracenos y hasta de las mismas partidas persas, desalojadas anteriormente por el brusco paso de los germanos, y eran degollados como corderos ó llevados lejos para venderlos. Pero cuando la bocina dió oficialmente la señal del paso, tuvo lugar un apresuramiento, una confusión imposible de describir, para asegurarse medios de salvación, cada cual por cuenta propia: unos sobre zarzos reunidos al azar, ó cogiéndose á las bes-

tias de carga que nadaban aquí y allá; otros sosteniéndose en odres; algunos nadando al sesgo para vencer la violencia de la corriente. El Emperador pasó primeramente con corto acompañamiento en las barquillas que pudieron salvarse del incendio de la flota, y en seguida, haciendo que repasaran, llevaron al resto. De esta manera, gracias al favor divino, todos los que no habían sido víctimas de la impaciencia, pudieron llegar bien ó mal á la otra orilla.

Cuando todavía nos abrumaba el temor de otras angustias, supimos por exploradores que los Persas echaban un puente en un punto lejano, con la intención, sin duda, de interceptar á los enfermos y aspeados, que se retrasarían confiando en el tratado, y también algunas bestias de carga cansadas. Pero en cuanto vieron descubierto aquel traidor propósito, lo abandonaron. Esta alarma nos hizo forzar la marcha y llegamos cerca de Hatra, ciudad antigua, rodeada de inmensa soledad, desierta desde mucho tiempo. Los belicosos emperadores Trajano y Severo intentaron muchas veces su destrucción y estuvieron á punto, como se dijo en la vida de uno y otro, de perecer con todo su ejército. Como allí teníamos delante setenta millas de llanura árida, donde solamente se encuentra agua amargosa y fétida, y por toda alimentación plantas de abrótano, ajenjo, dracontea y otras hierbas igualmente despreciables, llenamos de agua dulce cuantos utensilios nos quedaban, y nos procuramos víveres, muy poco sanos, á la verdad, matando nuestros camellos y demás bestias de carga.

Después de seis días de marcha, faltó hasta la hierba, último recurso en los casos extremos. Entonces nos alcanzó cerca de la fortaleza de Ur, Cassiano, duque de Mesopotamia, y el tribuno Mauricio, trayéndonos un convoy de víveres, sacados por Procopio y Sebastián

de los almacenes mejor conservados de los cuerpos de reserva que mandaban. El otro Procopio, notario, y Memórides, tribuno militar, partieron en seguida para notificar á la Iliria y las Galias la muerte de Juliano y el advenimiento de Joviano al poder supremo; entregándoles el príncipe, para que se los ofreciesen á su suegro Luciliano, retirado del servicio y entregado al descanso en Sirmium, los nombramientos de jefe de la infantería y caballería. Debían ir á buscarle á su retiro y excitarle para que marchase á Milán á fin de asegurar el orden y para organizar la represión si, lo que más temía Joviano, estallaba alguna rebelión. En carta particular aconsejaba á Luciliano que se rodease de hombres hábiles y seguros, cuyo concurso pudiera aprovecharse según los casos.

Acertada elección le hizo fijarse en Malarico, que se encontraba á la sazón en Italia ocupado exclusivamente en asuntos particulares, para reemplazar á Jovino en el mando militar de las Galias, y le envió las insignias. En esta preferencia llevaba doble intención: por un lado apartaba un hombre de mucho mérito y, por tanto, peligroso; y por otro, satisfacía con exceso los deseos que su ambición hubiese podido formar, y le interesaba decididamente en el mantenimiento del régimen, débil todavía, al que era deudor de su encumbramiento. Los dos emisarios llevaban instrucciones para ponerse de acuerdo, con objeto de presentar bajo el mejor aspecto los últimos actos, y especialmente el convenio que ponía afortunadamente fin á la guerra con los Persas; de caminar día y noche para mayor rapidez, y en cuanto hubiesen entregado las cartas del príncipe á las autoridades militares y provinciales, y sondeado prudentemente la opinión respecto al nuevo reinado, regresar prontamente á dar cuenta, con objeto de que, según el estado en que se encontrasen las cosas en los puntos

lejanos, el Gobierno pudiese tomar sus medidas con mayor seguridad y conocimiento de causa.

Pero la fama, tan veloz mensajera de las malas nuevas, se adelantó por todas partes á los enviados, hiriendo con terrible dolor á los habitantes de Nisiba la noticia de que su ciudad iba á ser entregada á Sapor. Con terror pensaban en los rencores que debían haber aglomerado en el ánimo de este rey las numerosas vejaciones que había experimentado delante de sus murallas y los mares de sangre que le habían costado. Indudable es, en efecto, que, sin la inexpugnable fortaleza de las defensas de esta ciudad y su excelente emplazamiento, la dominación de los Persas se habría extendido por todo el territorio del Imperio. En medio de sus vivas alarmas, conservaban, sin embargo, los desgraciados un destello de esperanza; creyendo que el Emperador espontáneamente ó vencido por los ruegos retrocedería ante el fatal abandono del baluarte más firme del Oriente.

Mientras que por todas partes se propagaba el relato de nuestras desgracias, diferentemente referidas, agotamos muy pronto el pobre recurso del convoy de víveres que habíamos recibido; y, de faltarnos la carne de las bestias de carga que habíamos matado, hubiésemos quedado reducidos á devorarnos unos á otros. De esto resultó el abandono de la mayor parte del bagaje y hasta de las armas: y al fin llegó á ser tan extraordinaria la escasez, que el modio de cebada, cuando por casualidad se veía en el campamento, costaba por lo menos diez monedas de oro.

Desde Ur llegamos á Thilsafata, donde, según exigían las circunstancias, Sebastián y Procopio vinieron á nuestro encuentro con los tribunos y los jefes principales de las fuerzas que se les habían confiado para guardar la Mesopotamia, recibiéndoseles con agasajo.

Desde allí apresuramos la marcha y al fin vimos la deseada Nisiba. Pero Joviano se contentó con acampar alrededor de la ciudad y se negó terminantemente á las reiteradas instancias del pueblo para que se aposentase en el palacio, según acostumbraban los emperadores; porque se habría avergonzado de consagrar con su presencia dentro de sus murallas la cesión de una ciudad inexpugnable á un irreconciliable enemigo.

En la noche de este día, Joviano, el primer notario, el mismo que se introdujo por una mina en Maiozamalca, fue arrebatado de la mesa donde cenaba, llevado sigilosamente y arrojado en un pozo seco, que llenaron de piedras. Después de la muerte de Juliano, le habían designado algunos votos como digno del Imperio. Habiendo sido nombrado el otro Joviano, este se mostró poco prudente, habló de la elección y dió comidas á los jefes militares.

Al siguiente día, Bineses, que, como ya hemos dicho, era uno de los jefes principales del ejército persa, se presentó, como obediente servidor del rey, á reclamar la inmediata ejecución del tratado. Con autorización de Joviano entró en la ciudad y enarboló en la fortaleza el estardante de su nación, señal funesta de la expulsión de los ciudadanos. Intimados aquellos desgraciados para que buscasen otra patria, protestaban con las manos juntas de aquella orden fatal; comprometiéndose, decían, sin que el Estado les suministrase tropas ni víveres, á defender por sí mismos la plaza, como lo habían hecho muchas veces con éxito: porque peleando por el suelo natal, tendrían de su parte la justicia. En estos ruegos, se unían al pueblo las clases elevadas; pero sus palabras se perdían en el viento. El Emperador, á quien en realidad preocupaba otro temor, alegaba el de ser perjuro; por lo que Sabino, varon distinguido entre todos los magistrados municipales por su

nacimiento y fortuna, observó que Constancio, en medio de una guerra terrible y en muchas ocasiones desgraciada contra los Persas, obligado á huir y refugiarse con corto número de los suyos tras de las inseguras fortificaciones de Hibita, y al fin á vivir del pan que le daba una campesina vieja, murió sin haber cedido ni una pulgada del territorio del Imperio, mientras que Joviano, por preludio de su reinado, abandonaba la llave de sus províncias, una ciudad que desde tiempo inmemorial había sido la salvaguardia del Oriente. Joviano, obstinándose en la religión del juramento, no se conmovió. Pero en el instante en que, cediendo á las instancias que le habían hecho, aceptaba el acostumbrado homenaje de una corona, después de haberla rehusado mucho tiempo, un abogado llamado Silvano, pronunció estas palabras: «¡Ojalá te coronen lo mismo ¡oh Príncipe! las demás ciudades que te quedan!» Estas palabras le molestaron mucho y dió orden, en medio de las maldiciones lanzadas contra su reinado, para que evacuasen la ciudad en tres días.

La fuerza armada apoyó esta orden, amenazando con la muerte á los que se retrasasen. Entonces resonaron lamentos en toda la ciudad: aquí una matrona de elevado rango lanzada de sus penates, se arrancaba los cabellos al abandonar la casa en que nació y se educó; allí una madre, una viuda se despedía para siempre de las cenizas de su esposo y de sus hijos. Veíase multitud de desgraciados besando ó inundando de lágrimas las puertas ó los umbrales de sus casas: todos los caminos estaban llenos; cada ciudadano cogía apresuradamente lo que creía poder llevar y abandonaba el resto, precioso ó no, por falta de medios de transporte.

¡A ti ¡oh fortuna del pueblo romano! hay que acusar! Cuando una tempestad quebranta el Imperio, tú le arrebatas una dirección hábil y firme, para confiar las

riendas á manos débiles é inexpertas en el ejercicio del poder. Ni alabanza ni censura merece el príncipe sometido á tal prueba y al que nada de su vida anterior llamaba á sostenerla. Pero lo que no perdonará jamás ningún hombre honrado á quien no experimentaba más que una inquietud, la de ver surgir un rival; una preocupación, la de que algún ambicioso removiese la Italia ó las Galias; un deseo, en fin, el de su regreso, es la hipocresía de respeto á la fe jurada con que quiso cubrir la deshonrosa entrega de Nisiba, de aquella ciudad que desde el tiempo de Mitrídates, servía al Oriente de barrera contra la invasión de los Persas. Creo que, desde el origen de Roma, no se encontrará en nuestros anales el ejemplo de una cesión cualquiera de territorio, hecha al enemigo por un Emperador ó un cónsul. Entonces, recobrar una provincia no llevaba consigo los honores del triunfo; necesitándose para merecerlo, haber ensanchado los límites. Esta gloria se negó á Scipión, que había devuelto la España á la dominación romana; á Fulvio, que recobró Capua después de tan prolongada guerra; á Opimio, vencedor en aquella encarnizada lucha que trajo Fregelas á nuestro poder. En nuestra historia hay ejemplos de que tratados deshonrosos, arrancados por la necesidad y solemnemente jurados, han sido rotos é inmediatamente continuadas las hostilidades; testigos de ello nuestras legiones pasando en otro tiempo bajo el yugo samnita en las Horcas Caudinas; el indigno convenio de Albino en Numidia y aquella paz rota por Mancino, que entregó su autor á los numantinos.

Después de la entrega de Nisiba, consumada con la expulsión de sus habitantes, quedó encargado el tribuno Constancio de entregar á los Persas las otras plazas y pedazos del territorio. En seguida se comisionó á Procopio para que acompañase los restos de Juliano al su-

burbio Tarsense, y depositarlos allí, según la voluntad de aquel príncipe. Así lo hizo Procopio, pero inmediatamente después de la inhumación, desapareció, sabiendo ocultar su retiro á todas las investigaciones, hasta el momento en que, mucho tiempo después, reapareció de pronto revestido con la púrpura en Constantinopla.

Terminadas estas cosas, marchamos apresuradamente á Antioquía, donde, durante muchos días mostróse la cólera divina por una serie de señales, que los expertos en la ciencia adivinatoria interpretaron como siniestras. La esfera de bronce que tenía la estatua de Maximiano César, colocada en el vestíbulo del palacio, desapareció repentinamente de su mano. Los maderos de la sala del consejo crujieron con espantoso ruido. Aparecieron cometas en pleno día. Acerca de éstos varían las opiniones de los físicos. Según unos, deben su existencia y nombre á reuniones fortuitas de estrellas, cuyo centelleo produce esa cabellera luminosa de que los vemos provistos; según otros, son secas emanaciones del suelo que se inflaman cuando se elevan por encima de la atmósfera. Dice otra opinión que los forman los rayos del sol interceptados por densa nube, y cuya luz, al filtrarse por este cuerpo opaco, llega á nosotros con el aspecto de un conjunto de estrellas. Otros atribuyen el fenómeno á una elevación insólita de nubes, que, más inmediatas á los fuegos celestes, reflejan su luz. En fin, siguiendo otra opinión, son estrellas como las demás, si bien se ignora el tiempo marcado para que aparezcan y desaparezcan. Otras teorías tienen los astrónomos acerca de los cometas, que no podemos exponer por continuar nuestra narración.

Joviano, devorado por la inquietud, apenas llegado á Antioquía, pensaba ya en salir. A pesar de todas las observaciones, partió en lo más riguroso del invierno, y, no cuidando de hombres ni caballos, pasó á Tarso,

famosa metrópoli de la Cilicia, de cuyo origen hablé antes. Igual prisa tenía por alejarse de allí; sin embargo, quiso ocuparse algo del embellecimiento de la tumba de Juliano, que estaba fuera de las murallas, en el camino que lleva á las gargantas del monte Tauro. En buena justicia, no era el Cydno, por riente y limpio que sea, el río á que corresponde el honor de correr cerca de aquellas cenizas: puesto más digno y propio para perpetuar la memoria de tal nombre, se le debía en las orillas del Tiber, que baña la ciudad eterna y los monumentos de los héroes y de los dioses.

Desde Tarso, marchando á largas jornadas, llegó á Tyana, en Capadocia, donde encontró al notario Procopio y al tribuno Memórido, que le dieron cuenta de su misión. Siguiendo el orden de los hechos, Luciliano había marchado primeramente á Milán, con los tribunos Seniauco y Valentiniano; y, enterado de que Malarico rehusaba el mando que se le había ofrecido, había marchado apresuradamente á Remos (Reims). Allí el celo le hizo olvidar la prudencia; y, obrando como en tiempos de completa seguridad, entabló intempestiva discusión de cuentas con el intendente. Éste, que tenía que ocultar infidelidades y fraudes, había huído á un puesto militar, donde propagaba el rumor de que Juliano no había muerto y que un hombre preparaba una sublevación contra él. Esta fábula produjo entre los soldados violenta excitación, de la que fueron víctimas Luciliano y Seniauco. Valentiniano, futuro Emperador, temiendo por su vida, no había sabido al principio dónde refugiarse; pero gracias á su huésped Primitivo, pudo desaparecer. En compensación de estas malas noticias, añadieron que una comisión de jefes de escuelas, según se les llama en el orden militar, iba á llegar de parte de Jovino, para anunciarle que el ejército de las Galias reconocía su autoridad.

Valentiniano había regresado con los dos comisarios, y Joviano le dió el mando de los escutarios de la segunda escuela. También hizo ingresar en los guardias del palacio á Viteliano, que servía en los hérulos, y más adelante le hizo conde, recibiendo una misión en Iliria, que desempeñó mal. En seguida se apresuró Joviano á enviar á Armitheo á las Galias, con una carta para Jovino, confirmándole en su puesto y exhortándole á permanecer fiel. Encargábale que castigase al autor de la sedición, y que enviase presos á la corte á todos los que habían figurado en primera fila. Después de estas disposiciones, consideradas necesarias, marchó á Aspuna, municipio pequeño de la Galacia, para recibir á la comisión del ejército de las Galias. Allí dió audiencia en Consejo á los comisionados, recibió con agrado las nuevas que traían y les envió á sus puestos cargados de regalos.

(Año 364 de J. C.)

Cuando el Emperador pasó á Ancira, con la ostentación que permitían las circunstancias, tomó el consulado con su hijo Verroniano, que casi estaba en la cuna. Los gritos que lanzó este niño para que no le colocasen en la silla curul, según se acostumbra, parecían presagiar el acontecimiento que no tardó en sobrevenir.

Acercábase á grandes pasos Joviano al término de su vida. La noche de su llegada á la ciudad de Dadastana, que señala el límite entre la Galacia y la Bitinia, se le encontró muerto, dando esto origen á multitud de conjeturas. Suponíase que había perecido por asfixia á consecuencia de haber enlucido recientemente con cal las paredes de su habitación, ó bien por las emanaciones del carbón que habían encendido en cantidad excesiva, ó quizá por efecto de una indigestión, resultado de in-

temperancia en la mesa. Tenía entonces treinta y tres años. Este fin se parece al de Scipión Emiliano, no dando lugar uno ni otro á ninguna investigación.

Joviano era digno en la apostura, tenía semblante alegre y los ojos azules. Su estatura y corpulencia eran tales, que costó trabajo encontrar adornos imperiales para él. A ejemplo de Constancio, que prefería como modelo á Juliano, veíasele dejar para la tarde los asuntos graves, y holgar en público con sus cortesanos. Adepto á la religión cristiana, en ocasiones se mostró liberal con ella, pero esto más por sentimiento que por convicción ilustrada. Por el corto número de jueces que nombró, puede formarse idea de la atención que prestaba á su elección. Era aficionado á las mujeres y á la mesa, debilidades que hubiese podido corregir la circunspección imperial. Dícese que su padre Verroniano recibió en sueños una advertencia acerca de la alta fortuna reservada á su hijo, y que lo había comunicado á dos hijos suyos, añadiendo que él mismo había de revestir la toga consular; pero si se realizó una predicción, no sucedió lo mismo con la otra, porque el anciano solamente se enteró del advenimiento de Joviano, impidiéndole la muerte ver á su hijo en el trono. Sin embargo, su nombre recibió el honor que se le prometió en sueños, en la persona de su nieto, que, como ya hemos dicho, fué declarado cónsul con su padre Joviano.

LIBRO XXVI

—

SUMARIO

Valentiniano, tribuno de la segunda escuela de los escutarios, es designado, aunque ausente, emperador en Nicea, por unánime consentimiento de los órdenes civil y militar.—Observaciones sobre el bisiesto.—Valentiniano acude de Ancira á Nicea, donde por unanimidad queda confirmada su elección.—Reviste la púrpura, ciñe la diadema, y, con el título de Augusto, dirige una arenga al ejército.—Aproniano, prefecto de Roma.—Valentiniano, en Nicomedia, eleva á su hermano Valente á la dignidad de tribuno de las caballerizas, y poco después, con el consentimiento del ejército, le asocia al Imperio, en el Hebdomo en Constantinopla.—Reparto de las provincias y del ejército entre los dos Emperadores, que se adjudican el consulado, uno en Milán y el otro en Constantinopla.—Estragos de los alemanes en las Galias.—Sublevación de Procopio en Oriente.—Patria de Procopio, su origen, carácter y dignidades.—Permanece escondido durante el reinado de Joviano.—Improvísase él mismo emperador en Constantinopla.—Apodérase de toda la Tracia sin combatir.—Seduce con sus promesas á muchos destacamentos de infantería y caballería que atravesaban la provincia.—Con hábiles palabras se atrae á los jovianos y victorios que enviaba Valente contra él.—Procopio hace levantar los sitios de Calcedonia y de Nicea y se apodera de la Bitinia.—Lo mismo hace con Cicico, después de forzar el paso del Helesponto.—Deserción de sus partidarios en Bitinia, Licia y Frigia.—Entréganlo vivo á Valente, que manda cortarle la cabeza.—Suplicios de Marcelo, pariente de Procopio, y de considerable número de sus adeptos.

Con sumo cuidado he llevado mi narración hasta el punto en que comienza la época actual. Al llegar á este período, en el que la generación presente ha sido testigo de los hechos, tal vez sería prudente no continuar,

porque la verdad es peligrosa muchas veces, y además, porque muchos creen que se les ofende si el historiador omite una palabra que el príncipe pronunció en la mesa, si no dice terminantemente por qué se reunieron los soldados en tal día, ó si su discreción omite una choza en la descripción, prolija ya, de alguna comarca y no menciona individualmente á todos los que asistieron á la toma de posesión de algún pretor. Estas minuciosidades son indignas de la gravedad del historiador, que atiende á las cosas generales y desprecia los detalles secundarios: además, locura igual sería empeñarse en consignarlos todos, como querer contar los corpúsculos que llenan el espacio y que llamamos átomos. Temores de este género, como observa Cicerón en su carta á Cornelio Nepote, son los que hicieron que muchos autores de la antigüedad publicasen durante su vida lo que habían escrito de historia contemporánea. Pero á riesgo de sufrir la crítica vulgar, continuaré narrando lo que resta.

Breve intervalo marcado únicamente con desgracias separaba la muerte de dos príncipes (1). El cadáver del segundo, después de las preparaciones necesarias, se envió á Constantinopla, donde debía descansar con las cenizas de sus antecesores. El ejército tomó en seguida el camino de Nicea, capital de la Bitinia. En un consejo celebrado allí entre las autoridades civiles y militares, reunidas por la gravedad de las circunstancias, y donde habían de fracasar algunas ambiciones, iba á deliberarse solemnemente acerca de la elección del más digno de ocupar el trono.

El nombre de Equicio, tribuno de la primera escuela de los escutarios, pronunciado con timidez por algunos,

(1) Desde el mes de Octubre del 361 al de Febrero del 364 habían muerto tres emperadores: Constancio, Juliano y Joviano.

fué rechazado por los varones de más autoridad de la asamblea, á quienes desagradaba por su aspereza y malas formas. También hubo votos en favor de Januario, pariente de Joviano, que desempeñaba entonces las funciones de intendente en Iliria; pero se consideró como obstáculo la distancia á que se encontraba, y de pronto, como por inspiración del Numen, fué elegido Valentiniano, sin que ni una sola voz protestase contra elección tan digna y conveniente. Valentiniano era jefe de la segunda escuela de escutarios, y Joviano le había dejado en Ancira, con orden de reunírsele en breve. Habiendo saludado la aprobación general como un bien público aquella elección, se le envió una comisión para que apresurase su regreso. Hubo, sin embargo, un interregno de diez días, que realizó la predicción que hizo en Roma el arúspice Marco por la inspección de las entrañas de las víctimas.

Entretanto Equicio, secundado por León, á la sazón intendente militar bajo Dagalaifo, jefe de la caballería, y después maestre de oficios, de cruel memoria, estaba atento á toda manifestación contraria, dedicándose especialmente á impedir que el inconstante favor del soldado se inclinase á cualquier pretendiente más cercano. Pannonios los dos, y, por consiguiente, factores naturales del príncipe designado, Equicio y León no cesaron de trabajar en este sentido el espíritu del ejército.

Valentiniano se apresuró á obedecer al mensaje, pero advertido, según se dice, por presagios y sueños, no quiso salir ni dejarse ver al día siguiente de su llegada, que era el intercalar del mes de Febrero del año bisiesto (1), sabiendo que los romanos consideraban nefasto este día. Explicaré lo que se entiende por bisiesto.

(1) Cada cuatro años se intercalaba un día adicional, entre el seis y el siete de las kalendas de Marzo, que corresponden á los últimos días de nuestro mes de Febrero. De aquí la palabra

Astrónomos antiguos, de los que son los más notables Metón, Eucemón (2), Hiparco (3) y Arquímedes, han definido el año el regreso del sol al mismo punto, después que ha recorrido, obedeciendo á una de las grandes leyes de la naturaleza, todos los signos del círculo, que los griegos llaman zodíaco, en trescientos sesenta y cinco días y otras tantas noches: de manera que, partiendo supongamos, del segundo grado de Aries, cuando ha vuelto exactamente á él, la revolución es completa. Pero en realidad el período solar, que debe terminar á medio día, no se completa sino con seis horas más de este número de días. El año siguiente comienza, pues, á la sexta hora del día y no termina hasta la primera de la noche. El tercero se contará desde la primera vigilia á la sexta hora de la noche, y el cuarto desde media noche á la primera hora del día. Ahora bien: este cómputo, que á causa de las variaciones del punto de partida, solamente en la serie de cuatro años se encuentra en tanto á medio día, en tanto á media noche, tiende á perturbar la división científica del tiempo, y ha de hacer después, en un momento dado, que lleguen, por ejemplo, los meses de otoño en la estación de primavera. Para remediar este inconveniente han formado con el sobran-

bisiesto, ó diez y seis duplicado. Los romanos consideraban nefasto el bisiesto, y según los supersticiosos, su influencia se extendía á todo el año, como lo acredita el adagio: «No plantes viñas este año, que es bisiesto.»

(2) Célebres astrónomos atenienses, contemporáneos y amigos. Metón pasa por inventor ó introductor del período de diez y nueve años, llamado ciclo ó número de oro. Nombre que procede, según los autores del *Arte de comprobar las fechas*, de las cifras de oro con que estaba marcado en el anuario griego.

(3) Hiparco, nacido en Bitinia, en el Asia Menor, fué sin disputa y sin comparación alguna el astrónomo más grande de la antigüedad, el fundador de la astronomía matemática. Antes de él, el arte de observar se encontraba en la infancia y el arte del cálculo no había nacido.

te de seis horas, multiplicado por cuatro números de los años, un día adicional al último. Los resultados de esta innovación, maduramente reflexionada y aprobada por todos los varones esclarecidos, ha sido establecer entre todos los años perfecta é invariable correspondencia de época, y hacer desaparecer toda incertidumbre acerca de su regreso, así como toda falta de coincidencia entre los meses y estaciones. Esta afortunada innovación data solamente entre nosotros desde el ensanche que ha tomado el Imperio por la conquista. El calendario romano fué por mucho tiempo caos y confusión: solamente los pontífices tenían derecho á intercalar, ejerciendo arbitrariamente el privilegio, en tanto por interés del fisco, en tanto por ganar tal pleito, prolongando ó restringiendo á su gusto la duración del tiempo; de lo que nacían multitud de fraudes, cuya enumeración es inútil. Octaviano Augusto les retiró esta facultad abusiva y reformó el anuario romano según las correcciones griegas. Asignóse, pues, al año una composición fija de doce meses y seis horas, período de tiempo que corresponde al que emplea el sol en su eterna marcha al recorrer los doce signos. Tal es el origen del bisiesto, cuyo uso, con el auxilio de los dioses, ha consagrado Roma, que debe vivir en todos los siglos. Volvamos á nuestro asunto.

Al declinar este día, considerado poco propicio para incoar asuntos importantes, Salustio propuso el medio, que se apresuraron todos á adoptar, de consignar en sus casas á la mañana siguiente á todas las personas influyentes ó sospechosas de alimentar pensamientos ambiciosos. Al fin pasó la noche; noche de angustia para todo el que había alentado alguna esperanza, y apareció el día. Todo el ejército estaba reunido en una llanura espaciosa, en cuyo centro se elevaba una tribuna semejante á la que en otro tiempo se veía en los comicios.

Invitado Valentiniano á subir á ella, fué proclamado, como más digno, jefe del Imperio, en medio de inmensos aplausos, en los que podía entrar por algo el atractivo de la novedad. Saludado Augusto por aquellas lisonjeras aclamaciones, reviste las ropas imperiales, ciñe la corona y se dispone para pronunciar un discurso, que tenía preparado. Extendía ya el brazo para hablar, cuando se alza violento murmullo de todas las centurias, manípulos y cohortes, reclamando la unión de otro emperador. Creyóse al pronto que la intriga de algún candidato presente protestaba por medio de voces aisladas y pagadas, pero no era así; porque verdaderamente aquello era el grito unánime de la multitud, á la que reciente desgracia acababa de poner de manifiesto la fragilidad de las fortunas más elevadas. De sordo ruido, la agitación se trocaba en tumulto, y á cada momento podía manifestarse por excesos la temeridad del soldado. Valentiniano, que debía temer más que otro alguno aquel comienzo de efervescencia, con ademán digno y firme contuvo á los turbulentos, y habló de esta manera, sin que nadie se atreviese á interrumpirle:

«Siempre será para mí verdadero motivo de regocijo ¡oh, valerosos defensores de las provincias! pensar que tal asamblea se ha dignado espontáneamente ofrecerme el gobierno del mundo romano, cuando tan lejos estaba de desear esta investidura tan gloriosa, ó de esperarla. El derecho que indudablemente os asistía antes de que el Imperio tuviese jefe, lo habéis ejercitado útilmente en toda su plenitud. Acabáis de elevar á honor tan insigne á un hombre en la madurez de la edad, y cuya vida entera conocéis como pura y no exenta de gloria. ¿Qué espero ahora de vosotros? Benévola atención á las ideas que voy á exponeros en interés de todos. No vacilo ni repugno conocer que la asociación de

un colega á mi autoridad la exigen los multiples cuidados que tal posición trae consigo. Soy el primero en temer, por interés propio, la pesadez de la carga presente y las exigencias que guarda el porvenir. Pero la participación de la autoridad exige anticipadamente la concordia, con la cual nunca es uno débil; y fácilmente conseguiremos esta condición, si, como tengo derecho á pedir, vuestra paciencia se entrega á mi libre albedrío. La fortuna, propicia á las buenas intenciones, me ayudará, así lo creo, para hacer una elección tal como exige la prudencia. Este es un axioma tan aplicable indudablemente al poder, rodeado como está de dificultades y peligros, como puede serlo á la vida privada: en achaque de unión, conveniente es que el examen preceda al contrato, y no el contrato al examen. Me comprometo á seguir esta regla, y tocaremos sus buenos resultados. Marchad, pues, tan disciplinados como valientes, á descansar en vuestros cuarteles de invierno, y emplead en restablecer vuestras fuerzas los ocios que os promete todavía la estación. No tendréis que esperar la gratificación augusta.»

Esta oración, dicha con autoridad, aquietó los ánimos, mostrándose más sumisos los que poco antes gritaban con mayor violencia. Respetuosamente fué acompañado el Emperador al palacio, llevando las enseñas desplegadas y formando cortejo las diferentes órdenes, porque ya comenzaban á temer.

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente, Aproniano, que á la sazón era prefecto de la ciudad eterna, desplegaba en sus funciones las cualidades de un juez probo y severo. Su mayor cuidado, en medio de las atenciones de toda clase que gravan la administración de esta ciudad, era apoderarse, convencer y juzgar á los magos (clase de delincuentes que ya era más rara), arrancarles la delación de sus cómplices y condenarlos á

muerte con objeto de aterrar con el ejemplo á los que se hubiesen podido sustraer á sus investigaciones. Nombrado por Juliano, durante la permanencia de este príncipe en Siria, Aproniano perdió un ojo al marchar á su puesto, cosa que atribuyó á las malas artes de la magia: de aquí su natural rencor, y las constantes persecuciones que dirigió contra este género de delito. Consideróse, sin embargo, que iba demasiado lejos, cuando se le vió tratar algunas veces estos negocios capitales en pleno circo, en medio de la multitud que se aglomera en él durante las fiestas. La última ejecución que ordenó por este motivo fué la del auriga Hilarino (1), convicto de haber entregado á su hijo, apenas adolescente, á un mago para que le iniciase en la ciencia oculta y prohibida por las leyes, queriendo asegurar por este medio triunfos cuyo secreto no poseyese ningún competidor. Mal vigilado por el verdugo, el culpable se escapó y corrió á refugiarse en un templo cristiano; pero fué arrancado del santuario y decapitado.

Este rigor en la represión consiguió al menos que los delincuentes fuesen cautos y no se atreviesen ya, ó al menos se atreviesen rara vez, á arrostrar la vindicta pública. Pero el régimen de impunidad que reapareció con la administración siguiente, volvió á producir el desorden; llegando la licencia hasta el punto de que un senador que quería para un esclavo suyo la misma enseñanza ilícita que Hilarino habia hecho dar á su hijo, trató, según se dice, con todas las formas, exceptuando

(1) Los aurigas tenían merecida reputación, no de hechiceros, sino de emplear las prácticas de la hechicería para asegurar la victoria. Los bandos del circo no rechazaban subterfugio ni medio, por ilícitos que fuesen, en el desenfrenado afán de todas las clases por este género de espectáculos, queriendo á toda costa hacer triunfar el color que habian tomado bajo su protección.

el compromiso escrito, con un maestro de esta ciencia nefanda, y, convicto del delito, rescató la pena con el pago de crecida multa. Hoy el mismo senador, lejos de avergonzarse de la doble infamia y de esforzarse en hacerla olvidar, huella soberbiamente á caballo el pavimento de la ciudad, con la apostura de aquel que cree que solamente él puede llevar la cabeza levantada; afecta exhibirse, llevando detrás una nube de criados, parodiando de esta manera á aquel ilustre Duilio (1), que obtuvo el privilegio, en recompensa de sus victorias navales, de que le precediese un flautista, cuando regresaba por la noche á su casa después de haber cenado fuera de ella. Además, bajo el mando de Aproniano, vióse reinar en Roma abundancia de todas las cosas necesarias á la vida, sin que se produjese ni el más leve rumor acerca de la escasez de un artículo cualquiera.

Proclamado Valentiniano, como acabamos de decir, Emperador en Bitinia, dió para el siguiente día la orden de marcha: pero antes convocó á los grandes dignatarios del Estado, y, con fingida deferencia, les consultó como si su voto hubiese de dictar su elección acerca de la designación del colega que debía dársele. En esta ocasión

(1) Bajo los cónsules Duilio y Arcadio se atrevió Roma á combatir en el mar. La rápida creación de la flota destinada á la batalla fué presagio de la victoria; porque á los sesenta dias de herir el hacha los árboles del bosque, flotaban ciento sesenta naves: pudiendo creerse que, no el trabajo humano, sino especial favor de los dioses, como dice Floro, había trocado los troncos en barcos. El combate ofreció maravilloso espectáculo: las pesadas y torpes naves romanas detuvieron las del enemigo, que parecían volar sobre las olas. Los cartagineses no pudieron aprovechar su experiencia en la navegación, ni su habilidad en manejar las naves, para evitar con la huida el choque de los espolones. Arrojaron sobre ellos aquellos garfios de hierro y aquellas otras máquinas de que tanto se habían burlado antes de la batalla, y se les obligó á pelear como en tierra firme.

dijo con noble atrevimiento Degalaifo, jefe de la caballería: «Optimo Emperador, si amas á los tuyos, tienes un hermano, y ya tienes colega. Si te guía el patriotismo, busca al más digno.» Mucho hirió esto al Emperador, pero disimulando la impresión, marchó apresuradamente á Nicomedia, á donde llegó en las kalendas de Marzo, y confirió á su hermano Valente el cargo de escudero mayor y el tribunado. En seguida se dirigió á Constantinopla, meditando muchas cosas; y allí, suponiendo que ya le abrumaban la multitud de negocios, para concluir, el cinco de las kalendas de Abril, confirió en el suburbio, con general consentimiento, puesto que no se manifestó oposición alguna, el título de Augusto á su hermano Valente; y, después de revestir las insignias imperiales y ceñirse la corona, llevó en su propia carroza á aquel ostensible colega en el poder, que en realidad, como habrá de verse, no fué más que instrumento pasivo de su voluntad.

Habíase realizado todo esto sin obstáculos, cuando acometió á los dos Emperadores á la vez un acceso de fiebre, si bien el peligro duró poco. Más inclinados los dos al rigor que á la mansedumbre, encargaron á Ursacio, maestre de oficios, dálmata implacable, para que, de acuerdo con Juvencio Sisciano, informase severamente acerca de las causas de la enfermedad que habían padecido. Ha circulado el rumor de que la investigación se dirigía especialmente en odio á la memoria de Juliano, contra los amigos de este emperador, y que se les imputaba haber empleado maleficios; pero como ni siquiera se pudo encontrar apariencia de indicio contra ellos, se desvanecieron las prevenciones.

En este año se oyó por todo el mundo romano resonar las bocinas de guerra y los bárbaros insultaron todas nuestras fronteras. Los alemanes talaban á la vez la Galia y la Rhecia; los quados con los sármatas, las

dos Pannonias; los pictos, los sajones, los scotos y los atacotos entraban á sangre y fuego por la Gran Bretaña; los austorianos y los moros multiplicaban sus correrías por Africa, y bandos de godos en la Tracia llevaban aquí y allá el pillaje y la devastación. El rey de Persia, por su parte, amenazaba incesantemente á la Armenia, tratando de someterla á viva fuerza á su dominio, pretendiendo, con menosprecio de la justicia, que solamente había pactado con Joviano, y que, muerto éste, había desaparecido todo obstáculo para que recobrase aquella propiedad de sus mayores.

(Año 365 de J. C.)

Después de haber pasado el invierno con tranquilidad completa, los dos Emperadores, el uno con la prerrogativa real, el otro colega de honor, atravesaron juntos la Tracia, marchando á Nissa. La víspera de su separación, en un pueblo llamado Mediana, á tres millas de las murallas de la ciudad, se repartieron los grandes dignatarios; tocando á Valentiniano, que disponía de todo á su gusto, Jovino, que hacía mucho tiempo estaba investido por Juliano del gobierno de las Galias, y Dagalaifo, á quien Joviano había nombrado general: Victor, á quien este último había elevado á la misma categoría, y Arnitheo tuvieron que seguir á Valente al Oriente. Lupicino quedó como jefe de la caballería, dignidad que debía á Joviano. Equicio recibió el mando militar en Iliria, no en calidad de jefe, sino solamente con el título de conde. Sereniano, que desde mucho tiempo había dejado el servicio militar, volvió á él porque era pannonio, y colocado con Valente, fué puesto al frente de la escuela de los domésticos. Hecho esto, convinieron también el reparto de tropas.

En seguida entraron los dos hermanos en Sirmio,

donde la misma voluntad designó sus respectivas residencias. Valentiniano se adjudicó Milán, capital del Imperio de Occidente; y Valente partió para Constantinopla. Salustio estaba ya en posesión de la prefectura de Oriente; Mamertino obtuvo la autoridad civil en las provincias de Italia, de Africa y de Iliria; y Germaniano, la administración de la Galia con el mismo título. A su llegada á sus capitales, los dos príncipes revistieron por primera vez las insignias consulares. Este año fué desastroso para el Imperio. Los alemanes se extendieron fuera de sus fronteras con extraordinario furor, dando lugar á ello lo siguiente. Habían enviado una legación á la corte; acostúmbrase con este motivo hacer á los legados regalos cuya importancia estaba determinada. Ofreciéronselos de ningún valor, y ellos los rechazaron con indignación. En vista de esto, Ursacio, maestre de los oficios, cuyo carácter era duro é impetuoso, trató rudamente á los legados; y cuando estos regresaron á su país, sublevaron sin gran trabajo por medio de un relato exagerado el enojo de los bárbaros, que se creyeron despreciados.

Por esta misma epoca, ó poco después, estalló en Oriente la sublevación de Procopio; recibiendo la noticia Valentiniano en el momento en que entraba en París, el día de las kalendas de Noviembre.

Acababa de dar orden á Dagalaifo para que marchase al encuentro de los alemanes que, después de haberlo talado todo sin resistencia cerca de la frontera, comenzaban á extender los estragos al interior. El anunció de esta conmoción del Oriente le impidió tomar disposiciones más enérgicas todavía, produciéndole extraordinaria turbación. Ignoraba si Valente estaba vivo ó muerto; porque Equicio, de quien había recibido la noticia, no había hecho más que transmitir literalmente una comunicación del tribuno Antonino, que manda-

ba un cuerpo de tropas en el fondo de la Dacia, y que solamente conocía de un modo vago y por oídas el hecho principal. Valentiniano se apresuró á elevar á Equicio á la dignidad de general, y temiendo que el rebelde, que ya se había apoderado de la Tracia, pensase penetrar en el territorio pannonio, preparóse él mismo para retroceder á la Iliria. Reciente recuerdo justificaba su temor; la increíble rapidez con que Juliano recorrió en otro tiempo la misma distancia, adelantándose y desconcertando todos los cálculos con su inesperada presencia; y esto ante un adversario victorioso hasta entonces en las guerras civiles. Pero no faltaban consejos á Valentiniano para que moderase su apresuramiento en retroceder; mostrándole la Galia amenazada de exterminio, y la necesidad de un brazo firme para salvar sus provincias, comprometidas ya. Legaciones de las ciudades importantes vinieron á unir sus instancias á estas objeciones, para que no las abandonase en aquel peligro inminente, cuando para contener á los germanos bastaba su presencia y el terror de su nombre.

Después de considerar largo tiempo el asunto bajo todos sus aspectos, concluyó por adoptar esta opinión, considerando que Procopio no era más que su adversario personal y el de su hermano, mientras que los alemanes eran los enemigos del Imperio; por lo que decidió no salir de la Galia, marchando por tanto á Remos. Pero como tampoco estaba tranquilo acerca de alguna tentativa sobre el Africa, encargó su defensa al notario Neotherio, que después fué cónsul, y á Masaución, simple protector, á la verdad, pero que en tiempo de su padre el conde Creción había estudiado mucho la provincia. Unióles además el escutario Gaudencio, con cuya fidelidad sabía que podía contar.

En esta época se desencadenaban á la vez sobre todo el Imperio violentas tempestades que referiré sucesiva-

mente, comenzando por los asuntos de Oriente; después hablaré de la guerra con los bárbaros. Como los hechos que tuvieron lugar en las dos partes del mundo romano se realizaron casi en el mismo mes, una narración que saltase de los unos á los otros, obedeciendo á riguroso orden cronológico, carecería á la vez de unidad y claridad.

Procopio pertenecía á noble familia; nacido y educado en Cilicia, su parentesco con Juliano (1) le dió importancia desde su origen. Intachable conducta y puras costumbres, no obstante sus hábitos de taciturnidad y reserva le hicieron pasar con distinción por los honores de notario y de tribuno y llegar muy pronto á los primeros puestos del ejército. A la muerte de Constancio, su ambición tomó naturalmente mayor vuelo con el nuevo orden de cosas. Obtuvo el título de conde, y desde entonces pudo preverse que removería algún día el Estado si se le presentaba ocasión para ello. Cuando Juliano entró en Persia, puso á Procopio con Sebastián, revestido con autoridad legal, al frente de la importante reserva que dejaba en Mesopotamia; y si ha de darse crédito á un rumor vago, cuyo origen nunca pudo conocerse con seguridad, le dejó como instrucciones que permaneciese preparado para cualquier eventualidad, y que tomase sin vacilar el título de Emperador, en el caso de que sucumbiese él en la empresa. Procopio desempeñaba con inteligencia y lealtad su misión, cuando se enteró de la herida, de la muerte de Juliano y del advenimiento de Joviano á la autoridad suprema. También tuvo noticia de que corría el rumor (rumor destituído de fundamento) del deseo que Juliano había mostrado al morir, de que Procopio tomase las riendas del

(1) Créese que la madre de Procopio era hermana de Basilina, madre del emperador Juliano.

gobierno. Desde este momento se mantuvo oculto, temiendo se deshiciesen de él sin formar proceso, aumentando sus precauciones al enterarse del fin trágico del notario Joviano, por sospechas de que aspiraba al Imperio, solamente porque, en la última elección, le consideraron digno los votos de algunos soldados. Pesquisas dirigidas contra su persona le hicieron cambiar su asilo por otro más obscuro y fuera de alcance. Joviano le buscó de nuevo, y cansado al fin de verse acosado como una fiera y de vivir como ella, porque aquel hombre tan elevado antes en la escala social, había tenido que separarse de todo comercio con sus semejantes y privarse, en su espantosa soledad, de las primeras necesidades de la vida, tomó la resolución extrema de ganar por caminos extraviados el territorio de la Calcedonia, y, considerando la casa de un amigo como el asilo más seguro, se escondió en esta ciudad, en la de Strategio, quien, de soldado de una de las milicias del palacio, se había elevado al rango de senador. Desde Calcedonia hizo secretamente Procopio algunos viajes á Constantinopla, según confesó más adelante Strategio en las investigaciones dirigidas contra los cómplices de la sublevación. Desconocido á fuerza de enflaquecimiento y suciedad, el proscripto aprovechaba aquella especie de disfraz para recoger, como lo hubiese hecho un espía inteligente, las murmuraciones y las quejas, frecuentemente amargas, acerca de la insaciable avaricia de Valente; pasión que excitaba más y más Petronio, cuñado del príncipe, hombre tan repugante por sus costumbres como por su aspecto, que, de simple prepósito de la legión Martense, había sido elevado á la dignidad de patricio. Petronio, ávido de despojos, se lanzaba sobre todos con igual furor, envolviendo en sus redes á inocentes y culpados; sometiendo á la tortura con razón ó sin ella, después á la multa del cuádruplo, por reclamaciones que solían

remontar hasta el reinado de Aureliano; siendo para él un tormento que la víctima saliese indemne de sus manos. Con estas extorsiones aumentaba su caudal, siendo al mismo tiempo aliciente para su rapacidad, que cada día era más dura, brutal é incapaz de justicia y reflexión. Petronio fué más aborrecido que aquel Cleandro (1), prefecto en tiempo de Cómmodo, expoliador desenfrenado de tanto patrimonio; más tirano que aquel otro prefecto Plauciano (2), bajo el reinado de Severo, cuya furiosa demencia habría producido una sublevación general, si no hubiese perecido á filo de espada.

Estos fueron los males que, gracias á Petronio, hicieron quedar vacías, bajo Valente, tantas casas ricas y pobres moradas. El invierno se anunciaba más amenazador todavía. Todos los corazones estaban ulcerados, y tanto el pueblo como el ejército pedían con gemidos al cielo un cambio de régimen. Procopio, que todo lo observaba oculto, calculó que, á poco que le ayudase la

(1) Cleandro, frigio de nación, se elevó bajo Cómmodo, de la condición de esclavo liberto á la de primer ministro. Había sucedido á Perennis en el cargo de prefecto del pretorio, tomando en aquella época el mando de una tropa que más adelante hizo y deshizo emperadores. Por sus excesos de todo género, Cleandro hizo olvidar á su antecesor. Una sublevación popular, que no pudo reprimir la fuerza armada, arrancó al príncipe el sacrificio de su indigno favorito, entregándole al justo enojo de la multitud.

(2) Ministro favorito del emperador Severo, que no rehusó emparentarlo con la familia imperial, dando por esposa la hija de Plauciano á su hijo Caracalla: fué el primero que mandó el cuerpo de los pretorianos, disuelto y reconstituído por Severo, y estuvo diez años sucesivos en posesión de este cargo y del inmenso poder que confería. El exceso de su fortuna y el abuso que hizo de ella, excitaron al fin contra él tal masa de enojos, que el cariño del soberano que le había elevado, no pudo evitar su caida. Su sucesor, muy diferente en carácter y conducta, pero que también tuvo un fin trágico, fué el célebre jurisconsulto Ulpiano.

fortuna, podría apoderarse del poder; y se mantenía escondido como la fiera dispuesta á lanzarse sobre su presa. La suerte se encargó de presentarle la ocasión que con tanta impaciencia esperaba.

Valente había partido para la Siria, pasado el invierno, y entraba ya en Bitinia, cuando supo, por las comunicaciones de sus generales, que los godos, robustecidos por larga tregua, y más temibles que nunca, se habían reunido para atacar las fronteras de la Tracia. La noticia no alteró en nada sus planes, limitándose á disponer que suficiente fuerza de caballería é infantería marchase á los puntos amenazados. Procopio, por su parte, se apresuró á aprovechar el alejamiento del príncipe. Impulsado hasta el extremo por la desgracia, y prefiriendo la muerte más cruel á los tormentos que padecía, quiso arriesgarlo todo de una vez. Soldados jóvenes de las legiones Divitense y Tongriense se dirigían en aquel momento por Constantinopla hacía el teatro de la guerra y habían de descansar dos días en la capital. Procopio concibió el temerario proyecto de tentar su fidelidad. Conocía personalmente á muchos de ellos, pero era muy peligroso entrar en tratos con todos, por lo que solamente se dirigió á aquellos con quienes podía contar. Seducidos éstos por la promesa de brillantes recompensas, se comprometieron bajo juramento á obedecerle en todo, y prometieron el concurso de sus compañeros, sobre quienes servicios más importantes y el número de sus campañas les daban decisiva influencia.

En el día convenido, Procopio, entregado á la agitación de sus pensamientos, marchó á los baños de Anastasia, llamados así del nombre de la hermana de Constantino, y que entonces servían de cuartel á las dos legiones. Sus agentes le habían informado de que allí celebrarían una reunión nocturna. Dijo la contraseña, le

recibieron, y aquella multitud de soldados que se vendían, le trataron con honor, pero teniéndole en cierto modo cautivo. Como en otros tiempos los pretorianos adjudicaban en subasta el Imperio á Didio Juliano, todos rodeaban á este otro postor de una dominación efímera, impacientes por conocer su precio.

Pálido como si saliese del Erebo, Procopio, que no había podido procurarse manto imperial, permanecía de pie, revestido únicamente con la túnica bordada de oro de un dignatario de palacio, túnica que le descendía desde la cintura á la manera de la de los niños que van á la escuela. Llevaba calzado de púrpura, una lanza en la mano derecha y con la izquierda agitaba un trozo de la misma tela, pareciendo un simulacro teatral ó extraño personaje de comedia. Después de esta ridícula parodia del ceremonial de proclamación, y la promesa bajamente obsequiosa que hizo á los autores de su elevación, de colmarlos de riquezas y dignidades en cuanto se encontrase en posesión del poder, se presentó repentinamente en público, en medio de aquella multitud armada, que marchaba con las enseñas levantadas. En derredor suyo resonaba el lúgubre ruido de los escudos chocando unos con otros, porque los soldados los levantaban sobre la cimera de los cascos, para resguardarse de las piedras y tejas que suponían habían de lanzarles desde las casas.

Avanzaba la comitiva sin que el pueblo diese señales de oposición ni de simpatía, aunque experimentando esa especie de interés que excita siempre en el vulgo lo nuevo, tanto más cuanto que se había sublevado contra Petronio la animadversión general, por los medios violentos que empleaba para enriquecerse, despertando olvidadas reclamaciones contra todas las clases en virtud de créditos prescritos y títulos caducados que tenía el arte de hacer revivir. Sin embargo, cuando Procopio,

subiendo á un tribunal, quiso pronunciar una arenga, la multitud le recibió con sombrío estupor y silencio de mal agüero; creyendo él mismo en aquel momento, como había creído anteriormente, que no había conseguido más que apresurar el término de su vida. Todos sus miembros se estremecieron, trabósele la lengua y permaneció silencioso durante algunos momentos. Al fin, con voz sorda y entrecortada, trató de exponer sus pretensiones de parentesco imperial. Saludado entonces Emperador, primeramente por los débiles gritos de bocas compradas, y después por las tumultuosas aclamaciones del populacho, marchó bruscamente al Senado, cuyos miembros principales estaban ausentes; y no encontrándose allí más que una minoría sin resistencia, creyó apoderarse fácilmente del palacio.

Para asombrarse de que tentativa tan temeraria, apoyada en medios tan débiles é irrisorios, pudiese crear á la república perturbación tan deplorable, sería necesario no recordar algunos ejemplos. Adrisco Adramiteno, salido de la ínfima clase del pueblo, consiguió, sin hacer otra cosa que usurpar el nombre de Filipo, suscitar contra Roma la tercera guerra macedónica. Cuando Macrino reinaba en Antioquía (1) surgió de pronto Heliogábalo, Emperador en Emesa (2). No hubo atentado

(1) Marco Opelio Macrino, nacido en Numidia, de obscura familia, llegó por su habilidad á prefecto del pretorio, bajo el emperador Caracalla. Una predicción, que le prometía el Imperio, le sugirió la idea de asesinar á su señor con objeto de adelantarse á su enojo, decidiendo á Marcial, capitán de los guardias del príncipe, á ejecutarlo. Llegando Macrino por este medio al poder supremo, no señaló su paso más que por un tratado vergonzoso con los parthos. Julia Moesa, hermana de la madre de Caracalla, le suscitó muy pronto un rival en la persona de su nieto, que después fué el emperador Heliogábalo. Macrino, después de débil resistencia, fué muerto al huir con su hijo. Reinó catorce meses y tres días.

(2) El emperador Heliogábalo ó Elagábalo (Vario Antoni-

más inesperado que el de Maximino, á la muerte de Alejandro Severo y de su madre Mammea (1). Y últimamente, en Africa se vió á Gordiano el Viejo, aclamado Emperador á viva fuerza, por repentino terror, terminar su vida con una cuerda.

Los mercaderes menos importantes, los empleados del palacio en funciones ó sin ellas, los retirados del servicio militar, se decidían, unos á su pesar, otros por afición al nuevo orden de cosas. Todos los demás, considerando que en cualquiera otra parte había más seguridad, abandonaron secretamente la ciudad y huyeron al ejército del Emperador. Sofronio, á la sazón simple notario y más adelante prefecto de Constantinopla, precedió á los demás en la emigración. Alcanzando á Valente cuando iba á salir de Cesárea para trasladarse á Capadocia, y esperar en su residencia de Antioquía á que el calor disminuyese en Cilicia, le relató detalladamente los acontecimientos de Constantinopla y supo presentar las cosas de manera que persuadiese al príncipe, al pronto irresoluto y como estupefacto, para que

no), hijo de Soemias, nieto de Julia Domna, y, según opinión acreditada por su propia madre, fruto de comercio incestuoso de ésta con su tío Caracalla, náció en Antioquía por el año 204 después de J. C., siendo asesinado por los pretorianos á los diez y nueve años de edad. Manchó el trono con toda clase de vicios y monstruosos excesos.

(1) El emperador Alejandro Severo (Marco Aurelio), hijo de Mammea, hermana de Soemias, y primo hermano de Heliogábalo, á quien reemplazó en el trono, nació en Fenicia en el año 207 de J. C. y fué asesinado por Maximino á la edad de veintinueve años, de los que había reinado trece. Los testimonios de los historiadores son contradictorios en cuanto á este príncipe, aunque puede creerse que poseía sólidas y brillantes virtudes, si bien degradado por servil obediencia á su madre, autoridad que explotaba ella en provecho de su avaricia, empañando de esta manera el mérito de la excelente educación que había sabido darle.

marchase todo lo más pronto posible á la Galacia, á fin de devolver á los ánimos, con su presencia, la seguridad que flaqueaba.

Mientras Valente caminaba á largas jornadas, Procopio trabajaba día y noche en interés de su causa. Tenía afiliados que decían venir, unos del Asia, otros de las Galias, insinuando hábilmente y con la mayor serenidad que Valentiniano había muerto y que todo se preparaba en favor de la nueva autoridad. Convencido Procopio de que es necesario arriesgarse, y que en revolución la seguridad consiste en marchar de prisa, quiso desde el primer momento descargar grandes golpes. Nebridio, á quien el partido de Petronio acababa de hacer prefecto del pretorio en reemplazo de Salustio, y Cesáreo, prefecto de Constantinopla, fueron encarcelados. Dióse la administración de la ciudad á Fronemo y el cargo de maestre de los oficios se confió á Eufrasio, los dos galos y hombres de mérito y de talento. Gomoario y Agilón, llamados de nuevo al servicio, recibieron la dirección de los asuntos militares; elección desacertada, como se vió después. Inquietaba mucho á Procopio la proximidad del conde Julio, que mandaba por Valente en Thracia, y que á la primera noticia de la revuelta, podía salir de sus cuarteles y aplastarle. Una carta que obligaron á escribir á Nebridio desde su prisión, fingiendo que lo hacía por orden de Valente, atrajo á Julio, so pretexto de urgentes medidas que había que tomar contra los bárbaros, hasta Constantinopla, donde se le encarceló cuidadosamente. Por medio de esta estratagema se adquirió para la revuelta, sin combatir, la belicosa Thracia con todos sus recursos. Los comienzos eran favorables á Procopio. A fuerza de intrigas y con el apoyo de su yerno Agilón, consiguió Arasio ser prefecto del pretorio; realizándose otros muchos cambios en los cargos del palacio y en la adminis-

tración de las provincias. A veces se aceptaban á disgusto los nombramientos, pero con mayor frecuencia los solicitaban ardientemente y hasta los compraban. Como siempre, veíase surgir de la hez del pueblo, de esas gentes que se lanzan ciegamente por los caminos que les parece abrirles la revolución, y otras á quienes la fortuna había elevado á los primeros puestos de la escala social, precipitarse, sin embargo, con regocijo, ante el destierro ó la muerte.

Estas primeras medidas daban cierta fuerza á la rebelión: faltaba rodearla de vigor militar, sin el cual fracasan las revoluciones y hasta las medidas más legales. Con facilidad extraordinaria se consiguió este elemento de triunfo. Habíanse dirigido apresuradamente hacia Constantinopla numerosos destacamentos de infantería y caballería para tomar parte en las operaciones militares en Thracia; y á su llegada á la ciudad, se les tentaba con toda clase de ofrecimientos y agasajos. Su reunión formaba ya el núcleo de un ejército. Fascinados por las seducciones de Procopio, todos se comprometieron, con duros juramentos, á servirle hasta la muerte. Había imaginado un medio excelente para influir en sus ánimos, el cual consistía en recorrer sus filas llevando en los brazos la hija, muy pequeña á la sazón, del Emperador Constancio, cuyo nombre resonaba todavía con cariño en el ejército. De esta manera quería asociar la fuerza de los recuerdos á los derechos personales que pretendía tener por su parentesco con Juliano. La Emperatriz Faustina había puesto á su disposición, con mucha oportunidad, para esta maniobra, algunas prendas del traje imperial. Procopio tenía además un proyecto que exigia decisión y prudencia: el de apoderaase de Iliria. Pero los agentes que eligió, por incapacidad ó aturdimiento, creyeron conseguirlo todo distribuyendo audazmente algunas

monedas de oro con la efigie del nuevo Emperador y otras combinaciones de igual alcance; logrando con estos medios caer en seguida en manos de Equicio, comandante militar del país, que los hizo perecer en diferentes suplicios. Para evitar nuevas tentativas parecidas, Equicio mandó guardar severamente los tres desfiladeros que establecen la comunicación entre el Imperio de Oriente y las provincias del Norte; esto es, el paso por la Dacia ribereña del Danubio, el célebre de Succos, y el que se conoce con el nombre de Acontisma, en Macedonia. Esta precaución hizo perder al usurpador hasta la esperanza de apoderarse nunca de la Iliria, privándole de los importantes recursos que hubiese podido obtener.

Asustado Valente por la noticia de la rebelión, había retrocedido bruscamente por la Galo-Grecia, pero avanzaba con precaución y miedo, una vez informado detalladamente de lo que había ocurrido en Constantinopla. Su juicio se encontraba perturbado, y el desaliento se apoderó de su ánimo hasta el punto de pensar en desprenderse de la carga de la púrpura, demasiado pesada para él; cobarde designio que habría llevado á cabo, á no ser por las instancias de sus amigos. Sobreponiéndose al desaliento, dispuso que las dos legiones de los Jovianos y Victorinos marchasen contra los rebeldes. Al acercarse, Procopio, que acababa de entrar en Nicea, retrocedió con los Divitenses y el grueso de los desertores de quienes había podido rodearse. En el momento en que llegaban á las manos, avanzó solo en medio de las saetas que lanzaban por ambas partes, y con el aspecto de aquel que quiere retar á otro á singular combate. También le inspiró ahora su fortuna. En las filas opuestas se encontraba un tal Vitaliano, á quien no se sabe si conocía Procopio: lo cierto es que, saludándole amistosamente con la mano, le dirigió en latín estas pa-

labras, con profundo asombro de todos: «¡He aquí, dijo, la antigua fidelidad del soldado romano, la religión del juramento, inviolable en otro tiempo! Tantos hombres valientes van á desenvainar ciegamente la espada en favor de desconocidos, pareciéndoles bien que un miserable pannonio, opresor imbécil, goce en paz de un poder á cuya posesión jamás pudo atreverse su pensamiento; mientras que nosotros estamos reducidos á gemir por nuestros males y los vuestros; como si no os mandase el deber apoyar más bien á la familia de vuestros soberanos, que combate noblemente, no como aquéllos, para apoderarse de vuestros despojos, sino para recobrar sus legítimos derechos.»

Estas cortas palabras le ganaron todos los ánimos, y hasta los más decididos inclinaron las águilas y las enseñas, pasándose á las filas del usurpador. Todos le aclamaron Emperador, con el formidable grito que los bárbaros llaman *barritus* (1), y los dos ejércitos reunidos le llevaron al campamento, tomando á Júpiter por testigo, según constumbre militar, de que Procopio era invencible.

Otro éxito más importante habían de alcanzar los rebeldes. Un tribuno, llamado Rutimalco, que había tomado partido por Procopio, y recibido el gobierno del palacio, marchó por mar á Drepana, hoy Helenópolis, llevando un plan hábilmente concertado, y ocupó de pronto Nicea, aprovechando sus inteligencias con la guarnición. Valente envió en seguida para recobrar la ciudad á Vadomario, antes rey de los alemanes, con tropas acostumbradas á las operaciones de sitio. Por su parte, marchó por Nicomedia á Calcedonia, cuyo sitio quería impulsar vigorosamente también. Desde lo alto de las murallas le abrumaban con injurias los ha-

(1) El grito de los elefantes.

bitantes, llamándole por irrisión *sabaiarius* (1), es decir, fabricante de ese licor que se extrae de la cebada ó del trigo candeal, que es en Iliria la bebida del pobre. Apremiado al fin por la falta de víveres y la obstinación de los sitiados, Valente iba á retirarse. De pronto, brusca salida de la guarnición, á las órdenes del audaz Ramitalco, destroza parte de los sitiadores, y procura sorprender por la espalda al Emperador, que se encontraba todavía en el suburbio. La empresa hubiese alcanzado completo éxito si el Emperador, advertido del peligro á tiempo, no hubiese atravesado apresuradamente el lago Sunón, poniendo las sinuosidades del río Galo entre su persona y sus perseguidores. Este golpe de mano hizo á Procopio dueño de toda la Bitinia.

Regresando precipitadamente á Ancira, allí supo Valente la aproximación de Lupicino con fuerzas considerables. Entonces recobró la esperanza, y se apresuró á enviar contra el enemigo á Arinteo, el mejor de sus generales. Cerca de Dadastena, donde ya hemos dicho que murió Joviano, encontró este general á Hiperequino, acompañado de numeroso cuerpo de auxiliares; la amistad de Procopio había elevado á este Hiperequino, de oficial subalterno al mando que ostentaba. Arinteo despreció tan ruin adversario; y con el ascendiente que le daba su elevada estatura y la fama de sus hazañas, mandó á sus enemigos que se apoderasen y atasen á su capitán. Obedecieron, y aquel irrisorio jefe fué aprisionado por sus mismos soldados,

Entretanto, un empleado de las larguezas de Valente, llamado Venusto, enviado hacía algún tiempo á Oriente para pagar el sueldo á las tropas, al tener noticia de aquellos peligrosos acontecimientos, se había apresurado á refugiarse en Císico con los fondos de que

(1) El que hace ó bebe cerveza.

estaba encargado. En esta plaza encontró á Sereniano, conde de los domésticos, que se había encerrado en ella para guardar el tesoro, con las tropas que había podido reunir apresuradamente. Sabido es que esta ciudad, famosa por sus antiguos monumentos, posee un recinto de murallas inexpugnables. Sin embargo, Procopio había reunido fuerzas considerables para sitiarla, con objeto de hacerse dueño del Helesponto lo mismo que de la Bitinia. Pero una nube de flechas, de piedras de honda y otras armas aplastaban á los sitiadores desde lo alto de las murallas, paralizando sus esfuerzos. Además, los habitantes, para cerrar el puerto á las naves enemigas, habían tendido á la entrada fuerte cadena de hierro, sujeta por los dos extremos. Después de una serie de combates encarnizados, jefes y soldados sitiadores comenzaban á cansarse, cuando un tribuno, llamado Aliso, tan hábil como resuelto, se ingenió para vencer el obstáculo de la manera que voy á decir.

Amarraron juntas tres naves, y sobre sus planas cubiertas se colocaron soldados, unos de pie, otros inclinados y los últimos en cuclillas, levantando todos los escudos sobre las cabezas, de manera que formasen unidos la especie de tortuga llamada bóveda, género de defensa que se emplea ventajosamente en los asaltos, porque las armas arrojadizas se deslizan por encima como la lluvia en los tejados. Protegido de esta manera contra las saetas, Aliso, que gozaba de extraordinario vigor corporal, consiguió, haciendo levantar la cadena por medio de fuertes palancas de madera, romperla á hachazos, abriendo de este modo libre paso á la ciudad, que quedaba ya sin defensa. El heroísmo de esta hazaña valió á su autor, hasta después de la muerte del jefe de la rebelión, y en medio de los rigores de que eran objeto sus cómplices, la vida salva y la conservación de su categoría. Vivió mucho tiempo después, encontran-

do la muerte en un combate con una banda de ladrones isaurios.

Procopio, á quien este triunfo aseguraba la posesión de la ciudad, se apresuró á entrar en ella y perdonó á cuantos habían tomado parte en la defensa, exceptuando solamente á Sereniano, á quien mandó cargar de cadenas y custodiar estrechamente en Nicea. En seguida confirió al joven Hormisdas, hijo del regio proscripto Hormisdas, la dignidad de procónsul, con los antiguos atributos civiles y militares de este cargo (1). Hormidas mostró en él la moderación que formaba la base de su carácter. Perseguido más adelante en los desfiladeros de la Frigia por los soldados que Valente había enviado para cogerle, tan perfectamente tomó sus disposiciones, que una nave que tenía preparada á todo evento, pudo, en medio de una lluvia de flechas, recibirle juntamente con su esposa, que le seguía, y á la que casi tuvo que arrancar de las manos de sus comunes perseguidores. Aquella mujer, de noble y opulenta familia, con su prudente y enérgica conducta, salvó después á su marido de inminente peligro.

Con esta victoria creyóse Procopio elevado sobre la humanidad, olvidando que al que es dichoso por la mañana, la fortuna, con una vuelta de su rueda, lo hace por la tarde el más desgraciado de los hombres. La casa de Arbación que, por antigua conformidad de sentimientos, había respetado hasta entonces como la suya,

(1) Por una combinación de la política de Augusto, la administración de las provincias proconsulares, es decir, de aquellas en que era indispensable la presencia de un cuerpo de tropas, cesó de estar delegada á magistrados, dependiendo en adelante de la autoridad inmediata del príncipe. Por esta disposición perdieron los procónsules el mando de tropas, no exceptuándose más que aquellos á quienes concedía el Emperador el *jus gladii*, ó jurisdicción militar.

por su orden la despojaron un día de todas las preciosidades que encerraba; y esto porque el propietario se había excusado, con las enfermedades de su vejez, de presentarse á él después de recibir orden para ello. Todo retraso parecía peligroso al usurpador, y, sin embargo, en vez de obrar él mismo con rapidez en las provincias que, encorvadas bajo yugo demasiado pesado, suspiraban por nuevo régimen, se entretuvo puerilmente en negociar en tanto con una ciudad, en tanto con otra y asegurarse la cooperación de gentes hábiles en desenterrar tesoros. Necesitaba, sin duda, dinero para la terrible guerra que debía esperar; pero se entorpeció en estas contemporizaciones como la espada que se enmohece. De esta misma manera Pacencio Níger, llamado por los votos del pueblo romano como última esperanza, perdió un tiempo precioso en Siria y dejó que se le adelantase Severo. Vencido en Issus, como lo fué en otro tiempo Darío, no tuvo otro recurso que la fuga, y pereció, por mano de obscuro soldado, en un arrabal de Antioquía.

(Año 366 de J. C.)

Estas cosas habían ocurrido en lo más recio del invierno, bajo el consulado de Valentiniano y Valente. La magistratura suprema pasó entonces á Graciano, simple particular todavía en esta época, y á Dagalaifo. Al comenzar la primavera, Valente, llevando por lugarteniente á Lupicino, á la cabeza de numerosas fuerzas, marchó á Tesinonta, ciudad frigia en otro tiempo, y hoy gálata; y después de dejar guarnición suficiente para mantener el orden en sus barrios, se dirigió con rapidez á la Licia, con el propósito de atacar á Gomoario, que permanecía allí inactivo. Este proyecto tenía muchos

contradictores, quienes para apartarle de él insistían enérgicamente en la presencia en las filas enemigas de la hija de Constancio y de su madre Faustina. Procopio las hacía recorrer en litera el frente de su ejército, con objeto de inflamar el valor del soldado con la presencia de aquel retoño de sus antiguos señores, cuya sangre, repetía á cada momento, corría también por sus venas. Este mismo medio pusieron en práctica antiguamente los macedonios (1), que, en una guerra con sus vecinos de la Iliria, hicieron colocar detrás de sus filas la cuna de su rey niño, con objeto de que se inflamase más y más su ardor por vencer ante el temor de que cayese el regio niño en manos de sus enemigos.

En cambio de estas astucias, el Emperador supo atraerse un partidario capaz de hacer inclinar la balanza en favor suyo. Desde que terminó su consulado, Arbación vivía retirado de los negocios. Valente le invitó á que viniese á su corte, seguro de que solamente la presencia de este veterano de Constantino haría volver al deber á muchos rebeldes, como así sucedió en efecto. Muchos retrocedieron cuando se oyó á aquel decano del ejército, el primero de los generales en edad y dignidad y tan venerable por sus canas, tratar de bandido á Procopio, y, dirigiéndose á los soldados que habían faltado, llamarles hijos, compañeros de sus viejos servicios,

(1) Según Justíno, los ilirios, despreciando la debilidad de uu rey pupilo, atacaron á los macedonios y los pusieron en fuga. Los macedonios llevaron á su rey en la cuna, lo colocaron detrás del ejércits y volvieron al ataque como si no hubieren sido vencidos más que por no haber peleado bajo los auspicios de su rey, y estuviesen seguros de vencer con él. Enterneciánse además con la suerte de aquel rey á quien su derrota precipitaría del trono al cautiverio. Comienza la batalla y los ilirios quedan destrozados, demostrando con su derrota que á los macedonios no les faltó valor en el primer combate, sino la presencia de su rey.

y suplicarles que se entregasen á él como á un padre, antes que obedecer á un miserable justamente desacreditado, cuyo castigo no podía tardar mucho tiempo. La impresión que produjo alcanzó hasta Gomoario, quien, pudiendo eludir el ataque y retirarse sin pérdidas, prefirió marchar voluntariamente al campamento de Valente y, gracias á la proximidad, suponerse sorprendido por fuerza superior.

Reanimado con estos éxitos, Valente trasladó su campamento á Frigia, donde los enemigos habían reunido sus fuerzas cerca de Nicolia. Pero en el momento de llegar á las manos, Agilón, que los mandaba, abandonó repentinamente las enseñas. Muchos de los suyos imitaron su deserción cuando ya se excitaban al combate, pasando á las filas contrarias con las enseñas bajas y los escudos al revés, como proclamando ellos mismos la deserción.

Desesperando Procopio de su fortuna ante tan inesperado caso, huyó á pie, buscando refugio en los bosques y montañas inmediatas, siguiéndole únicamente los tribunos Florencio y Barchalba. Este último había militado con distinción en todas las guerras desde el reinado de Constancio, y había entrado en la rebelión antes por necesidad que de buen grado. Los tres vagaron durante toda la noche, iluminados constantemente por la luna, cuya claridad aumentaba su temor. Procopio, como de ordinario sucede en las circunstancias desesperadas, no encontraba en sí mismo ningún recurso; y viendo sus dos compañeros que no existía esperanza alguna de salvación, arrojáronse de pronto sobre él, le maniataron, y, en cuanto amaneció, le llevaron al campamento del Emperador, ante quien permaneció mudo é inmóvil. Inmediatamente le cortaron la cabeza, sepultándose con él aquella naciente guerra civil. Su suerte tiene analogía con la de Perpenna, que ocupó por

un momento el poder, después de haber degollado en un festín á Sertorio; pero que, descubierto á poco en un huerto donde se había refugiado, fué llevado á Pompeyo y ejecutado por orden suya.

Florencio y Barchalba, que le habían entregado, fueron condenados también á muerte, víctimas del mismo movimiento de indignación contra la revuelta: rigor irreflexivo, porque si hubiesen sido traidores á un príncipe legítimo, sin duda alguna habrían merecido su suerte; pero habían hecho traición á un rebelde, á un perturbador de la tranquilidad pública, y tenían derecho, por el contrario, á señalada recompensa.

Procopio tenía al morir cuarenta años y diez meses. Su exterior era bastante agradable; su estatura más que mediana, aunque algo encorvado, y miraba siempre al suelo al andar. Por su melancolía y carácter reconcentrado tenía algún parecido con Crasso, de quien Lucilo y Cicerón aseguran no rió más que una vez en su vida; lo que en él se conciliaba, cosa rara por cierto, con un carácter completamente inofensivo.

Al tener noticia de la muerte de Procopio, su pariente, el protector Marcelo, se introdujo de noche en el palacio donde custodiaban á Sereniano, le sorprendió y le mató, muerte que salvó á muchos. Carácter áspero y devorado por el deseo de hacer daño, si Sereniano hubiese visto triunfar á su partido, hubiese ejercido mucha influencia sobre un príncipe cuyo carácter se le parecía y que era casi compatriota suyo; habría impulsado su inclinación á la crueldad, cuyo secreto había sorprendido, y habrían corrido raudales de sangre.

En cuanto Marcelo se deshizo de Sereniano, marchó para apoderarse de Calcedonia, y, sostenido por un puñado de partidarios á quienes la práctica del vicio ó la desesperación impulsaba al crimen, vino á ser él también fantasma de Emperador. Doble desengaño le había

llevado á aquella resolución fatal. Los reyes godos, á quienes el pretendido parentesco de Procopio con la familia de Constantino disponía en favor suyo, le habían enviado un socorro de 3.000 hombres, que Marcelo esperaba atraer á su propia causa mediante ligero sacrificio de dinero: además, contaba con la tentativa sobre Iliria, cuyo resultado se ignoraba todavía.

Cuando los acontecimientos se encontraban en este estado, instruído Equicio por informes seguros de que todos los esfuerzos de la guerra iban á reconcentrarse en Asia, había atravesado el paso de Succos, queriendo á toda costa recobrar á Filipópolis, la antigua Eumolpiada, ocupada á la sazón por los rebeldes. Capital importancia tenía para él en todo caso la posesión de esta plaza, y en el supuesto de que hubiese tenido que cruzar la región del Hemus para socorrer á Valente (porque todavía ignoraba lo ocurrido en Nacolia), hubiese sido expuesto dejarla á la espalda en poder del enemigo. Pero informado casi inmediatamente de la algarada de Marcelo, envió un destacamento de hombres inteligentes y valerosos para apoderarse de él como de esclavo refractario y le hizo encerrar en una prisión, de la que no salió sino para sufrir el tormento y la muerte con sus cómplices. Sin embargo, hay que celebrar en Marcelo el haber libertado al mundo de Sereniano, monstruo tan cruel como Falaris, y ministro complaciente de la barbarie de dos amos que solamente pedían pretextos para entregarse á ella.

La muerte del jefe de la sublevación puso fin á los estragos de la guerra; pero en los castigos impuestos á sangre fría, se traspasó frecuentemente la medida de la equidad, siendo inflexibles especialmente con la guarnición de Filipópolis, que no se rindió con la ciudad hasta la exhibición de la cabeza de Procopio, que llevaban á las Galias y que les mostraron al pasar. Sin

embargo, el rigor no dejó de flaquear en ocasiones ante peticiones influyentes; por ejemplo: Araxio, que por sus intrigas se había hecho dar la prefectura en el momento mismo en que estallaba la sublevación, consiguió, por mediación de su yerno, que se le relegase á una isla de la que no tardó en evadirse. Eufrasio y Tronemo, enviados á Valentiniano en Occidente, para que decidiese acerca de ellos, por el mismo delito, el uno fué absuelto y el otro deportado á Querronesa; tratándose de esta manera á Tronemo por la única razón de que agradaba á Juliano, cuya memoria era odiosa á los dos hermanos, tan lejos de valer lo que él y de parecérsele.

Pero muy pronto sobrevinieron calamidades mucho más terribles que las de las batallas. Al abrigo de la paz, vióse abrir sangrienta serie de informaciones judiciales y al verdugo llevando la tortura y la muerte á todas las clases, sin distinción de edad ni posición. Universal concierto de execraciones saludó aquella victoria, más cruel mil veces que la misma muerte. Al menos, cuando la bocina resuena, la igualdad de probabilidades hace considerar la muerte con menos horror, y triunfa el valor ó la muerte viene de repente y sin ignominia; al cesar de vivir se concluye de padeeer, y á esto queda reducido todo. Pero ante jueces inicuos, cubiertos con máscara de respeto á la justicia, Catones serviles, Cassios hipócritas, que se mueven á una señal del amo, absolviendo ó matando según su capricho, la muerte es un mal espantoso, cuya proximidad muy bien puede hacer temblar. Los que en aquel tiempo ambicionaban el bien ajeno encontraban fácil acogida en la corte. Presentándose con una acusación, teníase la seguridad de ser recibido como familiar, como íntimo, y, por manifiesta que fuese la injusticia, de enriquecerse con los despojos del inocente. El Emperador, que era maligno por carácter, recibía y alentaba estas denun-

cias, gozando extraordinariamente con la multitud de suplicios. Nunca había leído este hermoso pensamiento de Cicerón: «La desgracia mayor es creer que todo nos está permitido.» Tantos ciegos rigores, en una causa justa, deshonran la victoria. Millares de víctimas fueron clavadas en el caballete ó azotadas por el verdugo; y muchos inocentes, que hubiesen preferido mil veces perecer en el campo de batalla, sufrieron el destrozo de sus costados, el despojo de sus bienes, como reos de lesa majestad, ó expiraron con el cuerpo en pedazos, en tormentos más espantosos que la muerte.

En fin, cuando la sed de sangre quedó satisfecha, llegó el turno á las confiscaciones, destierros y otras penas, que se pretende calificar de suaves, pero que son verdaderas calamidades y que cayeron sobre los más encumbrados. Más de un personaje de noble familia, tan rico en virtudes como en patrimonio, fué privado de sus bienes y marchó al destierro á mendigar el socorro de precaria caridad, y todo por aumentar el caudal de éste ó el otro favorito; no teniendo otro límite estos males que la saciedad del príncipe y de los palaciegos, hartos de despojos después de haberse hartado de sangre.

En las kalendas de Agosto, bajo el consulado de Valentiniano y de su hermano, y antes del fin de la rebelión, cuyos diferentes aspectos y catástrofe acabo de referir, el mundo entero se conmovió con un terremoto sin ejemplo en las fábulas ni en la historia. Poco después de salir el sol, y precedido por tremendos truenos que se sucedían sin interrupción, terrible sacudida quebrantó todo el continente hasta su base. La masa entera de las aguas del mar se retiró, dejando en seco sus profundas cavidades, y toda la población del abismo palpitante sobre el lodo. Por primera vez desde que existe el mundo, el sol iluminó con sus rayos las altas

montañas é inmensos valles cuya existencia no se hacía más que suponerla. Los tripulantes de las naves, encalladas ó soportadas apenas por lo que quedaba de agua, pudieron coger con la mano los peces y las conchas. Pero de pronto cambió la escena: las olas rechazadas volvieron más furiosas, invadiendo islas y tierra firme, y nivelando con el suelo las casas de las ciudades y de los campos; pareciendo que los elementos se habían conjurado para mostrar sucesivamente las convulsiones más extrañas de la Naturaleza. Multitud de individuos perecieron sumergidos por este imprevisto y prodigioso regreso de la marea. El reflujo, después de la violenta irrupción de las olas, dejó ver muchas naves perdidas en la playa y millares de cadáveres yaciendo en todas posiciones. En Alejandría grandes embarcaciones fueron llevadas hasta encima de los techos de las casas, y yo mismo he visto cerca de la ciudad de Methona, en Laconia, el casco apolillado de una nave lanzada por las olas á cerca de dos millas de la playa.

LIBRO XXVII

SUMARIO

Victoria de los alemanes, quedando entre los muertos los condes Charietton y Severiano.—Joviano, jefe de la caballería en las Galias, derrota separadamente á dos cuerpos de bárbaros y destroza otro, matando ó hiriendo diez mil hombres.—Simaco y Lampadio y Juvencio, sucesivamente prefectos de Roma. Damaro y Ursino, bajo la administración del último, se disputan el episcopado.—Descripción de las siete provincias de la Tracia y mención de las diferentes ciudades que se encuentran en ella.—Guerra de tres años hecha por Valente á los godos, que contra él habían enviado socorros á Procopio. Paz que la termina.—Con el consentimiento del ejército, Valentiniano confiere á su hijo Graciano el título de Augusto, y, habiéndole revestido la púrpura, le dirige una exhortación y lo recomienda á los soldados.—Irascibilidad, carácter rudo y crueldades de Valentiniano.—Los pictos, attacotos y escoceses causan estragos en la Bretaña, después de matar á los romanos un duque y un conde. El conde Teodoro los derrota y les arrebata el botín. Estragos ejercidos por tribus moras en África. Valente reprime el bandolerismo de los isaurios. Prefectura de Pretextato.—Valentiniano pasa el Rhin, y, despuès de un combate mortífero para los dos bandos, derrota á los alemanes que se habían situado en una montaña elevada y los dispersa.—Carácter de Probo, su elevado nacimiento, riquezas y dignidades.—Guerra entre los persas y los romanos por la posesión de la Armenia y de la Iberia.

Durante esta rápida serie de acontecimientos en Oriente, los alemanes se habían repuesto en parte de los rudos golpes con que Juliano quebrantó su poder, y el despecho por lo que habían sufrido les llevaba á

maltratar de nuevo las fronteras de la Galia, que por largo tiempo habían respetado. En las kalendas de Enero, aprovechando el extremado rigor del invierno en aquellas heladas comarcas, hicieron irrupción muchas bandas á la vez, y, divididas en tres grupos, se extendieron, saqueando el país. Charietton, que mandaba con el título de conde en las dos Germanias, avanzó contra el primer cuerpo con las mejores tropas que tenía. Había llamado en socorro suyo á Severiano, conde también como él, que se encontraba en Calibona con los divitenses y tongrianos. Cuando tuvieron reunidas todas sus fuerzas, lanzaron con prontitud y decisión un puente sobre un río medianamente ancho; y en cuanto vieron al enemigo, trabóse la pelea con nubes de saetas y flechas, que los bárbaros devolvieron con creces á los romanos. Pero cuando se llegó á combatir con la espada, nuestra línea de batalla, quebrantada por el impetuoso choque de los bárbaros, perdió el vigor y la energía, y al ver á Severiano caer del caballo herido por una saeta, emprendió de pronto la fuga. En vano reconvenía Charietton á los fugitivos, y, oponiéndoles su cuerpo por barrera, quiso que lavasen la mancha peleando á pie firme; él mismo recibió mortal herida. Después de su muerte, los bárbaros se apoderaron de la enseña de los hérulos y de los batavos, y, colocándola en evidencia, bailaron en derredor con gritos de insulto y de triunfo. Este trofeo no se recobró hasta más adelante y después de muchos combates.

(AÑO 367 DE J. C.)

A pesar de la consternación que produjo este desastre, inmediatamente se envió Dagalaifo á París para que procurase repararlo; pero no hizo más que contemporizar, alegando que las fuerzas de los bárbaros esta-

ban demasiado divididas para permitirle descargar un golpe decisivo. Llamáronle muy pronto para recibir con Graciano la investidura del consulado, y Jovino, jefe de la caballería, tomó el mando en lugar suyo. Poseía éste un cuerpo de ejército completo y en buen estado: atendió cuidadosamente á resguardar sus flancos, y, sorprendiendo en Scarponna al cuerpo más numeroso de los bárbaros, antes de que pudiesen acudir á las armas, les exterminó hasta el último. Este triunfo, conseguido sin pérdida alguna, exaltó extraordinariamente el ánimo de los soldados, aprovechándolo aquel hábil general para aplastar el segundo cuerpo. Avanzando con iguales precauciones, enteróse de que otro grupo de bárbaros, después de talarlo todo en las inmediaciones, descansaba en las orillas del río. Jovino continuó silenciosamente la marcha, oculto por un valle forestal, hasta que al fin vió claramente á los enemigos ocupados, unos en bañarse, otros en peinar su rubia cabellera al uso de su país, y la mayor parte bebiendo. El momento era favorable: manda tocar la bocina y cae sobre aquellos bandidos, que tenían dispersas las armas. Los germanos no pudieron formarse ni reunirse, y solamente opusieron á sus vencedores gritos y vanas amenazas. Toda aquella multitud cayó bajo nuestras lanzas y espadas, exceptuando algunos, muy pocos, que consiguieron escapar vivos, debiendo la salvación á la rapidez con que huyeron por senderos estrechos y extraviados.

Con este gran resultado, en el que tanta parte tenía la fortuna como el valor, creció todavía más la confianza de las tropas. Jovino se dirigió sin dilación, explorando siempre el terreno con prudencia, contra el tercer ejército, que encontró reunido cerca de Catelaunos y preparado para pelear. Acampó en terreno favorable, se atrincheró y dedicó una noche al descanso de las tro-

pas. Al salir el sol, dispuso hábilmente sus fuerzas en vasta llanura, de manera que presentasen, aunque menores en número, pero no en valor, un frente de batalla igual al de los bárbaros. En el momento en que se reunían al son de trompetas, los germanos se detuvieron, intimidados un instante á la vista de nuestras enseñas; pero en seguida se repusieron y el combate se prolongó hasta la noche. El valor de nuestros soldados brilló con su ordinaria superioridad, y casi sin pérdidas hubiesen recogido inmediatamente el fruto de sus esfuerzos, si Balcobaudes, tribuno de la armadura, más valiente en palabras que en obras, no se hubiese retirado vergonzosamente al acercarse la noche. Esta cobardía hubiese hecho inevitable la derrota, si las demás cohortes siguieran su ejemplo, no quedando de nosotros ni uno vivo para llevar la noticia. Pero los soldados se mantuvieron firmes, y tan seguros golpes descargaron, que mataron al enemigo seis mil hombres, hiriéndole cuatro mil; mientras que nosotros solamente perdimos dos mil hombres, de ellos doscientos heridos.

La noche, que puso fin al combate, reparó nuestras extenuadas fuerzas; y al amanecer, el valiente general, que había formado ya en cuadro su ejército, vió que el enemigo había aprovechado la obscuridad para huir. Al atravesar aquella inmensa llanura despejada, en que no podía temerse sorpresa alguna, hollaban montones de heridos con los miembros rigidos, que habían sucumbido prontamente por la pérdida de sangre y el rigor del frío. Después de caminar de esta manera algún tiempo sin encontrar á nadie, retrocedía Jovino, cuando supo que un destacamento de hastatos, que había enviado por otro camino á saquear las tiendas de los alemanes, se había apoderado de su rey, que llevaba solamente débil escolta y lo había ahorcado. En su justo enojo quiso al pronto castigar duramente al tribuno

que realizó aquel acto de autoridad; y su condenación era segura, de no probarse que el arrebato del soldado no le dió tiempo para intervenir.

Después de esta gloriosa expedición, emprendió Jovino el camino de París, saliendo regocijado el Emperador á su encuentro, y poco después le designó cónsul. Había llegado al colmo la satisfacción de Valentiniano, porque acababa de recibir de Valente, como homenaje, la cabeza de Procopio. Otros combates menos importantes se libraron todavía en diferentes puntos de la Galia; pero la poca monta de sus resultados no merece que nos ocupemos de ellos, porque no es propio de la historia descender á detalles de tan escaso interés.

Por esta época, ó poco antes, la Toscana annonaria presenció un prodigio que burló la ciencia de los más hábiles en adivinación. En Pistora, un día á la tercera hora, ante numeroso concurso de personas, un asno subió al tribunal y comenzó á rebuznar con notable continuidad, dejando estupefactos á cuantos lo vieron ú oyeron referir el caso. En vano se formaron al pronto conjeturas acerca del sentido del pronóstico, que, sin embargo, no tardaron en explicar los acontecimientos. Terencio, natural de aquella ciudad y panadero de profesión, habiendo acusado de peculado al ex prefecto Orfito, obtuvo como recompensa la administración de la provincia á título de corrector. Mostróse tan insolente como inquieto, y pereció bajo la prefectura de Claudio por mano del verdugo, convicto, según se dice, de haber prevaricado en el asunto de los transportes por agua.

Mucho antes había tenido Aproniano por sucesor á Símmaco, que puede citarse como uno de los hombres más instruídos y modestos. En la ciudad eterna nunca estuvieron más aseguradas las subsistencias y, por consiguiente, la tranquilidad, que bajo su prefectura.

Símmaco tiene la gloria de haber dejado un puente tan magnífico como sólido á sus conciudadanos, cuya ingratitud fué notoria, puesto que pocos años después quemaron la soberbia casa que poseía al otro lado del Tíber; solamente porque no sé qué individuo de la clase más baja del pueblo, á la aventura y sin prueba alguna, le atribuyó estas palabras: «Antes que vender mi vino al precio que me ofrecen, prefiero guardarlo para apagar cal.»

En seguida ocupó la plaza de Símmaco, Lampadio, que había sido prefecto del pretorio, que se ofendía si no admiraban en él hasta la manera de escupir, pretendiendo hacerlo de un modo tan pulcro que nadie podía imitarle; por otra parte, era hombre íntegro y hábil administrador. Este fué quien, al dar con brillantez los juegos de su investidura como pretor (1), viéndose agobiado por la gritería del populacho, que reclamaba en provecho de tal ó cual favorito larguezas muchas veces inmerecidas, hizo presentarse algunos pobres de los que se colocan en las puertas del Vaticano, y les distribuyó con su propia mano gruesas cantidades, para demostrar á la vez su liberalidad y su desprecio á los juicios populares. De su notoria vanidad no citaré más que un rasgo asaz inocente, como aviso á los ediles futuros. En todas partes donde la magnificencia de nuestros príncipes ha dotado á la ciudad de un edificio, escribía él su nombre como fundador del monumento y no sencillamente como restaurador. Dícese que Trajano tenía igual

(1) Según costumbre, que remontaba al tiempo de Augusto, el pretor celebraba con juegos dados al pueblo la ceremonia de su investidura. Esto, que era potestativo, Constantino lo hizo obligatorio, al mismo tiempo que imponía á los que nombraba senadores, el deber de aceptar estas costosas funciones; por lo que muchos miembros del Senado, para eludir un honor que les arruinaba, se sometían á voluntario destierro.

manía, lo que valió á este emperador el mote de *herba parietaria*.

Frecuentes tumultos turbaron la prefectura de Lampadio. Una vez (y éste fué el más grave) el populacho, armado con antorchas ¡y blandones, arrojó muchos de ellos sobre su casa, situada cerca de las termas de Constantino, y la hubiesen reducido á cenizas á no ser por la pronta intervención de sus criados, que, ayudados por los vecinos, dispersaron desde los techos á los incendiarios arrojándoles tejas. Asustado el prefecto por las proporciones que había tomado el tumulto, se retiró desde el primer momento al puente Mulvio (1) (que según dicen construyó el viejo Scauro), desde donde dictaba las medidas necesarias para disolver el motín, cuya causa era muy grave. Quería Lampadio construir nuevos edificios, ó reparar antiguos, y en vez de imputar los gastos, como se hace en tales casos, al producto de los impuestos, cuando necesitaba hierro, plomo, cobre ú otra cosa semejante, enviaba agentes suyos, so color de compra, para que se apoderasen de estos materiales, que no pagaba jamás. Estas exacciones, repetidas hasta lo infinito, habían concluído por sublevar á los pobres que eran víctimas de ellas y hubiesen maltratado al prefecto, de no ponerse prontamente en salvo.

Su sucesor Juvencio, antiguo intendente del palacio y pannoniano de nacimiento, era tan íntegro como mesurado. Su administración suave y circunspecta hizo reinar la abundancia, aunque la ensangrentó terrible discordia, cuya causa fué la siguiente: Dámaso y Ursino

(1) El puente Mulvio, sobre el Tiber, á catorce estadios de Roma. En este puente tuvo lugar el choque más violento entre los ejércitos de Constantino y de Magnencio, en la famosa batalla que decidió la suerte del Imperio.

se disputaban con ahinco la sede episcopal, y el fanatismo de sus sectarios, tan exaltado como el de los bandos políticos, llegó algunas veces hasta apelar á la violencia y hasta el derramamiento de sangre. No era más posible al prefecto dulcificarlos que reprimirlos, y se vió relegado á un arrabal por sus furores. Dámaso consiguió triunfar en la lucha, y está averiguado que á la mañana siguiente se encontraron ciento treinta cadáveres en la basílica Sicinia (1), donde celebran los cristianos sus asambleas. Con sumo trabajo, y mucho tiempo después, se consiguió calmar aquella terrible efervescencia.

Verdaderamente, cuando considero el esplendor de esta dignidad en la capital, no me sorprenden tales excesos de animosidad en los competidores. El que la obtiene está seguro de enriquecerse con los generosos donativos de las matronas, de pasear en el vehículo más cómodo, de deslumbrar todos los ojos con el esplendor de su traje y de eclipsar en sus festines hasta la profusión de las mesas reales. ¡Cuántos se verían mejor inspirados si en vez de emplear como pretexto la grandeza de la ciudad para justificar su lujo, imitasen á algunos compañeros de las provincias, á quienes su frugal comida, su humilde exterior, sus ojos bajos, puras y austeras costumbres, recomiendan con justos títulos á Dios y á los verdaderos fieles! Pero dejemos esto y volvamos á nuestro asunto.

Mientras ocurrían estas cosas en Italia y las Galias, convertíase la Thracia en teatro de nuevos combates. Valente, por consejo de su hermano, que le dirigía en todo, acababa de declarar la guerra á los godos; resolución que tenía legítima causa en el socorro que este pueblo había proporcionado á Procopio durante la gue-

(1) Hoy iglesia de Santa María la Mayor.

rra civil. Diremos algo acerca de la situación y orígenes de esta comarca.

Fácil sería el trabajo si estuviesen conformes las noticias de los autores antiguos. Pero los libros se contradicen y no ayudan á descubrir la verdad que prometen; por lo que no hablaré más que de lo que he visto. La Thracia, como dice Homero, es un país de vastas llanuras y altas montañas: el poeta inmortal la hizo patria del aquilón y céfiro, siendo esto una ficción, ó en su tiempo se comprendía bajo el nombre de Thracia una extensión de país mucho más considerable, habitado por pueblos salvajes. El territorio de los scordiscos formaba indudablemente parte de ella, y en nuestros días pertenece á una provincia muy lejana. Nuestros anales nos dicen cuál era la brutal ferocidad de aquella raza, que sacrificaba sus prisioneros á Marte y á Belona, y bebía con delicia sangre en cráneos humanos. En las guerras que sostuvo con ellos, experimentó Roma frecuentes reveses, y últimamente pereció allí un ejército entero con su jefe.

En sus dimensiones actuales la Thracia tiene la figura de media luna ó, si se quiere, la de magnífico anfiteatro. A su extremo oriental se encuentran los escarpados montes que forman el desfiladero de Succos, que separan la Thracia de la Dacia. Al Norte las recortadas cumbres del Hemus y el río Ister, que, por el lado romano, baña el pie de muchas ciudades y fortificaciones y castillos. A la derecha y al Mediodía se alzan las majestuosas crestas del Rhodopes. A Levante la limitan el estrecho, cuyas aguas, viniendo del Ponto Euxino, corren á confundirse con las olas del mar Egeo, formando angosta separación entre los dos continentes. La Thracia toca también á la Macedonia por un punto de su límite oriental, y la comunicación entre ambas comarcas se verifica por una garganta estrecha y abrup-

ta, llamada Acontisma. Encuéntrase cerca de aquí el valle de Aretusa, la estación del mismo nombre donde se enseña la tumba del célebre poeta trágico Eurípides; la Stagira, patria de Aristóteles, boca de oro, como le llama Cicerón. Habitaban en otro tiempo esta comarca pueblos bárbaros, diferentes en costumbres y lenguaje, siendo los más temibles los Odrysos, tan sedientos de sangre humana, que cuando no tenían enemigos que combatir, en medio de sus comidas, ebrios de vino y repletos de alimentos, volvían el hierro contra sus propios miembros.

Cuando el poder romano tomó incremento bajo el gobierno de los cónsules, á fuerza de perseverancia consiguió Marco Didio vencer á esta nación, hasta entonces indomable, que vivía sin culto ni leyes. Druso supo en seguida contenerla en sus límites naturales. Minucio la destrozó en una gran batalla en las orillas del Hebrum, que tiene su origen en las montañas de los Odrysos; y lo que quedaba de ellos pereció en otro combate con el procónsul Appio Claudio, apoderándose entonces la flota romana de las ciudades del Bósforo y de la Propóntida. Después de estos generales apareció Lúculo, que en una sola expedición abatió la ruda nación de los Bessos, y redujo, á pesar de su enérgica resistencia, á los montañeses del Hemus. Su valor hizo pasar toda la Thracia bajo el yugo de nuestros mayores, y por esta conquista, largo tiempo disputada, añadió seis provincias nuevas al territorio de la república.

La primera de estas provincias, que confina por el Norte con la Iliria, es la Thracia propiamente dicha, que tiene como gloria las grandes ciudades de Filipópilis y Borea. La provincia del Hemus comprende Andrinópolis, llamada en otro tiempo Uscudama, y Anquialón. Viene en seguida la Mysia, donde se encuentra Marcianópolis, llamada así del nombre de la hermana de Tra-

jano, Dorostora, Nicópolis y Odyssus. Más lejos está la Scitia, cuyas ciudades más populosas son Dionisópolis, Tomi y Calatis. En fin, la provincia llamada Europa es la última de la Thracia por el lado del Asia. Cuenta ésta entre sus municipios otras dos ciudades notables, Apris y Perintho, que más adelante se llamó Heraclea, siendo limítrofe de esta última la provincia de Rhodopa, cuyas ciudades son Maximianópolis, Maronea y Ænos, construída por Eneas y abandonada en seguida para ir, bajo mejores auspicios, y después de vagar durante mucho tiempo por los mares, á fundar un establecimiento eterno en Italia.

Cosa reconocida es que los montañeses de esta comarca tienen sobre nosotros la ventaja de una constitución más sana y más robusta y vida más larga. Dícese que la razón de esto es que comen manjares fríos, y que su cuerpo, refrescado continuamente por el rocío, aspira aire más puro, participa más inmediatamente de la influencia vital de los rayos del sol y que los vicios no han penetrado todavía entre ellos. Dichas estas cosas, continuemos nuestro relato.

Después de la derrota de Procopio en Frigia, cuando quedó restablecido en todas partes el orden, Víctor, jefe de la caballería, fué enviado cerca de los godos para averiguar qué motivo había podido determinar á esta nación amiga, unida con los romanos por sincero tratado, á secundar con sus armas una empresa dirigida contra sus legítimos príncipes. Los godos presentaron para justificarse una carta de Procopio, en la que demostraba su derecho al imperio como pariente de Constantino; y añadieron que si se habían engañado, su error era perdonable.

Víctor transmitió la excusa á Valente, quien, considerándola completamente frívola, levantó sus enseñas contra los godos, que en seguida se enteraron de su mar-

cha, y vino, al comenzar la primavera, á acampar con todas sus fuerzas cerca de la fortaleza de Dafnea. Arrojó sobre el Danubio un puente de barcas, sin encontrar resistencia, y como pudo recorrer la comarca en todos sentidos, no encontrando á nadie á quien combatír, ni siquiera expulsar delante, perdió todo freno su confianza. Efectivamente, el miedo se había apoderado de los godos al ver la imponente ostentación de fuerzas del ejército imperial, retirándose en masa á las abruptas montañas de los Serros, en las que nadie podía penetrar sin ser muy perito en aquellos parajes. Sin embargo, no queriendo dejar pasar toda la estación sin resultados, Valente hizo recorrer todo el país por destacamentos que dirigió Arintheo, jefe de la infantería, pudiendo apoderarse de parte de las familias de los enemigos antes de que se refugiasen en las alturas. Este fué el único fruto de aquella campaña, de la que regresó el príncipe sin haber experimentado pérdidas, pero también sin haber producido mucho efecto.

Al año siguiente el Emperador iba á entrar con ardimiento por el territorio enemigo, cuando le detuvo el desbordamiento del Danubio. Todo el estío estuvo acampado cerca del pueblo de Carpis; pero continuando la inundación, regresó á pasar el invierno en Marcianópolis.

Valente perseveró, y al siguiente año, un puente lanzado en Noviduno le abrió el territorio de los bárbaros, donde, después de largas marchas, alcanzó á la belicosa tribu de los gruthungos, y llevó delante de él á Athanarico, uno de los jefes más poderosos, que se creyó bastante fuerte para hacer frente al ejército. En seguida regresó el Emperador á Marcianópolis, posición muy cómoda para invernar.

Dos causas debían producir la terminación de la guerra después de este período de tres años. En primer

lugar, la prolongada presencia del príncipe en su proximidad era continuo objeto de temor para los godos. En segundo lugar, la interrupción del comercio privaba á los bárbaros de las cosas más necesarias para la vida; viéndose, por tanto, reducidos á implorar la paz por medio de una legación. El Emperador, poco instruído, pero que poseía juicio muy seguro antes de que el veneno de la adulación hiciese su gobierno tan funesto para los asuntos públicos, decidió, después de haber oído á su consejo, que podía aceptarse la paz. Víctor, y después Arintheo, jefes de la infantería y caballería, recibieron el encargo de tratar; y habiendo confirmado sus cartas que los godos estaban dispuestos á aceptar las condiciones, solamente faltaba designar paraje conveniente para las negociaciones. Pero Athanarico alegó una prohibición de su padre y su propio juramento de no poner jamás el pie en territorio romano. El Emperador, por su parte, se habría rebajado yendo á él, resolviéndose la dificultad por medio de un subterfugio. Dispúsose el encuentro en medio del río en naves que llevarían, por un lado al Emperador y su comitiva, y por otro al jefe bárbaro para ratificar el convenio ajustado. Valente se hizo entregar rehenes y regresó en seguida á Constantinopla, á donde llegó más adelante el mismo Athanarico, arrojado de su patria por un bando. Allí murió y se le sepultó con magnificencia según el rito romano.

En medio de estos acontecimientos cayó gravemente enfermo Valentiniano, corriendo peligro su vida. Galos de la guardia del príncipe celebraron por entonces una reunión en la que se trató de elevar al trono á Rústico Juliano, guarda de los archivos. Este hombre gustaba por instinto de la sangre como las fieras, habiéndolo demostrado plenamente cuando gobernó el Asia con el título de procónsul, si bien se mostró más humano en

la prefectura de Roma, que desempeñaba cuando murió: pero dependía esto de la necesidad y el temor, porque no dudaba que debía aquellas elevadas funciones al poder precario de un tirano (1) y á la falta de súbditos más dignos. Otro partido ponía sus miras en Severo, jefe de la infantería, como merecedor de la autoridad suprema. Este era duro y temido; pero en último caso era varón de otro carácter y preferible bajo todos conceptos al primero.

El Emperador recobró, sin embargo, la salud en medio de estas vanas intrigas; y apenas restablecido, meditaba ya la elevación al poder de su hijo Graciano, que frisaba entonces en la edad viril. Preparóse todo anticipadamente para la ceremonia y disponer el ánimo del ejército; en seguida llamó á Graciano, y subiendo con él á un tribunal alzado en el campo de Marte, rodeado de los principales personajes de la corte, cogió por la mano al príncipe, y, presentándolo á la asamblea, lo recomendó con la alocución siguiente:

«El fausto testimonio de vuestra benevolencia; la

(1) Rústico Juliano había sido nombrado prefecto de Roma durante la corta dominación del tirano Máximo en Italia. Este último, soldado de fortuna, parece haber contribuído, bajo las órdenes del ilustre conde Teodosio, á la pacificación de la Bretaña, porque quedó allí mandando la fuerza militar después de la marcha de su jefe. Más adelante aprovechó la indolencia de Graciano para usurpar la púrpura y expulsar de París al débil Emperador, á quien hizo asesinar en Lyon. Un tratado de alianza, arrancado á la política del Emperador Teodosio, confirmó el título de Augusto á Máximo, y la pacífica posesión de la Bretaña, la Galia y la España. Pero no habiendo quedado satisfecha su ambición, trató de adquirir los despojos del Emperador Valentiniano II, que reinaba en Italia é Iliria. Teodosio no pudo entonces vacilar por más tiempo en vengar el asesinato de su antiguo bienhechor; y la guerra que se encendió entre él y Máximo terminó con la derrota del tirano, á quien cortaron la cabeza á los cinco años de reinado.

púrpura de que me habéis considerado digno entre tantos varones ilustres, me permite llevar á cabo, bajo vuestros auspicios y con el apoyo de vuestros consejos, un deber de naturaleza á la vez que de buena política, y que bendecirá Dios, protector de este Imperio Recibid, pues, favorablemente, valientes amigos, la comunicación que voy á haceros; y estad convencidos de que, á pesar de la voz de la sangre que me habla, nada quiero decidir sin vosotros, sin vuestra aprobación, que es la única que puede dar fuerza y vigor á mi resolución, y con la que todo me será fácil en lo sucesivo. Ved aquí á mi hijo Graciano, á quien el tiempo ha hecho hombre y cuya educación común con la de vuestros hijos, os debe hacer tan querido como á mí mismo. Quiero, si el cielo ayuda mi cariño de padre, dar, al asociarle á la dignidad augusta, una prenda más á la seguridad pública. No ha hecho como nosotros, desde la cuna, el duro aprendizaje de las armas, ni soportado las duras pruebas de la adversidad. Como veis, todavía no se encuentra en estado de soportar las rudas fatigas de la guerra y el polvo de un campo de batalla. Pero puedo decir que lleva consigo el germen del valor y virtudes de sus antepasados. Le he estudiado mucho, y aunque sus costumbres y gustos no están formados aún, vese ya, y su educación lo garantíza suficientemente, que sabrá juzgar del mérito de las cosas y de los hombres. Con él serán apreciados los buenos. Al lado constantemente de las águilas y de las enseñas, hasta les precederá para correr á la gloria, soportando los ardores del sol y el penetrante frío de la nieve y el hielo, sabrá, si es necesario, haceros muralla con su cuerpo y dar su vida por los suyos. En fin, para abarcar con una palabra toda la extensión de sus obligaciones, la república le será tan querida como la casa de sus abuelos.»

Apenas terminada la oración, resonaron halagüeños

murmullos, mostrando extraordinario regocijo todas las filas del ejército, como si cada soldado tuviese empeño en demostrar la parte que tomaba en aquel solemne acto. Graciano fué proclamado Emperador al sonido de todas las trompetas reunidas, mezclándose el de las armas. Valentiniano auguró favorablemente, y, después de haber abrazado á su hijo y revestídole los ornamentos del rango supremo, se dirigió también al jovęn, radiante bajo su nuevo traje, quien escuchó atentamente á su padre:

«Ya te encuentras, Graciano querido, por mi voto y el de mis compañeros de armas, revestido con la púrpura imperial. Imposible es obtenerla bajo mejores auspicios. Acostúmbrate como colega de tu padre y de tu tío á llevar tu parte de la carga de los asuntos públicos; á hollar, si es necesario, el helado lecho del Rhin y del Danubio; á no poner á nadie entre ti y tu ejército; á derramar, aunque no inconsideradamente, tu sangre por tus súbditos; en fin, á no considerar como extraño para ti nada de lo que concierne á tu pueblo. Nada más te digo hoy; pero en caso necesario, no te faltarán mis consejos. En cuanto á vosotros, valientes defensores del Imperio, os encargo á vuestro joven Emperador, rogándoos le consideréis con fidelidad y amor.»

A estas palabras, imponentes por la solemnidad del acto, Eupraxio, nacido en la Mauritania cesariense, y á la sazón guarda de los archivos, exclamó antes que todos: «La familia de Graciano tiene derecho á este honor.» Y en el acto se le hizo cuestor. Muchos rasgos de su conducta en este cargo pueden citarse como ejemplos dignos de imitar. Mostróse fiel servidor, pero no servil; inflexible y sin pasión como la ley, que no distingue á nadie, y tanto más incapaz de transacción, cuanto que tenía por amo al príncipe más irascible é inclinado á la arbitrariedad. Mucho se alabó entonces

á los dos Emperadores, especialmente al más joven, porque el brillo de sus ojos, la gracia de su semblante y de toda su persona, la bondad de su carácter, hubiesen formado conjunto para sostener la comparación con los príncipes más completos, si, demasiado débil todavía para las pruebas que le esperaban, aquel noble corazón hubiese sabido defenderse mejor contra la influencia de los malos consejos.

Al conferir el título de Augusto, y no el de César, á su hermano y á su hijo, Valentiniano puso el amor de familia por encima de la costumbre establecida. El único ejemplo antiguo de caso semejante es el que dió Marco Aurelio asociando á su poder, bajo el concepto de igualdad completa, á su hermano adoptivo Vero.

(AÑO 368 DE J. C.)

Apenas habían transcurrido algunos días desde la solemne manifestación de la concordancia de miras del poder y del ejército, cuando Mamertino, prefecto del pretorio, á su regreso de Roma, á donde había ido á corregir algunos abusos, fué acusado de concusión por Aviciano, ex vicario de África. Reemplazó á Mamertino, Vulcacio Rufino, á quien debe citarse como varón perfecto en todos puntos y tipo de honrada longevidad, exceptuando que no dejaba escapar ocasión alguna de ganancia cuando podía aprovecharla sin escándalo. Rufino logró el llamamiento de Orfito, ex prefecto de Roma, y la restitución de los bienes al desterrado.

Al comenzar su reinado, Valentiniano se había esforzado para dominar los movimientos de furor á que se encontraba sujeto, queriendo burlar la opinión acerca de la notoria irascibilidad de su carácter. Pero no por esto dejaba de fermentar en él esta pasión, haciendo

más víctimas su explosión por lo mismo que había estado más comprimida. Los filósofos llaman á la cólera una úlcera del alma, difícil de curar, si no incurable, cuya causa es una debilidad moral. Apóyanse en un argumento especioso, á saber: que los enfermos son más irascibles que las personas sanas, las mujeres más que los hombres, los ancianos más que los jóvenes, y los desgraciados más que los favorecidos por la fortuna.

Entre los actos de crueldad que ejecutó Valentiniano contra los individuos de rango inferior, debe citarse el suplicio de Dioclés, ex tesorero de largueza en Iliria, que pereció en la hoguera por leve falta, y la pena de muerte impuesta también á Diodoro, ex intendente de Italia, y á tres aparitores del vicario, únicamente porque el conde se había quejado de que Diodoro le había intentado un proceso civil, y los aparitores, por orden del tribunal, en el momento de una marcha, se habían atrevido á manifestarle que tenía que responder ante la justicia. Los cristianos de Milán honran estas víctimas, y el paraje de su sepultura se llama todavía hoy Los Inocentes (1). En otra ocasión ordenó el Emperador la muerte de los decuriones de tres ciudades, por haber, por mandato legal de un juez, apresurado la ejecución de un tal Maxencio, que era de Pannonia. «Príncipe, le dijo entonces Eupaxio, escucha antes los consejos de la moderación. Esos mismos hombres á quienes haces perecer como criminales, la religión cristiana los considera mártires, es decir, almas agradables á Dios.» El prefecto Florencio imitó esta valerosa libertad, atreviéndose á decir un día, al enterarse de que por una bagatela el Emperador había dado la misma orden contra tres decuriones de cierto número de ciu-

(1) Los anales eclesiásticos de Baronio no han conservado rastro de esta consagración.

dades: «¿Y si alguna de esas ciudades no cuenta tres magistrados, habrá que aplazar la ejecución hasta que esté completo el número?» Valentiniano mostraba á veces un refinamiento de tiranía cuya mención solamente subleva. Cuando un litigante se dirigía á él para recusar la jurisdicción de un enemigo poderoso y pedir otro juez, nunca dejaba, cualesquiera que fuesen los motivos de la recusación, de enviar al peticionario ante el mismo magistrado cuya parcialidad le era justamente sospechosa. Pero lo más horrible es esto: si un deudor del estado quedaba insolvente, «es necesario matarle», decía (1).

A tales extremos lleva el orgullo á aquellos soberanos que niegan el derecho de observación á sus amigos, y cuyos enemigos, helados por el miedo, no se atreven á desplegar los labios. No hay enormidad de que no se pueda ser culpable cuando se considera el capricho como el derecho de hacerlo todo.

Valentiniano marchaba apresuradamente desde Ambiano á Tréberis, cuando recibió aflictivas noticias de Bretaña. Los bárbaros se habían puesto de acuerdo para dominar por hambre al país, que se encontraba ya en el último extremo. Habían dado muerte al conde Nectarido, que mandaba en las costas, y hecho caer en una emboscada al duque Fulofaudes. Muy alarmado Valentiniano encargó primeramente á Severo, conde de los domésticos, que marchase á remediar el mal en lo posible; en seguida le llamó, reemplazándole con Jovino,

(1) Esta terrible palabra no es, sin embargo, otra cosa que la aplicación literal de una disposición de la ley de las Doce Tablas. Aulo Gelio dice: «Si se adjudicaba el deudor á muchos acreedores, la ley les permitía cortarle en pedazos si querían y repartírselo.» Creerás que retrocedo ante los términos de la ley, pues los cito: después de tres días de mercado, se les despedazará, y si se corta demasiado ó se corta poco, no habrá fraude.»

que, apenas llegado, le envió á Provertuides para pedir al Emperador un ejército, porque la situación de las cosas exigía este empleo de fuerzas. Más y más inquieto acerca de la posesión de esta isla, el Emperador eligió en último caso para mandar en ella á Teodosio, conocido ya por brillantes éxitos, confiándole lo más escogido de las legiones y las cohortes. Parecía, pues, que esta expedición comenzaba bajo los mejores auspicios.

Cuando me ocupé de los hechos del reinado de Constantino, expliqué lo mejor que pude el flujo y reflujo y describí la posición de la Bretaña: creo, por consiguiente, inútil volver á hacerlo, porque, como Ulises entre los Feacios, tengo miedo al tedio de las repeticiones. Pero es cosa esencial hacer notar que los pictos formaban en esta época dos grupos, los dicalidones y los vesturiones, que, de acuerdo con los belicosos pueblos de los attacotos y escoceses, causaban por todos lados estragos. En los puntos de la isla más inmediatos á la Galia, los francos y sus vecinos los sajones hacían desembarcos y correrías por el interior, saqueando, incendiando, degollando cuanto caía bajo sus manos.

Estas eran las calamidades que llamaban á los extremos del mundo á este hábil capitán, para que, con el auxilio de la fortuna, los remediase. Teodosio marchó á la playa de Bononia, separada de la opuesta por estrecho brazo de mar, cuyas alternadas mareas en tanto agitaban la superficie, en tanto la dejan tranquila como una llanura y sin peligro alguno para el navegante. Embarcóse y saltó á tierra en Rutopia, excelente fondeadero de la otra orilla. Desde allí, seguido por los bátavos, los hérulos, jovianos y victorinos, tropas acostumbradas á vencer, llegó á la antigua ciudad de Lundinio (1), llamada después Augusta. Llegado á este

(1) Londres.

punto, dividió sus fuerzas en muchos grupos, y cayendo sobre las partidas enemigas, cargadas de botín, las deshace y les quita los hombres y ganados de que se habían apoderado. Se restituyó lo suyo á los infelices despojados, exceptuando una parte pequeña como recompensa por los trabajos de los soldados. En seguida entró triunfante en la ciudad, antes abrumada por la desgracia; pero que se animaba de repente ante la esperanza que se le devolvía.

Tal comienzo infundió confianza á Teodosio, sin que por esto disminuyese su circunspección. Comparando diferentes planes, parecióle lo más seguro, considerando la multiplicidad de pueblos con quienes tenía que luchar y la dispersión de sus fuerzas, proceder por sorpresas, y deshacer en detalle enemigos cuyo valor salvaje no dejaba otras esperanzas de éxito. Las confesiones de los prisioneros y las manifestaciones de los desertores le confirmaron en esta opinión. En sus edictos prometió entonces la impunidad á los desertores que volviesen á las enseñas, y llamó á los soldados autorizados para permanecer ausentes, reuniéndose casi todos al primer aviso, lo cual era también indicio favorable. Pero viéndose abrumado por multitud de atenciones, pidió enviasen á Bretaña como prefectos á un hombre llamado Civilis, muy entendido y recto, y á Dulcicio, que había dado pruebas de conocimientos militares.

Tal era la situación de las cosas en Bretaña. Desde el advenimiento de Valentiniano, los bárbaros asolaban el África, prodigando muerte y saqueo en sus insolentes incursiones. Los males de este país, aumentados por la relajación de la disciplina, se encontraban agravados más y más por la avidez que se apoderaba de todos los ánimos, y de la que daba ejemplo á todos el conde Romano, aunque sabía hacer que recayese en

otros la odiosidad de las exacciones. Odiado por su crueldad, lo era más todavía por el cálculo infame con que se adelantaba á los estragos de la guerra, y atribuía en seguida al enemigo el despojo de las provincias que él mismo había realizado: depredaciones protegidas por la connivencia de su pariente Remigio, maestre de los oficios, que tenía habilidad para presentar á Valentiniano bajo aspecto muy diferente la deplorable situación de África, y que, con sus falsos relatos, pudo burlar por mucho tiempo la agudeza de que se preciaba el príncipe.

Tengo el propósito de reservar para un relato especial y detallado las circunstancias del asesinato del presidente Ruricio y otros miembros de la embajada, así como también otras escenas de sangre que tuvieron lugar en aquel país. Pero ha llegado el tiempo de la verdad, y he de decir claramente lo que pienso. Una de las faltas de Valentiniano es haber dado, con grave perjuicio del Estado, el primer impulso á la arrogancia del ejército. Prodigó demasiado por esta parte los honores y las riquezas, y, lo que no es menos censurable en moral como en política, inflexible con los simples soldados, cerraba los ojos á los vicios de los jefes, que muy pronto perdieron todo freno, llegando á considerarse como dueños de todas las fortunas. Los legisladores de otros tiempos, por el contrario, estaban prevenidos contra la ambición y la preponderancia militares, hasta el punto de exagerar la aplicación de la pena capital, llevando á la práctica el principio inexorable de que, cuando ha faltado una muchedumbre, debe caer el castigo hasta sobre el inocente á quien la ciega suerte ofrece en sacrificio á la vindicta pública.

Por esta época bandas de isaurios se habían lanzado sobre las ciudades y ricos campos inmediatos, asolando la Pamfilia y la Cilicia, sin encontrar resistencia en

ninguna parte. El espectáculo de este saqueo impune y de las devastaciones que dejaba en pos, conmovió al vicario del Asia, llamado Musonio, maestro de retórica en Atenas. Pero la administración estaba desordenada y desorganizadas las tropas, corrompidas por la molicie. Musonio decidió reunir en torno suyo algunos elementos de aquella milicia semiarmada, conocida con el nombre de *Diomitas*, y atacar á la primera banda que encontrase. Pero al intentar el paso de una estrecha garganta de aquellas montañas, no pudo evitar una emboscada, donde pereció con toda su gente. Este triunfo, que dió á los isaurios confianza para diseminarse, sacó al fin á nuestras tropas de la inacción. Dióse muerte á algunos de aquellos bandidos, y rechazados los demás hasta sus tenebrosas guaridas, también allí fueron alcanzados, hasta el punto que, no encontrando ya descanso ni medios de subsistencia, por consejo de los habitantes de Germanicópolis, á los que siempre consideraron como jefes, aquellos bárbaros se decidieron á pedir la paz. Exigiéronles rehenes, que entregaron, y desde entonces permanecieron mucho tiempo sin cometer actos hostiles.

Encontrábase á la sazón Roma bajo la excelente administración de Pretextato, cuya vida entera es continuada serie de actos de integridad y rectitud. Este magistrado consiguió hacerse amar, al mismo tiempo que supo hacerse temer: habilidad muy rara seguramente, porque, en los subordinados, no se concilian fácilmente el cariño con el temor. Su autoridad y sabios consejos pusieron término á un cisma violento que dividía á los cristianos. Ursino fué expulsado, reinando entonces completa tranquilidad en la ciudad, con profunda satisfacción de los habitantes, pudiendo el prefecto aumentar su propia gloria por medio de algunas reformas útiles. Hizo desaparecer todas aquellas usurpaciones sobre

la vía pública, llamadas *Mæniana*, prohibidas por las leyes antiguas; libró á los templos de las construcciones parásitas, con las que muchas veces el interés particular profana y deforma sus inmediaciones, y restableció por completo la uniformidad de pesos y medidas, único medio de impedir la exacción y los fraudes en el comercio. En fin, su conducta como juez le mereció el hermoso elogio que hizo Ciceron de Bruto: «El favor, al que nada concedía, iba unido, sin embargo, á todos sus actos.»

Por este mismo tiempo, durante una ausencia de Valentiniano, que creía bien guardado el secreto, un príncipe alemán llamado Rando, que había tomado mejor sus medidas, aprovechó que Moguntiacun estaba desguarnecida de tropas para introducirse en ella por sorpresa. Casualmente aquel día era una de las grandes solemnidades del cristianismo; y el jefe bárbaro pudo, sin pelear, llevarse innumerables prisioneros de toda condición y sexo y apoderarse de rico botín. Pero muy pronto nos compensamos de este descalabro. Habíanse empleado todos los medios para desembarazarnos de Viticabio, hijo de Vadomario, príncipe endeble y enfermizo, pero cuyo ardiente valor suscitaba contra nosotros continuamente á sus compatriotas. Después de muchas tentativas vanas contra su vida ó su libertad, concluyó por sucumbir, por instigación nuestra, bajo los golpes de un criado suyo. Su muerte hizo que, por algún tiempo, fuesen menos vivas las hostilidades; pero temiendo el asesino que se descubriese su crimen, se apresuró á buscar la impunidad en territorio romano.

Iba á comenzar contra los alemanes una campaña más seria que las anteriores, preparada cuidadosamente con grande reunión de tropas; esfuerzo que exigía la seguridad del Imperio, gravemente comprometida por aquella turbulenta vecindad de enemigos cuyas agre-

siones eran incesantes. Nuestros soldados se mostraban muy decididos, cansados como estaban de vivir continuamente inquietos ante aquella nación, en tanto humilde hasta la bajeza, en tanto llevando hasta la exageración la insolencia de sus depredaciones.

En consecuencia de esto, el conde Sebastián recibió orden de concurrir á la expedición con las fuerzas que mandaba en Italia y en Iliria. Y en cuanto terminó el invierno, Valentiniano y Graciano, al frente de numerosas tropas, perfectamente armadas y abastecidas, pasaron el Rhin sin encontrar resistencia. Avanzaron, formando el cuadro, con los dos Emperadores en el centro, y los generales Jovino y Severo en las alas, para evitar todo ataque de flanco, y, precedido por guías seguros para no errar el camino, el ejército penetró en vastas soledades. A cada paso aumentaba la excitación del soldado, viéndosele estremecer de enojo, como si hubiese encontrado al enemigo. Así transcurrieron muchos días, y no encontrando á quien combatir, incendiaban las casas y los cultivos, no perdonando más que los víveres, que debían recoger y conservar por la incertidumbre de la situación.

Hecho esto, el Emperador continuó la marcha, aunque más despacio, hasta que llegó al punto llamado Solicinium. Allí se detuvo como ante una barrera, habiéndole advertido sus exploradores que el enemigo estaba á la vista á cierta distancia. Habían comprendido los bábaros que su única esperanza de salvación consistía en tomar la ofensiva; y de común acuerdo se situaron en la parte culminante de un grupo de altas montañas compuestas de muchos picos escarpados é inaccesibles, á excepción de las vertientes del Norte, donde el declive era suave y fácil. Los soldados clavaron las enseñas y gritaron á las armas; pero ante la orden del Emperador permanecieron inmóviles, esperan-

do que, levantado el estandarte, les diese la señal. Esta prueba de disciplina era ya prenda de triunfo. Sin embargo, la impaciencia del soldado por una parte y los horribles gritos de los alemanes por otra, soportaban mal ó, mejor aún, no soportaban en manera alguna las dilaciones. Sebastián tuvo que ocupar apresuradamente la ladera septentrional de la montaña, con cuya maniobra se apoderaría de los fugitivos en el caso de que los alemanes quedasen derrotados. Graciano, demasiado joven todavía para las fatigas y peligros de una batalla, tenía su puesto natural en la retaguardia, cerca de las enseñas de los jovianos. Tomadas estas disposiciones, Valentiniano, como general experimentado, con la cabeza descubierta, pasó revista á las centurias y manípulos. En seguida, sin comunicar á los jefes su propósito, despidió la escolta, no conservando á su lado más que algunos hombres decididos y hábiles, marchando con ellos á reconocer personalmente la base de la montaña, porque confiaba (dudando poco de sí mismo) en encontrar algún sendero que hubiese escapado al examen de los exploradores. Extravióse en un terreno pantanoso y estuvo á punto de perecer en una emboscada que le esperaba á la vuelta de un peñasco; pero lanzando, como último recurso, su caballo por áspera y resbaladiza pendiente, consiguió ponerse al abrigo de sus legiones. Tan difícilmente escapó, que su cubiculario, que llevaba su casco adornado de oro y pedrería, desapareció con él, sin que jamás pudiera averiguarse su paradero.

En cuanto descansó algo el ejército, desplegóse el estandarte dando la señal ordinaria, acompañada con el sonido de las trompetas. En el acto dos guerreros jóvenes y distinguidos, Salvio y Lupicino, escutario el uno y el otro del cuerpo de los gentiles, se adelantan con rápido paso á la marcha de los suyos, invitándoles con

voz terrible á seguirles; llegando en seguida á las asperezas del monte, blandiendo las lanzas y esforzándose, á despecho del enemigo, para salvar el obstáculo. Llega el grueso del ejército, y con sobrehumanos esfuerzos consigue, siguiendo sus huellas entre matorrales y peñascos, ganar al fin las alturas. Entonces se cruzan los hierros y comienza la lucha entre la táctica y la ferocidad brutal. Aturdidos por el sonido de las trompetas y los relinchos de los caballos, los bárbaros se turban, viendo extenderse nuestro frente de batalla y encerrarlos entre sus dos alas. Serénanse, sin embargo, y continúan peleando á pie firme. Por un momento la matanza es igual y la victoria queda indecisa; pero el ardor romano vence al fin, apodérase el miedo del enemigo y la confusión que se introduce en sus filas le entrega sin defensa á los golpes. Quieren huir, pero extenuados por la fatiga, los nuestros les alcanzan á casi todos y no tienen más trabajo que el de matar. Quedan montones de cadáveres sobre el campo de batalla; y de los que escaparon con vida, unos van á dar con las tropas de Sebastián, que les esperaban, sin mostrarse, al pie de la montaña y fueron destrozados: los demás corrieron á la desbandada á refugiarse en el interior de los bosques. Nosotros experimentamos también en este combate pérdidas muy sensibles. Entre los muertos quedó Valeriano, jefe de los domésticos, así como también el escutario Natuspardo, soldado cuyo valor solamente era comparable al de Sicinio y de Sergio. Después de esta victoria, pagada á buen precio, volvió el ejército á invernar en sus cantones y los dos Emperadores á Tréveris.

Por este tiempo murió, ejerciendo sus funciones, Vulcacio Rufino, llamándose de Roma, para la prefectura del pretorio, á Probo, á quien recomendaban su ilustre alcurnia é inmensas riquezas. Tenía posesiones

en casi todos los puntos del imperio; bien ó mal adquiridas, cosa que no intento juzgar. Puede decirse, en el enguaje de los poetas, que la Fortuna le llevó sobre sus rápidas alas. Había dos hombres en él, uno amigo leal y sincero, otro enemigo peligroso y vengativo. Á pesar del aplomo y confianza que debían darle sus inmensas generosidades y la costumbre del poder, Probo bajaba el tono en cuanto lo alzaban con él, no siendo gran personaje más que con los humildes: calzaba el coturno trágico cuando se encontraba seguro; humilde sandalia cuando tenía miedo. Así como el pez no vive fuera de su elemento, Probo no respiraba desde el instante en que no ocupaba puesto. Además, siempre le impulsaba al poder, de bueno ó mal grado, el interés de alguna familia importante, que no concordando la regla del deber con la intemperancia de los deseos, quería asegurarse la impunidad, procurándose elevada protección. Porque debemos consignar que, si personalmente era incapaz de exigir nada ilícito á un cliente ó á un subordinado, no dejaba, sin embargo, cuando pesaba alguna sospecha sobre alguno de los suyos, de tomar su defensa con razón ó sin ella, aunque fuese en contra de la justicia. Esta conducta la censura enérgicamente Cicerón, cuando dice: «¿Qué diferencia hay entre aconsejar el mal ó aprobarlo? No era esa mi voluntad. ¿Qué importa, si me parece bien después de realizado?» Su carácter era desconfiado, reconcentrado, amarga su sonrisa. Mostrábase cariñoso cuando deseaba hacer daño; pero es cosa rara que esta hipocresía no se trasluzca cuando se tiene mayor seguridad de engañar. Su enemistad era inflexible, implacable, y nunca quedó desarmada ante la confesión de haber sido involuntaria la ofensa, pareciendo que se tapaba los oídos, no con cera, sino con plomo. Con ánimo inquieto y cuerpo enfermizo consumió su vida, ocupando siempre los puestos

más elevados y encontrándose en el colmo de las prosperidades. Tal era el estado de las cosas en Occidente en esta época.

Entretanto el rey de los Persas, aquel viejo Sapor, no perdía su afición á las invasiones con que había señalado su reinado desde el principio. Después de la muerte de Juliano y del vergonzoso tratado que la había seguido, subsistió por algún tiempo aparente armonía entre nosotros y aquel príncipe; pero no tardó en hollar aquel pacto, como si hubiese dejado de ser obligatorio desde que no existía Joviano; viéndosele ya extender la mano sobre la Armenia y procurar reunirla á sus dominios. Estando en contra suya el espíritu público, empleaba alternativamente el artificio y la violencia, unas veces procurando seducir á los sátrapas y magnates del país, y otras ejerciendo hostilidades sobre uno ú otro punto. Consiguiendo al fin, con inaudita combinación de astucias y perjurios, engañar al mismo rey Arsaces y atraerle á un festín, hizo que le llevaran en seguida á un paraje apartado, donde le sacaron los ojos. Hecho esto, le cargaron de cadenas de plata (honor que solamente se concede á los grandes, y que, según las ideas de aquel país, es dulcificación de pena); y en seguida relegado á un fuerte llamado Agabana, donde al fin le mataron en medio de mil tormentos. No se limitó el pérfido monarca á esta violación de la fe jurada; expulsó á Sauromaces, que por autoridad romana empuñaba el cetro de Hiberia, y puso al frente de aquella comarca á Aspacuras, un desconocido á quien ciñó la diadema, en manifestación de su desprecio al poder de Roma. En fin, para colmo de insolencia, confirió la autoridad sobre la Armenia entera á dos tránsfugas, el eunuco Cylax y Artabano (el uno había sido prefecto y el otro, según se dice, jefe de la fuerza armada), mandándoles á los dos que no omitiesen nada para

apoderarse y destruir á Artogaresa, ciudad muy fuerte y bien guarnecida, donde se encontraban el tesoro de Arsaces, su viuda y su hijo.

En consecuencia de esto la sitiaron; pero la elevada posición de la plaza, edificada en las montañas, y lo riguroso del clima, imposibilitaban las operaciones en invierno. Cylax, en su calidad de eunuco, sabía entenderse con las mujeres, y quiso ensayar esta influencia, marchando juntos Artaban y él, provistos de un salvoconducto, hasta el pie de las murallas y consiguiendo la entrada. En primer lugar intentaron asustar á la reina y á la guarnición, insistiendo acerca del violento carácter de Sapor y la necesidad de calmarlo por medio de pronta sumisión. Pero después de algunas discusiones, aquellos negociadores, tan celosos por la rendición de la plaza, movidos por las elocuentes lágrimas de la reina por la suerte de su esposo, entreviendo tal vez por este lado mayores recompensas, cambiaron repentinamente de plan y trabaron secreta inteligencia con los sitiados. Convínose que la guarnición haría una salida nocturna á una hora determinada para destrozar el campamento, y que previamente regresarían ellos para asegurar el éxito de la sorpresa. Después de obligarse bajo juramento, dejaron á Artogaresa, regresaron diciendo al ejército que los sitiados pedían dos días para deliberar acerca de lo que debían hacer y le adormecieron con la fe en esta declaración. En efecto; á la hora de la noche en que el sueño es más profundo, abrieron de pronto las puertas de la ciudad; fuerzas escogidas se deslizaron en silencio, y con la espada en la mano, en el campamento, realizando tremenda matanza, sin encontrar resistencia por parte de los Persas. Esta inesperada deserción y el desastre que produjo vinieron á ser grave motivo de enojo entre nosotros y Sapor. Creciendo más y más el resentimiento de este último cuan-

do se enteró de la evasión de Para, hijo de Arsaces, que había abandonado furtivamente la ciudad por consejo de su madre, y la acogida que había dispensado Valente al fugitivo, asignándole para residencia la ciudad de Neocesarea en el Ponto, con una pensión generosa.

Estas muestras de afecto alentaron á Cylax y Artaban á enviar una legación á Valente, pidiéndole por rey á Para y socorros. Atendiendo á las circunstancias, fueron negados los socorros; pero el duque Terencio recibió encargo de llevar Para á la Armenia para que ejerciese la autoridad sin revestir las insignias de rey; condición que le impusieron para eludir la censura de violación del tratado.

Todas estas cosas exasperaron extraordinariamente á Sapor, que reunió numerosas fuerzas, y desde aquel momento taló abiertamente la Armenia. Al acercarse, tembloroso Para y no esperando auxilio alguno, huyó con Cylax y Artaban, igualmente asustados, y se refugió en la cumbre de las montañas que separan el imperio del territorio de Lazica. Durante cinco meses permanecieron allí ocultos, burlaron las persecuciones del rey de Persia, comprendiendo éste al fin que perdía el tiempo buscándoles en invierno. Quemó los árboles frutales, colocó guarniciones en todos los fuertes del país que había conquistado con las armas ó se había hecho entregar por astucias, y volvió con todas sus fuerzas para caer sobre Artogerasa, de la que se apoderó é incendió después de algunos combates que acabaron de aniquilar la guarnición. Entonces cayeron en su poder la esposa de Arsaces y sus tesoros. Este acontecimiento determinó el envío de un ejército á las órdenes de Arintheo, con objeto de socorrer á la Armenia en el caso de que los Persas comenzasen de nuevo las hostilidades contra ella.

Entretanto Sapor, cuya astucia era incomparable, y

que, cuando tenía interés en ello, sabía tomar formas insinuantes, trabajaba para atraerse á Para por medio de emisarios. Con el cebo de su alianza, que le mostraba en perspectiva, reconveníale con hipócrita benevolencia acerca del excesivo ascendiente que dejaba tomar á Cylax y Artaban, de quienes, según decía Sapor, era esclavo con sombra de rey. El crédulo príncipe cayó ciegamente en el lazo que encubrían aquellas indicaciones, hizo matar á los dos ministros, y envió sus cabezas á Sapor, en señal de sumisión.

Pronto se divulgó por todos lados esta sangrienta ejecución, y habría perecido toda la Armenia si, intimidados los Persas por la aproximación de Arintheo, no hubiesen abandonado su empresa, contentándose con enviar una legación al Emperador pidiéndole, según los términos del tratado ajustado con Joviano, que no interviniese en aquellos asuntos. La reclamación fué rechazada, y Terencio marchó con doce legiones á reemplazar á Sauromaces en el trono de Hiberia. El príncipe expulsado llegaba al río Cyrus cuando su primo Aspacuras vino á suplicarle que le permitiese reinar juntamente con él y en buena armonía, como consanguíneos, apoyando su petición en la imposibilidad en que se encontraba, por tener á su hijo Ultra en rehenes en poder de los Persas, de abandonar su derecho y unirse con los romanos.

Enterado el Emperador, creyó conveniente no emponzoñar la cuestión oponiéndose, y accedió á la división de la Hiberia, fijándose como frontera recíproca el Cyrus, que atraviesa el país. Sauromaces reinó sobre los Lazis y el territorio limítrofe de la Armenia; y Aspacuras sobre el que confina con la Albania y la Persia.

Sapor reclamó contra aquellos convecinos, que calificaba de indignos; sobre la intervención de los romanos en Armenia, con desprecio de los tratados; sobre

la nulidad de sus tentativas para conseguir una enmienda, y últimamente, sobre la repartición, sin consentimiento suyo, del reino de Hiberia. Considerando roto el tratado, pidió auxilio á las naciones vecinas, y se preparaba para entrar en campaña á la primavera, jurando destruir todo lo que, sin él, habían hecho los romanos.

LIBRO XXVIII

SUMARIO

Considerable número de senadores y mujeres patricias son acusados y condenados á muerte por magia, envenenamiento y adulterio.—El emperador Valentiniano guarnece con fortificaciones y castillos toda la orilla del Rhin por el lado de las Galias. Los alemanes matan algunos soldados romanos empleados en una obra de éstas.—Los bandidos de Marathocypra, en Siria, exterminados por orden de Valente y arrasado su pueblo.—Teodoro restaura las ciudades saqueadas por los bárbaros en Bretaña, repara las fortificaciones de esta isla y reconstituye la provincia, á la que da el nombre de Valentia.—Olibrio y Ampelio son prefectos de Roma sucesivamente. Vicios del Senado y del pueblo romano.—Los sajones en la Galia.—Los romanos aprovechan una tregua para sorprenderles y exterminarles. Valentiniano compromete á los borgoñones, con la falsa promesa de obrar de acuerdo, á lanzarse sobre el territorio alemán. Conocen el engaño y regresan á su país, después de matar á los prisioneros.—Desastres causados por los austurianos en la provincia de Trípoli y en las ciudades de Leptis y Œa, quedando impunes á consecuencia de los fraudulentos manejos del conde Romano, que engaña al Emperador.

Mientras que, como ya hemos dicho, la perfidia del rey de Persia lo removía todo en Oriente, resucitando la guerra con sus intrigas, comenzaban de nuevo las matanzas del tiempo de Nepociano (1), más de diez y

(1) Flavio Pompilio Nepociano era hijo de una hermana de Constantino, llamada Eutropia. La usurpación de Magnencio despertó su ambición, sugiriéndole la idea de hacer valer los derechos superiores, en su opinión, que tenía por su nacimiento. Sostenido por una banda de gladiadores, tomó por sí mismo la

seis años después de su trágica muerte, á ensangrentar la ciudad eterna. Una chispa bastó para producir aquel incendio; y tal vez fuera mejor sepultarlo en eterno olvido para impedir que volviesen tales atrocidades; porque el contagio del ejemplo es más temible que el mismo mal. Pero á pesar de que veo más de un peligro en detenerme mucho en estas escenas de horror, me tranquiliza por otra parte la quietud de la época actual: considerándome autorizado para entresacar de la masa de los hechos, los que merecen quedar consignados en la historia; si bien mostraré á lo que se exponía un autor en los tiempos antiguos al trazar pinturas de este género. En el primer período de su gran guerra con los griegos, los Persas habían reunido todas sus fuerzas para acabar con la ciudad de Mileto. Reducidos á la desesperación los habitantes, y no teniendo más perspectiva que la muerte entre suplicios, reunieron en montón sus muebles, les prendieron fuego, después de haber degollado á todas las personas queridas, y todos á porfía se precipitaron en la hoguera de la patria agonizante. El poeta Phrinyicus compuso sobre este asunto una tragedia que fué representada en el teatro de Atenas y escuchada al principio con agrado. Pero haciéndose cada vez más triste la acción, creyóse que la exposición de tales dolores traspasaba lo conveniente en la escena; y en vez de un homenaje á la memoria de aquella hermosa ciudad, solamente se vió insultante

púrpura, después de haberse deshecho de Provino, prefecto del pretorio, comenzando el ejercicio del poder soberano por el exterminio general de los partidarios de Magnencio. Corrieron ríos de sangre; pero no tardó en ser entregado á las tropas que Magnencio envió contra él, que pasearon su cabeza clavada en una pica. A su muerte sucedió una reacción igualmente sangrienta contra sus partidarios, siendo una de las primeras víctimas su madre Eutropia.

sátira al abandono en que la dejó la metrópoli; porque Mileto era una colonia de Atenas, que había fundado en la Jonia Nileo, hijo de Codro, que se sacrificó por su patria en la guerra dórica. Pero volvamos al asunto.

Maximiano, á quien habían otorgado la viceprefectura de Roma, nació de obscura familia en Sopianas, en la Valeria. Su padre era allí escribano del oficio presidial, siendo su origen de la nación de los carpos, á quienes Diocleciano arrebató el suelo patrio para trasladarlos á la Pannonia. Maximino, después de recibir mediana educación y haber ensayado sin éxito la abogacía, fué sucesivamente administrador de la Córcega y de Cerdeña, y últimamente corrector de Toscana. Desde este punto pasó al de prefecto de subsistencias en Roma, y durante una interinidad desempeñó á la vez la prefectura de la ciudad y la de la provincia. Tres motivos contribuyeron á contenerle al principio. En primer lugar recordaba á su padre, hombre muy versado en la ciencia de los augures y de los arúspices, que en otro tiempo le predijo que llegaría á puesto muy elevado, pero que moriría por mano del verdugo. En segundo lugar, había contraído estrechas relaciones con un mago sardo, que sabía evocar los manes de los ajusticiados, conjurar las larvas y obtener la revelación de lo venidero: y el temor de alguna indiscreción de aquel hombre, del que se le acusó más adelante de haberse deshecho á traición, le obligó, mientras vivió, á mostrarse humano y tratable. En fin, tenía algo de la serpiente, y, como ésta, sabía arrastrarse hasta el momento de enroscarse á su víctima.

Pero llegó la ocasión de descubrirse como era. Habíase presentado ante Olybrio, prefecto entonces de Roma, una acusación de envenenamiento, por Chilón, ex vicario de África, y su esposa Máxima contra el organero Serico, Absolio, maestro de luchadores y el

arúspice Campensis, siguiendo inmediatamente el encarcelamiento de los acusados. Pero la enfermedad que padecía el pretor hacía que se demorase el asunto, y los impacientes querellantes consiguieron, por reclamación, que se encargase el conocimiento al prefecto de subsistencias. Maximino iba á poder hacer daño al fin, y, como las bestias del circo cuando se les abre la jaula, su furor, contenido hasta entonces, tomó vuelo de pronto.

Desde el principio se complicó el asunto. En las revelaciones arrancadas por la tortura quedaron comprometidos algunos nombres ilustres, como habiendo empleado á sus clientes en hechos criminales; pero, en general, solamente se trataba de gentes de ínfima clase, delincuentes ó delatores habituales. El infernal juez aprovechó este pretexto para ensanchar su misión. Inmediatamente presentó al príncipe un malévolo informe sobre aquel asunto, exponiendo que el desbordamiento de crímenes en Roma reclamaba aumento de rigor en las investigaciones y en las penas, por interés de la moral y de la vindicta pública. Valentiniano, cuyo carácter era más impetuoso que amante de la justicia, se enfureció á la lectura del informe, y se apresuró á decretar, por asimilación completamente arbitraria al crimen de lesa majestad, que por excepción y en caso necesario se aplicaría la tortura á toda clase de personas que tenían en cuanto á ella privilegio de excepción, según el derecho antiguo y las decisiones imperiales. Al mismo tiempo, para engrandecer á Maximino y duplicar en él la potencia del mal, le dieron interinamente la prefectura, y, lo que es más, le unieron para aquellos informes, que habían de ser fatales para tantos, al notario León, que más adelante fué maestre de oficios; un bandido pannonio, despojador de sepulcros, que llevaba retratada la crueldad en su felino rostro. La llegada de

aquel digno auxiliar, y los halagüeños términos en que se notificaba á Maximino el aumento de autoridad, exaltaron más y más su maléfico carácter. En la embriaguez de su alegría, saltaba más bien que andaba, queriendo sin duda ensayar la facultad que algunos atribuyen á los brachmanes cuando dan vueltas alrededor de los altares (1).

Habíase dado la señal de los asesinatos judiciales, y profundo terror helaba todos los ánimos. Entre las condenaciones, cuyo número y variedad son ifinitos, las hubo crueles y atroces: la del abogado Marino en primer lugar, contra el que se dictó pena de muerte, casi sin debate, por haber usado prácticas ilícitas con objeto de obtener por esposa á una mujer llamada Hispanila. Ocurrir puede que testigos oculares ó anotadores escrupulosos me acusen aquí de omisión ó confusión de hechos y de fechas. No blasono en cuanto á esto de rigurosa exactitud, y no veo interés alguno en consignar ordenadamente los sufrimientos y los desconocidos nombres de todas las víctimas. Además, carecería de documentos hasta el que registrase los archivos públicos: tan lejos se llevaron el furor de los verdugos, la perturbación de los principios de justicia y de las formas legales. Lo que más podía temerse, en efecto, no era ser sometido á juicio, sino no ser juzgado. Cortóse la cabeza al senador Cettugo por simple sospecha de adulterio. Por no sé qué leve falta fué desterrado Alypio, joven de noble familia. Otros menos distinguidos cayeron en montón bajo la mano del verdugo; y cada cual creía ver en la suerte de aquéllos la que le estaba reservada, soñando solamente con cadenas, calabozos y suplicios.

Por este mismo tiempo tuvo lugar el proceso del honrado Hymecio; siendo lo siguiente lo que he podido ave-

(1) La de andar en el aire.

riguar acerca de este asunto, en el que no se economizaron las formas jurídicas. Durante su proconsulado en África había sobrevenido una escasez de subsistencias en Cartago: Hymecio había hecho abrir á los habitantes los graneros reservados para el abastecimiento de Roma, aprovechando la buena recolección siguiente para restituir al depósito igual cantidad de granos á la que dió salida. Como el trigo había sido entregado al consumo local, á razón de un escudo de oro cada diez modios y recobrado á la tasa de un escudo de oro cada treinta, la operación produjo una ganancia que hizo entregar al tesoro. Sin embargo, Valentiniano sospechó que Hymecio había defraudado algo de aquel beneficio, y se dictó confiscación de parte de sus bienes. Funesta coincidencia agravó más su posición. Al mismo tiempo que él, Amancio, el arúspice más reputado en su época, era llevado ante el tribunal por delación anónima, como habiendo sido llamado al África por Hymecio, para hacer un sacrificio con propósitos criminales. Un registro de sus papeles hizo encontrar un escrito de mano de Hymecio, rogándole que emplease la forma religiosa de las súplicas para suavizar con él á los dos Emperadores; escrito que terminaba con amargas recriminaciones acerca de la avaricia y dureza de Valentiniano. Los jueces lo pusieron en conocimiento del príncipe, exagerando la importancia del descubrimiento, y en seguida recibieron orden de activar vigorosamente el proceso. En consecuencia de esto, Fontino, consejero de Hymecio, convicto por confesión propia de haber prestado su ministerio para la redacción del documento, por este hecho solo fué azotado y relegado á Bretaña. Los cargos contra Amancio parecieron motivar una sentencia capital, y pereció. Desde este momento, el viceprefecto Maximino dejó de conocer en el negocio, pasando al prefecto Ampelio, y el acusado

principal, trasladado á Ocricula, tuvo que responder ante la jurisdicción superior. Considerábasele como hombre perdido; pero debió su salvación al derecho que hizo valer para que le juzgase el Emperador mismo. Valentiniano le envió ante el Senado, que examinó friamente el asunto, dictando contra él sencillo destierro á Boas, en Dalmacia. Esta dulcificación de sentencia en favor de un hombre cuya muerte había jurado, produjo al príncipe un acceso de furor.

Al ver estas cosas, cada cual pudo comprender la suerte que le esperaba, siendo general la alarma. El mal estaba oculto todavía; pero protegido por el silencio público, iba á extenderse y amenazaba una calamidad universal. El Senado decretó que una comisión compuesta de Pretextato, ex prefecto de Roma, Venusto, ex vicario, y Minervio, ex consular, fuese á suplicar al Emperador que restableciese la justa proporción entre los delitos y las penas y que revocase la ilegal é inaudita facultad de aplicar la tortura á los senadores. Cuando se le expusieron estas quejas en pleno consejo, el primer impulso de Valentiniano fué decir que eran calumnias y que nunca había autorizado tales medidas; en lo que le contradijo respetuosamente el cuestor Eupraxio, cuya valerosa libertad hizo retroceder al príncipe en aquella enormidad sin ejemplo.

Entretanto seguía un proceso Maximino al joven Loliano, un niño todavía, hijo del ex prefecto Lampadio, cuyo delito consistía en haber copiado, sin discernimiento alguno, un compendio de fórmulas mágicas. Nadie dudaba que á Loliano se aplicaría solamente el destierro; pero cometió la falta, por consejo de su padre, de apelar al Emperador, y le trasladaron á la corte. Esto fué arrojarse al fuego, como suele decirse, huyendo del humo; porque fué entregado al juicio del consular Falangio, y murió á mano del verdugo.

Tarracio Basso, que más adelante fué prefecto de Roma, su hermano Camenio, Marciano y Eusafio, los cuatro varones clarísimos, quedaron envueltos en la misma acusación, la de haber favorecido al auriga Anquenio por medio de sortilegios. Pero la falta de pruebas y, si hemos de creer la voz pública, la influencia de Victorino, amigo íntimo de Maximino, consiguieron la absolución.

En esta calamidad no fueron perdonadas las mujeres, pereciendo muchas de elevada alcurnia bajo la acusación de adulterio y de incesto. Las más distinguidas fueron Claritas y Flaviana, siendo llevada al suplicio la primera despojada de sus ropas, en completa desnudez; pero el verdugo, culpable de esta indignidad, fué más adelante quemado vivo.

Por orden de Maximino solamente fueron ejecutados los senadores Pafio y Cornelio, que confesaron haber intervenido en maleficios. Igual suerte tuvo el procurador de la moneda. Sérico y Asbolio, anteriormente citados, perecieron bajo los golpes de bolas de plomo atadas á correas; habiéndoles asegurado Maximino, para conseguir revelaciones, que no emplearía con ellos el hierro ni el fuego; pero entregó á las llamas al arúspice Campense, á quien nada había prometido.

Creo oportuno referir aquí lo que produjo la precipitada ejecución de Aginacio, de quien la opinión se ha empeñado en hacer un noble, sin que nunca se hayan publicado las pruebas de su origen. Desde muy temprano se había revelado la desenfrenada ambición de Maximino. No era todavía más que prefecto de las subsistencias, y su audacia, completamente segura de elevada protección, llegaba hasta desafiar la autoridad de Probo, á quien su posición de prefecto del pretorio confería la alta inspección sobre las provincias. Había ofendido á Aginacio que, siendo él vicario de Roma,

prefiriese Olybrio á Maximino para la dirección de las investigaciones; y con esta ocasión dijo secretamente á Probo por carta, que para reprimir á un subalterno insolente, bastaba querer hacerlo. Probo, sin embargo, temió comprometerse con aquel malvado á quien sostenía el favor del príncipe; y dícese que envió ocultamente, por medio de un mensajero, aquella carta á Maximino. La rabia de éste fué extraordinaria; y desde entonces, pareciéndose á la serpiente que conoce la mano que la ha herido, desplegó su astucia contra Aginacio. Presentábase una ocasión excelente para perderle, y la aprovechó. Después de la muerte de Victorino, Aginacio, á quien había favorecido mucho en su testamento, no dejaba de atacar su memoria, pretendiendo que había traficado con las sentencias de Maximino, siendo bastante inconsiderado para amenazar con un proceso á su viuda Anepsia. Ésta, para asegurarse la protección de Maximino, le hizo creer que su marido, en un codicilo, le había legado tres mil libras de plata. Despierta la codicia de Maximino, que también tenía este vicio, reclama en seguida la mitad de la herencia. Pero esto era muy poco para satisfacerle, por lo que imaginó un medio, tan honrado á su parecer como seguro, para apropiarse la mayor parte de aquel rico patrimonio: el de pedir en matrimonio para su hijo una hija que Anepsia había tenido de su primer marido; quedando en seguida convenido el asunto por consentimiento de la madre.

Este espectáculo daba á la ciudad eterna aquel hombre cuyo nombre solamente hacía temblar, y que por tales medios procedía á la destrucción de todas las fortunas. Como juez, nunca se atenía Maximino á los procedimientos legales. De cierta ventana apartada del pretorio pendía á todas horas una cuerdecilla que servía para recoger de todas las manos las delaciones, y,

por desprovistas de pruebas que estuviesen, siempre servían para perder á alguno. Un día imaginó despedir ostensiblemente á sus aparitores Muciano y Bárbaro, dos bribones consumados, quienes, vociferando la dureza é injusticia de su amo, decían y repetían por todas partes que los acusados solamente podrían salvar la cabeza comprometiendo á muchos nombres esclarecidos. Multiplicar las delaciones era, según ellos, el medio de que los acusados tuviesen probabilidades de absolución.

Continuaba el régimen del terror, y ya no se contaban las detenciones. Todos los nobles mostraban en el aspecto exterior su profunda ansiedad, ó se inclinaban hasta el suelo ante su opresor. Y sería verdaderamente duro tachar por esto de bajeza á las personas que incesantemente oían gritar á sus oídos á aquel bandido feroz, que no había más inocentes que los que él permitiese. Numa Pompilio y Catón habrían temblado. En aquel tiempo no había ojos secos, aunque no tuviesen que llorar más que las propias penas. Aquel ánimo feroz tenía, sin embargo, un lado bueno, ocurriendo algunas veces dejarse conmover por los ruegos. Según Cicerón, puede ser también censurable esta propensión á enternecerse, puesto que ha dicho: «Cólera implacable, es dureza; si se deja enternecer, es debilidad; pero es mejor ser débil que inflexible.»

Había llegado un sucesor á Maximino, llamado á la corte, donde ya le había precedido León, y donde le esperaba el nombramiento de prefecto del pretorio. Nada ganaban con esto sus víctimas, porque mataba desde lejos, como la serpiente basilisco. Por este tiempo, ó poco antes, vióse florecer las escobas que servían para barrer la sala del Senado, siendo esto presagio del encumbramiento de gentes ínfimas á los honores.

Convendría terminar esta digresión; pero creo deber continuarla un poco, para completar el relato de esta

serie de iniquidades, con los actos del mismo género que, hasta después de la marcha de Maximino, y bajo su influencia, señalaron la gestión de sus ministros, que obraban como aparitores suyos. Ursicino, su inmediato sucesor, se inclinaba á la dulzura. Escrupuloso observador de las formas legales, había querido enviar al Emperador el asunto de Esaia y de otros muchos, acusados de adulterio con Rufina, y que, por su parte, intentaban contra Marcelo, ex intendente y marido de esta última, una acusación de lesa majestad. La circunspección de Ursicino fué calificada de pusilanimidad, y se le privó del cargo como falto de energía para desempeñarlo. Colocóse en su lugar á Simplicio Emonense, que de profesor de gramática había pasado á ser consejero de Maximino. La elevación no cambió en nada sus maneras; no era orgulloso ni insolente; pero su mirada oblicua causaba temible impresion, y la moderación afectada de su lenguaje ocultaba homicidas intenciones. Comenzó por hacer morir á Rufina y á todos los que alcanzaba la acusación de adulterio con ella, ó bien la de complicidad, acerca de cuya culpabilidad se había abstenido Ursicino. En seguida procedió del mismo modo sumario contra multitud de acusados, sin distinguir inocentes de culpables: teniendo como sangriento punto de honra exceder á su jefe Maximino en la destrucción de las familias patricias. Émulo, en una palabra, de Busiris y de Anteo, era, exceptuando el toro, un Falaris de Agrigento.

De tal manera aterraba la repetición de estos casos, que una matrona llamada Hesychia, por librarse de las consecuencias de una acusación, se asflxió comprimiendo la respiración sobre un lecho de plumas, en casa de un aparitor donde se encontraba detenida provisionalmente. El hecho siguiente no es menos repugnante.

En el tiempo en que Maximino desempeñaba todavía la prefectura, la opinión designaba ya á dos hombres de posición muy distinguida, Eumenio y Abieno, como habiendo tenido ilícito comercio con Fausiana, mujer de elevada condición. Sin embargo, protegidos los dos por Victorino, vivían en completa seguridad. Pero muerto Victorino, comenzaron á temer al ver llegar á Simplicio, que públicamente decía ser continuador de su antecesor. En primer lugar buscaron donde ocultarse, y después sitio más recóndito, al enterarse de que habían condenado á Fausiana y que se habían dictado citaciones contra ellos. Abieno estuvo oculto algún tiempo en casa de Anepsia; pero á consecuencia de uno de esos incidentes que empeoran las situaciones más apuradas, un esclavo de Anepsia, llamado Apaudulo, irritado por un castigo corporal impuesto á su esposa, marchó una noche á revelarlo todo á Simplicio. En seguida acudieron aparitores á sacar á aquellos desgraciados de su retiro, y, Abieno, con la agravante acusación de nuevo adulterio con Anepsia, fué condenado á muerte. Ésta, que esperaba salvar la vida haciendo aplazar el suplicio, declaró que había sucumbido merced á sortilegios y en casa de Aginacio. En seguida dió cuenta de esto Simplicio al Emperador. Encontrábase á su lado Maximino, cuyo odio al desgraciado Aginacio había aumentado al ascender en posición; y al poderoso favorito no fué difícil conseguir del príncipe una respuesta, que era una orden de muerte. Pero como Simplicio había sido consejero de Maximino y amigo íntimo suyo, el temor de que la opinión pública hiciese remontar hasta su patrono la responsabilidad de una sentencia pronunciada por su protegido contra persona patricia, impidió por algún tiempo á Maximino desprenderse del rescripto imperial; porque quería encargar la ejecución solamente á manos seguras y que no se detu-

viesen ante nada. Rara vez deja un perverso de encontrar otro que se le parezca; y así fué que encontró un tal Doriforiano, galo de nación, atrevido hasta la demencia, que lo tomó todo á su cargo por comisión especial. Maximino confió el rescripto á este intermediario, tan ignorante como cruel, y le ordenó marchar directamente al asunto á pesar de cualquier oposición dilatoria, atendiendo á que Aginacio era capaz, si se le daba tiempo, de escapársele de entre las manos. Doriforiano marchó apresuradamente á Roma para ejecutar su mandato, y comenzó á meditar cómo quitaría la vida á un senador eminente, sin recurrir á ninguna autoridad. Aginacio había sido detenido en su casa de campo y en ella le guardaban; y Doriforiano decide bruscamente que el acusado principal y Anepsia comparecerán á su presencia de noche, cuando el ánimo se turba con más facilidad bajo la impresión del terror, como lo demuestra el Ajax de Homero, que desea la muerte á la luz del día y sin el aumento de horror que añaden las tinieblas. Preocupado únicamente de cumplir su encargo, el juez, ó mejor dicho, aquel detestable bandido, en cuanto compareció Aginacio, mandó entrar un grupo de verdugos; y la tortura, en medio del lúgubre ruido de las cadenas, desgarra á los esclavos del acusado, extenuados ya por larga prisión, solamente para obtener de su boca la condenación de su señor. Vencida por el dolor de los tormentos, una esclava pronuncia algunas palabras ambiguas, y esto fué bastante para llevar, sin más investigaciones, á Aginacio al suplicio, á pesar de sus repetidos gritos: «Apelo al juicio de los Emperadores.» Anepsia tuvo la misma suerte. De esta manera envolvía en luto á la ciudad eterna Maximino, presente ó ausente, por sí mismo ó por sus emisarios.

Pero muy pronto quedaron vengados los manes de sus víctimas. Como en ocasión oportuna diremos, aquel

mismo Maximino pagó con su cabeza, bajo el reinado de Graciano, su insolente conducta. Simplicio fué asesinado en Iliria; y en cuanto á Doriforiano, condenado á muerte y encerrado en la cárcel Juliana, á ruegos de la madre del Emperador, fué sacado y devuelto á su casa; pero el príncipe no tardó en hacerle perecer en espantoso suplicio.

(Año 369 de J. C.)

Valentiniano, que meditaba planes tan vastos como útiles, fortificó con una trinchera todo el curso del Rhin, desde la frontera de la Recia hasta el Océano Germánico; reforzó las fortificaciones y castillos por el lado de la Galia, y añadió, en los puntos convenientes, una serie de torres unidas entre sí, construyendo también en algunos parajes de la otra orilla puestos avanzados que tocaban al territorio de los bárbaros. Creyendo que los bárbaros podrían apoderarse algún día de uno de estos fuertes, construído en las orillas del Nícer, quiso separar el curso del río; y en seguida llamó á los artífices más expertos en obras hidráulicas, empleando en tan ruda tarea parte de los soldados del ejército. En vano intentaron durante muchos días construir una presa por medio de estacas muy juntas y rellenando los intersticios con madera de encina: la fuerza de la corriente separaba los materiales y destruía la obra. Sin embargo, la tenaz voluntad del Emperador, secundada por la abnegación y obediencia pasiva de los soldados, que frecuentemente trabajaban con agua hasta la barba, concluyó por triunfar de los obstáculos. Algunos hombres perecieron; pero el fuerte se encuentra en pie y preserva de toda inquietud por la parte del río.

Satisfecho del éxito, Valentiniano distribuyó el ejército en cantones de invierno, y volvió á ocuparse de los

asuntos interiores del gobierno. Convencido, sin embargo, de que para que su sistema de defensa fuese completo debía comprender en su desarrollo el monte Piri, situado en territorio de los bárbaros, decidió construir allí también un fuerte. Y como la rapidez era muy esencial para el resultado, hizo que el notario Syagrio, más adelante prefecto y cónsul, ordenase al duque Arator que se apoderase de aquel punto antes de que se divulgase el proyecto. Marchó inmediatamente el duque al terreno, acompañándole Syagrio; pero en el momento en que comenzaba la explanación con los soldados que había llevado, llegó Hermógenes para reemplazarle. Al mismo tiempo se presentaron algunos alemanes importantes, padres de los rehenes que habíamos recibido como prendas seguras de la duración de la paz. Estos invocaron de rodillas ante los nuestros el respeto de los tratados, gloria inmortal del nombre romano, rogando no se dejasen arrastrar tan imprudentemente á la violación de la fe jurada; pero fueron vanos sus ruegos; y viendo que no se les escuchaba, y desesperando de conseguir respuesta favorable, se retiraron, llorando de antemano la muerte de sus hijos. Apenas habían desaparecido, presentóse un cuerpo de bárbaros, que indudablemente esperaban el resultado de la conferencia; lanzóse de un oculto repliegue de la montaña, cayó sobre nuestros soldados, que se habían despojado de las armas para trabajar con más holgura, y los exterminó hasta el último, comprendiendo á los jefes, quedando solamente Syagrio para llevar la noticia. Enfurecido el Emperador al verle volver solo á la corte, le destituyó de su cargo y le despidió á su casa, sin duda para castigarle por haber sobrevivido al desastre común.

Por este tiempo pululaban bandidos en la Galia, causando espantosos males. Acudían á los caminos más

frecuentados, atacando atrevidamente á los que podían dejar rico despojo. Entre sus numerosas víctimas citaremos á Constanciano, tribuno de las caballerizas, á quien hicieron caer en una emboscada, en la que fué asesinado. Este era pariente del Emperador y primo de Cerealis y de Justina.

Muy lejos de las Galias, y como si las furias hubiesen organizado iguales cosas en todas partes, los habitantes de Maratocrupeno, cerca de Apamea, los ladrones más activos y temibles, tanto por su número como por la habilidad con que dirigían sus empresas, asolaban la Siria con sus depredaciones. Con traje de mercaderes ó de jefes del ejército, penetraban uno á uno sin ruido en las casas de la ciudad y del campo y hasta en los palacios; no habiendo medio de defensa contra sus expediciones, que nunca tenían objeto fijo ni determinado con anticipación, sino que caminaban al azar y caían á lo lejos como enjambre llevado por el viento. Esto mismo es lo que hace tan peligrosas las expediciones de los sajones. Estas bandas talaban sin piedad y degollaban sin compasión, mostrándose tan sedientas de sangre como de botín. No me detendré en referir sus numerosas estratagemas, bastando un ejemplo para juzgar de ellas.

Una banda de aquellos malvados, disfrazados de agentes del fisco, con un fingido magistrado al frente, haciéndose anunciar por la lúgubre voz del pregonero, entró una noche en la magnífica morada de un ciudadano notable, y se lanzó, espada en mano, sebre el propietario, como si estuviese proscripto y sentenciado á muerte. Sorprendidos y aterrados los criados, ni siquiera pensaron en ponerse en defensa, y los bandidos, aprovechando el estupor, matan algunos de ellos, y desaparecen al amanecer, llevándose lo más precioso que había en la casa. Repletos de despojos, habían lle-

gado á robar sin perdonar nada, y solamente por espíritu de rapiña, cuando, por orden del Emperador, les envolvieron tropas y les destruyeron hasta el último, no perdonando ni á los niños en lactancia, por temor de que algún día siguiesen los ejemplos de sus padres, y arrasaron sus casas, todas construídas suntuosamente á expensas de los desgraciados á quienes habían despojado. Y dicho esto, volvamos á nuestro objeto.

El ínclito Teodosio, después de permanecer algún tiempo en Augusta, llamada por los antiguos Lundinium (Londres), partió animado de nuevo vigor, al frente de un cuerpo escogido. Su presencia robustecía en todas partes nuestra vacilante fortuna en Bretaña. Sabía aprovechar siempre las ventajas del terreno, adelantarse á los bárbaros ó sorprenderlos; y dando constantemente ejemplo, mostrábase intrépido soldado y hábil capitán. En todas partes derrotó ó dispersó á los bárbaros, cuya insolencia, aumentada con la impunidad, amenazó momentáneamente la dominación romana; y muy pronto reedificó ó reparó las plazas y los fuertes construídos en otro tiempo para asegurar la tranquilidad de la isla; pero que, por efecto de multiplicados asaltos, no se encontraban ya en estado de contribuir á ella.

Por este tiempo se tramaba contra Teodosio una conspiración cuya explosión habría sido funesta, de no haber conseguido ahogarla en su origen. Un tal Valentín, nacido en la Pannonia Valeriana, cuñado del cruel Maximino, y más adelante prefecto del pretorio, había sido desterrado á Bretaña por un crimen grave. Aquella bestia dañina, á quien era insoportable el ocio del destierro, procuraba promover una sublevación contra la autoridad de Teodosio, á quien, con razón, consideraba como el único obstáculo para sus desastrosos proyectos. Al principio obró con cierta circunspección; y

en seguida, cediendo á la violencia de su ambición, trató, tanto oculta como públicamente, de seducir á los desterrados y á los soldados con promesas proporcionadas á los peligros de la tentativa. Pero en el momento en que la conspiración iba á estallar, el activo Teodosio, secretamente enterado de aquellos trabajos, decidió destruirlos de un solo golpe, mandando al duque Dulcicio que diese muerte á Valentín y á algunos de sus cómplices más íntimos; pero con aquel conocimiento militar que tan superior le hacía á todos los capitanes de su tiempo, comprendió que llevar más adelante las investigaciones sería alarmar las provincias y despertar las adormecidas turbulencias, por lo que prohibió todo procedimiento en averiguación de las ramificaciones de aquella trama.

Una vez desvanecido este peligro con la fortuna que le acompañaba en todo, Teodosio se entregó sin descanso á las reformas que exigía imperiosamente el estado del país. Reedificó ciudades, estableció campamentos fortificados y protegió las fronteras con puestos y guardias avanzadas: en una palabra, como él mismo dice, la provincia, arrancada de manos del enemigo, había vuelto á su primitivo estado, á su dominación legítima, y en adelante llevaría el nombre de Valentia, para atribuir al príncipe todo honor...

Teodosio expulsó á los areanos, cuya institución remonta á nuestros antepasados, de la que ya dijimos algo en la historia del Emperador Constante. Insensiblemente había penetrado entre ellos la corrupción; quedando convictos de haber revelado más de una vez el secreto de nuestras medidas, cediendo al cebo de promesas y á la esperanza de participar del botín; cuando su misión y el objeto de sus lejanas expediciones, era, por el contrario, prevenir á nuestros capitanes de los movimientos de nuestros vecinos.

Después de los gloriosos resultados que hemos referido, una orden de la corte llamó á Teodosio de la provincia que con tanta habilidad había administrado; partiendo, como Camilo y Papirio Cursor, cubierto con laureles tan brillantes como sólidos, dejando al país la felicidad por despedida y acompañado hasta el puerto por universales testimonios de cariño y gratitud. Impulsado por viento favorable, pronto estuvo al lado del Emperador, que después de recibirle con regocijo y colmado de elogios, le hizo general de la caballería, en reemplazo de Valente Jovino.

Por mucho tiempo ha exigido la multitud de acontecimientos que atendamos exclusivamente á las cosas del exterior. Vuelvo al relato de los sucesos interiores de Roma, comenzando por la prefectura de Olybrio. La administración de este magistrado fué moderada y tranquila: carácter naturalmente benévolo, ponía el mayor cuidado en no ofender á nadie con sus actos ó palabras. Nunca díspensó gracia á los calumniadores; cortó cuanto pudo las exacciones del fisco; fué tan hábil como recto dispensador de la justicia, y dulcificó con su amabilidad la condición de los subordinados. Un solo defecto perjudicó á tantas virtudes, defecto que á la verdad no dañaba gran cosa á los asuntos públicos, pero que mancha la reputación de un juez elevado: Olybrio era disipado en su interior, demasiado amante de los espectáculos y de los placeres de los sentidos, sin llegar á buscarlos, sin embargo, en goces monstruosos ó ilícitos.

Después de éste administró la ciudad Ampelio, que era igualmente voluptuoso. Nacido en Antioquía, había sido maestre de los oficios, procónsul dos veces seguidas, y, después de largo intervalo, llamado al fin á la prefectura: hombre esclarecido, por otra parte, poseyendo todo lo que hace popular el poder, solía ser en

ocasiones bastante rígido, y ojalá hubiese sido perseverante. Algo más de firmeza le hubiese valido la gloria imperecedera de haber reformado la intemperancia pública y la crapulosa inclinación del pueblo á la gula. Hizo publicar la prohibición de abrir las tabernas y vender agua caliente y carne cocida antes de la hora cuarta. Invitábase á todo aquel que se respetase, que se abstuviese de comer en la calle, costumbre innoble que, sin hablar de otras prácticas más repugnantes todavía, ha llegado, por el consentimiento de la autoridad, al último grado de cinismo. El mismo Epiménides Cretense (1), realizando de nuevo su famosa vuelta á la vida, no conseguiría limpiar á Roma de sus manchas: de tal manera la ha inficionado el vicio con sus incurables llagas.

Hablaré de paso, y como ya he hecho en otras ocasiones, de la corrupción de la época, llamando la atención sobre las clases superiores, descendiendo en seguida á las costumbres del pueblo. Deslumbrados algunos por el prestigio de lo que se llama grandes nombres, tienen la inmensa honra de llevar los de Reburros, Fabunianos, Pagonianos, Geriones, Dalianos, Tarracianos, Parrasianos y otros igualmente sonoros y que indican elevada alcurnia. Uno, radiante bajo la seda, lleva en pos ruidosa caterva de criados; creyéndose, al ver aquella multitud que le oprime, que es un sentenciado que lle-

(1) Epiménides, de la ciudad de Gnossa, en Creta, filósofo, ó mejor dicho, fanático que se creía inspirado; fué contemporáneo de Solón, que le llamó á Atenas, como perito en las ceremonias expiatorias, para purificar la ciudad. Sin duda quiso también consultarle Solón acerca de la legislación de los cretenses, que había estudiado profundamente. El nombre de Epménides se conoce especialmente por la tradición popular de su sueño de cuarenta años, y según algunos, de sesenta y ocho; fábula que él mismo sostuvo, y que se fundaba en su voluntaria desaparición durante igual número de años.

van al suplicio, ó, empleando imagen menos siniestra, un general cerrando la marcha de su ejército. Vedle, bajo la cúpula de un baño, con cincuenta criados á sus órdenes, exclamar encolerizado: «¿Dónde están mis servidores?» Pero si ve de lejos un esclavo que no conoce, ó alguna vieja loba de callejuela, maestra en prostitución, ¡con cuánta premura acude á ella y la colma de inmundas caricias! Semíramis en Persia, Cleopatra en Egipto, Artemisa en la Caria, Zenobia entre sus súbditos de Palmira, no eran dignas de rivalizar con esta extraordinaria hermosura. Estas son las costumbres que ostentan hombres cuyos antecesores vieron á un miembro del Senado tachado por el censor por haberse atrevido á dar un beso á su esposa delante de su hija.

Los hay que, cuando se les va á saludar con los brazos abiertos, retiran la cabeza con movimiento de toro que amenaza con los cuernos, y no entregan al abrazo de sus clientes más que las manos ó las rodillas y creen hacerles demasiado felices; otros, al recibir un extraño, un hombre que tal vez les ha prestado servicios, creen honrarle bastante preguntándoles qué baños frecuenta, qué agua usa, dónde vive, y se exhiben como hombres graves y amigos de la virtud. Pero si se les anuncia la llegada de un tiro nuevo, de un auriga que no ha corrido todavía, en seguida se ponen en movimiento y no paran hasta que han visto con sus propios ojos esta maravilla del día. El regreso de los hermanos Tyndárides, después de nuevo triunfo, no produciría en otro tiempo mayor entusiasmo.

Sus casas están llenas de ociosos habladores, dispuestos á aplaudir de todas maneras, todas las palabras de un rico. Verdaderos parásitos de comedia, que se tuercen la nuca admirando el atrevimiento de una columnata; que quedan pasmados ante las incrustaciones de una pared y ensalzan hasta las nubes al poseedor de

tales maravillas, sobre poco más ó menos como los compañeros del teatro celebran al anfitrión hinchado con sus proezas militares, ciudades tomadas, batallas ganadas por el esfuerzo de su brazo y prisioneros que ha hecho por centenares. Óyese en medio de un festín pedir balanzas, y es que el dueño de la casa quiere saber con precisión lo que pesa un pescado, un ave rara ó un lirón (1) servido en su mesa. ¡Qué exclamaciones entonces! Todos ponderan sin término, pero no sin fastidio, las dimensiones de la pieza: jamás se vió cosa igual. Y no es esto todo. Allí hay lo menos treinta secretarios, estilo y tablillas en mano, tomando nota exacta de la composición de los servicios y número de los manjares; pareciendo aquello el interior de una escuela, pero sin maestro.

Algunos, que tienen tanto horror al estudio como al veneno, leen con interés á Juvenal y á Mario Máximo; pero no obstante su ociosidad, no se les pida que dediquen ni un solo instante á ningún otro libro, sin que yo pueda adivinar por qué. Sin embargo, por honra suya y por la de sus familias, no harían mal en extender sus lecturas. Pudiéraseles citar el ejemplo de Sócrates, quien, condenado á muerte, ya en la prisión, rogaba á un músico que cantaba con gracia un himno de Stesichoro, que le enseñase á dar el tono á aquellos versos; y preguntándole el otro para qué, puesto que solamente le quedaba un dia de vida, le contestó que para saberlo antes de morir.

(1) El lirón es un animalillo de la familia de los roedores, cuya forma es parecida á la de la rata, pero mucho menos repugnante. Gran consumidor de los productos de nuestras vegas, en otro tiempo era él á su vez manjar muy apetecido, valiéndole el honor de una prohibición en las leyes suntuarias el distinguido lugar que le asignaba en los festines la gastronomía romana. Varrón, en su *Tratado de Agricultura*, habla detalladamente de la manera de criar y engordar á los lirones.

Entre estos de quienes hablo hay muy pocos que sepan castigar con discernimiento; si tarda algo un esclavo en llevarles agua caliente, en el acto mandan que les apliquen trescientos azotes. Pero si el malvado ha matado á un hombre intencionalmente, no dejará el dueño de contestar á los que pidan la vida del asesino: «¿Qué queréis? Es un malvado. Pero en adelante corregiré á cualquiera de los míos que se atreva á hacer cosa igual.»

En esta clase de sociedad es cosa corriente que se ofende menos á un hombre matando á un hermano suyo, que negándose á ir á comer á su casa. No encontraréis un senador que no prefiera perder su patrimonio á la vergüenza de que falten á una invitación que maduramente haya meditado.

Si alguno de estos grandes personajes tiene que hacer una excursión fuera de sus costumbres, para visitar sus tierras, por ejemplo, ó para darse el placer de la caza, aunque no tomando parte activa en ella, por supuesto, imagina que ha igualado los viajes de César y Alejandro, aunque no haya tenido más que hacerse llevar, en las pintadas barcas del lago Averno, hasta Puteolis ó á Cayeta, sobre todo si el día es cálido. Si se para una mosca en la franja de seda de su dorado abanico; si sutil rayo de sol penetra por algún intersticio de su sombrilla, deplora ya no haber nacido entre los cimmerianos. Vedle salir de las estufas de Silvano ó de las saludables aguas de Mammea, todo el cuerpo cuidadosamente secado con el lienzo más fino. Con la ropa que ponen á su disposición podrían vestirse diez hombres. Cada prenda acaba de salir de la prensa, pero tiene todavía que examinar su brillo en plena luz. Elige al fin, vuelve á su casa con los dedos llenos de sortijas, que al bañarse cuidó de entregar á su criado por temor de que las empañase el agua...

(Las frases que siguen no forman sentido por efecto de las lagunas y alteración de palabras.)

Algunos de éstos, annque muy pocos, se disgustan si se les llama jugadores de dados; jugadores de *tesseras*, pase: la diferencia es casi la misma que la de ratero y ladrón. Debemos confesar, sin embargo, que hoy son muy tibias en Roma las amistades, exceptuando la honrosa comunidad en el juego, que es constante y se toma con calor. Solamente en esto encontraréis afectos intensos, parejas que os recuerden á los hermanos Quintilios (1). Así es que se tiene elevadísima idea de sí mismo cuando se está en el número de los iniciados en esta ciencia. Si el más ínfimo de éstos tiene que ceder en un festín ante la presencia de un procónsul, muestra majestuoso desagrado. Catón, rechazado de la pretura contra toda verosimilitud, no se encerraría de otro modo en su dignidad herida.

Otros se dedican á explotar á los ricos. Joven, viejo, célibe ó sin familia, poco importa: si tiene esposa é hijos, lo mismo da. No hay influencia que no se ponga en obra para conseguir un testamento favorable. Al fin el asediado cede; les hace legatarios de su caudal, y en seguida muere, como si no hubiese esperado otra cosa...

(1) El amor fraternal ha salvado del olvido los nombres de Máximo y Condiano, de la familia Quintiliana. Sus estudios, sus ocupaciones, sus trabajos, sus placeres, todo fué igual en ellos: gozando los dos de considerable fortuna, jamás se les ocurrió la idea de separar sus intereses. Todavía existen fragmentos de una obra que compusieron juntos; pareciendo, en fin, que un solo espíritu animaba sus cuerpos. Los Antoninos, que admiraban sus virtudes y su unión, les elevaron en el mismo año á la dignidad de cónsules. Más adelante les dió Marco Aurelio el gobierno de la Grecia, confiándoles el mando de un ejército, á cuyo frente alcanzaron notable victoria sobre los germanos. Cómmodo tuvo la bárbara crueldad de hacerles sufrir igual suerte, y, heridos del mismo golpe, bajaron á la misma tumba.

Éste acaba de obtener un cargo muy modesto: ¡Cómo levanta la cabeza! ¡Qué gallardía en su marcha! Ya no ve á sus conocidos más que de alto abajo: creeríase que es Marcelo, regresando vencedor después de la caída de Siracusa.

Muchos de éstos que niegan la existencia de las potestades del cielo, no se atreverían á salir de su casa, ni á sentarse á la mesa, ni á tomar un baño, sin consultar detenidamente el calendario; porque es necesario determinar previamente la exacta posición del planeta Mercurio; saber en qué grado se encuentra en aquel momento la luna en el signo de Cáncer.

Otro, cansado de un acreedor que le oprime, busca á un auriga, que se atreve á todas las desvergüenzas, y le adiestra para que intente al importuno una acusación de maleficio; y he aquí un hombre que se encuentra en el caso de prestar caución cuantiosa con grave perjuicio de sus intereses. Y no es esto todo: convertido de acreedor en deudor ficticio, se le encierra como deudor verdadero y no se libra sin pagar.

Allí hay una esposa que, golpeando en el yunque día y noche, como dice un proverbio antiguo, convence al fin á su esposo para que haga testamento. El esposo, por su parte, tiene igual premura porque teste su mujer: llámase por ambas partes á los peritos en derecho; y los dos se ponen á la obra, uno en el dormitorio, otro en el comedor; y no dejan tampoco de recurrir secretamente á la adivinación por medio del examen de las entrañas de los animales. El oráculo no contesta de la misma manera: al esposo habla de prefecturas á elegir, de defunción de mujeres nobles y ricas; á la esposa, de medidas urgentes para los funerales de un marido...

Bien dice Cicerón: «Solamente se aprecian las cosas humanas por lo que producen. Se prefiere aquel amigo de quien más se puede obtener.»

Noble que pide prestado calza el zueco; es la honradez y humildad personificadas: no hablarían de otro modo Micón y Lachetas; pero si se trata de devolver, recobra el coturno y alza la voz al tono de los Heraclidas, parecen Cresfontes y Tenunos. Basta de nobles.

Pasemos al pueblo, á ese conjunto de holgazanes y desocupados. En esa turba, en la que no tienen todos zapatos, se glorifica los eméritos nombres de Cimessores, Statario, Semicupa y Serapino; ó bien los de Cicimbrico, Gluturino, Trula, Lucánico, Pordaca y Salsula. Beber y jugar, frecuentar los espectáculos y las tabernas, los antros de la embriaguez y de la prostitución: tal es la vida de estas gentes. Para ellos el circo máximo es el templo; el hogar, el punto donde se reunen, el conjunto de sus esperanzas y deseos. En las calles, en los foros, en las encrucijadas vense grupos en que se disputa y se injurian por cualquier disidencia: y es de ver á los ancianos, á los que ya han vivido mucho, proclamar con la autoridad de la experiencia, tomando por testigos sus arrugas y canas, que la república está perdida si, en la carrera que va á celebrarse, su auriga favorito no toma desde el principio la cabeza y no enrasa bastante cerca la meta. Todo este populacho vegeta en incurable pereza. Pero que comience á titilar el día deseado, el día de los juegos ecuestres, y todos mostrarán á la vez apresuramiento, agitación y competencia en rapidez con los carros que van á correr. Muchos pasan la noche en el circo, colocados en cierta manera por partidos, esperando con febril ansiedad la gran obra de que van á ser testigos.

También diremos algo del envilecimiento del teatro. Expúlsase á los actores con gritos y silbidos, á menos que hayan tenido la precaución de pagar á la canalla su recibimiento. En este caso se alborota de otro modo: con las vociferaciones más repugnantes y salvajes, se

pide la expulsión de los extranjeros, con cuyos subsidios viven. Parece que se está en Taurida ¡Qué contraste con el pueblo de otro tiempo, cuyos ingeniosos chistes y graciosas agudezas se citan todavía! También se ha inventado esa forma de aplauso que en cada representación algún interruptor de oficio lanza al rostro de cualquier actor que entra en escena, exodiario (1), cazador ó auriga: que igualmente se dirige entre los espectadores á los funcionarios altos ó bajos y hasta á las matronas romanas. «¡Que aprenda de ti!» aunque nadie pueda explicar qué hayan de aprender.

¡Cuántos hambrientos de éstos olfatean desde lejos el vaho de las cocinas, ó guiados por las agudas notas de esas mujeres que cacarean en las calles, como pavos reales desde que amanece, van deslizándose á los comedores, y desde allí, alzándose sobre las puntas de los pies, esperan, royéndose los dedos, á que se enfríen los manjares! Otros contemplan ávidamente cocer las carnes, sin que les haga retirar su desagradable olor: creeríais ver á Demócrito rodeado de anatómicos (2), paseando el escalpelo por las entrañas de un animal, con objeto de legar á la posteridad remedios para nuestros males interiores. Pero ya hemos hablado bastante de las cosas de Roma; volvamos ahora á los acontecimientos ocurridos en las provincias.

(1) El exodiario era una especie de mimico que, cuando había terminado la tragedia, entraba en la escena, y que procuraba, con sus bufonadas, hacer suceder la risa á las lágrimas.

(2) Antes de Sócrates, la filosofía no se ocupaba mucho de metafísica y de moral, dirigiendo especialmente sus esfuerzos á las ciencias. Demócrito era muy versado en medicina, habiendo dejado muchos tratados acerca de este arte. Diferentes autores, y con especialidad Celso, le consideran como maestro de Hipócrates.

(AÑO 370 DE J. C.)

Bajo el tercer consulado de los Augustos, saliendo de sus bosques los sajones, vencieron el obstáculo del Océano, y, caminando en línea recta á la frontera, degollaron á muchos súbditos romanos. El conde Nanneno, capitán muy experimentado que mandaba en aquella costa, resistió el primer empuje de la invasión; pero como estos bárbaros pelean como desesperados, perdió en la lucha muchas fuerzas. Herido él mismo, y sintiéndose muy débil ya para resistir solo la campaña, informó de la situación al Emperador, quien, á petición suya, envió para que le socorriese á Severo, general de la infantería. La llegada de este general con fuerzas suficientes infundió espanto al enemigo y confusión en sus filas, faltándole el valor antes de llegar á las manos, al ver solamente las águilas y enseñas romanas, y pidiendo perdón y paz. Mucho vacilaron antes de aceptar la proposición, pero al fin se reconoció que nos era muy ventajosa. Ajustóse una tregua; y los sajones, después de entregarnos, según los términos del tratado, notable parte de su juventud útil, pudieron regresar ostensiblemente sin obstáculo al punto de donde habían salido. Pero mientras realizaban sin inquietud su movimiento de retirada, adelantóseles un destacamento de infantería, y marchó á situarse en un valle estrecho donde podía exterminarles fácilmente. Esta operación no produjo los resultados que se esperaban: al ruido de los bárbaros que se acercaban, parte de la emboscada se presentó demasiado pronto, y, asustados por los furiosos alaridos que lanzaron al verles, huyeron sin poder ordenarse, si bien consiguieron rehacerse y resistir á pie firme. Pero era necesario sostener el choque de fuerzas superiores; y los nuestros hubieran sucumbido hasta el

último, si sus gritos de angustia no hubiesen llevado hacia aquel punto una turma de catafractos que estaba situada, según el plan de ataqne, en la bifurcación de un camino, para coger de flanco al enemigo. El combate se hizo furioso; pero los romanos habían recobrado valor, y los bárbaros, rodeados por todas partes, fueron degollados, sin que ni uno de ellos pudiese volver al suelo de la patria. En estricta justicia, aquel acto era de perfidia y deslealtad; pero no se debe acusar seriamente de crimen á la política romana por haber aprovechado ocasión tan excelente para destruir aquellas hordas de bandidos.

Después de este importante resultado, continuaba entregado Valentiniano á profunda agitación de ánimo, formando incesantemente proyectos para humillar el orgullo de los alemanes y de su rey Macriano, cuyas constantes incursiones mantenían la alarma en el Imperio. A pesar de los reveses que había experimentado esta feroz nación en el origen de su poder, de tal manera había aumentado su población, que parecía haber gozado de muchos siglos de paz. Después de una serie de planes concebidos y desechados, el Emperador se fijó al fin en la idea de enemistarlos con la belicosa raza de los burgundios, cuya valerosa é inagotable juventud era el terror de todos sus vecinos Por medio de agentes discretos y seguros establecióse correspondencia con los reyes del país, excitándoles á que se concertasen para un ataque continuado. Valentiniano prometía por su parte pasar el Rhin con un ejército romano y coger por la espalda á los alemanes en medio de la turbación que necesariamente habría de producirles aquel ataque inesperado.

Dos razones tenía el Emperador para que se adoptasen sus planes. En primer lugar, los burgundios no han olvidado su origen romano, y además tenían cues-

tiones con los alemanes acerca de las fronteras y la propiedad de unas salinas. Armaron, pues, sus mejores tropas, y antes de que se reconcentrasen los nuestros, avanzaron hasta la orilla del Rhin, donde ocasionaron espanto con su imprevista llegada. Allí se detuvieron un momento. El Emperador, ocupado completamente en su línea de defensa, no había llegado aún y nada indicaba siquiera que hubiese empezado á cumplir su promesa. Los burgundios le enviaron una legación pidiéndole que al menos defendiese su retirada en el caso de ataque de los alemanes; y emplearon para contestarles rodeos y aplazamientos equivalentes á una negativa, comprendiéndolo así los legados, que se retiraron disgustados: y sus reyes, furiosos al verse engañados, regresaron á su país, después de hacer degollar á todos sus cautivos.

En estos pueblos se da al rey el nombre genérico de Hendinos; y la costumbre nacional exige que se le deponga si no es afortunado en la guerra ó si falta la cosecha. Los egipcios hacen también responsables á sus gobiernos en las mismas circunstancias. Entre los burgundios, el gran sacerdote se llama *Sinistus*. Éste es vitalicio y no está sujeto á las vicisitudes impuestas al rey.

Esta agresión había causado á los alemanes impresión de terror, que supo aprovechar hábilmente Teodosio, general de la caballería. Atacóles por el lado de la Recia, les mató mucha gente é hizo prisioneros, que, por orden del Emperador, fueron en seguida enviados á Italia, y constituídos en colonia tributaria en las fértiles campiñas que riega el Po.

Ahora vamos á pasar, por decirlo así, á otro mundo y á describir los dolores de la provincia de Trípoli, en África, sufrimientos que la misma justicia lloró, demostrando qué centella produjo el incendio. Los austuria-

nos, tribu bárbara de las cercanías, que solamente vivían de asesinatos y rapiñas, y terrible por la rapidez de sus movimientos, después de permanecer tranquilos durante algún tiempo, volvieron á sus costumbres de saqueo y violencia. La razón que seriamente daban de sus agresiones era que uno de ellos, llamado Stachaon, recorría libremente nuestro territorio á favor de la paz. Cometió muchas infracciones de orden público y de las leyes, siendo una mucho más grave y teniéndose pruebas de ella. Convicto de manejos para entregar la provincia á sus compatriotas, fué condenado á las llamas.

So pretexto de obtener venganzas de la injusticia de que uno de ellos habia sido víctima, los bárbaros se extendieron fuera de sus límites como bestias feroces, reinando todavía Joviano. La invasión respetó la ciudad de Leptis, temible por su población y sus defensas, pero sus ricas inmediaciones fueron saqueadas durante tres dias. Los austurianos degollaron á los campesinos que quedaron en sus casas sobrecogidos de terror, ó que se refugiaron en las cavernas, quemaron lo que no pudieron transportar, y regresaron cargados de botín, llevando prisionero á Silva, uno de los magistrados principales de la ciudad, á quien habían sorprendido en su quinta con su familia.

Bajo la impresión del desastre, y antes de que el orgullo del éxito llevase á los bárbaros á nuevas hostilidades, los lepitanos se apresuraron á pedir socorro al conde Romano, recientemente nombrado para el gobierno del África. Éste acudió, en efecto, llevando consigo tropas; pero cuando se trató de llegar al teatro de los estragos, se negó á entrar en campaña, si antes no se ponía á su disposición inmensa cantidad de víveres y cuatro mil camellos. Los desgraciados lepitanos quedaron al pronto aturdidos, y en seguida alegaron la imposibilidad en que estaban, encontrándose arruinados por

el fuego y el hierro, de cumplir la exorbitante condición que se les imponía para remediar tan grandes males. En vista de esto, el conde permaneció cuarenta días entre ellos en pretendida inacción forzosa, y en seguida se marchó sin hacer nada.

Viendo desvanecerse de esta manera la esperanza que habían tenido por este lado, los tripolitanos temieron mayores desgracias. Era la época de la reunión anual de su Consejo provincial, y designaron dos diputados, Severo y Flacciano, con el encargo de ofrecer á Valentiniano estatuitas de la Victoria en oro, y exponer claramente en su presencia el estado de la provincia. Informado de esta resolución el conde, envió en seguida un mensajero á Remigio, maestre de oficios, pariente suyo y cómplice de sus rapiñas, diciéndole que obrase de modo que se atribuyese al mismo Romano el conocimiento del asunto. Llegaron los diputados á la corte, obtuvieron audiencia, y en apoyo de sus quejas verbales, entregaron al príncipe un relato de los hechos; y como el contenido del documento no estaba de acuerdo con los datos del maestre de oficios, que se entendía con Romano, consideráronse sospechosas las declaraciones contradictorias. Aplazóse, pues, para información más amplia la resolución del asunto, que tuvo que pasar por todas las dilaciones con que los intermediarios del poder acostumbran á adormecer la justicia.

Entretanto esperaban ansiosamente los tripolitanos que, por mandato del príncipe, se acudiese á socorrerlos. En medio de estas angustias, caen sobre ellos nuevas bandas, que talan en todas direcciones las campiñas de Leptis y Œa, y los bárbaros no se retiran hasta que se ven cargados de botín, y después de haber dado muerte á muchos decuriones. entre ellos á Rusticiano y Nicasio, investido el uno con las atribuciones del culto y el otro con las de la edilidad. La invasión ni siquiera

encontró obstáculo, porque las facultades militares que, á instancias de los diputados, se confirieron primeramente al presidente Ruricio, acababan de ser devueltas á Romano. Nuevo relato de estos males llegó al príncipe en las Galias, causándole profunda impresión, enviando en seguida á Paladio, tribuno y notario, con la doble misión de pagar el sueldo que se debía á las tropas de África y de investigar imparcialmente lo que había ocurrido en la provincia de Trípoli.

Mientras pasaba el tiempo en tomar datos y esperar respuestas, enorgullecidos los austurianos con su doble éxito, volvieron como aves de rapiña que olfatean matanza, degüellan á cuantos no huyen con bastante rapidez, arrebatan el botín que no habían podido llevar en las dos expediciones anteriores y talan los árboles y los viñedos. Un ciudadano muy rico y muy influyente, llamado Mychón, sorprendido en su casa de campo, consiguió escapar de sus manos antes de que le atasen; pero una enfermedad que padecía en las piernas le impidió huir, por lo que se arrojó en un pozo seco, de donde le sacaron los bárbaros con una costilla rota. En seguida le llevaron al pie de las murallas de la ciudad, donde la presencia de aquel desgraciado conmovió á su esposa, que pagó el rescate. Entonces le subieron á las murallas con una cuerda, muriendo dos días después. En fin, cada vez más atrevidos los bárbaros, llevaron la insolencia hasta atacar las fortificaciones de Leptis; resonando en seguida en la ciudad los lamentos desesperados de las mujeres, que, por primera vez, se veían encerradas para sufrir el asedio. Este, sin embargo, solamente duró ocho días; porque viendo los sitiadores que perdían inútilmente hombres, se retiraron humillados por aquel fracaso.

Pero no era menos crítica la situación de los habitantes. Como no tenían noticia de sus diputados, intenta-

ron el último esfuerzo, encargando á Jovino y á Pancracio que expusieran otra vez ante los ojos del príncipe el cuadro de los sufrimientos que habían visto y compartido. Éstos encontraron en Cartago á sus predecesores Severo y Flacciano, que no pudieron responder á sus ansiosas preguntas, sino que les enviaban ante el conde y su vicario. Entretanto Severo enfermó y murió; y los dos nuevos diputados continuaron rápidamente su viaje.

Después de esto llegó Paladio á África; y enterado Romano de su misión, comprendiendo el peligro que podía resultar para él, envió en seguida agentes fieles á los jefes de cuerpo, aconsejándoles que hiciesen secretamente ricos regalos, de los fondos del sueldo, al hombre influyente y muy considerado en la corte á quien se había encargado aquella importante misión. El ardid obtuvo excelente resultado. Paladio se guardó el dinero, marchó hacia Leptis y allí, para comprobar con certeza los hechos, hizo que le acompañasen Erechthius y Aristomeno, magistrados distinguidos de la ciudad, al teatro de las devastaciones. Excelentes oradores los dos, no economizaron quejas acerca de los daños que habían experimentado ellos mismos, sus conciudadanos y los habitantes de los campos inmediatos; viendo Paladio por sus propios ojos todas las miserias de la provincia; regresando irritado por la culpable negligencia del gobernador y declarando públicamente que diría al príncipe toda la verdad. Disgustado entonces Romano, le amenazó con dirigir otro informe denunciando al Emperador las sustracciones que se habían hecho al sueldo en provecho del incorruptible agente que había elegido; y como la infamia era recíproca, aquellos dos hombres se pusieron de acuerdo. De regreso Paladio ante el príncipe, con mentiroso relato le convenció de que los tripolitanos se quejaban

sin razón; y en vista de esto, le enviaron de nuevo al África con Jovino, único que quedaba de la segunda diputación, porque Pancracio había muerto en Tréveris, para que, de acuerdo con el vicario, informase acerca de esta nueva súplica. Valentiniano dispuso además que se cortase la lengua á Erechthio y Aristomeno, por las palabras malévolas que habían pronunciado delante de Paladio. Marchó éste como adjunto del vicario á Trípoli, á donde Romano, bien informado siempre, envió apresuradamente un comisario con su consejero Cecilio, hijo de la provincia. Por ardid ó corrupción, estos dos intermediarios supieron disponer tan perfectamente á los miembros de la comisión, que todos se declararon contra Jovino, pretendiendo que no había recibido de ellos misión para decir delante del príncipe lo que había dicho: siendo el colmo de esta amarga irrisión, que el desgraciado Jovino tuvo que confesar, creyendo salvar la vida por este medio, que había mentido al Emperador.

Al regreso de Paladio, el Emperador, inclinado siempre á las medidas violentas, dictó pena capital contra Jovino como autor, Celestino y Concordio como cómplices, de falsas declaraciones. El presidente Ruricio perdió la vida á manos del verdugo como impostor, y además por haber usado de palabras inconvenientes en su informe. Ruricio sufrió la pena en Sitifis, y los otros en Utica, por orden del vicario Crescente.

Poco antes de la muerte de sus compañeros, por la energía con que apoyaba su derecho ante el conde y el vicario, sublevó Flacciano contra él á los soldados, que le colmaron de injurias y estuvieron á punto de matarle; diciéndole que si los tripolitanos habían quedado sin defensa, culpa era de ellos mismos, por haberse negado á atender á las necesidades de los expedicionarios. Aquel desgraciado fué preso; pero mientras el Empera-

dor vacilaba acerca de lo que había de hacerse con él, pudo fugarse, probablemente sobornando á los guardias, refugiándose secretamente en Roma, donde permaneció oculto hasta su muerte.

En presencia de tal desenlace, la desgraciada provincia de Trípoli, oprimida en el exterior y objeto de traiciones en el interior, no pudo hacer otra cosa que resignarse y callar. Pero al fin llegó el día de la venganza. El ojo eterno de la Justicia se abrió ante los gritos de la sangre de los diputados. Pero, como se verá, necesitóse tiempo para que la expiación fuese completa.

Herido por la desgracia y despojado de todas las ventajas de su posición, de que tan orgulloso se mostraba, Paladio había vuelto á la obscuridad, cuando el ilustre Teodosio fué enviado al África para reprimir la sublevación de los firmos. Una investigación dispuesta por el general, en cumplimiento de sus instrucciones, en los papeles de Romano, hizo descubrir una carta de un tal Meterio, con esta dirección: «Meterio á su señor y patrono Romano», la cual, después de algunos detalles sin importancia, terminaba así: «Te saluda el desgraciado Paladio. Dice que su destitución es justo castigo por las mentiras que pronunció ante sagrados oídos por los asuntos de Trípoli.» Envióse la carta á la corte, y, por su contenido, mandó Valentiniano prender á Meterio, que la reconoció como suya. En seguida se mandó comparecer á Paladio, quien, reflexionando por el camino cuántos cargos había acumulado sobre su cabeza, se ahorcó en el primer descanso, aprovechando la ausencia de los guardias, que habían marchado á pasar la noche en la iglesia, en observancia de la gran solemnidad del cristianismo. Erechthio y Aristomeno, que, por este juicio de la fortuna, nada tenían que temer de su cruel perseguidor, salieron de los asilos donde se habían ocultado al saber que iban á perder la lengua

por haberse servido demasiado de ella. Valentiniano no existía ya; y entonces revelaron al Emperador Graciano todo aquel misterio de iniquidad, siendo enviados ante el procónsul Hesperio y el vicario Flaviano, donde ahora encontraron justicia. Cecilio confesó en la tortura que él mismo había puesto en boca de los miembros del consejo de Trípoli la acusación de fraude contra los diputados: y, al fin, una investigación pública puso todos los hechos á la luz, sin que se alzase una sola voz negativa.

Un solo acto faltaba á esta horrible tragedia. El mismo Romano marchó á la corte, acompañado de Cecilio, con el propósito de acusar de parcialidad á los que habían informado en este asunto. Alentado por el recibimiento que le dispensó Merobaudo, pidió el examen de varios testigos, partidarios suyos. Pero cuando llegaron á Milán, tuvieron habilidad para declarar de manera que aparecieron extraños á los sucesos y fueron despedidos á sus casas. En cuanto á Remigio, viviendo todavía Valentiniano, se retiró, y oportunamente diremos cuándo y cómo se estranguló.

LIBRO XXIX

SUMARIO

Secretas pretensiones del notario Teodosio al Imperio.—Acusado en Antioquía ante Valente del crimen de lesa majestad, es condenado á muerte con sus numerosos partidarios.—Múltiples ejecuciones en Oriente por maleficios y otros crímenes verdaderos ó supuestos.—Rasgos de crueldad y de salvaje barbarie de Valentiniano en Occidente.—Pasa el Rhin por un puente de barcas para sorprender al rey Macriano, pero fracasa el golpe por falta de soldados.—Teodosio, general de caballería en las Galias, marcha al Africa en contra del rebelde Firmo, hijo del rey moro Nabal; le derrota en muchos combates, le reduce á matarse y devuelve por este medio la tranquilidad á la comarca.—Irritados los quados por el inicuo asesinato de su rey Gabinio, se coligan con los sármatas, entran á sangre y fuego en la Valeria y la Pannonia y destruyen casi por completo dos legiones. Prefectura urbana de Claudio.

(AÑO 371 DE J. C.)

Había terminado el invierno, y Sapor, rey de los persas, enorgullecido con sus anteriores triunfos, después de llenar los huecos de su ejército y provisto abundantemente á su equipo y subsietencia, entró en campaña al frente de sus catafractos, arqueros y otras tropas á sueldo. El conde Trajano y Vadomario, ex rey de los alemanes, llevaron contra él fuerzas respetables, pero con órdenes que les recomendaban especialmente man-

tenerse á la defensiva. En cumplimiento de estas órdenes, al llegar á Vagabanta, donde les hostilizaron vivamente, tuvieron que rehusar la batalla y retirarse, evitando cuidadosamente derramar sangre enemiga, para que no se les pudiese atribuir la violación del tratado. Pero obligados al fin á aceptar el combate, causaron mucho daño á los Persas, alcanzando la victoria. El resto de la estación pasó para ambas partes librando ligeras escaramuzas con suerte diferente; acordándose al fin, de común consentimiento, una tregua, y los dos reyes, sin dejar de considerarse en guerra, dejaron sus respectivos ejércitos. Sapor pasó á invernar en Ctesifonte, y Valente regresó á Antioquía, donde, mientras descansaba sin temores en cuanto al exterior, estuvo á punto, como se verá, de sucumbir bajo los ataques de los enemigos interiores.

Dirigía reclamaciones muy fundadas contra los intendentes Anatolio y Spudasio, Fortunaciano, tesorero del dominio privado. Un tal Procopio, carácter díscolo y turbulento, les sugirió la idea de deshacerse de aquel incómodo vigilante, y Fortunaciano, cuyo carácter era impetuoso y que llevaba las cosas hasta el extremo, se enteró de sus manejos. En vez de contenerse en los límites de su autoridad, entregó en seguida á la jurisdicción del prefecto del pretorio á un tal Paladio, hombre de baja estofa, considerándole como envenenador asalariado por sus enemigos, y al intérprete del horóscopo de Heliodoro; suponiendo que conseguiría de aquellos hombres, por medio de la tortura, la confesión de alguna tentativa contra su vida. Aplicóseles rigurosamente el tormento; pero en medio de las torturas, exclama de pronto Paladio, que no se trata de nimiedades; que si le dejan hablar, revelará una trama de mayor alcance; trama urdida desde mucho antes, y que, si no se acude pronto, producirá un trastorno general. Invitado á ex-

plicarse libremente, aquel hombre comienza una declaración extensísima; asegurando en primer lugar que el ex presidente Fidusto, de acuerdo con Pergamio é Ireneo, había conseguido, por medio de conjuros, conocer el nombre del sucesor de Valente. Quiso la casualidad que se encontrase cerca Fidusto: detuviéronle y le introdujeron secretamente. Careado con su acusador, ni siquiera intentó negar los hechos citados y reveló por completo una trama deplorable. Sin vacilar confesó sus conversaciones referentes al heredero inmediato del trono con Hilario y Patricio, versados en la adivinación, y habiendo servido el primero en las milicias del palacio. La suerte, interrogada por la magia, les había revelado un príncipe excelente, anunciándoles al mismo tiempo que les amenazaba una muerte trágica. Entonces se habían preguntado quién era entre los contemporáneos el hombre superior á quien pertenecía aquel nombre predestinado, y habían creído encontrar en Teodoro, que á la sazón había ascendido al segundo grado del notariado, la personificación de su idea. En efecto; Teodoro era como lo habían juzgado. Oriundo de antigua é ilustre familia de las Galias, desde la niñez había recibido brillante educación. Amable, prudente y modesto, eminentemente dotado de atractivos personales y de claridad de entendimiento, siempre se había mostrado superior á cada nuevo empleo que se le confiaba, haciéndose estimar igualmente de sus superiores y de sus subordinados; siendo tal vez el único hombre de quien pudiera decirse que no trababa su lengua temor ninguno, porque la dirigía siempre la razón. Fidusto, torturado casi hasta la muerte, añadió á esta declaración, que había dado cuenta del vaticinio á Teodoro por medio de Eucerio, varón de ciencia y elevada posición, que recientemente había administrado el Asia como viceprefecto. Preso inmediatamente, ha-

biendo dado cuenta al Emperador, como de costumbre, su ferocidad natural, sobrexcitada por las bajas adulaciones de sus cortesanos, se inflamó repentinamente, á modo de antorcha destructora. El adulador más sobresaliente de todos era Modesto, prefecto del pretorio, á quien atormentaba día y noche el temor de que le reemplazasen. Sus rebuscadas felicitaciones, cuya exageración frisaba en ironía, acariciaban agradablemente el oído poco delicado del Emperador. Modesto calificaba su informe facundia de elocuencia ciceroniana, exagerando un día la adulación hasta el punto de decir que bastaba al Emperador quererlo para que compareciesen ante él hasta las estrellas.

Inmediatamente fué arrebatado Teodoro de Constantinopla, á donde había ido para asuntos particulares. Entretanto continuaba el proceso sin levantar mano, y diariamente se traía desde los puntos más lejanos del Imperio á los acusados más distinguidos por su posición ó nacimiento. No bastaban las cárceles ni las casas particulares, convertidas en prisiones, para contener la multitud que aglomeraban en ellas; y no había nadie que no estuviese preso ó temiese ver á alguno de los suyos arrojado á un calabozo. Teodoro llegó al fin, vestido de luto y medio muerto ya, encerrándole solo en un punto retirado de la ciudad; y preparados ya todos los elementos del proceso, dióse al fin la señal de aquel sangriento juicio.

Igualmente engaña el que oculta lo verdadero como el que supone lo falso: así es que no trataré de negar (cosa, por otra parte, averiguada) que la vida de Valente no hubiese estado amenazada ya, y que en aquel momento mismo no corriese graves peligros. Una vez vió á sus propios soldados volver sus armas contra él; pero le protegió la fortuna, que le reservaba para la catástrofe de Thracia. El atentado del escutario Salustio, que

estuvo á punto de matarle en un bosque, donde dormía la siesta, entre Seleucia y Antioquía, fracasó como los otros contra una vida que, desde su primera hora, había marcado con su sello la fatalidad. En tiempos de Cómmodo y de Severo habíase visto más de un ejemplo de tentativas semejantes y gravemente comprometida la vida del príncipe. Una vez, entre otras, al entrar Cómmodo en su palco del teatro, recibió una puñalada casi mortal del ambicioso senador Quinciano (1). Sin el auxilio de su hijo, adolescente aún, Severo habría sido acribillado de heridas en su propia cámara imperial, impulsado á este crimen por Planciano el centurión Saturnino (2). Esto justifica en algún modo á Valente, por haberse defendido, en cierta medida, contra la traición que amenazaba su vida; pero no excusa aquella intratable soberbia del poder, aquel inmoderado deseo de venganza, que le hizo confundir en ciego procedimiento y afligir con la misma pena á inocentes y culpados. Hasta tal punto se llevó la precipitación, que muchas veces se deliberaba acerca de la culpabilidad, cuando el príncipe había pronunciado ya la sentencia; y alguno se enteraba de que estaba condenado, cuando ni siquiera sabía que era sospechoso. La crueldad de

(1) Herodiano nombra también al senador Quinciano como autor de este atentado, mientras que Lampridio y Xifilino lo atribuyen á Pompeyano, impulsado á cometerlo por Lucila, hermana del Emperador, de la que era amante. El asesino exclamó al herir: «Esto te envía el Senado», frase que produjo una revolución en el ánimo del Emperador, ó al menos despertó su ferocidad, que solamente estaba adormecida. Efectivamente, desde este momento datan las crueldades del reinado de Cómmodo, uno de los caracteres más monstruosos que mancharon la púrpura romana, y que igualó en barbarie y demencia á Calígula y Nerón, sobrepujándoles en vicios.

(2) Según Dión Cassio, Saturnino, sobornado por el prefecto, se arrepintió antes del crimen y lo reveló todo al emperador Severo.

Valente se encontraba excitada más y más por su insaciable codicia y por la de sus cortesanos, siempre al acecho de la nueva presa que se presentaba y dispuestos á tachar de debilidad á quien por casualidad alzaba la voz en favor de los sentimientos humanitarios. Su ponzoñosa adulación no hacía más que endurecer á aquel hombre, que con una palabra daba la muerte, con el propósito de llegar, aunque fuese á costa del desquiciamiento del Estado, á la ruina de las fortunas más elevadas. Dos defectos de este Emperador daban amplio espacio á estas perniciosas influencias. En primer lugar, su cólera se irritaba por el sentimiento de vergüenza que le hacía experimentar; y además, accesible como cualquier particular á toda confidencia, se hubiese sonrojado como príncipe, al descender á examinar algo. De aquí aquella multitud de inocentes arrancados á sus hogares, pereciendo en el destierro y cuyos caudales iban á aumentar el tesoro del Estado ó el particular del Emperador. Y aun se consideraba clemente el monarca al no condenarles más que á mendigar el pan y á vivir en la miseria; extremidad de tal naturaleza, que mejor es arrojarse al mar que sufrirla, si ha de creerse al antiguo y prudente poeta Theognis. Su severidad, aunque hubiese sido justa al principio, se hacía excesiva en la aplicación: habiéndose dicho, con razón, que el rigor es mucho más amargo cuando castiga aparentando perdonar.

Habiéndose reunido los comisarios bajo la presidencia del prefecto del pretorio, hízose provisión de potros, pesos de plomo y cordeles. Dominando el ruido de las cadenas, resonaba la voz de los ministros del tormento, repitiendo continuamente las palabras aprieta, cierra, comprime á otro. Vimos á muchos de aquellos desgraciados pasar del tormento al último suplicio. Pero se confunden los hechos, olvido los detalles y

solamente puedo resumir rápidamente mis recuerdos.

El primero á quien se oyó fué Pergamio, quien, como antes dijimos, acusaba á Paladio de haber leído en lo porvenir con auxilio de la magia. Pergamio hablaba bien, y con gusto cedía á la intemperancia de su lengua. Viendo, después de algunas preguntas insignificantes, que vacilaban sus jueces acerca del orden que debían seguir en su interrogatorio, tomó atrevidamente la iniciativa y comenzó á citar innumerable serie de pretendidos cómplices, á quienes hacía gravísimos cargos, y que era necesario ir á buscar hasta en el Atlas. Como su declaración complicaba extraordinariamente el asunto, para terminar, le condenaron á muerte; haciéndose lo mismo con algunos otros en aquel día. Obrábase de esta manera para llegar más pronto á Teodosio, meta olímpica de toda investigación. Siniestro incidente había señalado ya aquel día. Salia, ex tesorero de Thracia, á quien fueron á buscar en su prisión para someterlo á un interrogatorio, había caído muerto en brazos de sus carceleros, en el momento en que metía el pie en el calzado. Sin duda sucumbió bajo la influencia del terror, porque, si bien se había constituído un tribunal, apareciendo jueces para conservar un simulacro de formas jurídicas, las decisiones emanaban de la voluntad del amo, y todos los corazones temblaban de miedo. Valente, avezado ya al crimen, había abandonado por completo la equidad; y si se le hubiese escapado una sola víctima, su rabia habría sido la de una fiera del circo que ve desaparecer al guardián que acaba de abrirle la jaula, en el momento en que cree coger ya aquella presa para desgarrarla.

Introdujeron en seguida á Patricio é Hilario, intimándoles respondiesen acerca de los hechos de que se les acusaba: y como vacilasen desde el principio, les destrozaron los costados con tenazas. Al fin les presen-

taron la misma trípode de que se habían servido para sus operaciones mágicas, y confundidos entonces, prometieron completa confesión. El primero que habló fué Hilario, diciendo:

«Cierto es, magníficos jueces, que, bajo funesta inspiración, construímos con varillas de laurel la trípode presente, para figurar la de Delfos, y que, después de haber recitado sobre ella palabras místicas y haber realizado con mucho aparato los ritos del ceremonial de consagraciones, la hemos empleado muchas veces para descubrir las cosas secretas. En esta especie de adivinación se procede de la siguiente manera: comiénzase por purificar la casa con emanaciones de perfumes de Arabia; en seguida se coloca la trípode en la parte central, y sobre ella se pone un plato redondo, de metal compuesto, en cuyo borde están grabadas circularmente, á distancias iguales y en caracteres legibles, las veinticuatro letras del alfabeto. Una persona vestida y calzada de lino, ceñida la frente con una cinta, y teniendo en la mano un propicio ramo de verbena, permanece de pie, invocando con las fórmulas consagradas, al dios que preside la ciencia adivinatoria. Esta persona tiene suspendido sobre el plato un anillo de hilo de lino, lo más delgado posible y consagrado según los ritos misteriosos, el cual, balanceándose, se detiene alternativamente sobre algunas letras. La reunión de estas letras forman las respuestas á las preguntas que se hacen, respuestas en versos regulares de ritmo y medida, como las que da el oráculo pitónico ó el de Branchis (1). A la pregunta «¿Quién es el sucesor inmediato al Imperio,

(1) Branchis, ciudad de la Jonia, cerca de Mileto, célebre por un templo de Apolo, del que Branchis, favorito de este dios, fué el primer gran sacerdote, y donde se pronunciaban oráculos. Al nombre de Branchis había sucedido el de Didymo, según Pomponio Mela.

que goce de todas las virtudes?», el anillo forma el disílabo θεο, con la adición de otra letra. En el acto exclama uno de nosotros: «El destino designa á Teodoro»; y no continuamos, seguros ya de que éste era aquel por quien se preguntaba.»

A esta detallada declaración, añadió Hilario, en descargo de Teodoro, que todo se había hecho sin su conocimiento. Preguntaron en seguida á los presos si les había revelado el oráculo la desgracia que les amenazaba á ellos mismos. A lo que contestaron con versos muy conocidos, cuyo sentido era que pagarían la curiosidad con la vida; pero que las furias vengadoras anunciaban también muerte é incendio al príncipe y á sus informadores. Bastará citar los tres últimos:

No correrá tu sangre sin venganza. El enojo de Tisiphon prepara en las llanuras de Mimas terrible retribución á aquellos cuyos corazones arden en el deseo del mal.

Dejáronles declamar hasta el fin, y en seguida comenzaron á funcionar las uñas de hierro. Acto continuo, y para apresurar la conclusión, hicieron entrar en masa á multitud de acusados, todos del grado de los *honorati,* que formaban el núcleo de la conjuración. Pensando cada cual en salvar su vida, se esforzaba en dirigir el golpe sobre la de su compañero, permitiéndose al fin á Teodoro que hablase á su vez. Empezó éste por arrodillarse y pedir gracia. Intimado para que contestase á las preguntas, confesó las confidencias de Eucerio, añadiendo que muchas veces había estado á punto de revelarlo todo al Emperador; pero que siempre le había disuadido Eucerio, asegurándole que la revolución esperada se realizaría naturalmente, por el inflexible decreto del destino y sin usurpación violenta del trono. Eucerio, cruelmente desgarrado por los verdugos, confirmó aquellas palabras; pero presentaron cartas escritas por Teodoro á Hilario, que deponían en

contra del primero; demostrando claramente, á pesar de la ambigüedad de los términos, que existía completa confianza en la predicción, y que, lejos de detenerse por algún escrúpulo, estaba impaciente por la realización. Conocido esto, pasaron á interrogar á otros, compareciendo Eutropio, á la sazón procónsul de Asia, imputándosele haber tenido conocimiento de la trama, y no debiendo su salvación más que á la firmeza del filósofo Pasifilo, que, torturado hasta la muerte para arrancarle una mentira, persistió en su heroica negativa. Presentaron en seguida otro filósofo, Simónides, muy joven todavía, pero con principios muy austeros. Acusábanle de haber recibido confidencias de Fidustio: vió que la pasión, y no el deseo de verdad, inspiraba el debate; y desde aquel momento declaró que, efectivamente, se lo habían revelado todo, pero confiando en su discreción, y que había callado.

Enterado de todo el Emperador, que había seguido atentamente el proceso, confirmó el acuerdo de los jueces y condenó á muerte á todos los acusados, que fueron decapitados en presencia de inmensa multitud, la cual mostró horror ante tal espectáculo, sin poder reprimir sus gemidos. ¡Hasta tal punto se consideraba desgracia pública la de cada uno de los condenados! Solamente se exceptuó á Simónides, porque su intrépida firmeza exasperó la crueldad de su juez, que le condenó al fuego. Simónides abandonó la vida como se abandona una amante tiránica, impasible y sonriendo en medio de las llamas. Su fin se pareció al del célebre filósofo Peregrino, llamado Proteo (1), que, decidido á abandonar la vida, se arrojó en presencia de toda la Grecia,

(1) Este Peregrino, denominado Proteo, filósofo cínico y apóstata del cristianismo, anunció un día en los juegos olímpicos, que se quemaría en presencia del pueblo, y le citó al efecto para la segunda olimpiada.

reunida en los juegos olímpicos, á una pira construída por él mismo.

En los días siguientes, multitud de personas de todo rango, cuyo número y nombres no recuerdo, envueltas en las redes de la acusación, fatigaron los brazos del verdugo, quedándoles muy escasa vida después de los azotes y los tormentos. Algunos fueron ejecutados mientras se discutía si irían ó no al suplicio; aquello fué verdadera carnicería. Para dar aspecto menos repugnante á la matanza, idearon después reunir en montón libros y cuadernos encontrados en diferentes casas y quemarlos en presencia de los jueces, suponiendo que trataban de cosas ilícitas, cuando la casi totalidad eran obras de Derecho ó de artes liberales.

Poco después el insigne filósofo Máximo, cuyas lecciones tanto habían contribuído á la vasta instrucción del Emperador Juliano, fué acusado de haber tenido conocimiento del vaticinio; conviniendo en ello y excusando con su carácter de filósofo el haber guardado silencio. También aseguró haber dicho que todos los que habían interrogado las suertes perecerían en el último suplicio. No por esto dejó de ser trasladado á Efeso, su patria, para decapitarle allí, mostrando así que la suerte del acusado no depende tanto de la gravedad de los cargos como de la disposición del juez. Otra acusación igualmente falsa recayó sobre Diógenes, miembro de ilustre familia y personalmente distinguido por su ingenio, elocuencia y ameno trato. Había sido mucho tiempo corrector de Bitinia, y le hicieron morir para apoderarse de su rico patrimonio. La odiosa tiranía buscó á Alipio, vicario honorario de Bretaña, el hombre más inofensivo, trocando en día de luto sus tranquilos ocios. Acusáronle de magia, por testimonio de un tal Diógenes, canalla de la peor ralea, á quien la tortura hizo hablar á gusto del acusador, es decir, del

príncipe, y á quien quemaron vivo, cuando los tormentos no pudieron conseguir más de él. Alipio, despojado de sus bienes, fué desterrado, y condenado á muerte su hijo, sin razón alguna, salvándose por feliz casualidad.

Así, pues, un hombre entregado por Fortunaciano al rigor de las leyes, aquel Paladio, coágulo de todas las miserias, iba acumulando ruinas sobre ruinas, y sembrando por todas partes luto y lágrimas. Explotando á su gusto, sin distinción de fortuna y de rango, una acusación de extraordinario alcance, como hábil cazador, sabía tender mortales redes sobre muchas cabezas á la vez; acusando á unos por hechos de sortilegio y á otros como cómplices de atentado á la majestad del trono. Las esposas no tenían tiempo para llorar á los esposos. En cuanto se lanzaba alguna acusación, llegaban en seguida los agentes, que, so pretexto de poner los sellos, deslizaban entre los efectos del acusado algún oráculo, algún amuleto de vieja ó receta para componer filtros, constituyendo otros tantos cuerpos de delito ante tribunales en que jamás se aplicaban las leyes, la conciencia ni la equidad para distinguir la verdad de la calumnia. Sin escuchar la defensa, sin que se formulasen acusaciones concretas, pronunciábase la confiscación y la muerte, y entonces jóvenes y viejos, ágiles ó tullidos, marchaban ó eran llevados al suplicio. Para eludir las pesquisas por todas partes, en las provincias de Oriente, se arrojaban al fuego los libros: ¡tan grande era el terror que se había apoderado de los ánimos! En una palabra, nos encontrábamos entonces como vagando á tientas en medio de densas tinieblas y temblando todos con aquel miedo que experimentaba el convidado de Dionisio, cuando, sentado ante un banquete, más temible que el hambre misma, veía incesantemente la espada suspendida por un hilo sobre su cabeza.

Por entonces Bassiano, varón de preclaro origen y

notario que se distinguía entre los primeros, fué acusado de haber empleado la magia para servir á sus ambiciosas miras. En vano demostró que no había consultado las suertes sino para conocer el sexo del hijo que su esposa llevaba en el seno; confiscáronle su rico patrimonio, y gracias á la influencia é intercesión de su familia se libró de la muerte.

En medio del estruendo de tantas nobles casas que se derrumbaban, el infernal asociado de Paladio y émulo suyo en maldad, Heliodoro el Matemático (1), como vulgarmente se le llamaba, iniciado ya en las misteriosas intrigas del palacio, dirigía con seguridad sus mortales dardos; no omitiendo caricias ni seducciones para que tal individuo dijera lo que sabía, ó más bien lo que le sugería su imaginación. No había mesa servida con más delicadeza que la suya, y se le prodigaba el dinero para sus mercenarias voluptuosidades. Cuando se le veía pasar por las calles con torvo semblante, todos procuraban evitar su mirada. Su descaro aumentó cuando el título de prepósito de los oficios cubicularios le dió entrada en el gimnasio. En alta voz decía que las sentencias del Emperador harían derramar muchas lágrimas. En su calidad de abogado enseñaba á Valente á redondear sus frases, á emplear figuras y á intercalar en sus discursos palabras de efecto.

Demasiado largo sería referir todo el daño que causó aquel malvado; solamente citaré la insolencia con que se atrevió á poner mano en las dos columnas del patriciado. Aquella increíble audacia que, como ya he dicho, le daban las confidencias de palacio y su vanidad, que no retrocedía ante ninguna infamia, le llevaron hasta

(1) El pueblo romano confundía bajo la denominación de matemáticos, los astrólogos, los hechiceros y generalmente á todo aquel crédulo ó impostor que pretendía leer en lo venidero.

intentar á los dos respetables hermanos Eusebio é Hipacio, deudos en otro tiempo del Emperador Constancio, la acusación de aspirar al Imperio y de emplear ocultas maniobras para conseguirlo. Añadía Heliodoro, para dar verosimilitud á la acusación, que Eusebio se había mandado hacer ya el traje imperial. Escuchado con avidez, aquella denuncia excitó una especie de rabia en un déspota tan poco á propósito para mandar, puesto que se lo creía permitido todo, hasta ser injusto. Acto continuo se llama de los puntos más lejanos á cuantos designa el capricho de un acusador superior á las mismas leyes y á quienes la citación turba en su profunda seguridad. Comenzóse en seguida el proceso criminal, y cuando después de haber faltado de mil maneras á la equidad y reglas de procedimiento, los obstinados esfuerzos de la acusación solamente alcanzaron poner de manifiesto la inocencia de los ilustres acusados, no por eso dejó de ser honrosamente tratado el calumniador por la corte. En cuanto á sus víctimas, tuvieron que sufrir al pronto el destierro y el secuestro; pero á poco se les llamó y reintegró en sus honores y bienes.

El fracaso de este desenlace no despertó el menor sentimiento de circunspección ó de pudor. En el deslumbramiento de la omnipotencia, el Emperador ni siquiera sospechaba que un carácter elevado se rebaja al hacer daño, aunque sea por perjudicar á sus enemigos; y que no hay nada más odioso que la dureza de corazón, aumentando los rigores necesarios del poder. Cuando murió Heliodoro, bien de enfermedad, bien porque la venganza apresuraba su fin (¡ojalá no hubiese dado tantos motivos para creerlo!), multitud de *honorati*, vestidos de luto, entre los que se encontraban los consulares Eusebio é Hipacio, marcharon, por orden terminante, al frente del duelo. La absurda ceguedad

del príncipe en aquella ocasión se manifestó hasta el escándalo. Primeramente se le rogó por mucho tiempo en vano que no asistiera personalmente á la lúgubre ceremonia; permaneciendo inflexible y sordo como si se hubiese tapado los oídos con cera para pasar ante el escollo de las sirenas. Cediendo al fin á reiteradas súplicas, exigió al menos que fuesen con la cabeza descubierta, unos descalzos, otros con las manos cruzadas, acompañando hasta el lugar de la sepultura el féretro de aquel miserable. Hoy mismo nos estremecemos de ira solamente al recordar la humillación de tantos senadores y hombres ilustres marchando de aquella manera, precedidos por el bastón de marfil, los ornamentos y el registro de los fastos consulares. En aquella comitiva se encontraba el joven Hipacio, tan notable en aquella edad por sus virtudes; carácter dulce y tranquilo, que sometía su conducta á la regla de honestidad más severa. Éste sostuvo dignamente la ilustración de su familia, y sus actos en su doble prefectura serán gloriosos títulos para sus descendientes.

Citaremos, finalmente, otro rasgo para acabar de dar idea del carácter de Valente. En el momento en que llevaba la crueldad contra sus víctimas hasta deplorar que la muerte la pusiera límites, un hombre atrozmente bárbaro, el tribuno Polenciano, quedó convicto, confesándolo él mismo de haber abierto el vientre, viva, á una mujer en cinta, y de haberla arrancado el feto de las entrañas, con objeto de evocar los manes del infierno y sorprender, por medio de conjuros, el secreto de la sucesión al Imperio. Pues bien; el Emperador le trató con benevolencia; y aquel montruo, en medio de los murmullos del Senado, se retiró absuelto y en tranquila posesión de su empleo y fortuna, que era bastante considerable, sin embargo, para despertar la codicia.

¡Oh sublimes luces de la filosofía, don celestial concedido á algunos espíritus privilegiados y que puede transformar los caracteres más ingratos! ¡Cuántos males se hubieran economizado en aquella época de tinieblas, si Valente hubiese sabido que ocupar el poder es tener á cargo la felicidad de todos, que el soberano debe restringir su autoridad, combatir sus deseos y dominar sus iras; que debe tener presente siempre en la memoria aquella frase del dictador César: «El recuerdo de la crueldad es mal compañero para la vejez.» Que la vida del hombre es algo en el mundo, y formando parte integrante de la suma de la existencia humana, nunca es excesiva la lentitud y circunspección para deliberar acerca de su extinción, ni inconsiderada tampoco la prudencia para no apresurar la consumación de un acto irrevocable, como lo atestigua este hecho tan conocido de la antigüedad: Una mujer de Smirna confesó á Dolabela, procónsul de Asia, que había envenenado á su esposo y á los hijos que había tenido de él, porque descubrió que de común acuerdo habían hecho perecer á un niño que había tenido de otro matrimonio anterior! El procónsul declinó el juicio y entendió del asunto otro tribunal. Igual vacilación mostraron los nuevos jueces. ¿Era criminal el acto ó simplemente justa represalia? Llevóse por fin el juicio á la jurisdicción del areópago, elegido algunas veces, según se dice, por árbitro entre los dioses. Oída la causa, el areópago citó á la acusadora y acusada para dentro de cien años, no queriendo absolver á una envenenadora ni condenar á una madre que había vengado á su hijo. Nunca es demasiado tarde para hacer lo que, por su propia naturaleza, no tiene remedio.

Pero la justicia no había cerrado los ojos ante los atentados que acabamos de referir, ante aquella violación de personas libres, cuyos cuerpos llevarían de por

vida las señales de los tormentos. Elevándose hasta el cielo el grito de la sangre derramada, lo oyó el dios de la venganza y ya se encendía la antorcha de la guerra; iba á cumplirse el oráculo; ninguno de aquellos actos había de quedar impune.

Mientras calmadas las hostilidades por el lado de Persia, dejaban el campo libre á las atrocidades de que Antioquía era teatro, el horrible enjambre de las furias remontaba el vuelo sobre las murallas de esta ciudad y marchaba á posarse sobre el Asia. La fatalidad llevó á Oriente á un tal Festo Tridentino, de obscuro y bajo nacimiento, compañero de abogacía en otro tiempo de Maximino y á quien éste quería como hermano. Este hombre fué primeramente administrador en Siria, después secretario de mandos, adquiriendo en estos dos empleos fama de dulzura y respeto á las leyes. Más adelante llegó á ser procónsul de Asia, y hasta entonces parecía destinado á no unir á su nombre más que honrosos recuerdos. Había llegado hasta sus oídos el rumor de las persecuciones que llevaba á cabo Maximino, y censuraba abiertamente aquella conducta como odiosa y funesta; pero vió que por el derramamiento de sangre aquel monstruo había adquirido títulos para el cargo de prefecto del pretorio y, desde aquel instante, no tuvo Festo más que un deseo, el de obtener el mismo adelanto por los mismos medios: un cómico no cambia con más rapidez de papel. En el acto comenzó á mirar ávidamente á todos lados buscando ocasiones de hacer daño, teniendo por seguro que la prefectura vendría á sus manos en cuanto estuviesen teñidas de sangre inocente. Su maldad, usando la palabra menos enérgica, se mostró de diferente manera. Bastará citar algunos hechos muy conocidos y notables, especialmente por su manifiesta intención de imitar lo que acontecía al mismo tiempo en Roma. En proporciones más restrin-

gidas, causó relativamente igual daño. Condenó cruelmente á morir en el suplicio más atroz á un filósofo llamado Ceranio, que no carecía de mérito; siendo el único crimen de este hombre haber escrito á su esposa una carta que terminaba con estas palabras: Σύ δέ νόει, καί στέφε τήν πύλην (cuida de coronar la puerta); frase proverbial con que se da á entender que va á ocurrir algo importante á alguno. Hizo perecer como maga á una pobre anciana que pretendía poseer el secreto de curar, por medio del canto, la fiebre intermitente, y á la que él mismo había llamado para que cuidase á su hija. Por medio de un registro se había descubierto entre los documentos de un ciudadano notable de la población un horóscopo de Valente. Preguntósele al interesado con qué objeto tenía en su casa la constelación del nacimiento del príncipe; y aunque el desgraciado hizo mil protestas de que era de un hermano suyo que hacía mucho tiempo había perdido, y que se llamaba también Valente, como prometió demostrar, Festo mandó que le desgarrasen los verdugos y le condenó á muerte sin esperar pruebas. A un joven, á quien se vió en un baño llevar alternativamente los dedos de las dos manos á los escalones de piedra y al pecho, recitando las siete vocales griegas, creyendo encontrar en esta práctica remedio para las enfermedades de estómago, se le sujetó á procedimiento y murió de mano del verdugo, después de sufrir el tormento.

Debemos interrumpir aquí la serie de los acontecimientos de Oriente, para atender á los que tenían lugar en la Galia. Entre otras calamidades encontramos aquí á Maximino desempeñando la prefectura del pretorio, con la inmensa autorídad que lleva consigo este cargo; auxiliar terrible de las pasiones de un soberano demasiado dispuesto ya al abuso del poder. Lo poco que diremos de los hechos bastará, á poco que se medite, para

dar la medida de lo que pasaremos en silencio, omitiendo el cuadro completo de los furores del despotismo extraviados por depravados consejos.

La presencia de Maximino hizo que Valentiniano diese vuelo á su ferocidad natural, impaciente ya ante todo freno y rechazando toda regla y contrapeso. Vióse desde entonces á este príncipe abandonarse á su instinto como nave entregada al furor de las olas y de las tempestades. A cada momento el cambio de color, pasos precipitados ó alteración de la voz, denotaban en él alguna emoción violenta. No se conoce bastante el exceso de sus arrebatos, por lo que citaremos algunos ejemplos.

En un día de caza, un criado que tenía sujeto á un perro de Laconia para lanzarlo sobre la pieza al pasar, le soltó demasiado pronto, porque se lanzó sobre él, mordiéndole para escapar. Valentiniano hizo matar á palos al criado y mandó enterrarle inmediatamente. A un operario de la manufactura que le había llevado una coraza primorosamente trabajada y que esperaba generosa retribución, le hizo matar porque la coraza pesaba poco en opinión suya. También envió al suplicio á un sacerdote cristiano, natural de Epiro, por haber ocultado al próconsul Octavio, sobre quien pesaba una acusación. Hizo apedrear á Constanciano, prepósito de los caballos para el ejército, á quien envió á Cerdeña para recibir los destinados al servicio militar, porque había reemplazado algunos por autoridad propia. Acusábase al auriga Atanasio, muy considerado á la sazón, de haber pronunciado frases indiscretas: el Emperador mandó que le quemasen en cuanto se permitiese tales licencias, y poco después se le entregó á este suplicio so pretexto de una imputación de sortilegio, sin tener en cuenta su habilidad, que encantaba al pueblo. Africano, célebre abogado de Roma, pedía su traslado, ha-

biendo terminado su administración en una provincia. Teodosio apoyaba su petición; y el Emperador contestó con este terrible juego de palabras: «Quiere que se le traslade, trasládale la cabeza;» siendo ésta la sentencia de muerte de un hombre distinguido por su elocuencia, que no había cometido otro delito que pedir, como tantos otros, su ascenso. Dos jefes de los Jovianos, Claudio y Salustio, quienes, por su mérito, de simples soldados habían llegado al puesto de tribunos, fueron acusados de haber hablado bien de Procopio cuando éste ambicionaba el Imperio. La condición del delator era bastante vil para despojar de toda autoridad la delación. El tormento, aplicado varias veces, no revelaba cargo alguno contra los acusados: el Emperador mandó decir á los jefes de la caballería, que eran los jueces, que condenasen á Claudio al destierro y á Salustio á la pena capital, prometiendo que éste recibiría el indulto en el momento del suplicio. Pero Salustio fué ejecutado, y solamente después de la muerte de Valentiniano se levantó á Claudio el destierro... Empleábase la tortura con nuevo furor, sucumbiendo en ella muchos desgraciados en los que ni siquiera indicio de culpabilidad pudo descubrirse; y, contra la costumbre, fueron azotados con varas los protectores encargados de representar á los personajes.

Repugna al ánimo referir tales horrores y hasta temo que se me acuse de calumniar á un príncipe tan apreciable bajo otros conceptos. Sin embargo, no puedo pasar en silencio que alimentaba con carne humana dos osas voraces (1) cuyas jaulas estaban colocadas cerca de su dormitorio. Llamábase la una *Mica aurea* y la otra

(1) Si esta montruosa idea pertenece á Valentiniano y no le fué sugerida, al menos no tuvo el mérito de la invención; porque Lactancio atribuye al césar Galerio igual refinamiento de crueldad.

Inocencia; que había dado á cada una de ellas guardas especiales encargados de mantener su feroz instinto. A Inocencia cuando hubo desgarrado y sepultado en su vientre bastantes cuerpos humanos, le fué devuelta en recompensa la libertad de los bosques...

Estos ejemplos demuestran claramente que Valentiniano era sanguinario por inclinación y por principio; pero la crítica más adversa no podría poner en duda su talento. Necesario es reconocer que habría hecho menos quizá por la seguridad del Estado ganando muchas batallas que con aquella muralla armada que opuso á las empresas de los bárbaros... El enemigo no podía moverse sin que le descubrieran desde alguno de los fuertes, siendo rechazado en el acto.

La preocupación más constante de Valentiniano en medio de los cuidados del gobierno, era, imitando lo que hizo Juliano con Vadomario, apoderarse por fuerza ó por astucia de la persona del rey Macriano. El poder de este rey alemán había aumentado por nuestras prolongadas vacilaciones, encontrándose ya bastante fuerte para presentarse francamente como enemigo. Valentiniano comenzó por tomar á tiempo sus disposiciones, adquiriendo por medio de desertores los datos necesarios para el éxito de una sorpresa. En seguida, con todas las precauciones posibles para mantener secreto su proyecto y evitar todo fracaso, echó un puente de barcas sobre el Rhin. Severo, que mandaba la infantería, avanzó hasta las aguas de Mattias, donde se detuvo, asustado de su aislamiento y ante la posibilidad de verse envuelto con tan pocas tropas. Encontrábanse allí mercaderes de los que trafican en botín y esclavos con los ejércitos, y para que no revelasen la marcha, mandó matarles, apoderándose de sus despojos. La llegada del resto de las fuerzas tranquilizó á la vanguardia. Acamparon apresuradamente como pudieron, para

pasar la noche. no teniendo ninguno ni una sola bestia de carga; prescindiendo todos de tienda, exceptuando el Emperador, para quien improvisaron un techo formado con tapetes. En cuanto amaneció, continuaron la marcha, saliendo Teodosio con la caballería para explorar el camino... (*laguna*). Los contratiempos partieron de los soldados, quienes, á pesar de la prohibición del Emperador, no dejaron de saquear é incendiar. Alarmados los guardias de Macriano por los clamores y ruido de las llamas, sospecharon el proyectado ataque, hicieron subir á su rey en un carro muy rápido y desaparecieron con él en las escabrosidades de la montaña, perdiendo de esta manera Valentiniano el honor que esperaba conseguir de aquella empresa; y esto no por culpa suya ó de sus generales, sino por efecto de la indisciplina, que muchas veces comprometió el triunfo de los ejércitos romanos. Para vengarse, taló el territorio enemigo en cincuenta millas de extensión, y volvió á Tréveris profundamente disgustado. Allí, estremeciéndose como el león á quien acaba de escapar el ciervo ó el cabritillo de que creía apoderarse, aprovechó el espanto bajo cuyas influencia se habían dispersado las fuerzas bárbaras para reemplazar á Macriano por Fraomario como rey de los Bucinobantos, tribu alemana vecina de Mogontiaco. Más adelante, habiendo devastado las posesiones de este príncipe una incursión, le envió á Bretaña con el empleo de tribuno y le puso al frente de un cuerpo de compatriotas suyos, que se distingían en nuestre ejército por su bravura. También confirió mandos á otros dos jefes de esta nación, Bitherido y Hortario. Pero más adelante sorprendió Florencio, duque de Germanía, una correspondencia de Hortario con Macriano y otros jefes alemanes, y el tormento hizo confesar la traición al culpable, que fué condenado á las llamas.

... (*Laguna.*) La mezcla de los hechos contemporáneos produciría aquí inevitable confusión, por lo que me propongo continuar seguidamente el relato.

Nabal, el más poderoso de los reyezuelos de Mauritania, acababa de morir, dejando muchos hijos tanto de su esposa como de sus concubinas. Zama, uno de estos últimos, que gozaba del favor del conde Romano, fué muerto á traición por su hermano Firmo, lo que dió lugar á ruptura y guerra, á consecuencia de intrigas del conde para vengar el asesinato de su protegido. Parece ser que en la corte del Emperador se trabajaba mucho para hacer llegar al príncipe, apoyadas en comentarios en el mismo sentido, las envenenadas comunicaciones que Romano le dirigía contra Firmo, mientras que se cuidaba mucho de que ignorase todo lo que alegaba éste para su justificación. «El Emperador tiene otros cuidados más graves», decía Remigio, maestre de oficios, pariente y auxiliar de Romano: «es necesario elegir mejor momento para llamar su atención sobre documentos tan insignificantes.»

Descubrió al fin el moro las intrigas que impedían se tomase en consideración su defensa; y temiendo que, á pesar de sus buenas razones, se le tratase como rebelde, decidió provocar espontáneamente la insurrección. Habíanse suscitado un enemigo irreconciliable, que era necesario abatir antes que pudiese extender sus medios de perjudicar, para lo cual enviaron inmediatamente al Africa, con débil destacamento de la casa militar, al jefe de la caballería Teodosio, á quien sus eminentes cualidades hacían acreedor á esta preferencia. Su carácter era parecido al de Domicio Corbulón y de Lusio, que tanta fama alcanzaron por sus hazañas militares bajo los reinados de Nerón y de Trajano. Teodosio partió de Arles bajo favorables auspicios, pasó el mar con la flota cuyo mando había tomado, y desembarcó en Igilgita-

na, en la Mauritania Sitifense, antes de que se tuviese noticia de su partida. La casualidad le hizo encontrar al conde Romano, con quien conversó afectuosamente, indicando á la ligera las reconvenciones que esperaba este último, y hasta le encargó la organización de un servicio de postas y de guardias avanzadas en la Mauritania Cesariense. Pero en cuanto marchó Romano, dió orden Teodosio á Gildón, hermano de Firmo y á Máximo para que prendiesen á su vicario Vicente, cómplice notorio de sus despojos y crímenes. Obstáculos de navegación habían retrasado la llegada de parte del ejército expedicionario; pero en cuanto se reunió, marchó Teodosio á Sitifis, donde intimó á los protectores que responderían de la persona de Romano y de sus criados. Graves preocupaciones le agitaron durante su permanencia en aquella ciudad, meditando acerca del medio de hacer maniobrar en aquel suelo abrasador á soldados acostumbrados á las regiones boreales; y cómo alcanzaría á un enemigo tan rápido, cuya única táctica es sorprender, sin aceptar nunca batalla campal.

Vago rumor había llegado á Firmo, antes que el anuncio seguro de la llegada de Teodosio. Asustado por la extraordinaria fama de aquel adversario, se apresuró á escribirle y á solicitar, por la mediación de emisarios, el olvido de lo pasado. Reconocía como culpable su resolución, pero no había sido espontánea, habiéndole impulsado á la rebelión la injusticia, como prometía probar. Teodosio aceptó la defensa; ofreció tratar con Firmo en cuanto éste diese rehenes, y marchó en seguida á la estación de Pancharia, donde había citado á las legiones de Africa para revistarlas. Algunas palabras pronunciadas con noble y modesta firmeza bastaron para reavivar su valor. En seguida volvió Teodosio á Sitifis, donde reunió con el cuerpo expedicionario todas las fuerzas militares del país; é impa-

ciente ya por los aplazamientos de Firmo, se puso en campaña, adoptando, entre otras acertadas medidas, una que le conciliaba ilimitado afecto. Había suprimido el suministro de víveres á sus tropas por parte de la provincia, declarando, con generosa confianza, que sus soldados no contaban para mantenerse más que con las cosechas y almacenes del enemigo: y, con profunda satisfacción de los propietarios del suelo, cumplió su palabra.

Teodosio partió en seguida para Tubusumpto, ciudad al pie del monte Ferrato, donde se negó á recibir otra diputación de Firmo, que se presentaba sin los rehenes convenidos. Habiéndose hecho dar cuenta allí, con la premura que exigía el tiempo, de la disposición del país, marchó rápidamente contra las tribus de los Tendenses y Massissenses, que estaban ligeramente armadas y mandadas por Maciszel y Dius, hermanos de Firmo. En cuanto se tuvo á la vista estos enemigos tan difíciles de alcanzar, cambiáronse nubes de saetas y en seguida trabóse furiosa pelea. En medio de los gritos de dolor que brotan de un campo de batalla, dominaban los alaridos de los bárbaros heridos ó hechos prisioneros. La devastación é incendio de la comarca fueron las consecuencias de nuestra victoria; quedando destruída totalmente la granja de Petra, á la que su propietario Salmaces, hermano de Firmo, había dado casí las proporciones de una ciudad. Animado el vencedor con esta primera victoria, apoderóse con maravillosa rapidez de la ciudad de Lamfoctense, en el centro mismo de los pueblos que acababan de ser derrotados, acumulándose allí en seguida considerables provisiones; porque el jefe romano quería, antes de penetrar en el interior, disponer de almacenes á su alcance para el caso en que no encontrase ante él más que un país devastado. Durante estas operaciones, Maciszel que había conseguído le-

vantar fuerzas en las tribus vecinas, cayó de nuevo sobre nosotros y fué rechazado con grandes pérdidas, debiendo él mismo la vida á la ligereza de su caballo.

Tan sobrecogido como debilitado Firmo por este doble descalabro, recurrió otra vez á las negociaciones como última esperanza, viniendo de su parte obispos á implorar la paz y ofrecer rehenes; prometiendo en recompensa del buen recibimiento que tuvieron, cuantos víveres se necesitasen y llevando favorable respuesta. Algo más tranquilo entonces el príncipe moro, presentóse personalmente para hablar con el general, enviando antes regalos, y montando además un caballo que podía sacarlo de apuros en caso necesario. Impresionado al acercarse por la vista de nuestros estandartes, y especialmente por el marcial aspecto de Teodosio, arrojóse del caballo, y, prosternándose casi hasta el suelo, confesó sus delitos con lágrimas en los ojos é imploró perdón y paz. Teodosio, á quien sólo movía el interés del Imperio, le levantó, le abrazó, le inspiró de esta manera confianza y obtuvo víveres. Firmo entregó como rehenes algunos parientes suyos y se retiró confiado, prometiendo devolver todos los prisioneros que habían caído en sus manos en los primeros momentos de la sublevación. Dos días después, conforme estaba convenido, entregó á la primera intimación la ciudad de Icosium, de cuyos fundadores hablamos antes, y restituyó al mismo tiempo las enseñas, la corona sacerdotal y todo el botín que había recogido.

Después de larga marcha entró Teodosio en la ciudad de Tiposa, donde dió esta altiva respuesta á los enviados de Mazices, que habiéndose coligado con Firmo, pedía suplicando perdón: «En breve iré á pediros razón de vuestra pérfida conducta», despidiéndoles temblando bajo la impresión de aquella amenaza. Desde allí marchó á Cesarea, noble y opulenta ciudad en

otro tiempo, cuyo origen hemos referido también en nuestra descripción de Africa, casí reducida á cenizas á la sazón, y que solamente presentaba escombros cubiertos ya de musgo. Allí estableció las legiones primera y segunda, con orden de limpiar de ruinas la ciudad y protegerla contra cualquier insulto de los bárbaros.

Al tener noticia de estos triunfos, los principales funcionarios provinciales y el tribuno Vincencio abandonaron apresuradamente las guaridas donde se habían refugiado y marcharon á Cesarea á reunirse con el general, que les recibió afectuosamente. Antes de alejarse de esta ciudad, adquirió Teodosio el convencimiento de la hiprocresia de Firmo, quien, bajo capa de sumisión y humildad, ocultaba el proyecto de caer sobre el ejército como el rayo, en el momento en que estuviese menos preparado para esta agresión. Al enterarse de esto, abandonó Teodosio Cesarea y marchó á situarse en el pueblo de Sugabaris, situado á mitad de la vertiente del monte Transcelense. Allí había arqueros de la cuarta cohorte que habían peleado en las filas del rebelde. El general demostró indulgencia, limitándose á degradarles y enviarles á Tingaria, á donde relegó también parte de la infantería constanciana con sus tribunos, uno de los cuales había colocado su collar á modo de diadema en la frente de Firmo.

Entretanto llegaron Gildon y Máximo, llevando consigo á Bellenes, uno de los principales mazicos, y al prefecto Fericio, que habían hecho causa común con el autor de las turbulencias *(laguna)*... Cumplióse la orden, y al levantarse Teodosio al amanecer, vió á los culpables guardados en medio de las filas. Dirigiéndose entonces al ejército, dijo: «Compañeros: ¿qué debe hacerse con los traidores que estáis viendo?» Y accediendo en seguida al grito general, que pedía su muerte, entregó, según la costumbre antigua, los desertores cons-

tancianos á la espada de los soldados. A los jefes de los arqueros les cortaron las manos, y los demás fueron condenados á muerte. Igual severidad había ejercido en otro tiempo Curión con los habitantes de Dardania, habiendo creído aquel enérgico jefe que éste era el medio de concluir con el espíritu de sublevación que renacía en ellos como la cabeza de la hidra de Lerna. Los detractores de Teodosio han aprovechado este acto de rigor para censurarle acerbamente, aunque aprueban el de la antigüedad. «Los dardanios, dicen, eran nuestros mortales enemigos; contra ellos fué legítima toda energía; pero soldados que habían peleado bajo nuestras enseñas, no debieron haber sufrido aquel tratamiento por su primera falta.» Contestaré á esto lo que ellos saben quizá tan bien como yo, que no se trataba tanto de castigar esta cohorte como de hacer un escarmiento. También mandó matar Teodosio á Bellenes y Fericio; teniendo igual suerte Curandio, tribuno de los arqueros, por haberse negado á combatir, apartando á sus soldados de la pelea. En aquel momento recordaba el general la frase de Cicerón: «Prefiero saludable rigor á vana ostentación de clemencia.»

Al abandonar Teodosio á Sugabaris, marchó á derribar con el ariete el fuerte de Galonata, que, por sus robustas murallas, formaba la principal guarida de los moros. Arrasó aquellas murallas y pasó á cuchillo á cuantos encontró detras de ellas. Desde allí marchó á Tigitanum, por el monte Ancorario, y cayó sobre los mazicos, reunidos en aquel punto. Nos recibieroná flechazos; pero aunque son belicosos y enérgicos, tuvieron que ceder á la superioridad de nuestra disciplina y de nuestras armas. Pronto quedó el campo sembrado de cadáveres; los demás volvieron la espalda, siendo destrozados en la fuga. Sin embargo, algunos consiguieron escapar, y más adelante obtuvieron el

perdón que la buena política exigía se les concediese. Su jefe Sugen... *(laguna)* había sucedido á Romano. Teodosio le envió á poner guarniciones en las ciudades de la Mauritania Stifense, con objeto de asegurar la provincia contra la eventualidad de una invasión. En seguida, con la confianza que le inspiraban sus anteriores triunfos, marchó contra los musones, tribu de bandidos y asesinos, á quienes el convencimiento de sus crímenes había llevado al partido de Firmo, en el momento en que parecía ofrecerle el porvenir probabilidad segura de engrandecimiento.

A corta distancia de la ciudad de Addensa enteraron á Teodosio de que se formaba contra él terrible coalición de pueblos diferentes en costumbres y lenguaje; tempestad que le suscitaban las instigaciones y brillantes promesas de Cyria, hermana de Firmo. Disponía esta princesa de inmensos tesoros, y mostraba toda la obstinación de su sexo en sus esfuerzos por sostener á su hermano. Teodosio reflexionó entonces sobre la extraordinaria desigualdad de sus fuerzas, puesto que solamente tenía tres mil quinientos hombres, y oponerlos á tan inmensa multitud era arriesgar su pérdida y la de los soldados. Deseando ardientemente pelear y avergonzándose de ceder, realizó lentamente un movimiento hacia atrás, que muy pronto cambió en franca retirada la impetuosidad de la muchedumbre que tenía delante. Alentados por esta ventaja, los bárbaros le persiguieron con furor... *(laguna)*. Al fin se vió obligado á aceptar el combate, y él y los suyos estaban á punto de sucumbir, cuando de pronto la densa nube de enemigos que le envolvía se abrió al acercarse un cuerpo de auxiliares mazicos precedidos por algunos soldados romanos, dejando pasar á nuestras encerradas fuerzas. De esta manera pudo llegar Teodosio sin pérdidas al poblado de Mazucana, donde hizo otro ejemplar con algunos desertores,

quemando á unos y cortando las manos á otros, como á los arqueros. Al mes de Febrero siguiente encontrábase bajo las murallas de Tipata. Por mucho tiempo ocupó aquella posición, poniendo por obra una táctica que recuerda la de Fabio el Contemporizador (1); eludiendo constantemente todo empeño grave con un enemigo terrible por su encarnizamiento y destreza en las armas arrojadizas, y esperando el momento de atacarle con ventaja. Entretanto recorrían en su nombre hábiles emisarios el país de los bajuras, cantaurianos, avastomates, cafaves, davares y otras tribus inmediatas, empleando, para conseguir su auxilio, en tanto dinero, en tanto amenazas y también promesas de perdón, por excesos cometidos anteriormente... *(laguna)*, procedimiento útilmente empleado por Pompeyo contra Mitrídates.

Firmo vió entonces inminente su pérdida; y, no confiando ya en la protección de sus numerosas fortalezas, abandonó á los mercenarios, que había reunido á fuerza de dinero, para buscar refugio, á favor de la noche, en las inaccesibles gargantas de los montes Caprarienses. Su desaparición produjo la dispersión de los suyos y la toma de su campamento por los nuestros, que lo saquearon. Cuantos opusieron resistencia fueron degollados ó hechos prisioneros y talado el país en considerable extensión. El prudente vencedor, á medida que atravesaba el territorio de una tribu, cuidaba de dejar á la espalda la autoridad en manos seguras. Aquella obstinada persecución, que estaba muy lejos de haber pre-

(1) El dictador Fabio Máximo fué el primer general romano que sostuvo la campaña bajo el pie de igualdad con Annibal, y hasta consiguió algunas ventajas sobre él. Sin presentar ni aceptar batallas campales, supo contener al conquistador de Italia y restablecer la fortuna de las armas romanas después de los desastres del Tesino, del Trebia y el Trasimeno.

visto, colmó los terrores del rebelde, que huyó de nuevo con escaso acompañamiento, sacrificando á su seguridad sus preciosos bagajes. Extenuada su esposa por el cansancio de aquella vida errante... *(laguna)*, Teodosio no perdonó á ninguno de los que cayeron en sus manos. Encontrándose reanimados sus soldados por el pago del estipendio y por mejor alimentación, derrotó con facilidad á los caprarienses y á sus vecinos los abannos, llegando rápidamente á la ciudad de... *(laguna)*. Allí supo por seguro aviso que el enemigo se había situado en alturas rodeadas de precipicios, posición á que no podía llegarse sin mucho conocimiento del terreno. Vióse, pues, obligado á retroceder, y los bárbaros aprovecharon aquel breve descanso para sacar considerables refuerzos de los pueblos etiópicos limítrofes. En seguida se lanzaron ciegamente sobre los nuestros, imponiendo por un momento á Teodosio el aspecto de aquellas formidables masas, con las que al principio peleó en retirada. Pero no tardó en recobrar la ofensiva, y después de haber asegurado la subsistencia de sus tropas, las llevó de nuevo al combate, blandiendo las armas con terribles ademanes. Ya se lanzaban con furor algunos manípulos, desafiando el formidable ruido de la marcha de las masas enemigas y golpeando con las rodillas los escudos para responderle; pero su jefe era demasiado circunspecto para aceptar el combate en condiciones tan desiguales. Limitóse, pues, á inclinarse á un lado en buen orden, y, por medio de una maniobra atrevida, ocupó la ciudad llamada Contense, que Firmo, por su posición apartada y difícil acceso, había elegido para depósito de prisioneros. Teodosio devolvió la libertad á todos los cautivos y castigó, con su acostumbrado rigor, á los traidores y partidarios de Firmo.

Los dioses continuaban favoreciendo los planes de

Teodosio. Enterado por seguras comunicaciones de que Firmo se había refugiado entre los isaflenses, penetró en su territorio, y ante su negativa de entregarle su adversario, su hermano Mazuca y los demás de su familia, declaró la guerra á la tribu. Libróse sangriento combate, demostrando los bárbaros tal furia, que para resistirles tuvo que apelar Teodosio al orden de batalla circular, quedando al fin derrotados los isaflenses y sufriendo considerables pérdidas. Firmo, que se había presentado en los puntos de mayor peligro, debió su salvación á la velocidad de su caballo, educado para correr entre peñascos y precipicios. Mazuca, mortalmente herido, cayó prisionero. Querían enviarlo á Cesarea, donde había dejado sangrientos recuerdos; pero consiguió darse la muerte, desgarrando la herida con sus propias manos; enviaron sin embargo su cabeza á los habitantes de aquella ciudad, que la recibieron con alborozo. Con justas severidades hizo pagar el vencedor á la nación su obstinada resistencia; pereciendo en la hoguera Evasio, rico ciudadano, su hijo Floro y algunos otros, convictos de haber favorecido ocultamente al agitador.

Penetrando desde allí en el interior del país, Teodosio atacó resueltamente á la tribu jubalena, cuna, según se dice, del rey Nabal, padre de Firmo. Pero encontró en su camino una barrera de altas montañas, en las que se penetraba por tortuosos desfiladeros; y aunque había arrollado al enemigo, matándole mucha gente, temiendo aventurarse en una región tan favorable á las sorpresas, se retiró sin pérdidas á la fortificación de Audiense, donde se le sometió la feroz tribu de los jesalenses, ofreciéndole socorros en hombres y víveres.

Con justificada confianza por sus anteriores éxitos, quiso al fin Teodosio intentar el último esfuerzo para apoderarse de la persona misma del autor de la guerra.

Durante larga estación que hizo en el fuerte Mediano, esperando con ansiedad el resultado de diversos planes cencertados para hacerse entregar á Firmo, supo de pronto que el enemigo había vuelto entre los isaflenses. Entonces, sin dejarse dominar por los primeros temores, marchó rápidamente contra ellos. Un rey, llamado Igmacen, poderoso y considerado en aquellas comarcas, se presentó audazmente ante el general, y con acento amenazador le dijo: «¿De dónde vienes? ¿Qué vas á hacer en este país?» Teodosio le contestó tranquilamente: «Soy uno de los condes de Valentiniano, soberano del universo. Me envía aquí para libertarle de un bandido; y tú me lo vas á entregar en seguida, porque así lo manda mi invencible Emperador, ó perecerás con todo tu pueblo.» Al escuchar estas palabras Igmacen prorrumpió en injurias y se retiró profundamente irritado. Al amanecer el día siguiente, los dos ejércitos, provocándose recíprocamente, se pusieron en movimiento para venir á las manos. Los bárbaros presentaban en línea cerca de veinte mil hombres, teniendo en reserva fuerzas escondidas, con el propósito de envolver las nuestras. Los romanos solamente podían oponerles un puñado de hombres, pero convencidos de su fuerza y confiados por sus recientes victorias. Estrecharon las filas, unieron los escudos formando tortuga y presentaron un frente inquebrantable. Durante el combate, que se prolongó desde el amanecer hasta la entrada de la noche, no se dejó de ver á Firmo sobre un caballo muy alto, agitando su gran manto de púrpura, al mismo tiempo que gritaba á nuestros soldados que le entregasen sin demora al tirano Teodosio, inventor de suplicios, y que se libertasen al fin de tantos males como les hacía sufrir. Estas palabras influyeron de distinta manera en el ánimo de los nuestros; animándose unos más y más á pelear, pero

otros retrocedieron: así fué que, en cuanto obscureció, Teodosio aprovechó las sombras para retirarse hacia el fuerte Duodiense. Allí revistó sus fuerzas, é hizo perecer en diferentes suplicios á los soldados que se habían dejado llevar de las palabras de Firmo, cortando á unos las manos y quemando vivos á otros. Pasó en pie toda la noche, rechazando los ataques que intentaron los bárbaros en la obscuridad en cuanto se ocultó la luna, matando muchos y haciendo prisioneros á los más audaces. Desde allí marchó rápidamente, por el lado que menos lo esperaban, contra los pérfidos jesalenses; taló y arruinó su territorio, y en seguida regresó á Sitifis por la Mauritania Cesariense, donde hizo quemar, después de romperles los huesos en el tormento, á Castor y Martiniano, cómplices de los atentados de Romano.

En seguida renovó la guerra con los isaflenses, quienes fueron muy maltratados en el primer empeño, perdiendo considerable número. Su rey Igmacen, victorioso hasta entonces, se conmovió mucho ante el desastre; y mirando en derredor, se vió aislado y perdido si persistía en su actitud hostil. En el acto tomó su partido; huyó furtivamente de su campamento y acudió á presentarse como suplicante delante de Teodosio, á quien rogó le enviase al jefe mazico Masila para tratar con él. Teodosio consintió en ello; comenzaron las negociaciones, y Masila le hizo saber, de parte de Igmacen, que solamente había un medio para conseguir el resultado que se quería de él; el de impulsar vigorosamente las hostilidades y reducir por el temor á su nación, que estaba muy inclinada á favorecer al rebelde, pero que se encontraba bastante debilitada por sus anteriores descalabros. El consejo era á propósito para el carácter de Teodosio, que no desistía fácilmente de sus resoluciones, para que dejase de aprovecharlo: descargando

tales golpes y tan repetidos á los isaflenses, que la nación entera llegó á huir ante él como un rebaño. En este desorden habría encontrado Firmo medio de escapar y tal vez de hallar retiro desconocido en medio de las montañas, si Igmacen no le hubiese hecho prender cuando iba á huir. Entonces Firmo, á quien Masila había hecho saber que Igmacen se entendía con Teodosio, comprendió que no le quedaba otro recurso que la muerte. Y una noche en que la ansiedad no le permitía dormir, después de haberse embriagado de intento, aprovechó el momento en que sus guardias estaban profundamente dormidos, se escapó sin ruido de su lecho, y ayudándose con pies y manos, la casualidad le hizo encontrar á tientas una cuerda, de la que se sirvió para ahorcarse de un clavo que había en la pared, muriendo de esta manera sin grandes sufrimientos.

Esta muerte contrarió mucho á Igmacen, que quería llevar vivo á Firmo al campamento romano. Sin embargo, mandó cargar el cadáver en un camello, y provisto de un salvoconducto por mediación de Masila, se dirigió personalmente hacia las tiendas romanas, cerca del fuerte de Subicara. Allí colocaron el cadáver sobre un caballo y lo presentaron á Teodosio, que recibió el homenaje con profundo regocijo. Llamóse á los soldados y al pueblo para que declarasen si reconocían las facciones de Firmo, y todos contestaron afirmativamente. Después de este acontecimiento, Teodosio permaneció poco tiempo en Subicara, regresando á Sitifis como en triunfo, siendo recibido con aclamaciones por los diferentes órdenes de la población.

Mientras continuaba Teodosio su laboriosa campaña por las arenas de Mauritania y el Africa, ocurrió inesperada sublevación de los quados, nación que, atendida su actual debilidad, apenas puede comprenderse cuán grande fué en otro tiempo su ánimo belicoso y su poder,

como lo atestiguan el atrevimiento y rapidez de sus triunfos y su audaz asedio de Aquilea con los marcomanos; como lo atestigua también el saqueo de Opitergio, y la sangrienta invasión que rompió la barrera de los Alpes Julianos, y que apenas pudo contener el genio de Marco Aurelio. Ahora tenía legítima causa su levantamiento. En cuanto se encontró en el trono Valentiniano, dominado por la grande idea, pero que llevó hasta la exageración, de dar al Imperio una frontera fortificada, extendió la línea de sus trabajos más allá del Danubio, mandando se levantasen fortificaciones hasta sobre el territorio quado, como si perteneciese á los romanos. Herido quedó el sentimiento nacional de este pueblo, pero sin manifestarse más que por murmullos contenidos ó por medio de legaciones. Maximino, que solamente pensaba en hacer daño, y cuya arrogancia había aumentado con los honores de la prefectura, censuró de blandura y desobediencia á Equicio, que mandaba entonces en Iliria, porque no estaban terminados todavía los trabajos. Era necesario no pensar más que en el bien del Estado, decía, y dar al joven Marceliano el título y autoridad de duque de Valeria, para que el plan del Emperador quedase realizado inmediatamente. Este doble deseo fué satisfecho: recibió su hijo el nombramiento, marchó al paraje designado, y este digno heredero de la insolencia paternal, sin emplear ni la más leve dulzura de lenguaje con aquellos á quienes se despojaba con tan exorbitante é insólita pretensión, hizo reanudar inmediatamente los trabajos, suspendidos un momento para dar tiempo á que las reclamaciones llegasen al Emperador. Ultimamente Gabino, rey de los quados, vino en persona á rogar á Marceliano con las palabras más humildes, que no llevase las cosas más lejos. Fingió éste entonces ablandarse, é invitó al rey y á su comitiva á un festín, y despreciando los derechos

más sagrados, hizo asesinar á su confiado huesped, en el momento que se retiraba después de la comida.

Inmediatamente se extendió entre los quados la noticia de aquella infame celada, exasperándoles tanto como á las naciones vecinas. Común dolor reunió á aquellos pueblos, y sus devastadoras bandas, cruzando en seguida el Danubio, cayeron de improviso sobre la población agrícola de la otra orilla, ocupada entonces en la recolección; mataron á muchos habitantes y se llevaron á los demás con muchos ganados de todas clases. Poco faltó para que hubiese que deplorar una desgracia irreparable y una grande afrenta para el honor romano. La hija del emperador Constancio, desposada con Graciano y á la que llevaban á su esposo, estuvo á punto de que la arrebatasen en la posada pública de Pistrense, donde estaba comiendo. Pero por favor de la Providencia, Messala, corrector de la provincia, que estaba presente, la hizo montar en su carro, y recorrió con ella á toda brida la distancia de veintiséis millas que les separaba de Sirmio. Este feliz encuentro salvó á la joven princesa de un cautiverio que se habría convertido en calamidad pública, en el caso de que los bárbaros no hubieran aceptado rescate.

Los sármatas y los quados, rematados bandidos y ladrones, extendieron más y más sus estragos, arrebatando en tanto hombres, mujeres y ganados, en tanto incendiando las mieses, degollando sin piedad á los habitantes sorprendidos y gozando con salvaje alegría en las ruinas y estragos que causaban. Propagándose el terror, llegó á Sirmio, donde residía entonces Probo en calidad de prefecto del pretorio, hombre que no estaba acostumbrado á emociones de este género; representándose el peligro con los colores más sombríos, sin atreverse á levantar los ojos en su turbación, y sin saber qué partido tomar, ocurriósele procurarse buenos

relevos de posta y huir á favor de la noche; pero reflexionándolo mejor, no hizo nada, porque le hicieron comprender que imitándole, huiría toda la población de Sirmio y que la ciudad, privada de defensores, caería en poder del enemigo. Reponiéndose poco á poco del terror, Probo empleó toda la actividad de su espíritu en atender á las exigencias de la situación; mandó limpiar los fosos obstruídos por los escombros, reparar lienzos enteros de las murallas, que habían dejado arruinarse durante la paz, y hasta los elevó á la altura de las torres. Su afición le llevaba á las obras, y una cantidad destinada á la construcción de un teatro le proporcionó, en aquellas circunstancias, recurso suficiente para impulsar con rapidez los trabajos y terminarlos. Ultimamente completó estas disposiciones con una medida muy útil, mandando venir de un cantón inmediato una cohorte de arqueros para defender la ciudad en caso necesario.

Esto era bastante para quitar á los bárbaros hasta la idea de intentar el asedio. Ignorando este género de táctica, y embarazados con el botín, prefirieron ponerse en persecución de Equicio, que, según los desertores, había huído al interior de la Valeria. Dirigieron, pues, su marcha hacia aquel lado, estremecidos de furor é impacientes por arrancar la vida á un hombre á quien creían autor de la traición de que había sido víctima su rey. Enviaron contra ellos dos legiones, la Pannoniana y la Mesiaca, tropas excelentes, que indudablemente les habrían derrotado si hubiesen obrado de acuerdo; pero durante la marcha una discusión sobre precedencia y mando sembró la discordia entre ellas y maniobraron sin concertarse. Observáronlo los sármatas, y sin esperar siquiera la señal de sus jefes, cayeron bruscamente sobre la legión Mesiaca, matándole considerable número de soldados, que ni siquiera tuvieron tiempo para

armarse; enardecidos con el éxito, cayeron sobre la Pannoniana, que cedió ante el choque, habiendo sido segura su destrucción si parte de sus soldados no hubiesen buscado salvación en la fuga.

Mientras se nos presentaba tan contraria la fortuna en este punto, Teodosio el joven, duque de Mesia, que tanto se distinguió después sobre el trono, libraba por otro lado una serie de combates afortunados con los sármatas libres, designados así para distinguirlos de sus esclavos rebeldes, y los rechazaba de nuestras fronteras. Tan duros golpes descargó sobre ellos, que el mayor número de aquellos bárbaros sirvió de pasto á las aves de rapiña y á las fieras. Abatidos y desanimados los supervivientes, temieron que el activo general atravesase sus fronteras ó exterminase las fuerzas que les quedaban, sorprendiéndolas en las inmensas selvas que tenían que atravesar. Todos sus esfuerzos para abrirse paso habían fracasado, y por tanto renunciaron á pelear, implorando la paz y el olvido de lo pasado. Concedióseles una tregua y la presencia de un temible cuerpo de galos, enviados para reforzar el ejército de Iliria, contribuyó sin duda á hacérsela respetar.

En medio de estas turbulencias, siendo Claudio prefecto de Roma, el Tiber, que desemboca en el mar Tirreno después de recibir las aguas de multitud de afluentes naturales ó artificiales, extraordinariamente aumentado de pronto por las lluvias, se salió de madre é inundó casi toda la ciudad, que divide en dos partes. El suelo en todos los puntos llanos y deprimidos desapareció bajo las aguas, destacándose solamente de la inundación las colinas y parte elevada de los barrios, ofreciendo algún refugio. Interrumpidas las comunicaciones, multitud de personas habrían muerto de hambre, de no haber organizado un servicio de barcas para llevarles provisiones. Al fin calmó la crecida, las aguas

se abrieron paso por todas partes hacia el mar y renació la confianza. La administración de Claudio fué muy tranquila, no dejando á la malevolencia pretexto legítimo para promover disturbios, distinguiéndose por numerosas restauraciones de edificios, entre los que debe citarse el gran pórtico contiguo á los baños de Agripa, llamado de la Buena Ventura (1), por su proximidad al templo de este nombre.

(1) El dios *Bonus eventus* tenía por especiales devotos á los labradores.

LIBRO XXX

—

SUMARIO

Valente invita á Para, rey de Armenia, á que acuda á Tarso, donde le retiene en horroroso cautiverio.—Para escapa con trescientos caballeros que había llevado consigo, burla á sus perseguidores y regresa á sus estados. El duque Trajano le hace asesinar en un festín.—Negociaciones entabladas por medio de delegados entre Valente y Sapor, acerca de la posesión de la Armenia.—Valentiniano tala algunos territorios alemanes. Conferencia con el rey Macriano, conviniéndose la paz.—Modesto, prefecto del pretorio, hace desistir á Valente de la idea de asistir personalmente á los tribunales. Tribunales y jurisconsultos; sátira de los abogados de la época.—Valentiniano marcha á Iliria para reprimir la invasión de los quados y de los sármatas. Atraviesa el Danubio y entra á sangre y fuego por territorio de los bárbaros, sin respetar edad ni sexo.—Muere de una apoplegía, provocada por sus arrebatos de furor, al oir á los legados sármatas querer justificar en su presencia á sus compatriotas.—Su genealogía y actos en el reinado.—Su carácter; inclinación á la avidez, al odio y al miedo.—Su hijo Valentiniano II es aclamado Augusto en el campamento de Bregeción.

Mientras agitaban la Europa las turbulencias suscitadas por la perfidia de Marcelino y el indigno asesinato del rey de los quados, en Oriente se consumaba una traición del mismo género, en la persona de Para, rey de Armenia. Acerca de este repugnante asunto, tengo los siguientes detalles. Los hechos de este príncipe joven eran constantemente tergiversados ante Valente por aquellos hombres que explotaban las desgracias públicas, entre los que citaré en primer lugar al duque

Terencio, que con sus ojos bajos, tímidos ademanes y expresión triste de su rostro, fué durante toda su vida uno de los más atrevidos fautores de turbulencias y discordias. Terencio negociaba con algunos armenios á quienes sus delitos habían puesto en el caso de tener que temerlo todo de su gobierno. Escribía incesantemente cartas á la corte del Emperador, insistiendo siempre en el asunto de Cylax y Artabanno, y presentando al joven príncipe como capaz de toda clase de arrebatos y á su gobierno como la tiranía misma; logrando que se invitase á Para que acudiese á Tarso, en Cilicia, so pretexto de tratar asuntos urgentes. Afectando allí tratarle como rey, se le retuvo guardado de vista, sin que pudiese penetrar hasta el Emperador, ni obtener de las silenciosas bocas de los que le rodeaban explicación alguna acerca de los motivos que hacían necesaria su presencia. Al fin se enteró por conducto secreto, que Terencio decía en sus cartas al Emperador que en interés de nuestras relaciones con la Armenia, convenía darle otro rey; que la aversión que inspiraba Para y el temor de su regreso iban á lanzar al país en brazos de los Persas, que ardían en deseos de apoderarse de él por miedo ó por fuerza.

Comprendió entonces Para el peligro que corría; vió que le habían engañado y que no podía encontrar seguridad más que en rápida fuga. Aconsejándose, pues, con sus amigos, eligió entre los suyos los trescientos jinetes mejor montados, y decidido á obrar con audacia, partió resueltamente con aquel grupo, aunque ya declinaba el día. Advertido en seguida el gobernador de la provincia por el aparitor que custodiaba la puerta, corrió tras él, le alcanzó en los arrabales, y le instó ardientemente para que retrocediese; pero fueron vanas sus instancias, y hasta tuvo que retirarse para seguridad suya. Entonces enviaron una legión detrás de

él, y viéndola en el momento en que iba á alcanzarle, la hizo frente con sus mejores jinetes y le envió una nube de flechas lanzadas al aire, que bastó, sin embargo, para ponerla en derrota, regresando rápidamente los soldados y el tribuno. No tenía que temer ya persecución alguna; pero después de dos días de extraordinaria fatiga, habiendo llegado á la orilla del Eufrates, estuvo á punto de quedar detenido allí, porque casi ninguno sabía nadar, mostrándose el jefe más consternado que ningún otro. Al fin, á fuerza de pensar, se les ocurrió uno de esos medios que la necesidad sugiere. Apoderáronse en las casas inmediatas de cierto número de lechos, colocando dos odres bajo cada uno de ellos: como el terreno es de viñas, abundaba este recurso. Los nobles armenios y hasta el mismo rey se arriesgaron cada uno sobre un lecho de aquéllos, llevando de las riendas los caballos y cortando oblicuamente las aguas. De esta manera llegaron á la otra orilla, pero no sin correr graves peligros. Los demás pasaron á caballo y á nado, luchando contra la corriente y á veces cubriéndoles el agua; pero todos llegaron al opuesto lado mojados, extenuados, si bien después de corto descanso continuaron rápidamente su camino.

Mucho contrarió al Emperador la fuga de Para, cuya defección consideraba segura; por lo que se apresuró á poner en campaña al conde Daniel y á Barcimeres, tribuno de los escutarios, con mil arqueros armados á la ligera, con orden terminante de traerle al fugitivo. Aquellos dos jefes conocían perfectamente el país, y mientras que Para perdía las ventajas de su celeridad, por los circuitos que le hacía describir su ignorancia del terreno, consiguieron, atravesando un desfiladero, adelantársele y cortarle el camino: en seguida, combinando sus fuerzas, ocuparon dos senderos separados por tres millas de distancia, por uno de los cuales ha-

bía de pasar el rey, y quedaron preparados para apoderarse de él. La casualidad solamente burló su plan: un viajero que regresaba á nuestro territorio, viendo los dos caminos cortados por aquella doble emboscada, tomó, para evitar las tropas, un sendero intermedio, muy cubierto de vegetación y vino á dar en medio de los armenios, que estaban descansado. Llevado ante el rey, le enteró secretamente de lo que había visto, quedando detenido á su lado sin causarle daño alguno. Sin dejar traslucir nada de la confidencia que había recibido, envió en seguida Para un jinete por el camino de la derecha, con orden de preparar alojamientos y subsistencias; y en cuanto lo vió alejarse, envió otro por la izquierda, ignorando éste el encargo que llevaba su compañero. Tomada esta precaución, no vaciló en penetrar con los suyos, guiado por el viajero, en el sendero por donde había venido éste, sendero por el que apenas podía pasar un caballo cargado, y dejó atrás á sus enemigos, que, habiendo capturado á los dos jinetes enviados delante para burlarles, creían no tener más que extender la mano para apoderarse de la presa; y mientras permanecían esperando, Para llegó sano y salvo á sus Estados, donde le recibieron con regocijo, y olvidando las ofensas, continuó observando fielmente nuestra alianza.

Objeto de ludibrio fueron Daniel y Barzimeres á su regreso, burlándose todos de su torpeza y negligencia. Al pronto quedaron aturdidos; pero, lo mismo que la serpiente, guardaron el veneno para lanzarlo sobre seguro contra el que les había burlado. Para atenuar su falta y aminorar la superior destreza que les había hecho caer en ella, hacían oir al crédulo príncipe las suposiciones más absurdas acerca de Para, pretendiendo que poseía los secretos mágicos de Circe para realizar metamorfosis y privar de sus facultades á quien qui-

siera; habiendo podido, para escapar, fascinarles la vista y tomar forma inanimada: añadiendo que si se le dejaba vivir, suscitaría graves apuros al gobierno de que se había burlado.

Estas insinuaciones concluyeron por despertar implacable odio en el ánimo del príncipe; proponiendo cada día un plan nuevo para hacer morir clandestinamente ó por la fuerza al rey de Armenia. A la sazón mandaba Trajano las fuerzas romanas en aquel país, y le encargaron secretamente aquella misión, para cuyo cumplimiento empleó toda clase de artificios, haciendo á veces leer al príncipe cartas muy tranquilizadoras acerca de las disposiciones de Valente, yendo otras á sentarse á su mesa. Tomadas, finalmente, todas sus disposiciones, le invitó á comer con extraordinarias demostraciones de respeto. Libre Para de toda sospecha, acudió sin vacilar y ocupó el puesto de honor. El festín era suntuoso; resonaba en la sala marcial música y frecuentes libaciones comenzaban á exaltar los ánimos de los comensales, cuando se ausentó el anfitrión so pretexto de una necesidad. Entonces un bárbaro, de los llamados Supras, entró en la sala, con espada en mano y aspecto feroz, cayendo sobre el joven príncipe antes de que pudiese ganar la puerta, que habían tenido la precaución de cerrar. Para se alzó del lecho y desenvainó el puñal para defender su vida; pero fué derribado de una estocada en el pecho, cayendo como víctima en el altar, atravesado por multitud de heridas. De esta manera, y delante del mismo dios que la protege, en medio de los regocijos de un banquete, fué violada la hospitalidad, que hasta los bárbaros del Euxino respetan. La sangre de un extranjero corrió sobre la mesa de un romano, último manjar que se ofreció á la saciedad de los convidados, á quienes dispersó en el acto el horror del espectáculo. Si el sentimiento subsiste más

allá de esta vida, gemiría la sombra de aquel Fabricio (1) que, á pesar de la desolación que causaban en Iliria las armas de Pirro, rechazó con tanta nobleza la proposición de envenenarle que le hacía Demochares, ó Nicias, según dicen otros, ministro de las comidas del rey, y escribió además á Pirro que desconfiase de los que le rodeaban: ¡tan sagrada era la mesa de un enemigo en aquella época de lealtad y rectitud! Entre nosotros se ha querido cohonestar con el ejemplo de Sertorio la inaudita crueldad realizada con Para: esto consiste en que se puede ser hábil cortesano é ignorar la máxima de aquel Demóstenes, gloria de Grecia: «Nunca han legitimado nada la impunidad ni el ejemplo.»

Estas cosas ocurrieron por la parte de Armenia. Sapor experimentó rudamente el rechazo, por lo mucho que había trabajado con objeto de hacerse un aliado de Para; causándole la noticia impresión tanto más viva, cuanto que llegaba inmediatamente después de un descalabro de sus armas y ante el regocijo por el éxito que mostraba el ejército romano. Temiendo siniestras consecuencias, apresuróse á enviar á Arsaces como legado cerca del Emperador. Proponía este legado, en nombre de su señor, borrar para siempre el nombre de Armenia, constante objeto de discordias entre los dos príncipes: al mismo tiempo pedía al Emperador, si le repugnaba este partido, que consintiera la reunión de la Hiberia en un solo reino, y reconociese á Arpacuras, hechura del rey de Persia, como soberano de todo el país,

(1) Fabricio, apodado *Luscinus* á causa de la conformación de sus ojos, fué cónsul dos veces y censor, triunfó de los samnitas, y por la batalla de Auscichun, aunque indecisa, tuvo el honor de determinar la retirada de Pirro. Vivió y murió tan pobre, que la república tuvo que encargarse de dotar á su hija, á la que solamente había quedado por herencia un nombre que sería para la posteridad el tipo del desinterés y del heroísmo.

que, en este caso, deberían evacuar las fuerzas romanas. El Emperador contestó que jamás consentiría derogación alguna del pacto ajustado, y que defendería su integridad con todas sus fuerzas. Noble y firme lenguaje al que no supo oponer Sapor otra cosa que una carta vacía é hinchada de bravatas, y que no llegó hasta fines de invierno: declarando terminantemente que el único medio de que cesase toda disidencia era apelar á los testigos del tratado ajustado con Joviano, aunque sabía perfectamente que casi todos ellos habían muerto.

Complicábase la negociación: el Emperador, cuya mente no era fecunda en recursos, pero que sabía elegir entre los que le sugerían, creyó conveniente enviar á Persia á Victor, jefe de la caballería, y á Urbicio, duque de Mesopotamia, con una respuesta terminante que decía: que el rey, á pesar de sus protestas de rectitud y desinterés, deseaba visiblemente la Armenia, cuya independencia estaba estipulada. Que si en la primavera las tropas que Valente había prometido á Sauromax encontraban algún obstáculo en el camino, apelaría á la fuerza, por las tergiversaciones de Sapor y sus dilaciones para ejecutar lo convenido. Hasta aquí todo era digno y legítimo; pero los legados cometieron la falta de excederse de sus instrucciones y de tomar anticipadamente posesión en Armenia de algunas partes del territorio que les ofrecieron. A su regreso llegó el Surena, segunda autoridad en Persia después del rey, que venía á proponer al Emperador el mismo territorio que los legados habían aceptado por sí mismos. Recibióse espléndidamente á este enviado, pero le despidieron sin que hubiese conseguido nada, y se prepararon en grande escala para la guerra. El Emperador estaba decidido á entrar en Persia á la primavera con tres ejércitos, y con este objeto negociaba activamente para conseguir el auxilio de los scitas.

Habiendo visto Sapor desvanecerse todas sus esperanzas, se enfureció más que nunca al saber que nos preparábamos á la guerra; y, prescindiendo de toda consideración, mandó al Surena que recobrase, aunque fuese á viva fuerza, los terrenos que se habían permitido ocupar los legados y destruir las fuerzas romanas enviadas á Sauromax. La ejecución de estas órdenes fué inmediata, sin que pudiésemos impedirla ni vengarnos, porque el Emperador tenía entonces encima toda la raza de los godos, que acababan de penetrar en la Thracia. En otro lugar hablaremos de la catástrofe que siguió á todo esto.

En medio de estas agitaciones del Oriente, la justicia divina, cuyo brazo queda algunas veces suspendido por mucho tiempo, pero al cabo hiere á los culpables, dió al fin satisfacción al Africa desolada y á los manes errantes de los legados de Trípoli. Aquel Remigio, cómplice, como dijimos, de las depredaciones del conde Romano, después de reemplazarle León en el cargo de maestre de los oficios, se había retirado de los asuntos públicos y vivía en sus tierras cerca de Mogontiacum, su país natal, entregándose á la agricultura. Impulsado el prefecto Maximino por vago deseo de hacer daño y encontrando ocasión de satisfacerlo impunemente en un hombre cuya posición era tan humilde ahora, le hacía sufrir cuantas vejaciones podía. En su vida había muchos misterios que registrar. Maximino mandó prender y someter al tormento á un tal Cesarión, empleado en otro tiempo en servicio de Remigio, y que había llegado á ser notario. Quiso así Maximino obtener de aquel hombre el secreto de los actos de su antiguo amo y principalmente enterarse de la utilidad que había conseguido de su connivencia con las infamías del conde Romano. Enteróse Remigio de estas investigaciones en su retiro, é impulsado por el temor ó los remordimien-

tos, tomó la desesperada resolución de extrangularse.

Al año siguiente, siendo cónsules Graciano y Equicio, Valentiniano, después de talar algunos territorios alemanes, se ocupaba en construir el fuerte de Robur, cerca de Basilea, cuando recibió la comunicación de Probo dándole cuenta de la desolación de la Iliria. El circunspecto Emperador no se limitó á leer atentamente aquella comunicación, sino que mandó comprobarla sobre el terreno al notario Paterniano, que confirmó la realidad con sus mensajes, Valentiniano iba á marchar al teatro de los desastres, persuadido de que con su presencia solamente acabaría con aquella audaz violación del territorio; pero se presentaba una dificultad: tocábase al fin del otoño, y cuantos se acercaban al príncipe le suplicaban con instancias que aplazase la expedición hasta los primeros días de la primavera, diciendo que hasta esta época se oponían absolutamente á la marcha los caminos, endurecidos por el hielo, la falta de forrajes y cuanto es necesario para la manutención de un ejército. Además, dejarían por vecinos á la Galia los reyes alemanes y especialmente Macriano, con todos sus rencores; y nuestras ciudades no podrían contar ya con la protección de sus murallas. Estos prudentes consejos y las consideraciones que los acompañaban acabaron por hacer impresión en Valentiniano. Siendo muy importante conciliarse á Macriano, y sabiendo que estaba dispuesto á escuchar proposiciones, envióle cariñosa invitación para que aceptase una entrevista cerca de Mogontiacum. El rey bárbaro la aceptó, pero con increíble arrogancia, como árbitro y dispensador de la paz. En el día convenido viósele aparecer en la otra orilla, rodeado de los suyos, que hacían espantoso ruido con los escudos. Por su parte, el Emperador, montando en barcas con considerable escolta militar, se acercó tranquilamente á la orilla, desplegando

todo el aparato de las enseñas romanas. Cuando los bárbaros cesaron en su alboroto y tomaron actitud más tranquila, comenzó la conferencia, que terminó á poco con el recíproco juramento de observar la paz. Aquel rey, hasta entonces tan turbulento y hostil, salió de aquella entrevista aliado nuestro, y hasta el fin de su vida nos dió nobles testimonios de adhesión y lealtad. Más adelante pereció Macriano en el territorio de los francos, que talaba con furor, en una emboscada que le preparó el belicoso rey Melobando. Después de la conclusión del tratado, Valentiniano marchó á invernar en Tréveris.

Estos fueron los acontecimientos de las Galias y del Norte del Imperio. Pero en Oriente, un mal funesto minaba interiormente al Estado, mientras estaba encalmada la guerra en la frontera; mal cuya causa era el egoísmo y profunda corrupción de los que rodeaban á Valente. La corte trabajaba con ardor para impedir á aquel príncipe, naturalmente rígido y que mostraba afición á los debates judiciales, que interviniese personalmente en la administración de justicia. El orgullo de los grandes se alarmaba con aquella tendencia, comprendiendo que había terminado la indefinida licencia de que habían gozado hasta entonces en sus pasiones y desórdenes, si, como en tiempos de Juliano, encontraban protección ante los tribunales la inocencia y el derecho. Según decían, la majestad imperial no podía menos de padecer puesta en contacto con los pequeños intereses particulares. Modesto, prefecto del pretorio, hombre sin instrucción, pero que sabía pasarse sin ella, y completamente entregado al partido de los eunucos, hablaba en este sentido más alto que los demás; llegando al fin á convencerse Valente de que la judicatura no se ha establecido más que para realzar el poder. Desde entonces dejó de examinar los procesos, abriendo de esta mane-

ra la puerta á aquel desbordamiento de rapiñas que diariamente vemos extenderse: porque no hubo obstáculos á la odiosa connivencia de abogados y jueces, que, de acuerdo, se abrían camino á los honores y la fortuna, vendiendo los intereses de los pequeños á la ávida opresión de los grandes del Estado y de los jefes del ejército.

Con razón definió Platón la elocuencia de los oradores forenses: «Simulacro de una parte de la política; cuarta especie de la adulación», y Epicuro la llamó «industria perversa»; calificándola entre las artes perjudiciales. Tisias, y con él Georgias y Leoncio, la llaman obra de seducción; todo lo cual permite deducir que, para los antiguos, era sospechosa. La práctica de los abogados de Oriente la hicieron objeto de aversión para las personas honradas, hasta el punto de establecerse limitación de tiempo para el ejercicio de la palabra. Antes de continuar mi relato, diré brevemente que larga permanencia en aquellas comarcas me puso en condiciones de ver los excesos de esta clase de hombres.

Florecía en la antigüedad el foro, cuando hombres de espontánea elocuencia y poseedores de hermosas doctrinas, con pecho leal y sincero, desplegaban en él las riquezas de la imaginación y de la palabra. Así fué aquel Demóstenes (1), como lo atestiguan los anales de Atenas, que, cuando iba á pronunciar alguna oración, acu-

(1) De Demóstenes podría decirse lo siguiente: Vida privada poco digna, vida política brillante, talento sin igual. Podría dudarse acerca de la preeminencia entre él y el orador romano: pero lo cierto es que el nombre de Demóstenes ha quedado proverbial y personificando por excelencia el arte de la palabra; como el de Cicerón el arte de escribir y el de César el arte militar. La muerte de Demóstenes, menos conocida que sus generosas y brillantes luchas por la patria, no carece tampoco de heroismo. Tomó voluntariamente veneno, por no caer vivo en manos de los enemigos de la libertad de Grecia.

día concurso de oyentes de todas las comarcas de Grecia; tal fué Calistrato, que perorando en la famosa causa de la posesión del territorio de Oropo (1), en Eubea, hizo desertar á Demóstenes de Platón y de la Academia; tales fueron Hipérides, Equino, Andocidas, Dinarco y aquel Antifón de Rhamnusa (2) cuyas oraciones puso á precio el primero de los oradores antiguos. Entre los romanos se citan los nombres también honrosos de Rutilio, Galba, Scauro, modelos de pureza, desinterés y candor antiguos; y más adelante, en el orden de los tiempos, los nombres ilustrados por el consulado, por la censura, por el triunfo, de Antonio, Crasso, Scévola, de los Filipos (3) y otros muchos. Los que llevaban

(1) La ciudad de Oropo, en Eubea, se había entregado á los atenienses. Un golpe de mano intentado por un grupo de desterrados expulsó la guarnición, concluyendo la ciudad por caer en poder de los tebanos, que al principio se declararon por los agresores. Atenas, cuyo poder estaba entonces muy en decadencia, no se atrevió á intentar el camino de las armas para apoderarse de Oropo, y prefirió recurrir jurídicamente ante la asamblea general de la Grecia, defendiéndola el célebre orador Calistrato, que obtuvo completo éxito. Pero los tebanos resistieron obedecer la sentencia, que solamente más adelante se llevó á la práctica por la intervención del ejército de Filipo de Macedonia. Demóstenes era muy joven á la sazón; y si es cierto que la oración de Calistrato determinó su vocación y estudios sobre la elocuencia, no es exacto decir que le apartó de la Academia. en la que, según asegura Cicerón, fué siempre oyente asiduo.

(2) De estos oradores, el tercero y el último vivían en la época de Pericles y de Alcibíades; los otros tres pertenecen á la de Filipo y Alejandro, y, en grado diferente, tomaron parte activa en la famosa lucha en que la libertad de Grecia se agitó en vano bajo la presión de los reyes de Macedonia. Esquines, rival y antagonista de Demóstenes, sucumbió ante este ultimo en el famoso debate relativo á la corona, y murió en el destierro de Samos. Hyperides y Dinarco perecieron como Demóstenes, víctimas de la tiranía de Antipatro y de su hijo.

(3) De estos oradores no queda nada exceptuando los admi-

estos nombres, después de hábiles y afortunadas campañas, de victorias ganadas, de trofeos recogidos, querían servir también á la patria en los no menos gloriosos combates de la tribuna, unir en sus frentes los laureles del foro con los de las batallas, y conquistar con doble título la inmortalidad. Después de éstos apareció Cicerón, el más excelente de todos, cuya triunfante palabra arrancó tantos inocentes á los peligros judiciales. «Se puede legítimamente, decía, negarse á defender á alguno; pero es un crimen defenderlo con negligencia.»

Pero hoy los tribunales de Oriente se encuentran infestados por una especie rapaz y perniciosa, peste de las casas opulentas, que parece dotada del olfato de los perros de Esparta ó de Creta para seguir la pista de un proceso ó descubrir dónde se esconde un litigio.

Entre estas gentes aparecen en primer lugar esos propagadores de rencillas, que se presentan en todos los tribunales, que desgastan con los pies los umbrales de las viudas y los huerfanos, y que del germen más pequeño de disensión entre parientes y amigos, hacen surgir un manojo de odios. La edad, que enfría todas las pasiones, en éstos robustece y fortifica sus instintos. Sin embargo, su vida de rapiñas les deja pobres, porque la consumen en sorprender con argumentos capciosos la buena fe de los jueces, esos órganos de la justicia de que toman su nombre. Su franqueza es falta de pudor; su constancia, obstinación, y su talento vana y hueca facundia. Cicerón reprobó con estas palabras las celadas que tienden á la religión de los jueces, diciendo: «En una república, no hay nada que exija tanto respeto como la pureza de los sufragios, de los juicios; y no comprendo que se considere delito la corrupción par-

rables recuerdos que les dedicó Cicerón en sus *Diálogos sobre la elocuencia.*

ticular, mientras que, por el contrario, se entienda como mérito la que se ejerce por medio del arte oratorio. En mi opinión, la seducción por la oratoria es más criminal que la que se realiza por regalos. Ante el hombre prudente fracasarán siempre los dones; la elocuencia puede triunfar.»

Forman la segunda especie los profesores de esa ciencia ahogada hace mucho tiempo en un caos de leyes discordantes; gentes cuya boca parece encadenada, que en tanto se muestran silenciosos como su sombra, en tanto con gravedad estudiada en las respuestas, pronunciándolas con la entonación de un horóscopo ó de un oráculo de la Sibila. A éstos todo se les paga, hasta los bostezos. Jurisconsultos profundos, á cada momento citan á Trebacio, Cascelio, Alfreno, y hasta invocarán las leyes de los Auruncos y Sicanianos, enterradas con la madre de Evandro. Que se les presente uno fingiendo que ha asesinado á su propia madre; en seguida se comprometerán á encontrar veinte textos diferentes para absolverlo; por su puesto, si saben que el parricida tiene el bolsillo repleto.

A la tercera clase pertenecen los abogados que, para exhibirse en esta profesión turbulenta, han dedicado sus venales labios al ultraje de la verdad; frentes de bronce, desvergonzados ladradores, que se abren paso por todas partes y aprovechan las preocupaciones de los jueces para embrollar los asuntos, eternizar los procesos, turbar la paz de las familias y transformar los tribunales, santuarios del derecho cuando no se encuentra falseada su institución, y obscuras trampas cuando se depravan, antros de despojo, de los que solamente se sale después de muchos años, chupados hasta la medula.

En la cuarta y última clase está esa especie ignorante, insolente, desvergonzada, salida demasiado pronto

de la escuela, que ocupa las calles comentando las farsas de los charlatanes en vez de estudiar las causas, cansando las puertas de los ricos y siempre al acecho de las buenas cocinas. Si uno de éstos consigue algún dinero, la utilidad le despierta el gusto, y el primero que cae bajo su mano, á poco que le escuche, se ve abrumado con un proceso. Si por casualidad, cosa que no es muy común, se encarga una causa á uno de éstos, en el tribunal y en el momento mismo del debate se cuida de conocer el nombre de su cliente, y en qué funda su derecho: y entonces comienzan los indigestos circunloquios y nauseabundo flujo de palabras, pronunciadas con el lacrimoso tono de Thersites. Los abogados de esta especie, á falta de pruebas, se lanzan á personalidades; y más de una vez, la desenfrenada licencia de sus ataques contra los nombres más honrosos, les ha expuesto á suspensiones y castigos personales. Los hay tan poco instruídos, que jamás leyeron un libro, y que son capaces de tomar, en una reunión de personas doctas, el nombre de un autor antiguo por el de un pescado ó plato exótico. Si llega un extranjero que solamente conoce de nombre al orador Marciano, no hay uno que no responda, yo soy Marciano. Ningún escrúpulo les detiene: consagrados á la ganancia, esclavos de la utilidad, no saben más que presentar la mano, sin pudor ni descanso. Quien cae en sus redes, queda envuelto de la cabeza á los pies. En primer lugar, para ganar tiempo vienen las enfermedades convencionales; después os presentan siete medios diferentes, pagándolos todos, para llegar á la aplicación impertinente de un texto de una ley vulgar; expedientes que sólo sirven para prolongar el asunto. Y cuando el empobrecido litigante ha visto pasar días, meses y años esperando, preséntase al fin la olvidada y antigua instancia. Llegan entonces estos corifeos de los tribunales,

escoltados por simulacros de colegas: aparecen delante de los jueces; ahora se trata seriamente de salvar una fortuna ó una vida; de libertar á la inocencia ó al buen derecho de la espada ó la ruina. Comiénzase por arrugar la frente y tomar actitudes teatrales: solamente falta el flautista de Gracco (1), colocado en segundo término; y todo esto solamente para recogerse. Después de este obligado preludio, el más seguro de sí mismo toma la palabra y pronuncia un exordio suave que promete un rival á los célebres defensores de Cluencio y Ctesifonte; pero después de haber excitado en los oyentes palpitante espectativa, el orador concluye diciendo que no han bastado tres años á los defensores para estudiar bien la causa, por lo que se necesita nuevo é igualmente largo aplazamiento. Y después de esta lucha de Anteo (2), todos pugnan por solicitar el precio de tan ímprobo trabajo.

A pesar de todo esto, no faltan dificultades al abogado que quiere ejercer honradamente su profesión. En primer lugar, el reparto de utilidades entre ellos es fuente de violentas discordias. La intemperancia de lenguaje que se desencadena especialmente cuando carecen de razones, les suscita muchas enemistades. Muchas veces tienen que habérselas con jueces que han

(1) Aulo Gelio refuta contra Cicerón y Valerio Máximo la tradición que hablaba de un flautista oculto detrás de C. Gracco cuando pronunciaba discursos en público, para moderar con su instrumento las entonaciones de la voz. El flautista, que se colocaba en las inmediaciones de la tribuna, se limitaba á advertir al orador, por medio de un acorde grave y lento, que moderase los tonos de la voz, que algunas veces exageraba.

(2) Según la fábula, Hércules, combatiendo con el gigante Anteo, hijo de la Tierra, vió, después de haberle derribado muchas veces, que su antagonista recobraba las fuerzas cada vez que tocaba á su madre. Entonces se esforzó para levantarle en el aire entre sus brazos y ahogarle de esta manera.

adquirido más títulos en la escuela de Filistión ó de Esepo, que en la de Catón ó de Arístides; que han comprado caro su cargo y quieren indemnizarse sobre las fortunas particulares, que discuten como ávidos acreedores. En fin, y no es esta la contrariedad más pequeña de la profesión, los litigantes, por punto general, tienen la manía de creer que dependen de los abogados las vicisitudes de su pleito; y los hacen responsables del resultado, sin tener en cuenta la debilidad de su propio derecho, ni el error ó iniquidad de los jueces. Pero volvamos á nuestro asunto.

(Año 375 de J. C.)

Valentiniano salió de Tréveris en los primeros días de la primavera, marchando rápidamente por el camino más conocido. Tocaba ya la frontera enemiga, cuando vino á arrojarse á sus pies una legación de los sármatas, suplicándole con las palabras más humildes, que perdonase á sus compatriotas, que ni de hecho, ni de intención, habían tomado parte en la revuelta. A sus reiteradas instancias, después de reflexionar el Emperador, se limitó á contestar que decidiría sobre el terreno y con pleno conocimiento de causa acerca de la satisfacción que habrían de darle. En seguida marchó á Carnunta, ciudad de Iliria, hoy miserable y desierta, pero que, por su proximidad al territorio bárbaro, ofrecía excelente base para tomar la ofensiva, si así lo quería, ó para aprovechar las circunstancias que se le presentasen.

Todos estaban atemorizados por la conocida severidad del Emperador, esperando exigiese terrible cuenta á las autoridades cuya traición ó incuria había dejado indefensa á la Pannonia; pero no lo hizo así; habiéndo-

se dulcificado hasta el punto de no hacer investigación alguna sobre el asesinato del rey Gabinio, ni tampoco en cuanto á la participación activa ó pasiva de ningún individuo en los males que el Estado acababa de experimentar. En realidad, Valentiniano no era duro habitualmente más que con los simples soldados, teniendo rara vez para los grandes una palabra severa. Exceptuaba, sin embargo, á Probo, á quien nunca pudo soportar, y con el cual empleó siempre acento amenazador y acerbo. En esta aversión no había misterio ni capricho. Probo, recientemente ascendido al puesto de prefecto del pretorio, quería ante todo conservarlo, y ojalá no hubiese empleado para ello más que medios legítimos; pero, faltando á las tradiciones de su familia, prefirió los caminos de la bajeza á los del honor. Convencido de que trataba con un príncipe ávido y sin escrúpulos, en vez de procurar, como buen consejero, volverle al camino de la equidad, él mismo tomó mal sendero. De aquí aquel régimen opresor, aquellas invenciones de fiscalización, destructoras de los caudales grandes y pequeños, sobre los que se cebaba continuamente la antigua y larga práctica de las exacciones. Por la multiplicidad de abrumadores impuestos, vióse á los hombres más esclarecidos obligados á emigrar, para libertarse de las extremidades con que les amenazaban inflexibles exigencias, ó marchar á las prisiones para ocuparlas indefinidamente. Alguno hubo á quien la desesperación llevó hasta á apelar á la cuerda para librarse de la existencia. La voz pública condenaba incesantemente aquella administración tan disoluta y tan dura; pero Valentiniano no oía aquellos rumores. Necesitaba dinero, cualquiera que fuese su origen, y recibía dinero: su pensamiento no avanzaba más. Supo demasiado tarde lo que costaba á la Pannonia por que sus sufrimientos hubiesen encontrado gracia en él. Al fin abrió

los ojos en la siguiente ocasión: La provincia de Epiro, obligada, como las demás, á exponer por diputación ante el Emperador la gratitud del país, dió este encargo al filósofo Iphicles, hombre de carácter firmísimo, que lo recibió á disgusto. Presentado al Emperador, que le reconoció y preguntó qué quería, contestó en lengua griega; y como el príncipe insistió en enterarse si sus compatriotas daban de corazón aquel buen testimonio de su prefecto, el verídico filósofo contestó que lo daban gimiendo y obligados. Estas palabras iluminaron á Valentiniano; y para sondar directamente á su interlocutor acerca de la conducta de Probo, le preguntó en su idioma sobre esta y la otra persona notables por su nobleza, talento ó eminentes funciones. Éste se había ahorcado, aquél estaba desterrado al otro lado de los mares, el otro se había clavado la espada en el pecho ó había perecido bajo el plomo del azote. Encolerizóse espantosamente Valentiniano, cólera que, para mayor infamia, cuidó de atizar León, maestre de oficios, porque ambicionaba la prefectura por su propia cuenta, sin duda para caer de más alto. Y es indudable que lo que habría osado, una vez en posesión de aquella autoridad, por comparación, habría hecho elevar á las nubes la administración de Probo.

El Emperador empleó en Carnuta los meses de verano en el armamento y subsistencia de las tropas, esperando ocasión favorable para caer sobre los quados, principales autores de la desolación de aquellas comarcas. En esta ciudad fué donde condenó Probo á morir de mano del verdugo, después de someterlo al tormento, á Faustino, notario del ejército, hijo de la hermana del prefecto del pretorio Juvencio. Su delito era haber dado muerte á un borrico para emplear su cuerpo en una operación mágica, según decía la acusación; y según el acusado, para obtener un remedio contra la caída

del cabello. También le acusaban de que habiéndole pedido en chanza un tal Nigrino que le hiciese notario, le respondió en el mismo tono: «Hazme tú Emperador.» A esta broma se le dió un alcance que costó la vida á los dos y á otros muchos también.

Habiéndose hecho preceder Valentiniano por el cuerpo de infantería que mandaba Merobaudo, á quien ordenó que, de acuerdo con Sebatián, entrase á sangre y fuego por los caseríos de los bárbaros, trasladó rápidamente su campamento á Acincum. Allí construyó un puente de barcas para un caso imprevisto; pero eligió otro punto para pasar al territorio de los quados. Éstos seguían el movimiento del ejército desde lo alto de abruptas montañas, á donde la incertidumbre y el miedo les había hecho refugiarse con sus familias; siendo muy grande su estupor al ver desplegar ante ellos las enseñas imperiales. Por medio de rápida marcha, Valentiniano sorprendió y degolló, sin distinción de edad, parte de la población, incendió sus casas, y regresó á Acincum sin pérdida alguna. Pero el otoño terminaba rápidamente; era necesario pensar en los cuarteles de invierno, y elegirlos teniendo en cuenta el rigor del clima de aquellas comarcas. Solamente Sabaria parecía ofrecer condiciones á propósito; pero arruinada esta plaza por más de un sitio, no era defendible bajo el punto de vista militar. Valentiniano se alejó disgustado, y siguiendo la corriente del río, llegó á Bragitión, donde había un campamento atrincherado y fuertes en buenas condiciones. Durante su larga permanencia en esta ciudad tuvo numerosos pronósticos de su próximo fin. Pocos días antes de su llegada, cometas, de los que ya hemos dado explicación, habían anunciado la catástrofe de alguna elevada fortuna. Anteriormente, cuando se encontraba todavía en Sirmium, un rayo había reducido á cenizas el palacio imperial, la diosa y parte

de los edificios del Foro. Durante su permanencia en Sabaria, un buho que se había parado en el techo de los baños del Emperador lanzó lúgubres gritos, sin que consiguieran espantarle las piedras y flechas que le lanzaron. En el momento en que el príncipe abandonó aquella ciudad para ponerse al frente de la expedición, quiso salir por la misma puerta que había entrado, circunstancia que se consideró como presagio de pronto regreso á las Galias. Pero míentras limpiaban el suelo, que se encontraba obstruído, quedó cerrado nuevamente el paso por la caída de pesada puerta de hierro, que inútilmente trataron de retirar á fuerza de brazos; de manera que, por no perder más tiempo en esfuerzos inútiles, el príncipe tuvo que resignarse á salir por otra puerta. La noche que precedió á su último día, vió en sueños á su esposa, que había dejado á la espalda, sentada, con el cabello en desorden y con traje de luto; lo que se interpretó como anuncio de que iba á abandonarle la fortuna. A la mañana siguiente le vieron salir con semblante más sombrío que de costumbre, y como el caballo que iba á montar hizo movimientos de resistencia, encabritándose á pesar del escudero de servicio, el príncipe dió la bárbara orden de cortar á aquel hombre la mano derecha, con la cual le había dado fuerte sacudida al tiempo de montar; y el infeliz no hubiese escapado á aquella mutilación, si Cerealis, tribuno de las caballerizas, no hubiese tomado sobre sí el aplazamiento de la ejecución.

Emisarios de los quados vinieron á implorar humildemente perdón y olvido de lo pasado; ofreciendo, para evitar obstáculos, suministrar soldados y otras condiciones ventajosas para el Imperio. La razón aconsejaba recibir bien á los legados y concederles la tregua que solicitaban, porque la temperatura y el estado de las provisiones no permitían continuar la campaña. Ha-

biéndoles presentado Equício, fueron admitidos ante el consejo, permaneciendo callados durante algunos momentos y en actitud tímida y reconcentrada. Invitados á hablar, comenzaron por la protesta de costumbre, afirmada con juramento, de que se había infringido la paz sin noticia de los jefes de la nación, y que los atentados cometidos en nuestro territorio eran obra de gente malvada ribereña del río; añadiendo como suficiente justificación, que había exacervado aquellos ánimos altivos la injustificable pretensión de construir un fuerte en su territorio. Encolerizado el Emperador comenzaba una réplica vehemente, llena de violentas reconvenciones sobre la ingratitud con que su nación había pagado los beneficios de los romanos; pero de pronto calmó el arrebato, y, como por obra del cielo, quedó sin pulso, sin voz, sofocado y con el rostro encendido. Muy pronto se abrió paso la sangre y frío sudor inundó sus miembros. Sus servidores íntimos se apresuraron á trasladarle, para que no contemplasen el espectáculo aquellos ojos. Acostáronle respirando apenas, pero sin que hubiese perdido el conocimiento, porque designaba individualmente á muchas personas que le rodeaban, cuya asistencia habían pedido sus camareros para evitar toda sospecha de atentado. Era inminente una congestión y urgía una sangría; pero no se pudo encontrar al pronto un médico, estando todos ocupados en combatir una enfermedad pestilente que se había desarrollado entre las tropas. Al fin se presentó uno que abrió diferentes veces la vena, sin poder conseguir ni una gota de sangre, habiéndola agotado la inflamación interna, ó, según otra opinión, el frío había crispado y obstruído ciertos vasos llamados hemorroidarios. Comprendió Valentiniano, por estos síntomas, que había llegado la hora de las últimas disposiciones: pareció que hacía esfuerzos para hablar y dar órdenes, juzgan-

do al menos por los movimientos convulsivos de su pecho, el rechinamiento de dientes y la agitación de los brazos, que movía como en el combate con cesta. Pero venció el mal, cubrióse el cuerpo de manchas lívidas, y, después de larga agonía, expiró, habiendo cumplido cincuenta y cinco años de edad, y á los doce y tres meses de reinado.

Antes de trazar el retrato de este príncipe, conviene, como otras veces hemos hecho, dirigir rápida ojeada sobre la vida de su padre. En seguida presentaremos fielmente los diferentes rasgos de carácter del hijo, compuesto de virtudes y de vicios, desarrollándose estos últimos en él merced al rango supremo, porque el ejercicio del poder pone siempre al descubierto el fondo del alma.

El primer Graciano nació en Cimbalas, en Pannonia, de obscura familia. En su infancia le llamaron *Cordelero,* porque un día en que llevaba una cuerda á vender, cinco soldados hicieron inútiles esfuerzos para arrancársela, á pesar de que todavía no había alcanzado su completo desarrollo. Hubiese sostenido la competencia con Milón de Crotona (1), que sujetaba con cualquiera de las manos una manzana que ninguna fuerza humana podía arrancarle. Graciano se distinguió muy pronto por el vigor corporal y por su destreza en el ejercicio de la lucha militar. Sucesivamente fué protector y tribuno, y después obtuvo el título de conde en el ejército de África. Más adelante dejó la milicia bajo la imputación de sustracción de fondos, no siendo empleado hasta mucho después en Bretaña, provincia cuyo mando militar tuvo con el mismo título, volviendo después

(1) Muy conocido es Milón por sus proezas como atleta. Pero no se sabe tan generalmente que fué asiduo discípulo de Pitágoras y que mandó victoriosamente las tropas de Crotona, su patria.

á su retiro con honrosa licencia. En el retiro en que vivía, alejado del ruido y de los negocios, incurrió en tiempo de Constancio en la confiscación de bienes, por haber dado hospitalidad á Magnencio, que, pasó por sus tierras durante la guerra civil.

En cuanto Valentiniano, doblemente recomendado por sus propios méritos y por los de su padre, quedó revestido con la púrpura imperial en Nicea, se apresuró á asociar á su autoridad á su hermano Valente, carácter mixto, en el que el bien y el mal se encontraban equilibrados, como veremos oportunamente, pero al que estaba unido por cordial afecto, tanto como por los vínculos de la sangre. Aleccionado por los peligros y la adversidad, Valentiniano no se durmió sobre el trono. Inmediatamente después de su advenimiento, visitó las fortalezas y las obras de defensa que guarnecían las orillas de los ríos, y en seguida marchó á las Galias, que sufrían de nuevo las incursiones de los alemanes, cuyo belicoso ardor renovaba la muerte de Juliano, único nombre que les había atemorizado después de Constante. Valentiniano supo hacerse temer igualmente por la extensión que dió á las fuerzas militares del país y por las altas fortalezas y castillos con que guarneció toda la orilla del Rhin; el enemigo no podía ya atravesar el río sin que inmediatamente se señalase por todas partes su presencia.

Examinemos, aunque sin ceñirnos á minuciosa exactitud, los numerosos combates en que se mostró consumado capitán, y las restituciones que hizo al Imperio por su valor personal ó la habilidad de sus generales. En el momento en que acababa de compartir el trono con su hijo Graciano, Vithigabio, joven rey alemán, hijo de Vadomario, adolescente apenas, agitaba su pueblo é impulsaba las demás tribus á la guerra. No pudiendo Valentiniano deshacerse de él á viva fuerza,

le hizo asesinar. En Solicinium, donde estuvo á punto de perecer en una emboscada de los alemanes, destruyó casi por completo su ejército, salvando muy pocos la vida por la fuga en medio de la obscuridad de la noche.

Su destreza brilló entre los sajones, que tan temibles se habían hecho por sus aventureros desembarcos. Estos piratas se habían atrevido á penetrar en el interior de las tierras, enriqueciéndose, sin pelear, con los despojos del país. Valentiniano les destrozó á su regreso, arrancándoles el botín; pero empleando un medio inmoral, aunque útil.

Asolada en todos sentidos por bandas enemigas estaba la Bretaña y reducida á la mayor extremidad. Exterminó hasta el último de aquellos bandidos, y la provincia recobró la libertad, el reposo y el derecho de confiar en su porvenir. No fué menos afortunado contra Valentín, pannonio refugiado, que intentaba reproducir allí los trastornos. Este mal quedó ahogado en germen.

Puso fin á la agitación que desgarraba el África, cuando Firmo, abrumado por la avidez é insultante opresión de nuestros jefes militares, promovió una revuelta, arrastrando á ella toda la inquieta población de los moros.

Sin duda hubiese obtenido también completa venganza de los estragos de la Iliria, si no le hubiese sorprendido la muerte en medio de sus victorias.

Verdad es que la mayor parte de los triunfos que acabo de enumerar se consiguieron mediante la intervención de eméritos capitanes. Pero no es menos exacto que este príncipe, carácter activo y de consumada experiencia militar, fué notable personalmente. La hazaña más honrosa para él, si el resultado hubiese correspondido á sus hábiles combinaciones, hubiese sido la captura de Macrino vivo; y la mortificación de ver fracasar su empresa fué tanto más acerba, cuanto que

supo que aquellos mismos burgundios, que tenía dispuestos para oponerlos á los alemanes, habían dado asilo al fugitivo.

Después de este breve resumen de los actos del príncipe, diremos algo con igual rapidez acerca de su carácter, comenzando por la parte censurable. Entrego confiadamente mi apreciación á la posteridad, cuyos juicios no son sospechosos de parcialidad ni de temor. Valentiniano procuró muchas veces cubrirse con máscara de dulzura, cuando cierta propensión de carácter le llevaba á la violencia, haciéndole olvidar frecuentemente que todo extremo es peligroso para el que gobierna. Nunca supo contener en justos límites el castigo; viéndosele multiplicar él mismo los actos de tormento y mandar que se comenzase de nuevo con tal acusado, que ya lo había soportado casi hasta la muerte. Tanto gozaba castigando, que ni una sola vez indultó de la pena capital, aunque algunas los príncipes más crueles se han dulcificado hasta este punto. La clemencia y humanidad son hermanas de la virtud, según dicen los sabios, y ni en nuestros anales ni en la historia extranjera le faltaban ejemplos que imitar. Solamente citaré dos. El poderoso monarca Artajerjes, llamado Macrochira por la longitud de su brazo, queriendo disminuir en Persia la atrocidad de los suplicios, hacía cortar á los culpables la tiara en vez de la cabeza, y limitar la frecuente amputación de las orejas, por el menor delito, á la de los cordones que sujetaban el gorro. Esta suavidad hizo adorar su gobierno, sin que por esto fuese menos respetable; y los historiadores griegos han llenado sus libros, como á porfía, de los maravillosos rasgos de su bondad. En la guerra con los samnitas, el pretor Prenestino ejecutó con demasiada lentitud las órdenes de Papirio Cursor para reunirse con él, y buscaba manera de justificar su retraso. El

dictador mandó al lictor que preparase el hacha, con lo que cortó la palabra al pretor en medio de su justificación; pero el dictador se limitó á mandar derribar un árbol que había allí cerca. Esta burla, que fué todo el castigo de una falta grave, no aminoró en manera alguna la energía de un guerrero que ganó muchas batallas, y que, según la opinión general, era el único que podía oponerse á Alejandro, en el caso de que el conquistador se hubiese dirigido á Italia. Tal vez no había leído estos ejemplos Valentiniano, ó no sospechaba lo que influye una autoridad dulce en la bienandanza de los súbditos. No conocía otra justicia que el empleo del hierro y el fuego; remedios extremos, y que la antigüedad, en su mansedumbre, solamente empleaba en casos gravísimos; como lo atestigua este hermoso pensamiento de Isócrates, tan fecundo en enseñanzas: «Más perdonable es á un príncipe haberse dejado vencer que ignorar lo que es justo.» Y Cicerón, inspirado sin duda, dijo al defender á Oppio: «Frecuentemente se ha honrado alguno ejerciendo grande autoridad en provecho de otro; pero nadie perdió jamás en consideración por haberse encontrado en la imposibilidad de hacer daño.»

Dominaba el corazón de Valentiniano, y esta pasión aumentó con la edad, desenfrenado deseo de reunir dinero y aumentar su caudal al precio de la sangre de sus súbditos. Cítase para justificarle, el ejemplo de Aureliano, que encontrando agotado el tesoro después del lamentable reinado de Galieno, atacó implacablemente á los grandes caudales. De la misma manera Valentiniano, después de la desastrosa expedición de Persia, careciendo de dinero para llenar los huecos del ejército y atender á sus gastos, recurrió á medidas de exacción sanguinaria, fingiendo ignorar que no siempre está permitido aquello que es posible. No pensaba de esta manera Temístocles, que recorriendo el campo de batalla

después de la gran derrota de los Persas, y viendo en el suelo un brazalete y un collar de oro, dijo á uno de los que le acompañaban, con el desprecio del lucro, que tan propio es de los ánimos levantados: «Recoge eso, tú que no eres Temístocles.» La vida de los generales romanos abunda en rasgos de igual desinterés; pero los omito por no considerarlos actos de virtud, que no se es virtuoso al dejar de apropiarse el bien ajeno. Pero citaré un hecho que demuestra la honradez del pueblo de otro tiempo. En la época en que Mario y Cinna entregaban al saqueo las casas de los ricos proscriptos, la clase baja, ignorante, pero capaz de comprender los sentimientos humanitarios, respetó lo que otros habían ganado con su trabajo; y no se encontró ni un pobre, ni un mendigo que se creyese autorizado para aprovecharse de las calamidades de aquella época, poniendo mano en aquellos despojos.

Devoraba á este príncipe la envidia: y sabiendo que hay pocos vicios que no puedan tomar la apariencia de alguna virtud, decía con frecuencia que la severidad es compañera inseparable de la autoridad legítima. La grandeza se lo cree permitido todo, y necesita que todo se doblegue ante ella y se humille toda elevación. Valentiniano no podía soportar que se vistiese bien, que se supiese mucho, que se poseyese considerable caudal, que se perteneciese á elevada alcurnia, sino que quería que todo mérito se borrase y que no hubiese más superioridad que la suya. Este defecto tuvo también el emperador Adriano.

Mostraba Valentiniano profundo desprecio por la falta de valor, llamándola bajeza y sordidez de alma; diciendo que debía ser relegado al último grado de la escala social el que tenía este defecto. Sin embargo, él mismo se dejaba dominar algunas veces por quiméricos terrores y palidecía ante los fantasmas que creaba su

¡maginación. Remigio, maestre de oficios, conocía muy bien este defecto de su señor; así era que, cuando le veía enojado, no dejaba de deslizar en la conversación algunas palabras acerca de manifiesta agitación de los bárbaros; viendo en seguida dulcificarse el Emperador bajo la influencia del temor y rivalizar en calma y tranquilidad con Antonino Pío. No elegía nunca intencionalmente Valentiniano malos jueces; pero una vez nombrados, aunque fuese detestable su conducta, decía que había encontrado en ellos la personificación de la justicia antigua, de los Licurgos y Cassios, y no cesaba de exhortarles en sus cartas para que obrasen rigurosamente hasta con las faltas más leves: y aquellos sobre quienes recaían las sentencias, no podían esperar en la clemencia del príncipe, que, sin embargo, debía ser para ellos como puerto en medio de agitado mar; porque el fin del poder, según dicen los sabios, es el bienestar y seguridad de los súbditos.

Para ser justos, debemos hablar también de las buenas cualidades que le recomiendan al aprecio é imitación de los buenos príncipes, y que si hubiesen brillado solas, habrían hecho de él un Trajano ó un Marco Aurelio. Trató con mucha consideración á las provincias, aliviando para ellas el peso de los impuestos. Débesele la fortificación de muchas plazas y admirable línea de defensa en las fronteras. Hubiese merecido el título de restaurador de la disciplina militar si, al mismo tiempo que castigaba hasta las menores faltas de los soldados, no hubiese mostrado inexcusable tolerancia con las demasías de los jefes, cerrando los oídos á las quejas en cuanto á ellos. De esto nacieron las turbulencias de Bretaña, el levantamiento de Africa y el desastre de Iliria.

Rígido observador de la pureza de costumbres, fué casto en su vida privada lo mismo que en la pública,

poniendo freno con su ejemplo á la licencia de la corte. La reforma fué tanto más eficaz, cuanto que ni siquiera perdonaba á sus parientes, cuyos excesos en este género eran reprendidos siempre, y hasta incurrían por ellos en su desgracia. Sin embargo, exceptuó á su hermano, aunque al asociarle al poder, obedecía á la necesidad del momento.

Atendía cuidadosamente á la elección de los delegados de su autoridad. Bajo su reinado no se vió á ningún banquero gobernador de provincia, ni se vendió ningún destino en subasta; á no ser en los comienzos, cuando los abusos más escandalosos aprovechan, para deslizarse, las preocupaciones del nuevo poder.

En la guerra unía la prudencia al genio más fecundo en recursos para el ataque ó la defensa; gozando de salud endurecida en todo género de fatigas; de seguro discernimiento acerca de lo que convenía hacer ó evitar y mostrando escrupulosa atención en todos los detalles.

Escribía bien y pintaba y modelaba con bastante destreza. Existen armas de nueva forma dibujadas por él. Tenía excelente memoria, discurría poco, pero su palabra era animada y casi elocuente. Amante de la pulcritud, no era enemigo de los placeres de la mesa, pero exigía cosas escogidas y rechazaba la profusión.

Honor de su gobierno es haber hecho reinar la tolerancia. Supo conservar completo equilibrio entre las diferentes sectas, no inquietar ninguna conciencia, no prescribir fórmula alguna, ni imponer á nadie el dogma á que se inclinaba. Conforme encontró los asuntos religiosos á su advenimiento, así quedaron después de él.

Tenía cuerpo musculoso y robusto; el cabello rubio, fresca la tez, ojos azules y mirada oblicua y dura. Pero su elevada estatura y proporción de toda su persona respondían á la majestad de su rango.

Realizadas las ceremonias fúnebres, fué embalsama-

do el cuerpo y enviado á Constantinopla, donde habían de descansar sus restos junto á los de sus antecesores. La expedición quedó suspendida, y no dejaba de reinar inquietud en cuanto á la disposición de las cohortes galas, cuya fidelidad, rara vez segura para el soberano legítimo, muchas veces venía á ser árbitra en las elecciones. Las circunstancias parecían favorables para algún movimiento, porque ignorando Graciano el grave acontecimiento que había ocurrido, no se movía de Tréveris, habiéndole dicho su padre que esperase allí su regreso. La emoción que experimentaban todos en aquellas críticas circunstancias era la de los pasajeros de la misma nave, comprendiendo que su suerte está unida á la de la embarcación. Los jefes del ejército resolvieron entonces romper el puente que la necesidad había hecho construir para pasar al territorio enemigo, y enviar á Merobaudo de parte de Valentiniano, como si todavía viviese, orden de encaminarse en seguida al campamento. La penetración de Merobaudo le hizo comprender en seguida el verdadero estado de las cosas; ó tal vez le enteró el mensajero: y, como desconfiaba de las fuerzas galas, fingió haber recibido orden de llevarlas hacia el Rhin para observar á los bárbaros, que comenzaban á moverse; y, en conformidad con un aviso secreto, encargó de una misión lejana á Sebastián, varón dulce y moderado sin duda, pero que gozaba en alto grado de la estimación militar, considerándosele como muy peligroso por este motivo.

A la llegada de Merobaudo ocupáronse seriamente de las medidas que debían tomarse, decidiéndose á poco que se elevaría al trono á Valentiniano, hijo del difunto Emperador, y que solamente tenía entonces cuatro años. Encontrábase el niño con su madre Justina en una ciudad llamada Murocinta, á unas cien millas de distancia. Ratificada la elección por unánime

consentimienio, encargóse en el acto á Cerealis, tío del joven Emperador, que le trajese al campamento en una litera; y seis días después de la muerte de su padre fué aclamado Augusto con las ceremonias acostumbradas. Temióse al pronto que esta elección, realizada sin su consentimiento, ofendiese á Graciano; pero el temor se desvaneció prontamente, porque la política de este príncipe, de acuerdo con su natural benevolencia, le hizo cuidar de la protección y educación de su hermano.

LIBRO XXXI

SUMARIO

Presagios de la muerte de Valente y de la invasión del Imperio por los godos.—Regiones habitadas por los hunnos, alanos y otras naciones scyticas del Asia. Sus costumbres.—Los hunnos se incorporan los alanos á viva fuerza ó por tratado, y caen con ellos sobre los godos, á quienes arrojan de su territorio.—Los thervingos, la tribu más importante de la nación expulsada, son trasladados á Thracia, con el consentimiento de Valente y bajo promesa de sumisión y auxilio. Otra tribu, llamada de los gruthingos, pasa también el Danubio por sorpresa.—Los thervingos, maltratados por los oficiales del Emperador, y estrechados por la miseria y el hambre, se sublevan á las órdenes de Alavivo y Friligerno y derrotan un cuerpo de tropas mandado por Lupicino.—Motivo de la sublevación de Sueridos y Colias, jefes de los godos, que, después de haberles recibido los romanos, degüellan á los habitantes de Andrinópolis y se reunen con Fritigerno para devastar la Thracia.—Ventajas conseguidas por Profuturo, Trajano y Ricomeres contra los godos.—Encerrados los godos por los romanos en las gargantas del Hemus, y dejados en seguida, recorren la Thracia, señalando su paso con el pillaje, el asesinato, violaciones é incendios. Barcimeres, tribuno de los escutarios, es asesinado por éstos.—Frigerido, general de Graciano, mata á Farnobio, personaje muy considerado entre los godos y con él á multitud de godos y taifales. Los demás obtienen la vida y la concesión de un territorio en las orillas del Po.—Victoria conseguida por los generales de Graciano sobre los alemanes lencienses, pereciendo Priario, rey de este pueblo. Ríndense los lencienses y suministran tropas. Permítenles regresar á sus hogares.—Sebastián sorprende y destroza cerca de Boroea á los godos, cargados de botín, consiguiendo muy pocos escapar. Graciano acude en socorro de su tío Valente contra los godos.—Valente se decide á librar batalla sin esperar la llegada de Graciano.—Todos los

godos reunidos, los tihervingos mandados por Fritigerio, y los gruthungos á las ordenes de Alatheo y Safrax, se encuentran con los romanos en batalla campal, ponen en fuga á la caballería y hacen extraordinaria matanza en la infantería, entregada á sus propias fuerzas y amontonada en estrecho espacio. Valente perece en esta batalla, sin que se encuentre su cadaver.—Virtudes y vicios de Valente.—Los godos vencedores sitian á Andrinópolis, donde Valente había dejado su tesoro con las insignías del Imperio, y donde se encontraban encerrados el prefecto y los miembros del consejo. Retíranse después de haber fracasado en todas sus tentativas.—Los godos unen á ellos, á fuerza de dinero, las bandas de los hunnos y de los alanos é intent an en vano apoderarse de Constantinopla. Artificio por medio del cual liberta de los godos el general Julio las provincias orientales del otro lado del Tauro.

Entretanto, por fatal cambio de fortuna, la ira conjurada de Belona y de las Furias iba á hacer estallar en Oriente terrible tempestad, claramente anunciada por espantosa serie de casos sobrenaturales y prodigiosos. Hacía mucho tiempo que amenazaba el porvenir por boca de los oráculos y adivinos. Vióse á los perros saltar hacia atrás ante los aullidos de los lobos; nunca lanzaron gritos más lúgubres las aves nocturnas; obscurecido el sol desde la aurora, solamente enviaba débil y blanquecina luz; y por las calles de Antioquía incesantemente se oía repetir la insolente y siniestra exclamación, que había llegado á ser expresión común de la pasión y queja en todas las pendencias y movimientos tumultuosos del pueblo: «¡Valente á la hoguera!» A cada momento, voces imitando las proclamaciones de los pregoneros, invitaban al populacho á llevar leña para prender fuego á las termas de Valente, edificio cuya construcción había vigilado el mismo príncipe; manifestaciones todas que eran evidentes presagios de su cercano fin. Fúnebres terrores turbaban además su reposo nocturno; el ensangrentado espectro del rey de

Armenia, la sombra de las víctimas sacrificadas por Teodoro, se alzaban ante su lecho, repitiendo con voz sepulcral versos cuyo sentido hace estremecer. Encontróse muerta en la calle un águila con el cuello cortado, signo precursor de funerales y de calamidades públicas. En fin, cuando se derribaron las viejas murallas del barrio de Calcedonia (1), para dotar de un baño nuevo á la ciudad de Constantinopla, descubrióse en el centro mismo de la demolición una piedra cuadrada en que se leía en versos griegos esta inscripción, fatalmente significativa.

«Cuando se vea á las náyades traer aquí sus líquidos tesoros, haciendo circular por la ciudad saludable frescura; cuando un muro construído bajo funestos auspicios se eleve en derredor del palacio de las Termas, hordas belicosas, venidas del fondo de lejanos climas, atravesarán armadas el Ister, de majestuosas ondas, y llevarán la desolación á las llanuras de la Mesia y de la Scytia. Llegadas á los campos pannonios, se dirigirá su furor sobre presa más noble; pero Marte y el Destino han señalado allí el término de sus esfuerzos y su tumba.»

Remontemos al origen del mal y mencionemos las diferentes causas de que nació aquella terrible guerra, tan abundante en desolación y lágrimas. Los anales apenas mencionan á los hunnos, y solamente lo hacen como de raza salvaje extendida más allá de la Palus Meotida, en las orillas del mar Glacial, y feroz hasta lo increíble. Desde que nacen los varones, los hunnos les surcan las mejillas con profundas incisiones para destruir todo germen de barba. De esta manera crecen y envejecen imberbes con el repugnante y degradado aspecto de los eunucos. Pero todos tienen cuerpo corto, miembros ro-

(1) Valente había hecho arrasar las murallas de Calcedonia para vengarse de los sarcasmos que le habían dirigido sus habitantes durante la guerra de Procopio.

bustos y cabeza gruesa; dando á su conformación algo de sobrenatural su prodigioso desarrollo en anchura. Antes parecen animales vípedos que seres humanos, ó esas extrañas figuras que el capricho del arte coloca en relieve sobre las cornisas de algún puente. A este repugnante aspecto corresponden costumbres muy parecidas á las de los brutos. Los hunnos no cuecen ni sazonan lo que comen y se alimentan con raíces silvestres ó la carne del primer animal que cogen, que ablandan algo llevándola durante algún tiempo sobre el caballo, entre los muslos. No tienen techo que les cobije. No usan casas ni tumbas, y entre ellos no se encontraría ni siquiera una choza. Viven en medio de bosques y montañas, endurecidos contra el hambre, la sed y el frío. Hasta en viaje no atraviesan el umbral de una habitación sin absoluta necesidad, y nunca se creerían seguros en ella. Fórmanse con lienzo ó con pieles de ratas de los bosques, cosidas á manera de túnica, que les sirve en todo tiempo, y una vez vestida esta prenda, no se la quitan hasta que se les cae á pedazos. Cúbrense con sombreros de ala recogida y guarnecen con piel de cabra sus velludas piernas, cubierta que les entorpece la marcha y les hace poco á propósito para combatir á pie; en cambio se les creería clavados en los caballos, que son feos, pero muy vigorosos. Montados, y algunas veces como los mujeres, atienden los hunnos á todos sus negocios. Día y noche á caballo, así venden y así compran. No echan pie á tierra para beber, ni para comer, ni para dormir, cosa que hacen inclinados sobre el flaco cuello de su cabalgadura, encontrándose con la mayor comodidad. A caballo también deliberan acerca de los intereses comunes.

No reconocen autoridad de rey; pero siguen tumultuosamente al jefe que les lleva al combate. Cuando se les ataca, divídense en bandas, y caen sobre el enemigo

lanzando espantosos gritos. Agrupados ó dispersos, atacan ó huyen con la rapidez del relámpago y, corriendo, siembran la muerte. Así es que su táctica, por su movilidad misma, es impotente contra un parapeto ó campamento fortificado. Pero lo que los hace los guerreros más formidables de la tierra es que, igualmente seguros de sus golpes desde lejos, y pródigos de su vida en el combate cuerpo á cuerpo, saben, además, en el momento en que su adversario, jinete ó peón, sigue con la vista los movimientos de su espada, enredarle con una correa que paraliza todos sus movimientos. Sus flechas llevan, á manera de hierro, un hueso agudo que adaptan con maravillosa destreza. Ninguno de ellos labra la tierra, ni toca un arado. Todos vagan indefinidamente, sin casa ni hogar, sin policía, extraños á toda costumbre sedentaria, pareciendo más bien que huyen con el auxilio de los carros en que están como domiciliados, donde la mujer se ocupa en confeccionar los repugnantes vestidos del marido, le recibe en sus brazos y cría á sus hijos hasta la edad de la pubertad. Ninguno de ellos concebido, nacido y educado en tantos puntos diferentes, puede contestar á la pregunta «¿de dónde eres?» Inconstantes y pérfidos en los convenios, cambian al menor vislumbre de esperanza; en general, todo lo hacen por pasión y no poseen en mayor grado que los brutos el sentimiento de lo honesto y deshonesto. Hasta su lenguaje es capcioso y enigmático. No adoran nada, no creen en nada y solamente tienen amor al dinero. Su carácter es versátil é irascible, hasta el punto que una asociación entre ellos, en el mismo día se rompe sin provocación y se reanuda sin mediador.

A fuerza de matar y saquear de territorio en territorio únicamente por instinto de pillaje, llegó esta gente á las fronteras de los alanos, que son los antiguos masagetas. Y como el momento es oportuno, diremos tam-

bién algo acerca del origen de este pueblo y su posición geográfica... (*laguna*).

Aumentado el Ister por sus afluentes, atraviesa todo el país de los sármatas, que se extiende hasta el Tanáis, límite natural de Europa y Asia. Al otro lado de este río, en medio de las interminables soledades de la Scytia, habitan los alanos, que toman su nombre de sus montañas, y, como los Persas, se han impuesto por las victorias á sus vecinos. Encuéntranse entre éstos los neuros, pueblo del interior, encerrado por altas montañas incesantemente azotadas por el aquilón, y que el frío hace inaccesibles; más lejos los budinos y gelones, que se pintan el cuerpo de azul y se tiñen hasta el cabello, señalando el grado de distinción del individuo por el número y matices más ó menos obscuros de las manchas. En seguida vienen los melandenos y antropófagos, que, según se dice, se alimentan con carne humana; costumbre feroz que aleja á todos los vecinos, estableciendo un desierto en derredor de ellos. Por esta razón aquellas vastas regiones, que se extienden al noreste hasta el país de los seros, solamente son inmensas soledades. Existen también los alanos orientales, vecinos del territorio de las amazonas, cuyas innumerables y populosas tribus penetran, según dicen, hasta la comarca central del Asia, donde corre el Ganges, río que separa en dos las Indias y se pierde en el mar Austral.

Distribuídos en dos continentes, todos estos pueblos, cuyas diferentes denominaciones omito, aunque separados por espacios inmensos en los que se desarrolla su existencia nómada, han concluído por confundirse con el nombre genérico de alanos. No siembran, no tienen agricultura, no se alimentan más que de carne y, sobre todo, de leche, y con el auxilio de carros cubiertos con cortezas, cambian incesantemente de paraje á través de llanuras sin fin. En cuanto llegan á punto á propósito

para los pastos, colocan los carros en círculo y devoran su salvaje comida. En cuanto el pasto queda agotado, vuelven á cargar y ponen en movimiento sus rotatorias ciudades, en donde se unen el varón y la hembra, nacen y se crían los hijos y, en una palabra, realizan estos pueblos todos los actos de la vida. En cualquier punto donde la suerte les lleve, se encuentran en su patria, haciéndo caminar constantemente delante de ellos rebaños de reses mayores y menores, pero cuidando muy especialmente de la raza caballar. En aquellas comarcas se renueva incesantemente la hierba, y los campos están llenos de árboles frutales; por cuya razón estos pueblos nómadas encuentran en todas sus estaciones la subsistencia del hombre y de los animales; dependiendo esta abundancia de la humedad del suelo y de los numerosos arroyos que lo riegan. Los débiles por edad ó sexo se ocupan, fuera y en derredor de los carros, de las cosas que no exigen fuerza corporal. Pero los hombres robustos, avezados desde la infancia á la equitación, consideran deshonroso servirse de los pies. La guerra no tiene accidentes en que no hayan hecho riguroso aprendizaje; por eso son excelentes soldados. Si los Persas son guerreros por naturaleza, lo deben á que originariamente circuló por sus venas la sangre scyta.

Los alanos son generalmente altos y hermosos, teniendo los cabellos casi rubios. Su mirada antes es marcial que feroz, no cediendo á los hunnos en la rapidez del ataque y carácter belicoso; pero están más civilizados en su manera de vestirse y alimentarse. Las riberas del Bósforo cimeriano y de las lagunas meótidas son el ordinario teatro de sus incursiones y cacerías, que algunas veces extienden hasta la Armenia y la Media. El goce que los caracteres pacíficos y tranquilos encuentran en el reposo, lo hacen ellos consistir

en los peligros y la guerra. Para los alanos el honor supremo es perder la vida en el campo de batalla. Morir de vejez ó de accidente es un oprobio para el que no tienen bastantes ultrajes, y matar un hombre es heroísmo nunca bien celebrado. El trofeo más glorioso es la cabellera del enemigo, sirviendo de adorno al caballo del vencedor. Entre ellos la religión no tiene templo ni edificio, ni siquiera un santuario cubierto de paja. Una espada desnuda, clavada en el suelo, es el emblema de Marte, divinidad suprema y altar de su bárbara devoción. Su medio de adivinación es muy singular: reunen un haz de varillas de mimbre, que eligen muy derechas, y, separándolas después en cierto día determinado, encuentran en ellas, con el auxilio de algunas prácticas de magia, manifestación de lo venidero. No conocen la esclavitud, naciendo todos de sangre libre. Hoy mismo eligen por jefes los guerreros reconocidos como más valientes y diestros.

Invadieron, pues, los hunnos los territorios de los alanos, limítrofes de los gruthongos, á quienes la costumbre ha hecho distinguir con el epíteto de tanaitas; mataron y despojaron á considerable número y se adhirieron el resto por medio de alianza. Enardecidos con este aumento de sus fuerzas, cayeron como el rayo sobre las ricas y numerosas comarcas de Ermenrico, príncipe belicoso, y que se había hecho temer de sus vecinos por sus numerosas hazañas. Cogido de improviso Ermenrico, procuró durante algún tiempo hacer frente á aquel huracán, cuyos terrores aumentaba la fama. Pero llegó á desesperarse y se libertó del enojo por medio de voluntaria muerte. Elegido príncipe Vithimiro, resistió por algún tiempo la invasión, apoyado por otros hunnos que había tomado á sueldo. Pero después de experimentar muchas derrotas, se vió al fin deshecho en un combate en que perdió la vida. Alatheo y

Safrax, dos jefes cuya firmeza y experiencia estaban experimentadas, se hicieron cargo de Viderico, hijo pequeño de Vithimiro, y, no pudiendo contrarrestar la fuerza con la fuerza, se retiraron con su pupilo hasta las orillas del Danasto, río cuya corriente es muy extensa y que pasa entre el Histro y el Borystenes. Athanarico, jefe de los thervingos (el mismo á quien Valente había hecho guerra para castigarle por haber enviado socorros á Procopio), herido por inesperada catástrofe, resolvió, sin embargo, resistir si se extendía la invasión. Estableció su campamento en posición favorable, sobre las orillas del Danubio, cerca de un valle que ocupaban los restos de los gruthongos, y envió á Munderico, á quien después encargó la defensa de las fronteras por el lado de la Arabia, para que con otros jefes hiciesen un reconocimiento hasta veinte millas más adelante; esperando que podría, por este medio, ganar tiempo para organizar la defensa. Pero quedó burlado en sus esperanzas; porque los hunnos, esquivando el cuerpo que los observaba, se colocaron entre él y el grueso del ejército, que con su habitual sagacidad comprendieron no estaba lejos; en seguida hicieron alto para descansar, como si ignorasen que tenían delante al enemigo. Pero al salir la luna buscaron un vado en el río, encontraron uno favorable, y, adelantándose á todo rumor acerca de su marcha, caen bruscamente sobre Athanarico, le matan en la primera sorpresa parte de su gente, y le obligan á refugiarse en escarpadas montañas. Tan consternado quedó Athanarico por aquel descalabro que, temiendo algún desastre mayor, mandó construir altas murallas, que reunían las orillas del Gerasio y el Danubio y seguían el territorio de los taifalos, creyendo quedar seguro detrás de aquel parapeto, si podía terminarlo á tiempo. Pero mientras apresuraba la obra con todas sus fuerzas, llegaban rápidamente los hunnos, y

le habrían cogido de improviso, si el peso del botín que llevaban en pos no hubiese coartado su ordinaria velocidad.

Entretanto habíase propagado entre las demás poblaciones godas la noticia de la repentina aparición de una raza de hombres desconocida, extraña, que en tanto caía como una tempestad desde lo alto de las montañas, en tanto parecía brotar de debajo de la tierra, y que destruían cuanto encontraban á su paso. Casi todos los que reconocían la autoridad de Athanarico habían desertado, no encontrando con qué vivir, y buscaban donde establecerse lejos del alcance de aquellos invasores. Después de largas deliberaciones, muchos fugitivos pensaron en la Thracia, que les ofrecía la doble ventaja de la feracidad del suelo é inexpugnable barrera contra los desbordamientos de los pueblos de Norte, en la anchura del Danubio, y todos aceptaron inmediatamente el proyecto.

(AÑO 376 DE J. C.)

Todas aquellas gentes, á las órdenes de Alavivo, se presentaron en la orilla izquierda del Danubio, y desde allí enviaron legados á Valente, pidiendo con humildad les admitiese en la otra orilla, prometiéndole vivir tranquilamente, y en caso necesario servirle de auxiliares. La fama había llevado ya al interior la terrible noticia de que se notaban desusados movimientos en los pueblos del Norte; que todo el terreno que se extiende desde el país de los marcomanos y de los quados hasta las playas del Ponto Euxino, estaba inundado de pueblos bárbaros, que, empujados por otras naciones, desconocidas hasta entonces fuera de sus territorios, cubrían con su vagabunda muchedumbre toda la orilla del Danubio. Al pronto se prestó poca atención á estos rumo-

res, por la razón de que no nos enteramos de estas guerras lejanas hasta que están concluídas ó muy calmadas. Sin embargo, no dejaba de robustecerse el rumor, recibiendo á poco completa confirmación con la llegada de la legación bárbara, que venía á implorar, á nombre de los pueblos expulsados, su admisión en este lado del río. La primera impresión que produjeron, antes fué de satisfacción que de alarma. Los cortesanos desplegaron todas las formas de adulación para ensalzar la gloria del príncipe á quien traía de improviso la fortuna soldados desde los extremos del mundo. El ingreso de aquellos extranjeros en nuestro ejército iba á hacerlo invencible; y, convertido en dinero, el tributo que las provincias debían en soldados aumentaría indefinidamente los recursos del tesoro. Inmediatamente enviaron numerosos agentes encargados de procurar medios de transporte á todos aquellos temibles huéspedes; cuidando mucho de que ninguno de aquellos futuros destructores del Imperio, aunque estuviese atacado de enfermedad mortal, quedase en la otra orilla. En virtud del permiso imperial, los godos, amontonados en barcas, almadías y troncos ahuecados, fueron transportados de noche y de día á este lado del Danubio, para tomar posesión de un territorio en la Thracia. Pero tan grande fué la premura, que algunos cayeron al agua y se ahogaron al querer cruzar á nado aquel peligroso río, cuya ordinaria rapidez aumentaba creciente avenida.

Con todo este trabajo se apresuraba la ruina del mundo romano. Está averiguado que los oficiales encargados de aquella fatal misión intentaron muchas veces hacer el censo de la masa de individuos que pasaban, y que al fin tuvieron que renunciar á ello. Tanto hubiese valido (como dice un eminentísimo poeta) querer contar los granos de arena que levanta el viento en las llanuras de la Libia. ¡Despertad, viejos recuerdos de

los inmensos levantamientos armados de la Persia contra la Grecia; del Helesponto franqueado; del Athos abriendo al mar un paso artificial; de las innumerables turmas pasadas en revista en la llanura de Dorisco! Hechos todos que las edades siguientes consideraron como fábulas; pero cuyo antiguo testimonio hemos confirmado con nuestros propios ojos, que han visto esta inundación de pueblos extraños extenderse por nuestras provincias, cubrir á lo lejos nuestros campos é invadir hasta la cima los montes más elevados.

Los primeros transportados fueron Alavivo y Fritigerno. El Emperador les hizo distribuir víveres durante algún tiempo y les señaló terrenos para el cultivo. Nuestras barreras se habrían abierto ante aquella multitud armada (1). El suelo bárbaro había vomitado, como las lavas del Etna, á sus hijos sobre nuestro territorio. Una circunstancia tan amenazadora exigía al menos que las fuerzas militares del país estuviesen á cargo de un hombre enérgico y experimentado; y, sin embargo, como si alguna divinidad enemiga hubiese dictado la elección, no contaba á su frente más que los nombres peor reputados. En primer lugar estaba Lupicino, conde de Thracia, y Máximo, jefe desdichado, los dos igualmente imprudentes. La innoble avidez de aquellos dos hombres fué el principio de todas las calamidades que vinieron después. Sin mencionar todas las malversaciones que cometieron ó toleraron, tocante á la manutención de aquellos extranjeros, hasta enton-

(1) Valente había mandado terminantemente desarmar á los emigrados antes de pasar el río. Pero la incontinencia y avidez de los oficiales encargados de esta operación hizo eludir mandato tan conveniente. Los godos, cuyo instinto belicoso se sobreponía á los sentimientos de familia, transigieron, casi sin excepción, por conservar las armas, en prostituir ó entregar á la esclavitud á sus esposas é hijos.

ces inofensivos, citaremos un hecho repugnante é inaudito, que seguramente condenarían los mismos culpados si se les hiciese jueces de su propia causa. La escasez que abrumaba á los emigrados sugirió á aquellos malvados una especulación infame. Hicieron recoger cuantos perros pudieron encontrar y los vendían á los pobres hambrientos al precio de un esclavo por pieza.

Por este mismo tiempo, Vitherico, rey de los gruthongos, llegó á las orillas del Ister, con sus tres consejeros Alatheo, Safrax y Farnobio, que le dirigían en todo, solicitando por medio de legados igual autorización de la bondad de Valente. Esta vez el interés del Estado dictó una negativa que puso á los peticionarios en la mayor perplejidad. Temiendo Athanarico igual respuesta, prefirió abstenerse, recordando la altiva obstinación que había mostrado con Valente cuando negociaba con él la paz, pretendiendo haberse obligado bajo juramento á no poner el pie en territorio romano, y obligado por este medio á que el Emperador fuese á ratificar el tratado en medio de las aguas del río. Supuso Athanarico que perseveraría aún el rencor y llevó toda su gente á Cancalando, territorio defendido por un cinturón de frondosos bosques y altas montañas, y del que expulsó á los sármatas que lo ocupaban.

Pero los thervingos, á pesar de que habían obtenido el paso del río, no por eso dejaban de vagar por las orillas, donde les retenía la falta de víveres. Este era el efecto de las maniobras empleadas por los jefes del Emperador para favorecer las abominables transacciones de que hemos hablado. Los emigrantes no fueron engañados y ya amenazaban en voz baja con apelar á las armas contra los pérfidos procedimientos de que eran víctimas. Temiendo Lupicino una sublevación, empleó todas las fuerzas de que disponía para obligarles á internarse.

Esta ocupación de nuestras tropas no escapó á los gruthongos, que no viendo ya barcas armadas cruzar el río para impedirles el paso, aprovecharon la ocasión, lo cruzaron apresuradamente en balsas apenas sujetas y establecieron su campamento en un punto muy alejado del de Fritigerno.

Adivinando este jefe, con su natural penetración, lo que iba á suceder, obedeciendo la orden del Emperador, llevaba la marcha con calculada lentitud, con objeto de procurarse valioso refuerzo, dejando á los recien llegados tiempo para que se le incorporasen. Llegó, pues, muy tarde á Marcianópolis, y allí ocurrió tal escena que produjo completa ruptura. Lupicino había invitado á Fritigerno y Alavivo á un festín; pero un cordón de tropas colocadas en la muralla prohibía, por orden suya, á todo el mundo la entrada en la ciudad; y en vano fué que los bárbaros, protestando de su sumisión y pacíficas intenciones, imploraran la gracia de comprar víveres en ella. Insensiblemente se acaloraron los ánimos por ambas partes y llegaron á las manos. Los emigrados, ofendidos por aquella negativa, ultrajados al verse privados de alimentación, degollaron una guardia y se apoderaron de sus armas. Avisaron secretamente á Lupicino lo que acontecía, cuando, aturdido por los excesos de prolongada orgía, dormitaba al son de los instrumentos. Temiendo los resultados de aquella pelea, mandó matar á la guardia de honor que los dos jefes habían conservado en derredor suyo; ejecución cuya triste noticia se propagó en seguida fuera de las murallas y que llevó al colmo la exasperación de la multitud, que, creyendo prisioneros á sus jefes, amenazaba con tomar terrible venganza. Temiendo Fritigerno, cuyo carácter era activo y decidido, que le detuviesen en rehenes, dijo que el único medio de evitar combate más general era dejarle salir con los suyos; pro-

metiéndose calmar con su presencia entre sus compatriotas aquella irritación que solamente reconocía como causa la sospecha de una celada, y la creencia de que los jefes habían caído en ella. Aceptóse la proposición y dejáronles reunirse con los suyos, que les recibieron con regocijo. Entonces los dos, montando en sus caballos, se alejaron á la carrera, decididos á probar la suerte de las armas. La fama, que divulgó estas escenas emponzoñándolas, infiamó el ardor guerrero de toda la nación de los thervingos. Desplegóse el estandarte de los godos; lanzó el cuerno sus lúgubres sonidos; bandas armadas recorrieron los campos y con la tala de las mieses, el pillaje y el incendio, comenzaron las calamidades que muy pronto iban á desarrollarse en mayor escala.

Lupicino reunió apresuradamente algunas tropas, y sin plan concertado marchó contra el enemigo, esperando encontrarlo á nueve millas de la ciudad. Viendo los bárbaros con quien tenían que habérselas, caen de pronto sobre nuestras fuerzas, chocando con los escudos y atravesando á los hombres con sus lanzas. Tan terrible fué el choque, que todos perecieron, tribunos y soldados. Aquel cuerpo perdió sus enseñas, pero no su general, que no recobró la serenidad más que para huir mientras peleaban, refugiándose á la carrera en la ciudad. Después de esta victoria, los enemigos, cubiertos con las armas romanas, se extendieron por todas partes, no encontrando oposición en ninguna.

Al llegar á este punto de mi narración, partiendo de caminos diversos, debo rogar á los lectores (si tengo alguno), que no exijan ni el detalle preciso de los acontecimientos, ni la cifra exacta de las pérdidas; porque esto sería pedir lo imposible. Necesario es atenerse á noticias aproximadas, exentas solamente de toda alteración voluntaria de la verdad, y revestidas de la since-

ridad, que es el primer deber del historiador. Nunca afligieron á la república tan enormes calamidades, dicen los que no han leído nuestros anales antiguos; error que nace del vivo sentimiento de nuestros males presentes: una ojeada dirigida sobre la historia de los tiempos antiguos, ó del siglo que corre, demostraría suficientemente que han tenido demasiados ejemplos acontecimientos parecidos é igualmente graves. La Italia se ha visto invadida repentinamente por cimbrios y teutones, habitantes de lejanas comarcas; pero después de los infinitos males que causaron á la república, la derrota de sus ejércitos y la casi destrucción de su raza por hábiles generales, les demostró á sus expensas lo que puede el valor aumentado por la disciplina. Bajo el reinado de Marco Aurelio, incoherente mezcla de naciones conjuradas... (*laguna*)... Pero después de corto período de calamidades y sufrimientos, volvieron el orden y la tranquilidad, gracias á la rígida sencillez de costumbres de nuestros mayores, exentos de molicie, lujo de mesa y avidez de lucro; gracias á aquel ardiente amor patrio que reinaba entonces en todas las clases, y hacía que todos considerasen como la suerte más apetecible, una muerte gloriosa peleando por la república.

Hordas de scytas atravesaron en otro tiempo en dos mil naves (1) el Bósforo y la Propóntida. Pero aquella multitud armada, después de propagar la destrucción por aquellos mares y sus orillas, regresó disminuída en más de la mitad de su número. Los dos Decios, padre é hijo, encontraron la muerte peleando con los bárbaros.

(1) Este acontecimiento ocurrió bajo el reinado del Emperador Claudio II, que alcanzó la gloria de rechazar la invasión. Trebelio Polion, en la vida de este Emperador, enumera los pueblos scytas que tomaron parte en ella. Zósimo hace subir á seis mil el número de sus naves.

Todas las ciudades de Pamfilia han sufrido los horrores del asedio; muchas islas han sido taladas y el incendio recorrió la Macedonia entera. Millares de enemigos bloquearon á Tesalónica y Ciryco; Anquialos fué tomada y la misma suerte tuvo Nicópolis, construída por Trajano, en recuerdo de sus victorias contra los dacios. Filipópolis, despues de las alternativas de larga y sangrienta defensa (1), fué destruida, quedando sepultados bajo sus ruinas cien mil hombres, si hemos de creer la historia. El Epiro, la Tesalia, toda la Grecia, en fin, ha experimentado la invasión extranjera. Pero llegando Claudio á ser Emperador después de ilustre general, comenzó, y después de su gloriosa muerte, el terrible Aureliano continuó la liberación de aquellas provincias. Siglos pasaron después sin que se oyese hablar de los bárbaros como no fuese á propósito de sus depredaciones sobre los territorios inmediatos, reprimidas siempre con severidad. Pero continuemos nuestro relato.

Dos personajes importantes entre los godos, y que desde muy antiguo habían sido acogidos con sus gentes, Suérides y Colias, aunque perfectamente enterados de los acontecimientos, observaban completa neutralidad en los cantones que les habían asignado cerca de Andrinópolis, atendiendo principalmente al interés de su propia conservación. De pronto reciben una carta del Emperador mandándoles pasar el Helesponto, y entonces piden, con las formas más templadas, medios de transporte, víveres de campaña y dos días de plazo; pero el primer magistrado de la ciudad, que les odiaba personalmente por los daños que le habían causado en

(1) El saqueo de Filipópolis ocurrió en el reinado del emperador Decio, época de la primera aparición de los bárbaros del Norte. Los otros hechos mencionados en esta enumeración de desastres pertenecen á los reinados, no menos desgraciados, de Valeriano y de su hijo.

sus propiedades, consideró exorbitante su pretensión. Armó al populacho y á los obreros de las fábricas (1), é intimó á los godos que cumpliesen inmediatamente la orden imperial á su costa y riesgo. Aturdidos éstos al pronto por aquella exigencia y por la agresión, tan temeraria como injustificada, de los habitantes, permanecieron algún tiempo inmóviles; pero excitados al fin por las injurias é imprecaciones de la multitud, y por algunas flechas que les lanzaron, se pusieron en franca rebelión, mataron á algunos de los más audaces y persiguieron á flechazos á los demás en su fuga. En seguida despojaron á los muertos, y, provistos con sus armas, marcharon á ponerse á las órdenes de Fritigerno, que, como sabían, no se encontraba lejos; viniendo toda aquella multitud reunida á poner sitio á la ciudad, cuyas puertas encontró cerradas. Esta operación era difícil para los bárbaros, pero se obstinaron en ella durante algún tiempo, lanzándose en tropel á repetidos asaltos, en los que los más valientes perecían inútilmente, quedando sus masas disminuídas por las flechas y las hondas de los sitiados.

Comprendiendo al fin Fritigerno la inutilidad de aquellos esfuerzos y de aquella sangre para reemplazar lo que les faltaba en cuanto al arte de los sitios, hizo prevalecer la idea de renunciar á apoderarse de la plaza, dejando ante sus murallas bastantes fuerzas para bloquearla. Nada tenían que hacer, decía, con murallas; pero los campos les ofrecían, en ausencia de defensores, presa tan rica como fácil, que era necesario apresurarse en coger. El consejo lo adoptaron con tanto mayor apresuramiento, cuanto que sabían que el jefe era muy á propósito para realizarlo bien. Y en seguida se exten-

(1) Había en Andrinópolis una manufactura de armas bajo la dirección inmediata del maestre de oficios.

dieron los godos por toda la Thracia, aunque con precaución y haciendo que sus cautivos y auxiliares voluntarios les indicasen los caseríos más ricos, especialmente los que abundaban en víveres. Aumentaba su natural audacia la presencia de numerosos refuerzos de sus compatriotas que diariamente llegaban, comprados unos anteriormente por los romanos á mercaderes de esclavos, entregados otros después del paso de sus hambrientos padres en cambio de un pan ó de vino corrompido. También se les reunieron muchos contratistas y obreros de las minas, arruinados en su explotación por condiciones demasiado duras. Los godos recibían con agasajo á aquellos desertores, obteniendo de ellos, por su conocimiento del terreno, excelentes servicios en el descubrimiento de los aprovisionamientos ocultos y secretos refugios de la población; y con su auxilio no escapó á las pesquisas más que lo que era inaccesible. Por todas partes entraron á sangre y fuego, sin perdonar sexo ni edad; arrancaban, para degollarlos, á los niños del pecho de sus madres, entregando á éstas á la brutalidad del vencedor. Los hijos eran arrastrados sobre los cadáveres de sus padres; y los ancianos y mujeres nobles marchaban con las manos atadas á la espalda, dejando el suelo natal después de haber visto la destrucción de todo lo que amaban.

(Año 377 de J. C.)

Las aflictivas noticias que llegaban de la Thracia causaron á Valente profunda perplejidad. Encargó á Víctor, jefe de la caballería, que entrase en arreglos como pudiese con los Persas en lo relativo á la Armenia; y él mismo se preparaba á marchar de Antioquía á Constantinopla, haciendo partir delante á Profuturo y Trajano, pretenciosos los dos con sus talentos militares.

Estos capitanes, viendo las condiciones del terreno donde encontraron al enemigo, debieron limitarse á una guerra de escaramuzas, procurando destruirle poco á poco. Pero en vez de recurrir á esta prudente táctica, desplegaron torpemente las legiones sacadas de Armenia, buenas tropas sin duda, pero muy inferiores en número ante aquella multitud embriagada por sus anteriores triunfos, y que cubría con su inmensidad hasta las cimas de las montañas. Sin embargo, nuestros soldados, que no sabían aun lo que puede la ferocidad cuando se la apura hasta el extremo, acosaron resueltamente á los godos bajo las estribaciones del Hemus y se situaron á la entrada de los desfiladeros, con el doble objeto de reducir por hambre al enemigo, que se encontraba encerrado allí sin salida, y dar tiempo para que llegasen las legiones pannonias y transalpinas, que, por orden de Graciano, traía Frigerido en socorro de las provincias invadidas. También enviaba Graciano de la Galia á la Thracia á Ricomeres, conde de los domésticos, al frente de algunas cohortes; habiendo desertado la mayor parte de sus tropas, según se decía, por secreta instigación de Merobaudo. considerando que, desguarnecida de tropas la Galia, no podría guardar el Rhin Pero Frigérido padeció en el camino, ó pretextó, según la maledicencia, un ataque de gota, con objeto de mantenerse alejado de los terribles combates que iban á librarse; de manera que se confió naturalmente el mando de los dos cuerpos á Ricomeres, quien se reunió con Profuturo y Trajano en Salices. Cerca de allí, multitud de bárbaros se habían fortificado detrás de sus carros, puestos en círculo, y se entregaban al descanso, después de haber gozado impunemente del abundante producto de sus depredaciones, en el seno de aquella ciudad improvisada.

Entretanto los jefes romanos, esperando circunstan-

cias más favorables, observaban atentamente la posición del enemigo, dispuestos á aprovechar la primera ocasión que se presentase para un buen combate. Calculaban que los godos, siguiendo sus nómadas costumbres, no tardarían en buscar otro campamento, y que aquel sería el momento de caer sobre su retaguardia, destrozarla y recobrar parte del botín. Pero descubrióse su propósito, ó lo revelaron los desertores que lo conocían, y los godos, no solamente no se movieron, sino que, alarmados ya por el ejército que tenían delante y temiendo que recibiera refuerzos, se apresuraron á ordenar, á su manera, á las partidas que recorrían los campos que se les reuniesen. Como bandadas de pájaros volvieron todos en un momento al *carraje*, nombre que dan al círculo que forman con los carros, reanimando con su presencia el ardor de sus compatriotas. Desde entonces no podía prolongarse la inacción de los dos ejércitos; y en efecto, en aquella multitud, aumentada con los llamados urgentemente y amontonada en estrecho espacio, se manifestó de pronto terrible fermentación, antes excitada que contenida por los jefes, amenazando con próxima explosión. Pero el sol iba á ocultarse muy pronto y la proximidad de la noche obligaba á los godos á permanecer en el campamento; resignándose á disgusto y empleando el tiempo en comer sin dormir. Los romanos por su parte, que no ignoraban lo que ocurría entre los bárbaros, y que les temían tanto á elles y á sus atrevidos jefes como á fieras irritadas, permanecieron en pie toda la noche. La inferioridad del número les mostraba como muy dudoso el desenlace; pero contemplaban con intrepidez las consecuencias, confiando en la justicia de su causa.

En cuanto amaneció dieron la señal las trompetas de ambos lados: y en seguida los bárbaros, después de hacer el juramento acostumbrado, se apresuraron á esca-

lar las alturas, queriendo adquirir irresistible empuje merced á la pendiente. Cuando nuestros soldados vieron esta maniobra, cada cual se reunió á su manípulo, manteniéndose firmes, sin poner un pie ni hacia adelante ni hacia atrás de las filas. Al principio avanzaron con precaución los dos ejércitos uno contra otro, y en seguida quedaron inmóviles, midiéndose por ambas partes con terrible mirada. Los romanos lanzaron entonces al unísono el grito marcial llamado *berritus,* que comienza por débil murmullo y termina con ruido de trueno, y cuyas vibraciones tanta influencia tienen en el corazón del soldado. Los bárbaros, para responder, entonaron, con discordante confusión de voces, un canto nacional en alabanza de sus antepasados. En medio de aquel estrépito se trababan ya combates parciales. Pronto se cruzaron las lanzas y las flechas; acercáronse las dos líneas, y, pie contra pie, se opusieron por ambos lados una muralla de escudos. Los bárbaros, á quienes su agilidad multiplica y cuyas filas se renuevan sin cesar, empezaron aclarando á los nuestros por la caída continua de pesadas mazas endurecidas al fuego; atacando en seguida con la espada á los que quedaban en pie, consiguieron romper nuestra ala izquierda. Por fortuna, un valiente cuerpo de auxiliares que se encontraba cerca, acudió á sostenerla, librándola de completa destrucción. Siguióse horrible carnicería; los valientes encontraban la muerte en lo recio del combate, bajo lluvia de flechas ó al filo de la espada: los cobardes que huían eran alcanzados y muertos por la caballería; y en seguida llegaban los que cortaban los jarretes á los que el miedo impedía mantenerse de pie. El suelo había desaparecido bajo montones de cadáveres y de moribundos, de los que algunos conservaban vana esperanza de vida; derribados éstos por las pelotas de plomo que lanzaban las hondas, traspasados aquéllos por el

hierro de las flechas, y presentando algunos el espantoso espectáculo de una cabeza partida hasta el cuello, cayendo sobre los hombros. Sin embargo, la victoria permanecía indecisa. Sin descanso se daba y recibía la muerte, no cesando el encarnizamiento más que por la falta de fuerzas. Solamente la noche puso fin á la matanza, y lo que quedaba de los partidos se retiró en desorden, regresando tristemente á los campamentos. A los más distinguidos de entre los muertos se les dió regular sepultura, y los demás sirvieron de pasto á las aves de rapiña, muy acostumbradas entonces á tales festines, como lo atestiguan las blancas osamentas que todavía hoy cubren nuestros campos. En aquella terrible batalla en que un puñado de romanos peleó con millares de enemigos, es indudable que experimentamos grandes pérdidas y que compramos muy cara la ventaja de quedar dueños del terreno.

Después de este desastroso combate, los nuestros se retiraron bajo las murallas de Marcianópolis, y los godos que, sin ser perseguidos, se habían refugiado detrás de sus carros, permanecieron allí siete días enteros sin salir ni dar señales de vida. Los romanos aprovecharon su estupor para empujar al resto de sus innumerables bandas á las gargantas del Hemus, cuyas salidas cerramos con altos terraplenes. Esperábase que aquellas compactas masas, encerradas entre el Ister y una comarca desierta, y no pudiendo romper por ninguna parte, perecería allí de hambre; habiendo sido transportado á las plazas fuertes todo lo que podia servir para mantener la vida, no teniendo los bárbaros ni idea siquiera de atacarlas, en su ignorancia del arte de los sitios.

Ricomeres partió inmediatamente para la Galia con objeto de traer personalmente los refuerzos que hacía indispensable la segura espectativa de aumento de fu-

ror en las hostilidades. El año, que era el cuarto del consulado de Graciano, en el que tenía por colega á Merobaudo, entraba ya en el otoño. Por su parte Valente, enterado del sangriento combate que acababa de librarse, y del estado de disolución de la Thracia, envió á Saturnino con facultades temporales de jefe de la caballería, para socorrer á Trajano y á Profuturo. Los bárbaros lo habían devorado ya todo en la Mesia y la Scytia; é, impulsados por el hambre á la vez que por sus feroces instintos, ardían en deseos de forzar las barreras que acababan de cerrar ante ellos. Muchas veces lo intentaron, y rechazados siempre por los nuestros, que supieron aprovechar las ventajas del terreno, concluyeron, á la desesperada, por atraerse algunas bandas de alanos y de hunnos, ofreciéndoles como cebo la perspectiva de inmenso botín.

A la noticia del refuerzo que había recibido el enemigo, Saturnino, que acababa de llegar sobre el terreno, y colocaba ya puestos y guardias avanzados, consideró, no sin fundamento, que era indispensable la retirada, y la efectuó en cuanto reunió insensiblemente todas sus fuerzas. En efecto: la posición había llegado á ser muy peligrosa; ocupación más larga de los desfiladeros nos exponía á ver desbordar los bárbaros sobre nosotros como torrente que ningún esfuerzo podría contener.

Ya era tiempo; apenas abandonaron nuestras tropas la entrada de las gargantas, cuando el monte vomitó al llano aquella multitud cautiva, y con ella la devastación y la muerte. La Thracia quedó inundada en todos sentidos. Desde las orillas del Ister á las cumbres del Rodopo, y hasta el estrecho que forma la unión de los dos mares, todo fué una inmensa red de saqueo, asesinatos, incendios y de ultrajes al pudor y á la naturaleza; escenas repugnantes á los ojos y no menos re-

pugnantes de describir. Mujeres medio muertas de miedo, llevadas como rebaños bajo el látigo de los bárbaros; otras servían á la impía brutalidad de aquellcs monstruos en el momento mismo de dar á luz. Niños que se estrechaban con convulso afán contra el seno que los alimentaba, mezclaban sus llantos á los sollozos de noble juventud de los dos sexos á la que sujetaban con indignas ligaduras; vírgenes y esposas jóvenes rasgándose el rostro é implorando la muerte como único recurso contra la lubricidad de sus verdugos. Más de un varón noble y rico antes, arrastrado ahora como cordero despreciable, te reconvenía, ¡oh Fortuna ciega y cruel! por la ruina de sus bienes, la pérdida de su familia y de su casa, que había visto convertirse en ceniza, sin tener ya otra perspectiva que la muerte en los tormentos, ó la esclavitud bajo los vencedores más inhumanos.

Entretanto los bárbaros, saltando como fieras desencadenadas por los campos, llegaron cerca de una ciudad, llamada Dibalto, donde encontraron, ocupado en algunas atenciones de campamento, al tribuno Balcimeres, jefe muy experimentado, que tenía á sus órdenes los cornutos y alguna otra infantería. En seguida cayeron sobre ellos, teniendo apenas tiempo Barcimeres para hacer tocar la bocina, reunir sus fuerzas y procurar cubrir sus flancos. Su hermosa resistencia parecía deberle sacar de aquel apuro, cuando de pronto, agitado y sin aliento, se vió envuelto por una masa de jinetes enemigos. Sin embargo, no sucumbió sin vender cara su vida. Pero para los bárbaros apenas fué sensible aquella disminución de los suyos, por razón de su inmenso número.

En esta situación las cosas, vacilaron los bárbaros acerca de la dirección que habían de tomar; no pensando más que en destruir á Frigérido, porque lo conside-

raban como el único obstáculo capaz de detenerles. Así fué que, en cuanto repusieron sus fuerzas por medio de abundante comida y algunas horas de sueño. le siguieron la pista como fieras que persiguen una presa. Estaban enterados de que, de regreso á Thracia, por orden de Graciano, se había fortificado en Borea, desde donde observaba el giro que iban á tomar los acontecimientos. Los godos apresuraron la marcha para destruirle; pero Frigérido, que estaba muy experimentado en el oficio militar, y no era pródigo de la sangre de sus soldados, sospechó su proyecto ó le enteraron de él sus exploradores. Al acercarse, se retiró por las alturas á traves de los bosques y ganó la Iliria, adonde llegó muy fortalecido por un acontecimiento inexperado que la casualidad le deparó en el camino. Al replegarse formando cuñas, sorprendió en el desorden del pillaje á la banda de Farnobio, uno de los jefes de los godos, á la que se habían reunido grupos de faifalos; porque debemos decir que este pueblo había aprovechado el terror y la dispersión de las tropas romanas para cruzar el río y saquear el país. El hábil Frigérido, en cuanto vió á lo lejos aquellas dos bandas devastadoras, tomó sus medidas para atacarlas á despecho de sus terribles amenazas, proponiéndose no dejar ninguno para que diese la noticia de su derrota. Pero después de haber dado muerte al mayor número, y especialmente á su jefe Farnobio, que era uno de los azotes más terribles del país, se dejó ablandar por las súplicas de los que quedaban, á los que, para quitarles de allí, les señaló los terrenos laborables de las cercanías de Módena, Parma y Regio. De tal manera ha corrompido desenfrenado libertinaje á la indigna raza de los taifalos, que, según se dice, la costumbre obliga á los adolescentes á prostituir su juventud á los placeres de los hombres formados y que ninguno puede redimirse de esta as-

querosa esclavitud, hasta que, sin auxilio de nadie, mata un jabalí ó un oso grande.

Tal era el desolador aspecto que presentaba la Thracia, á fines de otoño; y como si las mismas furias hubiesen cuidado de avivar el fuego, la conflagración iba á extenderse á las regiones más lejanas. Los alemanes lencienses, limítrofes de la Recia, comezaban ya, á despecho de los tratados, á insultar nuestras fronteras; dando ocasión á la ruptura el hecho siguiente. Un hijo de este país, que servía en los guardias de Graciano, tuvo que regresar á él para asuntos particulares. Este hombre erá muy hablador y no faltaron preguntas acerca de lo que ocurría de nuevo en la corte del Emperador. Dijo á sus compatriotas que, por invitación de su tío Valente, Graciano llevaba sus tropas á Oriente, y que los dos ejércitos imperiales iban á reunirse para rechazar una invasión terrible de pueblos vecinos del Imperio, conjurados para su destrucción. La noticia impresionó á los lencienses, en su calidad de pueblo limítrofe. Formáronse en bandas, y, con su acostumbrada rapidez de movimientos, cruzaron en Febrero el Rhin sobre el hielo. Al otro lado encontraron frente á ellos los cuerpos reunidos de los petulantes y los celtas, que les rechazaron, matándoles bastante gente, aunque también por su parte experimentando pérdidas.

El descalabro hizo retroceder á los lencienses; pero seguros de que la mayor parte del ejército de Occidente, que el Emperador Graciano iba á mandar en persona, le había precedido en Iliria, se reanimó su valor y concibieron un proyecto más atrevido. Reuniendo los habitantes de todos sus caseríos, consiguieron poner en campaña cuarenta mil hombres (otros, para realzar el mérito del príncipe, han dicho sesenta mil), y cayeron audazmente sobre el territorio romano.

Temiendo mucho Graciano aquella invasión, mandó

retroceder á las cohortes que había hecho adelantar hasta Pannonia, llamó la reserva que prudentemente había dejado para guardar las Galias, y confió el mando de aquel ejército á Nannieno, jefe de frío valor, á quien unió con igual autoridad el valiente y belicoso Merobaudes, conde de los domésticos y rey de los francos. Nannieno, que tomaba en cuenta la inseguridad de la suerte de las armas, quería contemporizar, mientras que el ardiente valor de Merobaudes se indignaba ante cualquier precaución que le impidiese alcanzar cuanto antes al enemigo. Cerca de Argentaria, formidable ruido reveló de pronto la presencia de los bárbaros. Tocóse ataque y vinieron á las manos. Primeramente una nube de flechas y dardos derribó sin vida á muchos de uno y otro bando, y ya iban á estrecharse más de cerca, cuando viendo los romanos la multitud que tenían delante, rehusaron el combate en línea, y ganando un terreno cubierto de bosque, en el que cada cual se situó como pudo, resistieron valerosamente, hasta el momento en que llegó la guardia del Emperador á tomar parte en la pelea. La llegada de aquella gente escogida, la brillante regularidad de sus armas y traje intimidaron á los bárbaros, que comenzaron á volver la espalda, haciendo frente de tiempo en tiempo, solamente por resistir hasta el fin; pero en último extremo quedaron tan maltratados, que, según se dice, del formidable número que hemos citado solamente escaparon cinco mil, cuya fuga protegió el espesor del bosque. El rey Priario, el promotor más ardiente de aquella mortífera expedición, pereció en ella con sus mejores guerreros.

Después de esta gloriosa hazaña, el ejército emprendió de nuevo su marcha á Oriente; pero inclinándose de pronto hacía la izquierda, atravesó ocultamente el río. Alentado Graciano por aquel triunfo, había resuelto dar el último golpe, si era posible, á aquella nación turbu-

lenta y desleal. Casi exterminados ya por sus armas, los lencienses recibían aviso sobre aviso de su repentina llegada, quedando dominados por extraordinaria turbación. Faltábales tiempo para preparar una defensa cualquiera, para convenir algún plan; y solamente pudieron ganar apresuradamente por caminos practicables para ellos solos, alturas abruptas é inaccesibles, y desde allí pelear desesperadamente para salvar el resto de sus bienes y de sus familias. Por nuestra parte, después de examinar atentamente nuestra posición, se eligió para dar el asalto á aquella especie de fortaleza á los quinientos soldados más aguerridos de cada legión. Aquella gente escogida, orgullosa por el honor que se le concedía, y animada por la presencia de su príncipe, que se colocó valerosamete en la primera fila, hizo los mayores esfuerzos para subir á las cumbres, comprendiendo que una vez en ellas, se apoderarían sin combate de todo cuanto contenían. Pero, aunque comenzó á mediodía, la pelea continuaba en la obscuridad de la noche, con mucho derramamiento de sangre por una y otra parte. Matábase y se recibía la muerte; y la guardia del Emperador, que por el brillo de sus armas y el oro de sus armaduras, venía á ser como blanco, sufría mucho de los dardos del enemigo y de los peñascos que hacían rodar desde lo alto.

Al fin Graciano y sus capitanes comenzaron á pensar que era locura obstinarse sin esperanza contra una posición inexpugnable por su propia naturaleza. Emitiéronse las opiniones, como ocurre en tales casos, y al fin convinieron en limitarse á un bloqueo y rendir por hambre á los bárbaros, tan bien defendidos por la disposición del terreno. Éstos, cuya obstinación no era menor que la nuestra, y que conocían mejor los parajes, marcharon á ocupar picos más elevados aún. Pero el Emperador aprovechó en el acto aquel movimiento

para volver á la ofensiva, desplegando la mayor energia para abrirse paso hasta ellos. Convencidos ahora los lencienses de que estaba decretada su pérdida, imploraron la gracia de que se les recibiese á capitulación; y después de entregar, como se les exigía, lo más florido de su juventud, que vino á confundirse con nuestros soldados, obtuvieron libertad para regresar á sus hogares.

Imposible es describir la decisión y energía que desplegó Graciano en estos hechos realizados como de pasada, y cuyo resultado fué mantener en respeto al Occidente. En este príncipe, apenas adolescente, se había complacido la naturaleza en reunir los diferentes méritos de la elocuencia, moderación, valor y dulzura. Apenas cubría sus mejillas ligero vello, y ya prometía un rival á los mejores soberanos. Pero inconsiderada afición á exhibirse, fomentada por bajas adulaciones, le llevó á imitar preferentemente las vanas proezas del emperador Cómmodo, aunque suprimiendo la sangre humana. El mayor placer de Cómmodo era atravesar con sus flechas, en presencia del pueblo, considerable número de fieras; y se creyó sobrehumano el día en que, por su mano, mató uno á uno y de un solo golpe respectivamente cien leones soltados á la vez en el anfiteatro. También gozaba Graciano en atravesar con sus flechas los animales dañinos en los recintos donde se les encerraba; haciendo estas diversiones que olvidase los asuntos más graves; y esto en una época en que el mismo Marco Antonio, si hubiese ocupado el trono, no hubiese tenido demasiado con toda su sabiduría y el apoyo de colegas semejantes á él, para remediar los males de la república.

Después de prepararlo todo, en cuanto permitían las circunstancias, para la seguridad de la Galia, y castigado al escutario cuya indiscreción había revelado su

marcha hacia la Iliria, Graciano se dirigió por el fuerte llamado Arbol Feliz y por Lauriaco, para acudir en socorro de las provincias invadidas.

Entretanto Frigérido, cuya inteligente atención se dirigía constantemente al bien público, se apresuró á fortificar el paso de Succos, para impedir á las partidas ligeras que recorrían los campos extenderse como un torrente por las provincias septentrionales del Imperio. Pero de pronto le enviaron por sucesor al conde Mauro, carácter tan feroz como venal, el más voluble é indeciso de los hombres. Este es el mismo Mauro que hemos visto en los libros anteriores, no siendo todavía más que simple guarda del palacio, cortar la indecisión de Juliano para aceptar la corona, colocándole su propio collar en la cabeza. Así, pues, cuando todo estaba en peligro, se enviaba á sus hogares á un hombre de acción y de recursos, mientras que por intereses del Estado, debían haberle buscado en el fondo mismo de su retiro.

(AÑO 378 DE J. C.)

Al fin se había decidido Valente á salir de Antioquía, y atravesaba lentamente la distancia que la separa de Constantinopla, donde no hizo más que presentarse, bastando para expulsarle una sedición sin importancia. A ruegos suyos había llamado de Italia á Sebastián, jefe de reconocida actividad, confiándole el mando de la infantería, que anteriormente tuvo Trajano; marchando él á Melanthiada, quinta de recreo imperial, donde se dedicaba á granjearse el amor de los soldados cuidando de que se les pagase y se les alimentase bien, y aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para dirigirles palabras halagüeñas. Poco después dió la or-

den de marcha, llegando á Nicea, donde supo por sus exploradores que los bárbaros, cargados de botín, habían abandonado la región del Rhodopo y se dirigían á Andrinópolis. Enterados éstos también de que el Emperador marchaba con sus fuerzas en la misma dirección, se apresuraron á reunirse con fuerzas de sus compatriotas, que se habían fortificado en las inmediaciones de Nicópolis y Borea. El Emperador aprovechó aquella ocasión para dar á Sebastián, que se prometía emplearlos bien, trescientos hombres de cada cuerpo del ejército. Sebastián partió apresuradamente con aquellas fuerzas, y pronto llegó á vista de Andrinópolis, cuyas puertas le cerraron al pronto los habitantes, tomándole por un cautivo sobornado por los bárbaros, y temiendo que se renovase la superchería del conde Actus, que, prisionero de Magnencio y vendido á este partido, le hizo entregar los desfiladeros de los Alpes Julianos. Pero al fin reconocieron á Sebastián y le admitieron en la ciudad. Gracias á los abundantes recursos en víveres que poseía, pudo salir en silencio á la siguiente mañana con sus tropas alimentadas y descansadas, y en la tarde del mismo día vió las devastadoras bandas de los godos en las orillas del Hebrum. Adelantó entonces paso á paso, aprovechando para ocultarse los matorrales y accidentes del terreno, y cuando estuvo bastante cerrada la noche, cayó sobre los godos sin dejarles tiempo para reunirse. Tan grande fué la matanza, que solamente escaparon los pocos que pudieron correr bastante de prisa; y tan considerable el botín que les recogieron, que no bastaron para contenerle la ciudad y campos inmediatos. Este desastre consternó á Fatigerno: veía ya al general que sabía descargar tan rudos golpes atacar una á una sus dispersas bandas, ocupadas solamente en el pillaje y destruyéndolas hasta la última. Citó, pues, á todos los suyos en

las inmediaciones de Cibala, y se alejó apresuradamente en busca de campos descubiertos, donde no tuviese que temer escasez ni sorpresas.

Mientras ocurrían estas cosas en Thracia, Graciano, que acababa de informar á su tío, por medio de una carta, de su victoria sobre los lencienses, hacía caminar á sus bagajes por la vía de tierra; y él mismo, bajando el Danubio con sus tropas más ligeras, desembarcaba en Bononia y desde allí llegaba á Sirmium, donde solamente permaneció cuatro días, á pesar de estar padeciendo una fiebre intermitente, marchando en seguida, por la misma vía, al sitio llamado Campo de Marte, sufriendo en este camino repentino ataque de los alanos, que mataron algunos hombres de su comitiva.

La doble noticia de la derrota de los alemanes y de la victoria conseguida por Sebastián, que éste exageró mucho en su comunicación, puso en extraordinaria agitación á Valente. Levantóse el campamento de Melanthiada, porque ansiaba poder oponer algún hermoso triunfo á la fama del hijo de su hermano, cuyo mérito mortificaba su envidia. Disponía de un ejército numeroso, cuya composición nada tenía de despreciable, porque se encontraban en bastante número los veteranos que había llamado á las armas; encontrándose además no pocos varones notables, entre ellos el ex general Trajano. Muy pronto fueron informados por los exploradores, que ahora desempeñaron diligentemente su oficio, de que los bárbaros trataban de interceptar por medio de destacamentos las comunicaciones con los puntos de donde se obtenían víveres. Inmediatamente marchó á ocupar los desfiladeros una partida de arqueros á pie sostenida por una turma de caballería, bastando esto para hacer fracasar los proyectos de los bárbaros. Al tercer día se avisó la proximidad del enemi-

go, que avanzaba como desconfiando de alguna sorpresa, en dirección á Nicen, encontrándose á quince millas de Andrinópolis. Su número no pasaba de diez mil, según el relato de los exploradores, aunque se ignora si esto fué resultado de una equivocación. Arrastrado el Emperador por temerario ardimiento, se apresuró á salir á su encuentro, marchando con las tropas formadas en cuadros. Cuando llegó á los arrabales de Andrinópolis acampó allí, fortificándose con una empalizada y un foso; y mientras esperaba impacientemente á Graciano, llegó Ricomeres, que se había adelantado, y le entregó una carta de aquél anunciando su próxima llegada y rogándole le esperase para compartir los peligros y exhortándole para que no se expusiese solo. Valente presentó la carta á su consejo, que deliberó acerca de lo que debía hacerse, opinando algunos miembros, entre los que se encontraba Sebastián, por que se librase batalla en el acto. Por otra parte, Víctor, jefe de la caballería, prudente y contemporizador, aunque sármata de nacimiento, opinaba, con el mayor número porque se esperase al otro Emperador, pues sería más fácil concluir con los bárbaros contando con el refuerzo del ejército de las Galias. Sin embargo, triunfó la fatal obstinación de Valente, porque los aduladores que le rodeaban y que creían infalible la victoria, le habían persuadido de que era necesario precipitar el desenlace para no compartir la gloria.

Preparábanse, pues, al combate, cuando un presbítero del rito cristiano (así les llamaban ellos) llegó al campamento de parte de Fritigerno, con otros legados de inferior rango. Recibido bondadosamente, presentó una carta de aquel personaje en la que pedía para los suyos, arrojados, como él, de sus hogares por la irrupción de los pueblos salvajes, la concesión del suelo de la Thracia y lo que contenía en ganados y granos, prome-

tiendo perpetua paz si se accedía á su demanda. Además de la carta oficial que presentó aquel cristiano, adicto servidor de Fritigerno, traía otra confidencial, escrita con la astucia y especial habilidad para el engaño que poseía el jefe bárbaro, en la que insinuaba con el tono de futuro aliado y amigo, que para dulcificar la ferocidad de sus compatriotas y llevarles á condiciones ventajosas para el Imperio, no había otro medio que mostrarles de tiempo en tiempo las armas romanas. La presencia solamente del Emperador les asustaría, quitándoles el deseo de combatir. La legación no obtuvo resultado, porque se sospechó la intención.

Al amanecer el día cinco de los idus de Agosto, se puso en movimiento el ejército, dejando los bagajes bajo las murallas de Andrinópolis con suficiente guardia. En el interior de la ciudad quedaron el prefecto y los miembros civiles del consejo con el tesoro y los ornamentos imperiales. A medio día no habían adelantado más que ocho millas por caminos detestables y bajo un cielo abrasador, cuando anunciaron los exploradores que habían visto el círculo formado por los carros del enemigo. En el acto tomaron sus disposiciones los generales romanos, mientras los bárbaros, según su costumbre, lanzaban al viento sus feroces y lúgubres alaridos. El ala derecha de la caballería estaba al frente, sostenida por numerosa infantería. El ala izquierda, que por la dificultad del camino se encontraba todavía á la espalda, conservando con mucha dificultad el orden de marcha, apresuró el paso para colocarse en línea; y, mientras se desplegaba sin obstáculos, el ruido terrible de las armaduras y de los escudos que resonaban bajo las picas de nuestros soldados, quebrantó el valor de los godos, con tanto más motivo, cuanto que no habían llegado todavía Alatheo y Safrax, que operaban más lejos con los suyos. Presentóse, pues, una

legación de los bárbaros para proponer la paz; pero como no la formaban varones importantes, el Emperador se negó á oirles y pidió, para tratar, negociadores cuyo rango ofreciese garantía. Siguió á esto un intervalo: los godos no buscaban más que subterfugios para ganar tiempo, á fin de dejar á la caballería que esperaban el necesario para llegar, mientras que nuestros soldados estaban devorados por la sed bajo un clima abrasador, más y más caldeado por las hogueras que el enemigo alimentaba de intento por todas partes. Añádase á esto que hombres y bestias sufrían ya los horrores de la escasez.

Entretanto, el juicioso y previsor Fritigerno, que hubiese preferido no correr los riesgos de una batalla, nos envió uno de los suyos como portador del caduceo. Si nosotros le enviábamos inmediatamente varones notables como rehenes, se ofrecía á tomar partido por nosotros y á suministrarnos todo lo que faltaba. Una proposición de tal naturaleza de jefe tan temible, se recibió con apresuramiento y gratitud, designándose por unanimidad como fiador de nuestra palabra al tribuno Equicio, pariente del Emperador é investido entonces con el cargo de guarda de palacio. Pero se resistió á ello, fundando su negativa en que, habiendo sido prisionero de los godos, y habiéndose escapado de sus manos en Dibalto, podía temerlo todo de su salvaje indignación. Entonces se ofreció espontáneamente Ricomeres á ocupar su puesto, con la fundada esperanza de honrarse con este acto de valor, partiendo en seguida dispuesto á justificar su dignidad y nacimiento. Pero antes que llegase al campamento enemigo, nuestros arqueros, mandados por Iberiano y Baçurio, peleaban ya con los bárbaros, y su retirada, tan precipitada como inoportuno había sido el ataque, señalaba desfavorablemente el principio de la campaña. Esta escaramuza

anuló el efecto de la abnegación de Ricomeres, que no pudo avanzar más; y en el mismo momento la caballería de los godos, con Alatheo y Safrax á la cabeza y reforzada por un cuerpo de alanos, llegó como el rayo que estalla en la cumbre de los montes, destruyéndolo todo á su paso.

A los pocos momentos no se oía por ambas partes más que el ruido de las armas que chocaban y el silbido de las saetas. La misma Belona aumentaba el lúgubre sonido de las bocinas, encarnizada más que nunca en la destrucción del nombre romano. Ya comenzaban á ceder los nuestros; pero á los gritos para contenerlos, detiénese aquel movimiento y redobla el furor del combate como vasto incendio; pero ante los espantosos huecos que hacen en las filas los dardos y flechas del enemigo, el miedo paraliza otra vez á los nuestros; viéndose á las dos filas chocar como las proas de las naves y pareciendo su movimiento el de las olas del mar.

Entretanto nuestra ala izquierda había penetrado hasta los carros, y sin duda habría llegado más lejos de estar sostenida; pero abandonada por el resto de la caballería, quedó abrumada como bajo enorme derrumbamiento de tierra, por la masa de bárbaros que cayó sobre ella. Sin apoyo la infantería, de tal manera se vieron estrechados los manípulos unos contra otros, que no había espacio para manejar la espada. En este momento resonaron horribles gritos y enormes torbellinos de polvo, obscureciendo el cielo, impedían lanzar los dardos, que sembraban la muerte. Imposible era ensanchar las filas para retirarse ordenadamente, siendo demasiado grande la compresión para poder huir individualmente. Entonces los legionarios, apretando el puño de sus espadas, hirieron como desesperados sobre todo lo que encontraron á su alcance. Los cascos y las

corazas de ambas partes caían en pedazos bajo el filo de las hachas. Aquí y allá algún bárbaro de gigantesca estatura, derribado por el hierro que le había desjarretado ó cortado un brazo ó traspasado por una flecha, contraídas las facciones para lanzar el último grito de furor, y presa ya de la muerte, amenazaba todavía con la mirada. El suelo desaparecía bajo los combatientes que caían por ambos lados, y no se podían oir sin estremecerse los dolorosos gritos de los moribundos, ni resistir la vista de sus atroces heridas. En medio de esta horrible confusión, nuestros soldados, extenuados de fatiga y careciendo ya de serenidad y fuerza para obrar, desarmados de la mayor parte de sus lanzas, que se les habían roto entre las manos, como último recurso se lanzaban empuñada la espada, despreciando todo peligro, en medio de los grupos más apretados de los bárbaros, y, en el último esfuerzo para vender cara su vida, se deslizaban en el suelo empapado de sangre, pereciendo algunas veces por sus propias armas. Por todas partes corría la sangre, presentándose la muerte bajo todas las formas; no se pisaba más que sobre cadáveres. Añádase que el sol, que había dejado el signo de León para entrar en el de Virgo, lanzaba sus rayos á plomo, perjudicando especialmente á los romanos, agobiados ya por el hambre y la sed y rendidos bajo el peso de la armadura. Rechazados al fin por la masa enemiga, se vieron obligados al recurso extremo de huir en desorden y cada uno por su lado.

En medio de la dispersión de una parte del ejército, el Emperador, profundamente turbado y saltando por encima de montones de cadaveres, consiguió refugiarse entre los lancearios y maciarios, que habían resistido hasta entonces sin moverse el furioso choque de los bárbaros. Al verle, exclamó Trajano que todo estaba perdido si el príncipe, abandonado por las tropas roma-

nas, no encontraba protección entre los auxiliares. El conde Víctor, que lo oyó, corrió en seguida á reunir á los batavos, que Valente había dejado de reserva detrás de su guardia; pero no encontrando ni uno solo, no pensó más que en salvarse él mismo, haciendo otro tanto Ricomeres y Saturnino.

Entretanto los bárbaros, con encendidos ojos, acudieron á atacar el resto de nuestro ejército. Debilitados por la sangre que habían perdido, unos caían sin saber de dónde había partido el golpe; otros, derribados solamente por el choque del enemigo, no faltando quienes sucumbían atravesados por su propios compañeros. No había descanso para el que resistía, ni perdón para el que quería rendirse. Los caminos estaban llenos de moribundos, que perecían bajo el dolor de sus heridas, aumentando los obstáculos los cadaveres de los caballos. La obscuridad de una noche sin luna puso término á aquel desastre irreparable, cuyas consecuencias pesarán por mucho tiempo sobre los romanos.

El Emperador, á lo que se dice (porque nadie asegura haberlo visto, ni estado junto á él en tal momento), cayó al obscurecer, mortalmente herido por una flecha, y pereció sin que pudiese encontrarse su cuerpo. Un grupo de enemigos, que se detuvo largo tiempo en aquel punto para despojar á los muertos, no permitió que se acercase ningún fugitivo ni campesino. Su muerte se parece á la del Emperador Decio, que, en una sangrienta batalla que libró á los bárbaros, arrebatado por un caballo fogoso, fué arrojado en un pantano del que no pudo salir y donde hasta su cadáver desapareció. Otros dicen que Valente no murió en el acto, sino que se retiró con algunos candidatos y eunucos, á la casa de un campesino, mejor construída que de ordinario, y provista de segundo piso. Allí, mientras manos sin experiencia cuidaban de vendarle, llegó de pronto el enemi-

go, y, sin conocerle, le libró de la deshonra del cautiverio; porque, recibido á flechazos por la comitiva del príncipe, mientras se esforzaban los bárbaros en derribar las puertas que habían atrancado por no detenerse ante aquel obstáculo, perdiendo tiempo que podían emplear en el saqueo, reunieron en derredor de la casa montones de leña y paja, prendieron fuego y la redujeron á ceniza con todo lo que contenía. Un candidato que cogieron al tratar de huir por una ventana, les dijo, con mucho sentimiento por parte de los bárbaros, la gloriosa ocasión que habían perdido de coger vivo al Emperador. Estos detalles los dió aquel joven, que, más adelante, consiguió escaparse. El segundo Scipión, después de reconquistar la España, pereció también por el fuego que prendieron los enemigos á una torre donde se había refugiado. Pero lo único cierto es que, lo mismo que Scipión, Valente no pudo recibir sepultura.

Cuéntanse entre las víctimas más ilustres de aquella catástrofe á Trajano y Sebastián, Valeriano y Equicio, uno gobernador de las caballerizas y el otro del palacio, y treinta y cinco tribunos con mando ó sin él. También pereció Potencio, tribuno de los *promus*, muerto en la flor de la edad. Este joven, que se había granjeado la estimación de todos los hombres honrados, tenía en su favor, además de su mérito personal, la gloriosa memoria de su padre Ursicino. Cosa averiguada es que apenas sobrevivió de aquella matanza la tercera parte del ejército; y, si se exceptúa la batalla de Cannas, los anales no mencionan tamaño desastre, bien se examinen los reveses experimentados por los romanos en los combates en que la fortuna se mostró adversa á sus armas, bien nos remontemos á las fabulosas declamaciones con que los griegos han descrito sus catástrofes.

Tal fué el fin de Valente, que frisaba entonces en los cincuenta años, y después de un reinado de poco menos

de catorce. Examinemos ahora sus virtudes y vicios, puesto que no carecemos de testimonios contemporáneos. Fué amigo fiel y seguro, dispuesto á reprimir la intriga y guardador severo de la disciplina y las leyes. Atendió cuidadosamente á impedir la ambición de sus parientes, que querían aprovechar sin moderación este título, y mostró circunspección no desmentida jamás al conferir cargos y retirar la investidura. Administrador equitativo de las provincias, velaba por sus intereses como por los suyos propios, no permitiendo aumento alguno de los impuestos existentes, cuyos atrasos no se cobraban sino con mucha parsimonia. No podían encontrar en él indulgencia alguna la malversación ni la corrupción de los jueces, y nunca estuvo mejor gobernado el Oriente bajo este aspecto. Era generoso, pero en justa medida, demostrándolo un ejemplo entre otros muchos. Conocida es la proverbial avidez de los cortesanos: cuando alguno de ellos solicitaba que le pusiese en posesión de algunos bienes vacantes ú otra gracia de igual naturaleza, el Emperador comenzaba por dejar, con la mayor imparcialidad, amplia latitud á las observaciones y reservas de los interesados. Si otorgaba al fin la concesión era bajo la condición de que el pretendiente había de repartir los beneficios con otros tres ó cuatro individuos igualmente favorecidos, sin haber mostrado previamente ninguna pretensión. Esta perspectiva de segura concurrencia enfriaba mucho los impulsos de la codicia. En gracia de la brevedad, omitiré el número de edificios que construyó ó restauró Valente en nuestras grandes ciudades y en otras inferiores, porque á la vista de todos están los monumentos. En todo esto creo que puede presentársele como modelo. Veamos ahora sus defectos.

Su avidez no tenía límites, ni tampoco su desaplicación para los negocios; ostentaba aparatosamente los

rigores oficiales del poder, pero era cruel por instinto. Carecía de educación, no teniendo noción alguna de literatura ni de arte militar. Su mayor satisfacción, al ver aumentar su tesoro particular, era que costase gemidos á otro; y mostraba especialmente atroz alegría cuando una acusación ordinaria tomaba entre sus manos las proporciones de crimen de lesa majestad, porque entonces podía disponer de la vida y fortuna de un rico. Menos perdonable aún es su fingido respeto á las leyes y decisiones judiciales, cuando, formados por él, los tribunales eran notoriamente los instrumentos de sus caprichos. Violento y poco asequible para todo, siempre recibía las acusaciones, fuesen verdaderas ó falsas; peligrosa tendencia hasta para los que no ocupan el poder.

Era pesado y perezoso de cuerpo; tenía el color moreno y una mancha en un ojo, pero este defecto no se veía á distancia. Su estatura era mediana, proporcionado en sus miembros; aunque tenía las piernas arqueadas y algo abultado el vientre.

Nada puedo añadir á este retrato, de cuyo parecido puede dar testimonio toda la generación actual; pero no debo omitir una particularidad de este príncipe. Recordaráse el oráculo de la trípode interrogado por Patricio é Hilario, como los tres versos proféticos pronunciados en esta ocasión, siendo el último el siguiente:

Εν πεδιοισι Μιμντος αιλα καιομένοις μάρ.

Valente, espíritu tosco, despreció al principio esta predicción; pero su recuerdo le persiguió más adelante, cuando la desgracia comenzaba á pesar sobre él. De indiferente pasó á pusilánime, temblando al solo nombre del Asia, porque recordó, de otros más ilustrados que él, que Homero y Cicerón han hablado de un monte

Mimas, que domina la ciudad de Eritea en aquella provincia. Después de su muerte y de la retirada de los godos, dícese que se encontró cerca del punto mismo donde se supone que cayó, un monumento en piedra en el que aparecían grabados caracteres griegos indicando que aquel era el sepulcro de un personaje de noble alcurnia, llamado Mimas.

Cuando la noche extendió su manto sobre el campo de batalla, todos cuantos habían escapado del hierro huyeron á tientas por uno y otro lado, según les empujaba el miedo, creyendo sentir á cada momento el brazo del enemigo levantado sobre su cabeza. Los gritos, los gemidos de los heridos, los sollozos de los moribundos, formaban á lo lejos horrible concierto.

En cuanto amaneció, los vencedores, como fieras irritadas á la vista de la sangre, se lanzaron en masa contra la ciudad de Andrinópolis, decididos á destruirla á toda costa. Por los desertores y tránsfugas sabían que allí se encontraban reunidos los principales jefes del Estado y que tenían con ellos los ornamentos imperiales y el tesoro de Valente. Para no dejar á su ardor tiempo de enfriarse, desde la cuarta hora del día acometieron á la plaza y empeñóse el combate, por parte de los sitiadores con el furor que desprecia la muerte; por los nuestros, con el valor tranquilo que se indigna de ceder. Considerable número de soldados y de criados del ejército, llevando consigo caballos, no habían podido entrar en la plaza; y estas fuerzas, apoyándose en las fortificaciones y casas contiguas, se defendieron enérgicamente, no obstante la desventaja de la posición, sosteniendo hasta la hora novena todo el furor de los bárbaros. Trescientos peones que quisieron rendirse en cuerpo al enemigo fueron rodeados y muertos, ignórase por qué; pero se observó que desde aquel momento no hubo ninguna tentativa de deserción, por grave

que fuese la situación en que se encontrasen. Al fin, después de tantas desgracias, el cielo nos envió una lluvia que, cayendo á torrentes, acompañada de relámpagos y truenos, dispersó aquella multitud que se agitaba en torno de las murallas, obligándola á buscar el abrigo circular de sus carros. Pero no había disminuído su presunción, porque desde allí nos enviaron un mensajero con una carta amenazadora. Este, aunque provisto de un salvoconducto, no se atrevió á penetrar en la ciudad sitiada y encargó su mensaje á un cristiano. Tratóse la carta con el desprecio que merecía, y los sitiados dedicaron el resto del día y toda la noche á trabajos de defensa. Tapiáronse interiormente las puertas con grandes piedras y se reforzaron los puntos débiles. En todas partes donde podían producir efecto, colocaron máquinas para lanzar dardos y piedras y se establecieron á mano depósitos de agua; porque el día anterior muchos soldados habían padecido sed casi hasta morir.

Pero los godos, disgustados por las dificultades de la empresa, viendo que mataban ó herían á los más esforzados de los suyos y que los destruían en detalle, recurrieron á una estratagema que solamente fracasó por manifiesta intervención de la justicia del cielo. Candidatos desertores, sobornados por ellos, se comprometieron á entrar en la ciudad fingiendo escaparse del campamento enemigo, é incendiar uno de sus barrios. Las llamas serían la señal del asalto, mientras que ocupados todos los sitiados en extinguirlas, dejarían las fortificaciones sin defensores. En cumplimiento del convenio, los candidatos se presentaron en la orilla del foso, tendiéndonos manos suplicantes y pidiendo á título de compatriotas. No había razón alguna para desconfiar de ellos, y se les recibió sin dificultad. Pero se entró en sospechas cuando, interrogados acerca de las in-

tenciones de los godos, no estuvieron conformes en sus contestaciones; y cuando el tormento les arrancó el secreto de su traición, á todos les cortaron la cabeza.

Entretanto, repuestos los bárbaros de su primer temor, reuniendo sus medios de ataque, cayeron de nuevo sobre las inexpugnables puertas de la ciudad. Los jefes eran los más encarnizados; pero los habitantes y hasta los criados del palacio se unieron á los soldados para aplastarles. En medio de aquella multitud no se perdía ningún golpe. Observóse que los bárbaros nos devolvían los dardos que les arrojábamos; y en seguida se mandó que, antes de usar las flechas, las cortasen la cuerda que sujeta el hierro á la madera; lo que hacía que, sin perder fuerza ni efecto cuando herían, se desmontasen cuando se perdía el golpe. Inesperada circunstancia estuvo á punto de terminar el combate. Una piedra enorme, lanzada por un escorpión (máquina de las vulgarmente llamadas onagros), colocado en frente de numeroso grupo de enemigos, se rompió al caer al suelo, y, aunque no hirió á nadie, produjo tanto estupor á los bárbaros, que no hubo ninguno de los presentes que no se aprestase á huir; pero los jefes mandaron atacar y continuó el asalto. Sin embargo, los romanos conservaron la ventaja: casi ninguna flecha ó piedra de honda quedaba perdida; porque si, ardiendo en deseos de apoderarse de los tesoros mal adquiridos de Valente, los jefes godos daban ejemplo exponiéndose en primera fila, la emulación llevaba á los soldados á compartir los peligros. Unos caían traspasados por los dardos ó aplastados por los terribles efectos de las máquinas; otros, que llevaban escalas y se empeñaban en apoyarlas en las murallas y subir á ellas caían bajo pedazos de roca, fragmentos, troncos enteros de columnas, que lanzaban desde arriba. Pero en vano se presentaba la muerte bajo todas formas á los sitiadores; necesario fué

que desapareciese el día para poner término á su furiosa exaltación, sostenida por la vista del considerable daño que causaban á los sitiados. Fuera y dentro de las murallas se luchaba con encarnizamiento y energía; pero los godos, que solamente atacaban en grupos desordenados, sin dirección ni conjunto y como á la desesperada, cuando cerró la noche, volvieron tristemente á sus tiendas, tachándose recíprocamente de demencia y ceguedad, por no haber aprovechado el consejo de Fritigerno, de no exponerse á los peligros de los asedios.

Durante toda la noche (que fué corta, como de estío) los bárbaros pusieron por obra lo poco que sabían del arte de vendar las heridas. Al amanecer celebraron consejo acerca del camino que debían seguir; y, después de largo debate, decidieron apoderarse de Perintho, y sucesivamente de todas las ciudades donde se habían guardado riquezas. No carecían de noticias en cuanto á este punto, porque tenían con ellos tránsfugas muy enterados de lo que existía en las localidades y hasta en el interior de las casas. Habiendo adoptado el plan que les parecía más provechoso, avanzaron lentamente, quemando y talando todo á su paso, sin encontrar resistencia en ninguna parte.

En cuanto la gente refugiada en Andrinópolis se enteró, por medio de reconocimientos, de la evacuación de las inmediaciones, salió toda de la ciudad á media noche, con las riquezas que había podido conservar. Unos se dirigieron por Filipópolis á Sárdica, otros á Macedonia, caminando todos por los bosques, siguiendo senderos extraviados y evitando cuidadosamente los caminos públicos. Su esperanza estribaba en encontrar á Valente por un lado de aquéllos, porque se ignoraba que hubiese perecido en la batalla, ó muerto en el incendio de la casa en que se refugió.

Entretanto, reforzados los godos con las belicosas

bandas de los hunnos y alanos, los soldados más duros de la tierra, y que el hábil Fritigerno había sabido atraerse con maravillosas proezas, acamparon en las inmediaciones de Perintho. Pero como permanecían bajo la impresión de sus recientes descalabros, no se atrevieron á intentar nada contra sus murallas, ni siquiera á acercarse á la plaza, contentándose con devastar las fértiles inmediaciones, degollando ó haciendo prisioneros á los cultivadores. Los tesoros de Constantinopla era lo que más inflamaba su avidez, y reservaban todos sus esfuerzos para la destrucción de esta magnífica ciudad. Marcharon, pues, apresuradamente, pero formando apiñados grupos por temor de sorpresa. Ya desplegaban su furia contra las fortificaciones de la ciudad, cuando, por favor del cielo, sobrevino un accidente que les decidió á retirarse. Acababa de reclutarse la guarnición de la ciudad de un cuerpo de sarracenos (de cuyo origen y costumbres hemos hablado ya), gente muy á propósito para la guerra de partidas, pero incapaz de operaciones estratégicas regulares. Éstos, al acercarse la fuerza enemiga, corrieron decididamente á su encuentro, trabándose empeñada escaramuza que por mucho tiempo estuvo indecisa. Inaudito rasgo de ferocidad dió ventaja á los bárbaros de Oriente. Uno de ellos, salvaje de crespo cabello, desnudo, exceptuando la cintura, se lanzó con un puñal en la mano, con gritos de fiera, en medio de las filas opuestas, y, aplicando los labios al enemigo que había derribado, chupó ávidamente la sangre de sus heridas. Los bárbaros del Norte se estremecieron ante aquel atroz espectáculo; quebrantóse su esperanza, y desde aquel momento no mostraron tanta energía en el ataque. Al fin perdieron por completo el valor, viendo desde lejos el inmenso circuito de las murallas de la ciudad, el prodigioso desarrollo de los barrios, sus inaccesibles magnificencias

y aquella innumerable población cubriendo el terreno hasta el estrecho que separa los dos mares. Después de haber perdido más gente que mataron, destruyeron sus máquinas de sitio y retrocedieron en dispersión hacia las provincias septentrionales, que cruzaron sin que nadie les detuviese, hasta el pie de los Alpes Julianos, llamados en otro tiempo Vénetos.

Al tener noticia de los desastrosos acontecimientos de la Thracia, Julio, jefe de las tropas al otro lado del Tauro, dió un golpe tan enérgico como saludable. Considerable número de godos, trasladados anteriormente á estas provincias, habían sido distribuídos en las ciudades y por cantones. Con secreto muy difícil de conservar hoy, consiguió Julio ponerse de acuerdo por medio de cartas con sus jefes inferiores, para realizar, en un día dado, la matanza general de aquellos bárbaros, reuniéndolos con promesa de pago de estipendio. Esta útil medida, llevada á cabo con discreción y rapidez, preservó de los mayores males á nuestras provincias orientales.

Esta narración, comenzada en el reinado de Nerva, concluye en la catástrofe de Valente. Viejo soldado y griego de nación (1), he hecho cuanto he podido por desempeñar bien mi cometido; presentando mi trabajo al menos como obra sincera, y en el que la verdad, que profeso, en ninguna parte, que yo sepa, se encuentra alterada ó incompleta. Que consignen lo demás otros más jóvenes y doctos, á los que aconsejo que escriban mejor que yo y eleven el estilo.

(1) Ammiano fué el último súbdito de Roma que escribió en lengua latina una historia profana.

FIN DE LA HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO

HISTORIA DE LOS GODOS

ESCRITA EN LATÍN

POR

JORNANDES

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

F. NORBERTO CASTILLA

NOTICIA BIOGRÁFICA DE JORNANDES

En los últimos años del siglo V ó en los primeros del VI debió nacer el autor de la HISTORIA DE LOS GODOS. De linaje godo, su padre llamábase Alanowamuth, y su abuelo paterno Peria, que fué notario ó secretario de un jefe de alanos, llamado Candax, al cual acompañó mientras militaba á las órdenes de Atila, y cuando, muerto éste, se estableció en la baja Mesia. Allí probablemente nació Jornandes.

Sábese que fué, como su abuelo, notario, pero no de quién, y que abjuró el arrianismo para abrazar la fe católica, ingresando en una orden monástica y llegando á ser obispo de Ravena, ó, al menos, obispo de los godos.

Dice de él Trithemo que fué versado en las Sagradas Escrituras, docto en ciencias profanas, de costumbres sencillas y fácil palabra, investigador de los antiguos tiempos é historiador de mérito. El mismo Trithemo dice que se atribuían á Jornandes varias obras notables, pero sólo había podido encontrar dos, una relativa á la historia de los romanos y otra á la de los godos, desde su origen hasta el momento que fué escrita.

En efecto; sólo dos obras de Jornandes han llegado á nosotros: la titulada *De regnorum ac temporum successione*, llamada por Trithemo historia romana, porque la mayoría de los hechos de que se ocupa corresponden á Roma, y la HISTORIA DE LOS GODOS.

Es la primera uno de esos compendios de historia,

una crónica de hechos y sucesos hacinados sin orden ni concierto, ni atendiendo siquiera á su relativa importancia, que tanto abundaron antes y, sobre todo, después de Jornandes. Para juzgarla hay que dividirla en tres partes. Comprende la primera desde Adán hasta el principio de la historia de Roma, y es sencillamente una cronología de nombres y sucesos. La historia de Roma desde sus orígenes hasta el reinado de Augusto forma la segunda parte, y Jornandes sigue en ella, casi servilmente, al historiador Floro. La tercera y última parte comprende la crónica de los emperadores romanos, desde Augusto á Justiniano, extractándola de diversos autores que escribieron historias de estos tiempos. Apenas hay en el libro *De regnorum ac temporum successione* algo que sea original, y gracias que sirva para comprobar algunos hechos y algunas fechas.

Si literariamente no vale mucho más que esta obra la titulada HISTORIA DE LOS GODOS, es mayor su importancia por el asunto á que se refiere. También esta historia es un compendio de la que escribió Magno Aurelio Cassiodoro, personaje contemporáneo de Jornandes, famoso no sólo por el número y mérito de las obras que escribió, sino además por su grande intervención en el gobierno de Italia durante la dominación de los godos. Jornandes mismo confiesa en el prólogo de su obra que sólo se proponía extractar la que en doce libros había escrito Senator (nombre que usaba Cassiodoro, y con el cual generalmente era conocido), refiriendo la historia del pueblo godo y de sus reyes desde la más remota antigüedad hasta la época en que fué escrita.

Prestó un dependiente de Cassiodoro á Jornandes un ejemplar de dicha historia, y éste la leyó y releyó asiduamente durante tres días, haciendo después de memoria el compendio que á nosotros ha llegado.

No se atuvo, sin embargo, servilmente á la obra ex-

tractada, y él mismo dice que introdujo párrafos de autores griegos y latinos que no están en el original, intercalando al principio, al fin, y principalmente en mitad de la obra, muchas noticias y juicios que no son de Cassiodoro, sino suyos. Sin embargo, si la historia de Cassiodoro no se hubiera perdido, el compendio hecho por Jornandes carecería de valor; pero la desaparición de aquélla ha dado á éste la importancia de obra original, y á pesar de las lagunas que hay en ella, de la falta de crítica del autor, de su ignorancia y de su parcialidad en favor de los godos, es el libro de Jornandes uno de los monumentos más valiosos que poseemos para el conocimiento de la historia y de la geografía de los siglos v y vi de nuestra era.

PREFACIO

Deseaba yo, hermano Castalio, llevar mi navecilla á tranquilas playas donde pudiera pescar pececillos á mi placer en los estanques de los antepasados, como alguien dijo, pero tú me obligas á largar la vela. Pídesme que interrumpa el opúsculo en que he puesto mano, esto es, mi *Compendio de las Crónicas,* y que intente encerrar en corto volumen los doce libros del Senador, acerca del origen é historia de los godos, descendiendo de generación en generación, de rey en rey, desde la antigüedad hasta nuestros días: tarea ardua en verdad, y cuyo peso parece que no quiere considerar el que la impone. Seguramente no adviertes que tengo yo muy poco aliento para hacer sonar la magnífica trompa de tal escritor. Y para agravar más y más la dificultad de la empresa, se me da permiso para usar esos libros á condición solamente de no seguir á la letra su sentido. A decir verdad, he empleado previamente tres días en leer esos libros, gracias á la condescendencia del intendente del autor, y, aunque no haya retenido las palabras, al menos tengo la pretensión de poseer perfectamente el pensamiento del asunto; habiendo enriquecido mi trabajo con algunas notas tomadas de historiadores griegos y latinos que se refieren á él; y además, he

mezclado al principio y al fin, y especialmente en medio de este compendio, muchas cosas mías. Así, pues, este libro, que me has obligado á escribir, sin que me haya ofendido yo por la exigencia, debes recibirlo benignamente, y ojalá lo leas con mayor benignidad; y si tú, que vives en la vecindad de los godos y tienes presentes los sucesos descubres alguna omisión, llénala. Ruega por mí, querídisimo hermano.

HISTORIA DE LOS GODOS

CAPÍTULO I

División general de la Tierra.

Nuestros antepasados, según Orosio, dividieron toda la circunferencia de la tierra que rodea el Océano en tres partes, que llamaron Asia, Europa y Africa. Muchos autores, casi innumerables, han descripto la redondez de la Tierra en estas tres divisiones, dando á conocer, no solamente las ciudades y comarcas, sino lo que es mucho más exacto, el número de pasos y millas que tienen de extensión; llevando sus investigaciones hasta determinar, á través de la inmensidad del mar, la posición de las islas rodeadas por las aguas, tanto grandes como pequeñas, dándolas los nombres de Cycladas ó Sporadas. En cuanto á los últimos límites del infranqueable Océano, no solamente no ha intentado nadie describirlos, sino que á nadie se le ha concedido alcanzarlos; viéndose la imposibilidad de ello, porque las plantas marinas detienen las naves y falta el viento; así, pues, no los conoce más que aquel que los ha creado. En cambio, estando habitada la Tierra, las playas situadas á este lado del mar que, como ya hemos dicho, rodea el disco del mundo como una corona, han sido perfectamente conocidas por hombres á quienes su curiosidad ha llevado á escribir sobre tal asunto. Hay,

además, en el mismo mar muchas islas habitables; por ejemplo, del lado de Oriente y en el Océano Índico, las Hippodas, la Jamnesia, abrasadas por el sol: éstas están desiertas, verdad es, pero no dejan de tener considerable extensión en longitud y latitud. Existe también Taprobana (1), en la que, sin mencionar los caseríos y casas de campo, se encuentran, según dicen, ciudades muy fortificadas, la hermosa Sedalia, Silestantina, deliciosa estancia, Eterón, ciudades que, si ningún escritor ha descripto, no por eso dejan de tener numerosa población nacida en su seno. En la parte occidental, este mismo Océano contiene igualmente algunas islas, conocidas casi todas á causa del movimiento de viajeros. A este número pertenecen, después del estrecho de Cádiz y cerca de este estrecho, las dos islas llamadas, una Feliz y otra Afortunada. Algunos cuentan también entre las islas del Océano los dos promontorios de Galicia y Lusitania, sobre uno de los cuales vese todavía un templo de Hércules, y sobre el otro el monumento de Scipión. Sin embargo, como tocan al extremo de la tierra de Galicia, más bien forman parte del gran continente de Europa que islas del Océano. Sea como quiera, este mar tiene en medio de sus olas otras islas que llevan el nombre de Baleares; la isla Mevania, así como las Orcadas, en número de treinta y cuatro, pero no todas habitadas. También tiene en el extremo occidental otra isla, llamada Tilena, de la que dijo el poeta mantuano:

«Que te obedezca Tilena en los límites del mundo.»

Contiene también este mar inmenso por el lado de la Osa, es decir, al Septentrión, una gran isla, llamada

(1) Hoy Ceylán, que los antiguos creían mucho más grande que en realidad es.

Scanzia (1), de la que tendremos que hablar, con el auxilio del Señor, porque del seno de esta isla salió como un enjambre de abejas para hacer irrupción en la tierra de Europa, la nación cuyo origen tanto deseas conocer. Cómo y por qué sucedió esto, lo explicaremos si el Señor nos asiste.

CAPÍTULO II

Descripción de la isla de Bretaña.

Voy á describir ahora brevemente, y como pueda hacerlo, la isla de Bretaña, situada en el seno del Océano, entre las Españas, las Galias y la Germania. Aunque, según Tito Livio, nadie en su tiempo había dado vuelta á esta isla (2) ni conoció su extensión, no han dejado de emitir opiniones acerca de ella considerable número de autores, con relación á los cuales podemos hablar. Mucho tiempo estuvo cerrada á las armas romanas, hasta que Julio César abrió la entrada por medio de combates en los que solamente buscaba la gloria. Más adelante el comercio y otras causas llevaron allá crecido número de hombres; y la edad siguiente adquirió nociones más exactas de aquel país por el cuidado que desplegó en explorarlo. He aquí su descripción tal como la encontramos en los escritores griegos y latinos: su forma es triangular, según dicen muchos, parecida á un cono: extiéndese longitudinalmente del Septentrión al Occidente, y forma un gran ángulo mirando á la des-

(1) La Scandinavia, considerada como isla mientras no se conoció su parte septentrional.

(2) En tiempo de Tácito dió por primera vez la vuelta á la gran Bretaña una flota romana. (*Agricol. X.*)

embocadura del Rhin; desde allí se estrecha por línea oblicua reentrante y vuelve sobre sí misma para formar otros dos ángulos. Dos de estos lados dan frente á la Galia, y el otro á la Germania. Dícese que su mayor anchura es de trescientos tres estadios, y su longitud no pasa de siete mil ciento treinta y dos. Fórmala una llanura cubierta en parte de bosques, en parte de matorrales, de la que surgen también algunas montañas. Rodéala un mar perezoso, que difícilmente cede al impulso de los remos y que rara vez alborota el soplo de los vientos. Las tierras están tan lejanas, que su resistencia no produce agitación alguna en las olas, porque, en efecto, el mar se extiende mucho más lejos en este paraje que en ningún otro. Strabón, célebre escritor griego, refiere que esta isla exhala nieblas tan densas, á causa de estar empapada por frecuentes irrupciones del Océano, que obscurecen la claridad ordinaria del sol durante casi todo el día, ocultando el astro á las miradas; pero que las noches son allí más claras. Encuéntrase en su extremo la isla Memma, de la que habla el historiador Tácito, rica en metales, abundante en pastos, y cuya fertilidad es más á propósito para alimentar ganados que hombres. Súrcanla en todos sentidos numerosos y grandes ríos que arrastran perlas y piedras preciosas. Entre los habitantes de la Gran Bretaña, los siluros tienen la tez morena, naciendo la mayor parte con el cabello negro y rizado; los caledonios, por el contrario, tienen el cabello rubio y son corpulentos, pero blandos. Encuéntraseles semejanza con los galos y los españoles, por lo que han supuesto algunos que en todo tiempo recurrió la isla á estas naciones para poblarse. Estos pueblos y sus reyes son igualmente bárbaros. El famoso historiador Dion nos dice que el nombre que se dan en común es el de un metal de la Caledonia. Habitan en cabañas de mimbres, mezclados con sus gana-

dos, y muchas veces no tienen otro abrigo que los bosques. Ignoro si para adornarse ó por algún otro motivo se pintan el cuerpo con auxilio del hierro. Frecuentemente se hacen guerra entre sí, sea por ambición de mando ó para aumentar lo que poseen, combaten á caballo y á pie, y también en carros con dos caballos y en carretas armadas con guadañas, á las que en su lengua llaman *essedas*. Pero basta lo dicho de la isla de Bretaña.

CAPÍTULO III

Descripción de la isla de Scanzia.

Volvamos á la isla Scanzia, que hace poco abandonamos. El ilustre geógrafo Claudio Ptolomeo la menciona en el libro segundo de su obra cuando dice: «En el Océano Ártico existe una isla grande llamada Scanzia, que tiene forma de hoja de cedro; sus costas se prolongan á lo lejos, y después se estrechan para cerrarla; el Océano penetra en sus playas. Encuéntrase enfrente del río Vístula, que sale de las montañas de la Sarmacia y que, á la vista de la isla Scanzia, desemboca en el Océano Septentrional por tres brazos, separando la Germania de la Scitia. Al Oriente y en el interior existe en esta isla un lago muy grande, y de este lago, como de un vientre, sale el río Vagi, que corre caudaloso al Océano. Inmenso mar la rodea al Occidente. Por el Septentrión la rodea también ese Océano sin límites, en el que jamás se ha navegado, y del que se destaca, á manera de brazo, el mar Germánico (1). Allí habitan pueblos que se alimentan solamente de carne; y allí encuéntrase también, según dicen, un grupo de islitas, en las que, aseguran, pierden la vista los lobos si acier-

(1) Créese que el autor se refiere al Báltico.

tan á pasar cuando el mar está helado por los intensos fríos del invierno. Así es que esta tierra no es inhospitalaria solamente para los hombres, sino que también cruel para las fieras. En cuanto á la isla Scanzia, que es el asunto de nuestro trabajo, está habitada por considerable número de pueblos diferentes, aunque Ptolomeo solamente menciona siete. Nunca se encuentran allí enjambres de abejas, á causa del rigor del frío. En su parte septentrional habita el pueblo adogita, que pasa por gozar, sin interrupción, de la claridad del sol durante cuarenta días y cuarenta noches en medio del estío, y que, en cambio, en invierno se encuentra privado de la luz durante igual número de días y de noches. Así, pues, alternativamente en la tristeza y en la alegría goza de un favor y sufre una privación que los demás países ignoran. ¿Se quiere saber por qué? Es que en los días más largos los habitantes ven al sol repasar al Oriente rozando la extremidad del eje de la Tierra, mientras que, por el contrario, en los días más cortos no pueden verlo, porque entonces recorre los signos australes. Así, pues, ese mismo sol que nos parece salir de abajo, dicen ellos que gira á lo largo del borde de la Tierra. Existen también en esta isla otras naciones, la de los crefennos, tres en número, que desdeñan alimentarse de trigo y que no viven más que de carne de animales silvestres y de aves cuyos nidos son tan numerosos en los pantanos, que bastan para la multiplicación de las especies y proveen superabundantemente á la alimentación de los habitantes. Allí viven también los suétanos, que se sirven, como los turingios, de excelentes caballos. Éstos son los que, por medio del comercio, hacen llegar á los romanos, á través de innumerables naciones, las pieles de marta que éstos usan. El hermoso color negro de sus pieles los ha hecho famosos; pero viven pobremente, encon-

trándose vestidos con extraordinaria riqueza. Después de éstos vienen multitud de pueblos diversos: los teustos, bacotos, bergios, halinos, liotidas, habitando todos en terreno llano y fértil, lo cual les expone á incursiones y estragos de otras naciones. Encuéntranse, después de estos pueblos, los atelnilos, los finaitos, los ferviros, los gautigodos, razas de hombres intrépidos, dispuestos siempre á pelear. Después los evageros mezclados con los otingos. Todos estos pueblos viven á la manera de las fieras, en las cavernas y en los bosques. Más allá de estas naciones habitan los ostrogodos, los raumaricos, los firmos, sumamente amables; los más amables de los habitantes de la isla Scanzia, los vinovilotos, los suetidos, los cogenos, que se les parecen, siendo cosa cierta que éstos son el tronco de los daneses, que arrojaron á los hérulos del territorio que poseían. Los cogenos exceden á todos estos pueblos en estatura, y gustan de darse este nombre que les distingue de todos los de la Scanzia. También de aquel país son los granianos, aganzios, unixos, etelrugos y aroquiranos, de quienes fué rey, si no en los tiempos más lejanos, hace muchos años al menos, Rodulfo, el cual, disgustándose de su reino, marchó al lado del rey de los godos Teodorico, en quien encontró lo que deseaba. Todos estos pueblos exceden á los romanos en estatura y valor, y son terribles por su ardimiento en los combates.

CAPÍTULO IV

—

Los godos salieron de la isla de Scanzia.—Sus progresos y su ocupación de la parte de Scitia inmediata al Ponto Euxino.

Supónese que los godos con su rey, llamado Berig, salieron antiguamente de esta isla Scanzia, recipiente

de naciones ó vivero de pueblos. En cuanto saltaron de sus naves y tocaron tierra, dieron su nombre al paraje á que acababan de abordar, llamándose todavía hoy, según se dice, Gotiscanzia. Inmediatamente marcharon desde allí contra los ulmerugos, establecidos entonces en las orillas del Océano, los atacaron después de haberse apoderado de su campamento y los arrojaron de las tierras que ocupaban. Poco después subyugaron á los vándalos, vecinos de este pueblo, y los añadieron á sus conquistas; y como el número de los godos había aumentado considerablemente durante su permanencia en aquel país, Filimer, hijo de Gandarico y quinto de sus reyes después de Berig, tomó, al principio de su reinado, la resolución de salir, partiendo á la cabeza de un ejército de godos, seguido de su familia y poniéndose en busca de un país que le conviniese y en el que pudiera establecerse cómodamente, llegando á las tierras de la Scitia, que los godos llamaban en su lengua *Ovim*. Pero, después de haber gozado de la gran fertilidad de aquellas comarcas, queriendo el ejército cruzar un río por medio de un puente, y habiendo pasado ya la mitad al otro lado, dícese que el puente se derrumbó y ya no pudo ninguno avanzar ni retroceder; porque, á lo que parece, aquel lugar está cerrado por un abismo rodeado de pantanos de suelo movedizo, de manera que, confundiendo la tierra con el agua, parece que la naturaleza ha querido hacerlo inaccesible. La verdad es que hoy todavía se oyen allí mugidos de rebaños y se descubren huellas humanas, según atestiguan viajeros á quienes se puede creer, á pesar de que han oído estas cosas desde lejos. En cuanto á aquellos godos que, bajo la dirección de Filimer, llegaron á la tierra de Scitia, después de pasar el río, como ya se ha dicho, tomaron posesión del país objeto de sus deseos. Después, sin perder tiempo, marcharon contra la nación de los spa-

li, pelearon y alcanzaron la victoria. En fin, desde allí avanzaron rápidamente y como vencedores hasta el extremo de la parte de la Scitia que linda con el Ponto Euxino. Así lo refieren en general sus antiguas poesías, casi en forma histórica, y esto atestigua también en su muy verídica historia Ablabio, autor notable que escribió acerca de la nación de los godos, siendo también ésta la convicción de algunos otros escritores antiguos. En cuanto á Josefo, ese historiador tan fiel á la verdad y tan digno de fe, ignoramos por qué, cuando tanto registra los tiempos remotos, guarda silencio acerca de estos orígenes de la nación de los godos que acabamos de exponer. Diremos, sin embargo, que, mencionando á los godos desde su llegada á Scitia, asegura que se les consideraba como scitas y que se les daba este nombre. Pero ya que acabamos de mencionar la Scitia, antes de pasar á otra cosa, necesario es que la describamos y señalemos sus límites.

CAPÍTULO V

La Scitia.—Su situación.—Sus pueblos.—Ocupaciones sucesivas de la Scitia por los godos.—El Tanges.—El Boristenes.

Confina la Scitia con la Germania, sea en el punto donde comienza el Ister, sea por el mar de Misia, extendiéndose hasta los ríos Tyras, Danastro, Vagorola y hasta ese otro caudaloso río que lleva, como el Ister, el nombre de Danubio: avanza hasta el monte Tauro, no el de Asia, sino otro que forma parte de este suelo, es decir, el Tauro scítico: sigue todos los contornos de la Meótida, el estrecho del Bósforo, hasta el monte Cáucaso y el rio Araxes; después, inclinándose á la izquierda, y pasando detrás del mar Caspio, no termina hasta

los últimos límites del Asia, á orillas del océano Euroboreo, teniendo forma de hongo, primeramente estrecha, y ensanchándose á lo lejos, va á tocar al país de los hunnos, de los albaneses y de los seros. La Scitia, en su infinita longitud, en su inmensa anchura, encuéntrase limitada, del lado del Oriente y en el mismo punto donde comienza, por los seros, que viven en las inmediaciones del mar Caspio; al Occidente por los germanos y el río Vístula; por el lado de la Osa ó del Septentrión, rodéala el Océano; al Mediodía por la Persia, la Albania, la Hiberia, el Ponto y el extremo del Ister llamado Danubio, desde su desembocadura hasta su nacimiento. El lado que toca al Ponto Euxino está lleno de ciudades cuyos nombres distan mucho de ser obscuros: Boristénides, Olbia, Calípoda, Quersonea, Teodosia, Pareona, Mirmiciona y Trapezunta, ciudades que las indómitas naciones de los scitas permitieron fundar á los griegos á fin de poder comerciar con ellos. Hay un paraje en medio de la Scitia que separa el Asia de Europa, y son los montes Rifeos, de los que brota el Tanais, ese río inmenso que penetra en la Meótida, laguna cuyo circuito es de cuarenta y cuatro mil pasos, y cuya profundidad no pasa en ninguna parte de ocho varas. El primer pueblo que habita la Scitia al Occidente es el de los gépidos, cuyo territorio lo rodean grandes y famosos ríos; teniendo al aquilón el Tisiano, al viento del África el Danubio; por el lado del Euro el escarpado lecho del Tausis, cuyas giratorias y rápidas ondas se precipitan con furia en las del Ister. En su seno comprende la Dacia, defendida por escarpados montes, dispuestos en forma de corona. Contra su lado izquierdo, que mira al Aquilón y avanza á través de inmensos espacios hasta el nacimiento del Vístula, encuéntrase establecido el numeroso pueblo de los vuínidos. Aunque el nombre de este pueblo varía hoy según las diferentes

tribus que lo componen y los parajes que habitan, sin embargo, se les designa generalmente con el nombre de sclavinos y con el de antos. Los sclavinos se extienden desde Civita-Nova, el paraje llamado *sclavinus rumunnensis* y el lago Muriano, hasta el Donastro, y al Norte hasta el Vístula. Éstos sólo tienen por ciudades los pantanos y los bosques. Los antos, que son los más valientes de los dos, avanzan en círculo á orillas del mar del Ponto, extendiéndose desde Danastro hasta el Danubio. Considerable número de jornadas de camino separan estos dos ríos. En la orilla del Océano, á la derecha donde por tres brazos queda absorbido el caudal del Vístula, habitan los vidoarianos, aglomeración de hombres de diferentes naciones. Después de éstos, y también en las orillas del Océano, están establecidos los itemestos, raza enteramente pacífica. Al Mediodía de éstos, y cerca de ellos, habitan los agaciros, nación muy valerosa, que ignora el uso de los frutos y solamente vive de sus ganados y de la caza. Más allá de éstos se extienden, por el mar del Ponto, los establecimientos de los búlgaros; que, por nuestros pecados, han llegado á ser desgraciadamente muy célebres. Allí fué donde en otro tiempo las belicosas naciones de los hunnos crecieron como espesa hierba, para hacer doble y furiosa irrupción sobre los pueblos; porque los hunnos están divididos en dos ramas, la de los aulzigros y la de los aviros, que habitan diferentes comarcas. Los aulzigros frecuentan las cercanías de la ciudad de Quersona, donde el ávido mercader transporta los ricos productos del Asia. Durante el estío vagan por inmensas llanuras despejadas, no deteniéndose más que donde encuentran pastos para sus rebaños, y en invierno se retiran al mar del Ponto. Los hunugaros son conocidos por las pieles de marta que suministran al comercio. He aquí los hunnos que se han hecho temibles á

hombres cuya intrepidez es, sin embargo, muy grande. Éstos de que hablamos ahora han habitado, según nos enseñan los libros, primeramente en la Scitia, á orillas de la Palus Meótida; después en la Mesia, la Thracia y la Dacia; en tercer lugar en el mar del Ponto; después otra vez en la Scitia. Pero en ningún autor hemos encontrado el relato fabuloso que les hace caer antiguamente en esclavitud, sea en la Bretaña, sea en otra isla cualquiera, donde se rescataron á precio de un caballo. Y si alguno refiere de otra manera que nosotros su aparición en la parte del Universo que habitamos, producirá ruido desagradable á nuestros oídos, porque preferimos estar á lo que hemos leído, que dar fe á cuentos de vieja. Mas volviendo á nuestro asunto, mientras la nación de que hablamos habitaba la parte de la Scitia que linda con la Palus Meótida, tuvo, como es sabido, á Filimer por rey. En las comarcas que ocupó en segundo lugar, es decir, en la Dacia, la Thracia y la Mesia, la gobernó Zamolxes, filósofo cuya prodigiosa ciencia atestiguan la mayor parte de los autores. Antes de Zamolxes había tenido hombres de gran saber, tales como Diceneus, y antes de éste Zeustas. Así, pues, los godos no carecieron de maestros para aprender la filosofía, razón por la cual fueron siempre más ilustrados que la mayor parte de los bárbaros y llegaron casi á igualar á los griegos, según dice Dion, que escribió su historia en lengua griega. Este escritor dice que los nobles entre ellos llevaron primeramente el nombre de Zarabi Terei, y después el de Pileati, eligiendo de esta clase los reyes y sacerdotes. En fin, en tan grande estima estuvieron antiguamente los getas, que se hizo nacer entre ellos á Marte, el dios de la guerra, según las ficciones de los poetas; así es que dice Virgilio:

El infatigable Marte, adorado por los getas.

Los godos tributaron durante siglos culto bárbaro á este dios, porque persuadidos de que nada podía ser tan agradable al árbitro de las batallas como la efusión de sangre humana, no le sacrificaban otras víctimas que los prisioneros que cogían. También le consagraban las primicias del botín, colgando en honor suyo despojos en los árboles; y su celo por su culto, preferido á todos los demás, procedía de que creían invocar el nombre del padre común al invocar el suyo. Los godos habitaron en tercer lugar cerca del mar del Ponto; y en esta época se habían hecho más humanitarios y esclarecidos, como antes dijimos. La nación estaba dividida en familias; los visigodos obedecían á la de los balthos; los ostrogodos á los ilustres amalos. Distinguíanse de los pueblos vecinos por su habilidad como arqueros, según atestigua Lucano, más historiador que poeta:

Tender el arco de Armenia con cuerda gética.

Antes de entregarse á este ejercicio celebraban con cánticos, acompañándose con la cítara, las hazañas de sus antepasados, Ethespamara, Hanala, Fridigerno, Widicula y otros, tenidos en grande estima por esta nación y á quienes la antigüedad, que sin cesar se nos propone á nuestra admiración, apenas puede comparar sus héroes más famosos. Por entonces, según se dice, promovió Vesosis guerra á los scitas, que resultó perjudicial para él. Me refiero ahora á aquéllos que testimonios antiguos nos presentan como esposos de las amazonas, guerreras famosas de quienes habla Orosio en el libro primero de su historia; de lo que deducimos la prueba incontestable de que aquel rey combatió contra los godos, cuando atacó, según nuestra certeza, á los esposos de las amazonas. Habitaban éstos entonces alrededor de la Palus Meótida, desde el río Boristhenes, al que llaman

Danubio los habitantes de sus riberas, hasta el río Tanais. Este río Tanais de que hablo es el que, cayendo de las montañas Rifeas, se precipita con tanta rapidez, que mientras se hielan los ríos inmediatos y hasta la Meótida y el Bósforo, solo, calentado por su carrera entre ásperas montañas, resiste al intenso frío de la Scitia y jamás se congela. Este río es el que forma el célebre límite entre Asia y Europa, y otro es el Tanais, que brota en las montañas de los Crinos y se pierde en el mar Caspio. En cuanto al Danubio, brota de vasta laguna, desde la que se extiende como un mar. Hasta mitad de su curso sus aguas son buenas y potables; produce exquisitos peces que no tienen espinas, sino solamente un cartílago para sostenerles el cuerpo; pero al acercarse al Ponto, recibe un afluente pequeño, llamado Asufeo, que es de tal manera amargo, que, á pesar de que todavía conserva la longitud de cuarenta días de navegación, aquel hilo de agua lo cambia, lo corrompe y le hace desconocido, hasta que penetra en el mar entre las ciudades griegas Calípidas é Hipanis. Enfrente de su desembocadura se encuentra una isla llamada Aquilis: y entre estos dos ríos extiéndese vasto territorio, sembrado de bosques y cubierto de peligrosas lagunas.

CAPÍTULO VI

Derrotan los godos al rey de Egipto.—Vesosis.—Sus conquistas en Asia.—Origen de los parthos.

Permanecían, pues, los godos en la Scitia, cuando Vesosis, rey de los egipcios, fué á hacerles guerra. Tenían á la sazón por rey á Taunasis, y cerca del Phaso, ese río de donde proceden las aves fasimas que en todo

el mundo abundan en los festines de los grandes, el rey de los godos encontró al de los egipcios, batiéndolo rudamente y persiguiéndole hasta Egipto; y si las aguas del Nilo ó las fortificaciones que en otro tiempo hizo construir Vesosis á causa de las incursiones de los etíopes no le hubiesen detenido, le habría exterminado en su propio país. Pero no pudiendo derrotarle en sus posiciones, que no abandonaba, regresó y subyugó á casi toda el Asia; y como estaba unido por amistad con Sorno, rey de los medos, dejóle su trono á condición de que le pagaría tributo. Sin embargo, algunos de su victorioso ejército, contemplando la extraordinaria abundancia de las provincias conquistadas, se separaron voluntariamente de sus compañeros y se establecieron en Asia. Según Trogo Pompeyo, de éstos arranca el origen de los parthos, por cuya razón todavía se les llama hoy en lengua scítica fugitivos, porque esto significa la palabra partho. No desmienten éstos su raza, siendo casi los únicos pueblos del Asia que saben manejar el arco y que muestran grande intrepidez en las batallas. En cuanto al nombre de parthos ó fugitivos que les hemos dado, he aquí la etimología, según algunos: fueron llamados parthos por haber abandonado á sus padres.

Habiendo muerto el rey de los godos Taunasis, sus pueblos le pusieron en el rango de los dioses.

CAPÍTULO VII

Las amazonas.—Sus guerras.—Fundan el templo de Epheso. Descripción del Cáucaso.

Después de su muerte, mientras su ejército, bajo las órdenes de su sucesor, realizaba una expedición á otras comarcas, un pueblo vecino atacó á las mujeres de los

godos, queriendo apoderarse de ellas; pero resistieron valerosamente á los raptores y rechazaron ignominiosamente al enemigo que caía sobre ellas. Esta victoria aseguró y acrecentó su audacia: excitáronse unas á otras, empuñaron las armas y eligieron para mandarlas á Lampeto y Marpesia, dos de ellas que habían mostrado mucha resolución. Queriendo éstas llevar la guerra al exterior y atender al mismo tiempo á la defensa del país, se sortearon, tocando á Lampeto quedarse para guardar las fronteras. Entonces Marpesia se puso á la cabeza de un ejército de mujeres y llevó al Asia aquellos soldados de nueva especie. Sometiendo allí los pueblos, unos por las armas y conciliándose otros por amistad, llegó al Cáucaso, donde permaneció algún tiempo, y dió su nombre al paraje donde se detuvo: roca de Marpesia. Así lo dice Virgilio:

Como dura sílice ó roca de Marpesia.

En este punto fué donde más adelante Alejandro Magno estableció puertas que llamó Pylas Caspianas y que hoy guarda la nación de los lazos para defensa de los romanos. Después de permanecer algún tiempo en aquel país, cobraron valor las amazonas; salieron de él, y cruzando el río Alys, que corre cerca de la ciudad de Gargano, subyugaron con fortuna nunca desmentida la Armenia, la Siria, la Cilicia, la Galacia, la Pisidia y todas las ciudades del Asia: después volvieron hacia la Jonia y la Etolia, y sometieron estas provincias. Allí se prolongó su dominación y hasta fundaron ciudades y fortalezas, á las que dieron su nombre. En Epheso elevaron á Diana, á causa de su pasión por el tiro del arco y la caza, ejercicios á que siempre se habían entregado, un templo maravillosamente hermoso en el que prodigaron riquezas. Habiendo hecho la fortuna de la mane-

ra dicha á las mujeres de la nación de los scitas dueñas del Asia, la conservaron cerca de cien años, y al fin volvieron al lado de sus compañeros, en las montañas Marpesianas, de que ya hemos hablado, esto es, al monte Cáucaso. Y como nuevamente nos ocupamos de este monte, creo que no está fuera de mi asunto describir la cadena y su posición; tanto más, cuanto que, como es sabido, rodea sin interrupción la parte más grande del mundo. Surge el Cáucaso del Océano Indio; la vertiente que mira á Mediodía está desecada y abrasada por el sol, mientras que la que da al Septentrión se encuentra azotada por fuertes vientos y por nieves. Este monte se replega en seguida sobre la Siria, donde forma un ángulo curvo; da origen á numerosos ríos del Asia, entre ellos el Eufrates y el Tigris, haciéndoles correr de perennes manantiales como de fecundos pechos. Estos ríos, navegables según la opinión más general, abrazan la tierra de los asirios, dan su nombre â la Mesopotamia, llevan á ella los viajeros y descargan sus aguas en el mar Rojo. El Cáucaso vuelve en seguida hacia el Norte y corre por la Scitia formando largos circuitos. Allí lleva al mar Caspio otros ríos muy conocidos, tales como el Araxes, el Cissus, el Cambises, y avanza sin interrupción hasta los montes Rifeos. Desde allí desciende al Ponto, y su elevación sirve de barrera á los pueblos scitas. En fin, únense sus cumbres y viene á tocar al Ister en el punto donde se divide este río. Además del nombre de Cáucaso, lleva también en Scitia el de Tauro. Tal es, pues, este monte tan grande, el más grande quizá de todos; ese monte cuyas atrevidas cumbres ofrecen á las naciones natural é inexpugnable parapeto. Por intervalos su cadena se rompe ó se entreabre, formando desfiladero, llamándose puertas Caspianas, Armenianas ó Cilicianas, según el país donde se encuentra el desfiladero. Apenas pue-

de pasar un carro por ellos, y las paredes están cortadas á pico. El nombre del Cáucaso varía según las diferentes naciones: el indio le llama Jamnio y después Propanismo; el partho le llama primero Castra y más adelante Niface; el sirio y el armenio, Tauro; el scita, Cáucaso y Rifeo; y allí donde concluye otra vez, Tauro. Otros nombres existen también que los pueblos han dado á este monte; pero ya hemos hablado bastante de él; volvamos á las amazonas que hemos dejado.

CAPÍTULO VIII

Matrimonios de las amazonas con los pueblos vecinos.—Cómo trataban á sus hijos recién nacidos.

Temiendo éstas que se extinguiese su raza, pidieron esposos á los pueblos vecinos, conviniendo con ellos reunirse una vez al año, de manera que, en adelante, cuando viniesen á buscarlas, entregarían á los padres todos los varones que hubiesen nacido, mientras que las madres instruirían en los combates á las hembras. O bien, según refieren otros, cuando daban á luz varones, les odiaban mortalmente y les arrancaban la vida. Así, pues, el alumbramiento, saludado, como es sabido, con transportes de alegría en todo el resto del mundo, entre ellas es abominable. Esta reputación de barbarie extendía en derredor de las amazonas profundo terror; porque, pregunto yo: ¿qué podía esperar el enemigo prisionero de mujeres que no perdonaban ni á sus hijos? Refiérese que Hércules combatió contra las amazonas y que Melanés las sometió más por astucia que por fuerza. Teseo á su vez se apoderó de Hipólita, de la que tuvo á su hijo Hipólito. Después de ésta tuvieron las amazonas por reina á Pentesilea, cuyas hazañas en

la guerra de Troya han llegado hasta nosotros. Créese que el imperio de estas mujeres llegó hasta Alejandro Magno.

CAPÍTULO IX

Los godos casados con amazonas.—El rey Telefo.—Su origen. Situación de la Mesia.—Empresas de Telefo.—Su muerte.

Mas para que no digáis que habiéndome propuesto hablar de los godos insisto demasiado en sus mujeres, oid ahora las grandes hazañas de estos varones. Un historiador muy diligente en la investigación de las antigüedades, Dion, en la obra que tituló *Gétila*, y ya hemos demostrado más arriba que los getas eran godos, según el testimonio de Paulo Orosio; Dion, repito, habla de uno de sus reyes llamado Telefo, que vivió en tiempos mucho menos lejanos de los referidos. Y no se diga que este nombre es extraño á la lengua goda, porque nadie ignora que el uso hace familiares á los pueblos muchos nombres que se apropian: así, pues, los romanos los tomaron frecuentemente de los macedonios, los griegos de los romanos, los sármatas de los germanos, los godos de los hunnos. Este Telefo, hijo de Hércules y de Auge, hermana de Priamo, fué casado, siendo muy notable por su elevada estatura y mucho más por sus temibles fuerzas, igualando su valor al de su padre Hércules, cuyas facciones y carácter reproducía. Fué su reino el país que nuestros antepasados llamaron Mesia, limitado al Oriente por la desembocadura del Danubio, por la Macedonia al Mediodía, á Poniente por la Histria, y otra vez por el Danubio al Septentrión. Telefo guerreó con los griegos y mató á su jefe Tesandro; y cuando en el combate al atacar á Ajax y persi-

guiendo á Ulises cayó su caballo arrastrándole, Ulises le clavó la lanza en un muslo, causándole una herida de que no pudo curar en mucho tiempo; sin embargo, aunque herido, rechazó á los griegos de sus fronteras. A la muerte de Telefo le siguió su hijo Euripilo, cuya madre era hermana de Priamo, rey de los frigios. Por cariño á Casandro, y deseando socorrer á su padre y parientes, quiso tomar parte en la guerra de Troya, pereciendo á su llegada.

CAPÍTULO X

Guerras de Cyro contra Tamaris, reina de los getas.—Ciudad de Tamaris, fundada en Mesia.—Guerra de Darío y de Jerjes contra los godos.—Alianza de Filipo con los godos.—Irrupción de éstos en Grecia.

Largo intervalo había mediado desde entonces, seiscientos treinta años próximamente, cuando, según asegura Pompeyo Trogo, Cyro, rey de los persas, emprendió contra Tamaris, reina de los getas, una guerra que le fué fatal. Enorgullecido por la conquista del Asia, intentó subyugar á los getas, sobre los que reinaba Tamaris, según acabamos de decir. Podía ésta detener á Cyro en el paso del Arapes, pero dejó que lo cruzase, prefiriendo deber la victoria á su brazo que á la ventajosa posición que ocupaba. Y así sucedió. A la llegada de Cyro fué primeramente tan favorable la fortuna á los parthos, que destrozaron al hijo de Tamaris y al numeroso ejercito que mandaba; pero en otra batalla los getas, mandados por su reina, vencieron á los parthos, haciendo terrible carnicería y arrebatándoles rico botín. Entonces fué cuando los godos vieron por primera vez tiendas de seda. Después de la victoria, encontrándose

la reina Tamaris en posesión del inmenso botín cogido al enemigo, pasó á la parte de la Mesia que hoy se llama Scitia menor, nombre que ha tomado de la grande Scitia, y fundó en aquel país, donde después fué adorada, una ciudad que, de su nombre, se llamó Tamaris. Más adelante, Darío, rey de los persas é hijo de Hystaspis, pidió en matrimonio á la hija de Antriregiro, rey de los godos, empleando ruegos primeramente y después amenazas para el caso en que no se accediese á su petición. Pero los godos rechazaron con desprecio aquella unión y desvanecieron las esperanzas de los embajadores. Enfurecido al verse rechazado, Darío hizo marchar contra ellos un ejército de ochenta mil hombres, sacrificando de esta manera la sangre de sus súbditos á la venganza de una injuria personal. Estableció un puente de barcas desde las inmediaciones de Calcedonia hasta Bizancio, y pasó á la Thracia y después á la Mesia. Otro puente semejante había construído sobre el Danubio; pero fatigado por reiterados ataques, en los que perdió ocho mil hombres en dos meses, y temiendo que el enemigo se apoderase de su puente sobre el Danubio, huyó precipitadamente, volviendo á la Thracia sin atreverse siquiera á detenerse en la Mesia, en la que no se encontraba bastante seguro. Después de su muerte, su hijo Jerjes, queriendo vengar la derrota de su padre, marchó contra los godos á la cabeza de doscientos mil persas y de trescientos mil auxiliares. Tenía, además, setecientas naves de guerra y tres mil de transporte, y, sin embargo, fracasó en su empresa, teniendo que ceder al obstinado valor de los godos. Regresó, pues, como había venido, sin librar ningún combate y sin llevar otra cosa que vergüenza. Más adelante, Filipo, padre de Alejandro Magno, hizo amistades con los godos y tomó por esposa á Medopa, hija del rey Gothila. Este matrimonio, al hacerle más fuerte, le ponía tam-

bién en condiciones de robustecer el imperio macedónico; y, sin embargo, por aquel mismo tiempo, según refiere Dion, falto de dinero Filipo, reunió un ejército con el propósito de saquear la ciudad de Udisitana, en la Mesia, cuya ciudad, estando inmediata á la de Tamaris, obedecía entonces á los godos. Pero, al aproximarse, parte de los sacerdotes godos, aquéllos á quienes llaman los piadosos, se apresuraron á abrir las puertas de la ciudad y salieron á recibirle, llevando cítaras y vestidos de blanco, pidiendo con suplicantes cánticos á los dioses de sus padres que les fuesen propicios y alejase de ellos á los macedonios. Viéndoles éstos venir hacia ellos con tanta confianza, quedaron sorprendidos, y, si es posible hablar así, guerreros armados se encontraron dominados por hombres débiles é inermes. Aquel ejército, reunido para combatir, se dispersó en el acto; y no solamente respetaron los macedonios aquella ciudad, cuya destrucción parecía segura, sino que hasta devolvieron aquellos habitantes suyos que, encontrándose fuera de las murallas, habían caído en su poder, según las leyes de la guerra, y regresaron á su país después de ajustar un tratado con los godos. Mucho tiempo después, en recuerdo de esta perfidia, el ilustre jefe de los godos, Sitaclo, al frente de ciento cincuenta mil guerreros marchó á hacer la guerra á los atenienses, ó más bien á Perdicas, rey de Macedonia; porque Alejandro, muriendo en Babilonia de la bebida emponzoñada que la traición de un oficial suyo le había preparado, había designado á Perdicas para reinar después de él sobre los atenienses. Sitaclo tuvo con él empeñado combate, en el que quedaron vencedores los godos; y de esta manera, por vengar una injuria que antiguamente habían recibido de los griegos en la Mesia, los godos hicieron irrupción en la Grecia y devastaron toda la Macedonia.

CAPÍTULO XI

Llega Boroista Diceneos á las tierras de los godos.—Les enseña la filosofía y adquiere gran prestigio entre ellos.—Le sucede Comosico.

Más adelante y en el tiempo en que Sila se apoderó de la dictadura en Roma, vino á Gocia Boroista Diceneo. Tenían á la sazón por rey los godos á Sitaclo, que se aficionó mucho á Boroista Diceneo, invistiéndole de autoridad casi soberana. Por consejo suyo talaron los godos las tierras de los germanos, que actualmente ocupan los francos. César, que fué el primero que se arrogó el poder supremo en Roma; César, que sometió á su autoridad casi el mundo entero, y subyugó no solamente los reinos, sino también las islas que el Océano separa de nuestro continente; César, que hizo tributarios de Roma á aquellos mismos que jamás habían oído pronunciar su nombre; César, repito, intentó muchas veces dominar á los godos, pero sin conseguirlo. Reina Tiberio, y es el tercer emperador que cuentan los romanos, y los godos conservan, sin embargo, su independencia. Éstos aspiran entonces á la única cosa útil é importante á sus ojos: seguir los consejos de Diceneo y cumplir puntualmente sus preceptos. Viendo éste su docilidad para obedecerle, y encontrando en ellos natural inteligencia, les enseñó casi todas las ramas de la filosofía, porque era hábil maestro en esta ciencia. Enseñóles moral para desterrar sus bárbaras costumbres; física para hacerles vivir, en conformidad con la Naturaleza, bajo las leyes que les dió, leyes cuyo texto escrito conservan todavía los godos, al que llaman *Bellagines*. Enseñóles lógica, haciendo por este medio superior su razón á la de los otros pueblos. En

fin, mostróles la práctica, exhortándoles á no hacer de sus vidas otra cosa que serie continua de buenas acciones. En seguida les dió á conocer la teoría, y, descubriéndoles todos los secretos de la astronomía, les explicó los doce signos del Zodíaco, la marcha de los planetas á través de estos signos, cómo el disco de la Luna aumenta y disminuye, y les hizo ver cuánto mayor es que la Tierra el abrasado globo del Sol. En fin, les hizo saber los nombres de trescientas cuarenta y cuatro estrellas, y por qué signos pasan para acercarse ó separarse del polo celeste en su rápido curso de Oriente á Occidente. Y yo os pregunto: ¿Cuánta debió ser la constancia de aquellos animosos hombres para sacrificar de esta manera al estudio de la filosofía los pocos días que pasaban sin combatir? Habríais visto al uno contemplando el estado del cielo; al otro estudiando las diferentes influencias de la Luna; á éste, sea un eclipse de Sol, sea la ley que lleva á este astro al Oriente, cuando arrastrado por la evolución del cielo precipita su carrera hacia Occidente. Habiendo enseñado Diceneo estas cosas y otras muchas á los godos, consideráronle éstos como ser sobrenatural, por lo que gobernó no solamente los pueblos, sino también á los reyes. Eligió entre ellos á los varones más nobles y sabios, les instruyó en las cosas de la religión, les inició en el culto de algunas divinidades y de sus altares, é instituyó sacerdotes, á los que llamó *Pileati,* creo que en atención á que celebraban los sacrificios con la cabeza cubierta con una tiara, á la que damos el nombre de *pileus.* Dispuso que se diese el nombre de *capillati* al resto de la nación; y de tal manera honran este nombre los godos, que hoy mismo lo mencionan en sus cánticos. Después de la muerte de Diceneo, profesaron casi igual veneración á Comosico, cuya sabiduría igualaba á la del anterior. Éste, á causa de sus vastos conocimientos, fué

á la vez rey y pontífice de los godos, y juzgaba á los pueblos en su justicia.

CAPÍTULO XII

Corilo, rey de los godos.—Dacia antigua. Su situación.—Descripción del Danubio.

Habiendo muerto Comosico, subió al trono Corilo y reinó sobre los godos cuarenta años en la Dacia. Refiérome á la antigua Dacia, la que, como es sabido, ocupan actualmente los gépidas. Esta comarca, situada enfrente de la Mesia, al otro lado del Danubio, está rodeada por un cinturón de montañas y no tiene más que dos salidas, llamadas Bontas la una y Tabas la otra. Llamada Dacia antiguamente, después Gocia, bajo los godos, actualmente, como ya dijimos, lleva el nombre de Gepidia. Limítanla al Oriente los roxolanos; al Poniente los tamacitas; al Septentrión los sármatas, y á Mediodía la corriente del Danubio, separando el curso del río á los tamacitas y roxolanos. Pero ya que acabo de mencionar el Danubio, creo que no será superfluo indicar aquí algunas particularidades notables. Tiene este río su origen en el país de los alemanes, y recibe sesenta ríos desde su nacimiento hasta el Ponto Euxino, donde desemboca. Estos ríos, que surcan sus orillas á derecha é izquierda en espacio de mil doscientos pasos, le dan figura de aleta de pescado. Cuando toma el nombre de Hister, que los bessos le dan en su lengua, adquiere prodigiosa anchura, y sus aguas alcanzan hasta doscientos pies de profundidad. Así es que este inmenso río sobrepuja á todos los demás, no teniendo otro rival que el Nilo. Pero ya hemos hablado bastante del Danubio: con auxilio del Señor, volvamos á nuestro asunto, de que nos hemos separado.

CAPÍTULO XIII

Dorpaneo, rey de los godos.—Sus victorias contra los romanos durante el reinado de Domiciano.—Anses.

Mucho tiempo después, bajo el reinado del emperador Domiciano, desconfiando los godos de su avaricia, rompieron la alianza que habían ajustado antiguamente con otros emperadores, pusieron en fuga á los soldados y generales romanos y devastaron la ribera del Danubio, de la que estaba el Imperio en posesión desde mucho tiempo. Había sucedido á Agripa Pompeyo Sabino en el gobierno de aquella provincia; los godos, por su parte, tenían por rey á Dorpaneo: llegóse á las manos; los godos derrotaron á los romanos, cortaron la cabeza á Pompeyo Sabino, y apoderándose de considerable número de fortalezas y ciudades pertenecientes al Emperador, las saquearon. En la extremidad á que se hallaban reducidos sus súbditos, Domiciano se apresuró á pasar á la Iliria (1) con todas sus fuerzas, y dió orden á Fusco, á quien confió el mando de casi todas las fuerzas militares del Imperio, para que cruzase el Danubio por un puente de barcas con soldados escogidos y que marchase contra el ejército de Dorpaneo; pero los godos no se dejaron sorprender. Empuñaron las armas, y desde el primer encuentro deshicieron á los romanos, mataron á su general Fusco y saquearon su campamento después de asaltarlo. Con ocasión de esta gran victoria dieron los godos el nombre de anses, es decir, semidioses, á sus jefes, porque les parecían excesiva-

(1) Domiciano no fué personalmente contra los dacios, sino que envió á sus generales, lo que no le impidió decretarse doble triunfo, que fué una irrisión según Tácito. (*Ágricola XXXIX.*)

mente favorecidos por la fortuna para no ser más que mortales. Ahora voy á exponer brevemente su genealogía: escuchadme, pues, vosotros que imparcialmente me leéis, y os diré con exactitud de qué padre desciende cada uno de ellos, quién fué el tronco de su raza y quién el último vástago.

CAPÍTULO XIV

Genealogía de los amalas.—División de los godos en visigodos y ostrogodos.

El primero de todos, según los mismos godos mencionan en sus poesías, fué Gapt, que engendró á Halmal; Halmal engendró á Augis; Augis engendró al que lleva el nombre de Amala, que es el tronco de los amalas; Amala engendró á Isarna; Isarna engendró á Ostrogota; Ostrogota engendró á Unilt; Unilt engendró á Athal; Athal engendró á Achiulfo; Achiulfo engendró á Asila y Ediulfo, Vuldulfo y Hermerico; Vuldulfo engendró á Valeravano; Valeravano engendró á Winitharo; Winitharo engendró á Teodomiro, Walemiro y Widemiro; Teodomiro engendró á Teodorico; Teodorico engendró á Amalasuenta; Amalasuenta engendró á Atalarico y Mathasuenta, que tuvo de su esposo Uterico y de la misma sangre que ella; porque Hermerico, hijo de Achiulfo, de quien antes he hablado, engendró á Humiundo; Humiundo engendró á Torismundo; Torismundo engendró á Berimundo; Berimundo engendró á Widerico; Widerico engendró á Ertarico, y éste, siendo esposo de Amalasuenta, engendró á Atalarico y á Matasuenta. Habiendo muerto joven, Matasuenta cas ócon Witichis y no tuvo hijos. Belisario les llevó á los dos á Constantinopla; y habiendo muerto allí Witichis, el

patricio Germano, hijo de un hermano de nuestro señor el emperador Justiniano, tomó por esposa á esta misma Matasuenta, elevándola al rango de patricia ordinaria; de ella tuvo un hijo que se llamó Germano, como su padre. Muerto Germano, su viuda resolvió no volver á casarse. En el lugar propio daremos á conocer (si tal es la voluntad del Señor) cómo tuvo fin el reinado de los amalas: ahora, volvamos á nuestro asunto, del que nos hemos separado, y hablemos del tiempo en que la nación de que se trata puso al fin término á sus correrías. El historiador Ablavio refiere que, mientras los godos, como ya hemos dicho, habitaban en la Scitia y en la ribera del Ponto Euxino, aquellos de los suyos que moraban en la parte Oriental y que tenían por jefe á Ostrogota, fueron llamados ostrogodos (ignórase si por el nombre del jefe ó por su posición oriental); y que los otros, los establecidos al Occidente, recibieron el nombre de visigodos. Ya hemos dicho que después de atravesar el Danubio habitaron por algún tiempo en la Mesia y en la Thracia.

CAPÍTULO XV

Origen del emperador Maximino.—Su prodigiosa fuerza.—Cómo llega á ser emperador.—Persigue á los cristianos.—Su muerte.—Le sucede Filipo.

De los godos que quedaron en esta comarca salió Maximino, Emperador después de la muerte de Alejandro, hijo de Mammea. Así lo refiere Simmaco en el libro quinto de su historia. Muerto Alejandro César, dice, el ejército eligió emperador á Maximino, nacido en Thracia de obscuro origen. Su padre era godo, y tenía por nombre Mecca; su madre era alana y se llamaba Ababa. En

el tercer año de su reinado, y durante la persecución que hacía sufrir á los cristianos, perdió juntamente el Imperio y la vida. Era emperador Severo y celebraba el día del nacimiento de un hijo suyo, cuando, al salir Maximino de una infancia pasada en los bosques, cambió la vida de pastor por la de soldado. Daba el príncipe juegos militares; entre los espectadores se encontraba Maximino, quien, joven y semi-salvaje, al ver los premios expuestos, pidió en su bárbara lengua al emperador permiso para luchar con soldados de experimentada destreza. Sorprendido Severo por su elevada estatura, que excedía de ocho pies, dispuso, según se dice, que pelease con escuderos, no queriendo exponer á soldados á algún ultraje de parte de aquel rústico. Tal fué la fortuna de Maximino, que derribó á diez y seis escuderos sucesivamente sin descansar un momento: adjudicósele el premio y recibió orden de ingresar en la milicia. Al principio se le recibió en la caballería. Habiendo ido tres días después el Emperador al campo de maniobras y viéndole moverse de manera bárbara, mandó al tribuno que le castigase, para doblegarlo á la disciplina romana. Observando Maximino que el príncipe hablaba de él, se acercó y comenzó á adelantar á su caballo á la carrera. Entonces el Emperador, aguijoneando al animal y sacándolo al galope, le hizo realizar diferentes evoluciones, describiendo á uno y otro lado numerosos círculos, hasta que creyó rendido á Maximino, diciéndole en seguida: «¿Acaso no puedes después de la carrera luchar á lo thracio?» «Emperador, le respondió, como te plazca.» Apeándose en seguida Severo, mandó que luchase con soldados recientemente alistados; Maximino arrojó al suelo á siete de los más vigorosos, sin tomar descanso alguno: por esta razón fué el único á quien el Emperador concedió un collar de oro, además de los premios en dinero, haciéndole pasar

en seguida á sus guardias. Más adelante, bajo Antonino Caracalla, fué colocado á la cabeza de los guardias, creciendo su reputación con sus buenas acciones y siendo recompensada su bravura con diversos grados en la milicia, hasta el de centurión. Sin embargo, al advenimiento de Macrino al Imperio, rehusó servir durante tres años; y aunque entonces tenía el grado de tribuno, no se presentó jamás ante el nuevo emperador, considerándole indigno de reinar por haber arrebatado mediante un crimen el trono á Heliogábalo. Volvió después al servicio bajo el reinado del que se consideraba hijo de Caracalla, ejerciendo entonces su cargo de tribuno. Después de la muerte de éste, combatió heroicamente contra los parthos, bajo Alejandro, hijo de Mammea. En fin, habiendo sido muerto éste en Maguncia en una revuelta de sus soldados, el ejército, sin consultar al Senado, hizo emperador á Maximino; pero manchó todas sus bellas cualidades con la funesta resolución que tomó de perseguir á los cristianos, y le mató en Aquiba Pupión, dejando el imperio á Filipo. Hemos tomado de la historia de Simmaco lo que acaba de leerse, con objeto de hacer ver que la nación de que se trata en este libro llegó hasta la cumbre de las grandezas romanas. Pero necesario es que volvamos al punto donde comenzó nuestra digresión.

CAPÍTULO XVI

Estado floreciente del pueblo godo á orillas del Ponto Euxino.—Los godos, aliados de los romanos, llegan á ser sus enemigos.—A las órdenes de Ostrogota devastan la Mesia y la Thracia.—Sitio de Marcianópolis.—Por qué motivo fué fundada esta población.

Esta nación ilustró extraordinariamente los parajes que habitó al principio, es decir, la Scitia, á orillas del

Ponto Euxino. Ocupando, como no puede dudarse, tan grandes espacios de terreno, dueña de tantos mares, del curso de tantos ríos, hizo caer muchas veces bajo su mano al vándalo, impuso tributo á los marcomanos y redujo á servidumbre á los príncipes de los quados. Bajo el emperador Filipo, el mismo que he mencionado antes, que fué el único príncipe cristiano con su hijo Filipo, antes de Constantino, y vió en el segundo año de su reinado cumplir Roma su milenario, los godos, justamente descontentos porque no les pagaban su sueldo, se tornaron enemigos, de amigos que eran; porque no obstante que vivían bajo sus reyes en apartado país, eran, sin embargo, federados del imperio y recibían un don anual. ¿Qué más diré? Ostrogota pasó el Danubio con los suyos y devastó la Mesia y la Thracia. Filipo envió contra él al senador Decio, quien poniéndose al frente de las tropas y no alcanzando ventaja alguna, despidió á sus soldados enviándolos á sus hogares, como si por su negligencia hubiesen cruzado los godos el Danubio. Habiéndose vengado de esta manera sobre los suyos por su mal éxito, regresó al lado de Filipo. Pero indignados los soldados por el licenciamiento después de las fatigas que habían soportado, corrieron á ofrecerse al rey de los godos Ostrogota, que les recibió bien, é inflamado con los discursos marchó en seguida contra los romanos al frente de treinta mil hombres, á los que se unieron tafilos, astringianos y tres mil carpianos, raza muy aguerrida y muchas veces funesta á los romanos; pero que, sin embargo, más adelante, el césar Galerio Máximo sometió al Imperio bajo el reinado de Diocleciano. Volvamos á Ostrogota, que habiendo reunido godos y pencenios de la isla de Pence, adyacente á la desembocadura del Danubio en el Ponto Euxino, les dió por jefe á Guaterico, el primero en nobleza de la nación de los godos. Sin más tar-

das partes, se dejaron arrastrar por la envidia y tomaron las armas contra ellos, á pesar de su parentesco. Si preguntáis cómo son parientes los gépidos y los getas, en pocas palabras responderé. Ya dije al comienzo, como debéis recordar, que los godos salieron de la isla Scanzia con su rey Berich y que, en tres naves solamente, llegaron á las orillas de este lado del Océano. Marchando una de aquellas naves con más lentitud que las otras, como suele suceder, dícese que al llegar dieron á los que la montaban el nombre de gépidos, porque en lengua de los godos llámase gepanta al perezoso. De aquí vino que, con el tiempo y por corrupción, los gépidos sean nombrados con una palabra de censura, Por otra parte, está fuera de duda que los gépidos tienen el mismo origen que los godos; pero, como ya he dicho, gepanta significa perezoso, lento, y esta palabra de reconvención, aplicada accidentalmente, ha venido á ser su nombre. Y creo que les conviene perfectamente, porque su ánimo no es tan pronto, su cuerpo es más lento y más pesado que el de los godos. Apoderóse, pues, la envidia de los gépidos, que, despreciados hasta entonces, habitaban una isla del río Viscla, rodeada de valles que, en lengua de sus padres, llamaban gépidos. Allí es donde hoy habita, según se dice, el pueblo de los vividarianos, desde que los gépidos se establecieron en mejores terrenos. Sabido es que estos vividarianos, oriundos de diferentes naciones, se reunieron en aquella isla como en un asilo, fundando de esta manera un pueblo. Como ya hemos dicho, Fastida, rey de los gépidos, excitando á su nación, ensanchó con sus conquistas las fronteras de su país. Después de aplastar á los burgundios, que casi exterminó completamente, y domado además algunas otras naciones, el insensato, provocando á los mismos godos, fué el primero en violar los lazos de la sangre por culpable agresión, y, agui-

joneado por su excesivo orgullo, comenzó á despoblar las tierras que quería unir á las de su pueblo. Primeramente envió legados á Ostrogotha, bajo cuyo Imperio se encontraban reunidos todavía los ostrogodos y los visigodos, dos pueblos que, como es sabido, pertenecen á la misma nación. Quejábase de que estaba encerrado entre abruptas montañas y estrechado por espesas selvas, y le pedía de dos cosas, una: ó que se preparase á la guerra, ó que le cediese parte de sus tierras. Entonces Ostrogotha, rey de los godos, con la firmeza de carácter que le era propia, respondió á los legados que aquella guerra le causaba verdadero horror; que le sería duro, que consideraba como un crimen venir á las manos con sus parientes, pero que no cedía terrenos. ¿Qué más diré? Los gépidos corrieron á las armas, y para que no se les creyese los más fuertes, Ostrogotha marchó contra ellos. Encontráronse los dos ejércitos ante la ciudad de Galtis, á cuyo pie corre el río Aucha. Allí pelearon los dos bandos con gran valor, porque las dos partes empleaban iguales armas y la misma manera de combatir; pero á los godos les ayudó la bondad de su causa y su mayor viveza de carácter. El ejército de los gépidos acabó por ceder, y la noche puso fin al combate. Entonces, abandonando los cadáveres de los suyos, Fastida, rey de los gépidos, regresó precipitadamente á su país, tan humillado por aquella vergonzosa derrota como inflado estuvo antes por su orgullo. Los godos volvieron vencedores, contentos por la retirada de los gépidos, y mientras vivió su jefe Ostrogotha, los nuestros permanecieron en paz en su país.

CAPÍTULO XVIII

Cniva, sucesor de Ostrogotha, conduce á los godos en la Mesia y da muchas batallas á los romanos.—Muerte de Decio.

Después de su muerte, dividiendo Cniva su ejército en dos partes iguales, envió una para devastar la Mesia, sabiendo que se encontraba desguarnecida de tropas por la negligencia de los emperadores, y poniéndose él mismo á la cabeza de setenta mil hombres, subió hacia Eustesium, llamado también Novas. Rechazado por el duque Galo, avanzó hacia Nicópolis, ciudad situada sobre el río Yatro y muy célebre porque Trajano la hizo construir después de haber deshecho á los sármatas, dándole el nombre de la Victoria. Enterado allí Cniva de que el emperador Decio marchaba contra él, se retiró á la Hemonia, de donde no distaba mucho; y después de haber hecho allí sus preparativos, marchó rápidamente hacia Filipópolis. Informado de su marcha el emperador Decio, y queriendo socorrer aquella ciudad que le pertenecía, cruzó una elevada montaña y marchó sobre Berrea. Mientras hacía descansar á sus caballos y ejército fatigado, cayó repentinamente Cniva con sus godos sobre él, destrozó el ejército romano y persiguió al emperador y á corto número de los suyos, que encontraron posibilidad de huir hasta la Toscana, después á través de los Alpes, otra vez hasta la Mesia; donde se encontraba entonces Galo, duque de la frontera, con fuerzas considerables. Reuniendo á las tropas de este último aquellos soldados que habían escapado del enemigo, formó Decio nuevo ejército para continuar la guerra. En cuanto á Cniva, se apoderó de Filipópolis después de largo asedio, la saqueó y se coligó con el

duque Prisco, que la había defendido y que se comprometió á combatir contra Decio. Atacaron, en efecto, á este último, cuyo hijo fué atravesado por una flecha al principio del combate, cayendo mortalmente herido. Refiérese que al saberlo el padre, solamente dijo estas palabras, para tranquilizar, sin duda, el valor de los soldados: «No debemos afligirnos: la pérdida de un soldado en nada disminuye las fuerzas del Estado.» Sin embargo, no pudiendo resistir á su dolor paternal, lanzóse en medio del enemigo, pidiendo morir ó vengar á su hijo. Llegado á Abrupto, ciudad de la Mesia, fué envuelto por los godos, que le dieron muerte. De esta manera perdió el Imperio y la vida. Aquel paraje se llama todavía el altar de Decio, porque antes de la batalla el desgraciado había sacrificado allí á los ídoles.

CAPÍTULO XIX

Galo y Volusiano. Epidemia en su reinado.—Sublevación y muerte de Emiliano.—Galo y Volusiano hacen un tratado de alianza con los godos.

Muerto Decio, reinaron sobre los romanos Galo y Volusiano. Por aquel tiempo una enfermedad pestilente, parecida á la que nos ha afligido antes de estos últimos nueve años, recorrió la faz de todo el Universo, desolando especialmente Alejandría y Egipto. El historiador Dionisio ha hecho el lamentable relato de esta calamidad, que también describió nuestro venerable mártir, el obispo de Cristo, Cipriano, en su libro titulado *De la mortalidad*. En el mismo tiempo, un tal Emiliano, viendo que la negligencia de los emperadores dejaba á los godos devastar impunemente la Mesia, y que no se les podía alejar sin someter al Imperio á grandes sacri-

ficios, se persuadió de que la fortuna no le sería menos favorable. Apoderóse, pues, de la tiranía en la Mesia, y habiéndose atraído todas las tropas, se dedicó á desolar ciudades y habitantes. Mas á los pocos meses, la multitud que le seguía se sublevó contra él, ocasionando graves daños al Imperio. En cuanto á él, pereció al comienzo de su criminal tentativa, y perdió al mismo tiempo la vida y el Imperio que usurpaba. Relativamente á los emperadores Galo y Volusiano, que antes mencioné, á pesar de que abandonaron este mundo después de un reinado que apenas duró dos años, sin embargo, en estos dos años en que no hicieron más que aparecer, su mando fué por todas partes apacible y amado. Una sola cosa les fué imputada como desgracia: la enfermedad general; pero esto por parte de ignorantes y calumniadores, que se complacían en rasgar la vida ajena con sus envenenados dientes. Á su advenimiento al trono ajustaron un tratado (1) de alianza con los godos; y después de su muerte, que ocurrió á poco tiempo de esto, Galieno se apoderó del poder supremo.

CAPÍTULO XX

Invasión de los godos en Asia durante el reinado de Galieno.—Queman el templo de Efeso.—Devastan la Thracia.—Toma de Anchiala.

Mientras este Emperador se entregaba á todo género

(1) Por este tratado, completamente ventajoso á los godos, se les aseguraba el botín que habían recogido en tierras del Imperio; una cantidad de dinero determinada y pagadera todos los años, y, en fin, se les dejaba dueños de llevar cautivos á ciudadanos pertenecientes á las primeras clases del Estado, cuyo mayor número había caído en manos de los bárbaros en la toma de Filipópolis en la Thracia. (*Zósimo*, lib. I, cap. XXIV.)

de disoluciones, Respa y Veduco, Thuro y Varo, jefes de los godos, cogieron naves y pasaron al Asia. Habiendo atravesado el estrecho del Helesponto, asolaron considerable número de ciudades de aquella provincia y quemaron el renombrado templo de Diana en Efeso, fundado en otro tiempo por las amazonas, como ya dijimos. En seguida abordaron á la Bitinia, donde saquearon á Calcedonia, que más adelante restauró en parte Cornelio Avito, pero que hasta hoy, si bien goza de los privilegios de la capital del Imperio, conserva vestigios de devastación, que perpetúan el recuerdo de sus desgracias. Cargados de botín, repasaron los godos el Helesponto con igual fortuna que lo habían cruzado para penetrar en Asia y devastaron en marcha á Troya é Ilión, que comenzaban á respirar un poco después de la guerra de Agamenón, y que de nuevo fueron destruídas por el hierro enemigo. Después de desolar de esta manera el Asia, llevaron la devastación á la Thracia, donde sitiaron y á poco tomaron la ciudad de Anchiala, situada al pie del Hemus, en la vecindad del mar, la misma que en otro tiempo fundó, entre el mar y el Hemus, Sardanápalo, rey de los parthos. Dícese que permanecieron allí muchos días, deleitándose en tomar baños en las aguas templadas que brotan de sus manantiales de fuego, á quince millas de esta ciudad, y las más eficaces de todas las aguas termales del mundo para devolver la salud á los enfermos. Desde allí regresaron los godos á su país.

CAPÍTULO XXI

Maximiano aprovecha los servicios de los godos en Persia, Egipto, etc.—Constantino toma á sueldo cuarenta mil godos con el nombre de federados.

Más adelante, el emperador Maximiano los tomó á sueldo de Roma contra los parthos, á quienes combatieron fielmente las tropas auxiliares que habían suministrado. Pero después que el césar Maximiano, casi con su auxilio solo, puso en fuga á Narsés, rey de los persas, nieto de Sapor el Grande, apoderándose de todas sus riquezas, de sus mujeres, de sus hijos, y que, de acuerdo con Diocleciano, venció á Aquiles en Alejandría: después que Maximiano Herculio hubo deshecho á los quinquegencianos en África, y pacificado el Imperio, comenzó á descuidar á los godos. Sin embargo, hacía mucho tiempo que el ejército romano difícilmente podía prescindir de su auxilio contra cualquiera nación; así es que con frecuencia se ve al Imperio recurrir á ellos, y, por ejemplo, bajo Constantino, cuando llevaron sus armas contra su pariente Licinio, le vencieron, le encerraron en Tesalónica y le derribaron, despojado del Imperio bajo la espada de Constantino victorioso. Cuando fundó éste aquella célebre ciudad, que llegó á ser rival de Roma y á la que dió su nombre, también le prestaron su auxilio los godos, y por un convenio ajustado con el Emperador, le suministraron cuarenta mil hombres para ayudarle á rechazar diferentes naciones. Este cuerpo ha permanecido hasta el día al servicio del Imperio, en igual número y con el mismo nombre, de federados. Los godos florecían de esta manera bajo el mando de sus reyes Ararico y Aorico, á cuya muerte les

sucedió Geberico, tan grande por su valor como por su nobleza.

CAPÍTULO XXII

Origen de Geberico, rey de los godos.—Ataca á Visumar, rey de los vándalos.—Origen de este rey.—País de los vándalos.—Combate á orillas del Marisia.—Vencidos los vándalos, se establecen en la Pannonia.

Fué padre de Geberico Helderico, abuelo Ovida y bisabuelo Cnivida; con sus grandes hazañas igualó la gloria de sus antepasados. Deseando desde los comienzos de su reinado extender su autoridad sobre la nación de los vándalos, atacó á su rey Visumar. Procedía éste de la tribu de los asdingos, la primera de todas entre ellas, y una de las más valientes que se han conocido. Así lo refiere el historiador Dexipo, quien asegura que esta nación empleó casi un año entero para llegar desde las orillas del Océano á nuestras fronteras, á causa de la inmensa extensión de tierras que tuvo que atravesar. Ocupaba entonces el país que habitan los gépidos, entre los ríos Marisia, Miliara, Gilfil y el Grisia, que excede á los otros en magnitud. En aquel tiempo tenían los vándalos los godos al Oriente, al Occidente los marcomanos, al Septentrión los hermunduros, y al Mediodía el Hister, llamado también Danubio. Cuando habitaban aquel país fueron atacados por Geberico, rey de los godos, en las orillas del río Marisia, que ya he nombrado, donde se peleó largo tiempo con fuerzas iguales. Pero al fin fué derribado el rey de los vándalos Visumar, como también gran parte de su nación. En cuanto á Geberico, el glorioso jefe de los godos, después de haber vencido y despojado á sus enemigos, regresó al país de que había salido. Entonces

los pocos vándalos que se habían salvado reunieron á todos los que no podían empuñar las armas y abandonaron su desolada patria. Pidieron la Pannonia al emperador Constantino y se establecieron allí durante cerca de cuarenta años, sometidos á las leyes del Imperio como los habitantes de aquella provincia. Sin embargo, mucho tiempo después salieron al llamamiento de Silicón, maestre de la milicia, ex-cónsul y patricio, para invadir las Galias, donde saquearon á sus vecinos sin fijarse en parte alguna.

CAPÍTULO XXIII

Ermanarico, rey de los godos.—Sus conquistas sobre varios pueblos septentrionales.—Subyuga á los hérulos, los venetos y los estros.

Algún tiempo después de la muerte del rey de los godos Geberico, le sucedió Ermanarico, de la noble familia de los amalas, quien subyugó gran número de gentes belicosas del Septentrión, haciendolas obedecer sus leyes. Así es que con razón algunos de nuestros antepasados lo han comparado con Alejandro Magno; porque sometió y mantuvo bajo su autoridad á los godos, los scitas, los thuidos, los aunxos, los vasinobrontos, los mermos, los mordensimnis, los caris, los rokos, los tadazanos, los athualos, los navegos, los bubegentes y los coldos. Adorándole los pueblos por haber sujetado tan poderosas naciones. Quiso reducir también á su obediencia á los hérulos, de quienes era rey Alarico, y los sometió después de haber exterminado gran parte. Los hérulos, así llamados según el historiador Ablavio, de la palabra *ele,* que en griego quiere decir charca, porque habitan tierras pantanosas cerca de las lagunas Meótidas, estaban dotados de extraordinaria

agilidad, que los hacía tanto más orgullosos, cuanto que no había pueblo en aquel tiempo que no quisiera tener de aquella infantería ligera en sus ejércitos. Pero aunque esta agilidad les hubiese dado alguna vez ventaja sobre otros combatientes, tuvo que ceder al peso y firmeza de los godos: y quiso la fortuna que ellos también, entre las demás naciones géticas, sufriesen la dominación de Ermanarico. Después de la derrota de los hérulos, el mismo Ermanarico volvió sus armas contra los vénetos, que, poco aguerridos, pero fuertes por el número, trataron al pronto de resistirle. Pero el número sólo no puede nada en la guerra, sobre todo ante el número, el valor y la disciplina: así, pues, estos pueblos, aunque nacidos de la misma estirpe, como dijimos al principio de esta historia, en que dimos los nombres de ellos, llevan hoy tres denominaciones, á saber: vénetos, antos y slavos; y si ahora los vemos desencadenados por todos lados á causa de nuestros pecados, entonces prestaron obediencia, tan numerosos como eran, á Ermanarico. Éste subyugó igualmente con su prudencia á la nación de los estros, establecida en las orillas más apartadas del Océano germánico: y, como premio de sus trabajos, dominó sobre todos los pueblos de la Scitia y de la Germania.

CAPÍTULO XXIV

Origen de los hunnos.—Pasan el Palus Meótida.—Subyugan á los scitas y á los alanos.—Retrato de los hunnos.—Suplicio de Sanielh.—Ammio y Saro hieren á Ermanarico.—Los ostrogodos, atacados por los hunnos, se ven abandonados de los visigodos.—Muerte de Ermanarico.

Poco tiempo después, según refiere Orosio, los hunnos, la más feroz de las naciones bárbaras, se levantaron

contra los godos. Consultando la antigüedad, se descubre lo siguiente acerca de su origen: Filimer, hijo de Ganderico el Grande, y rey de los godos, el quinto de los que les gobernaron desde su salida de la isla Scanzia, habiendo entrado por tierras de la Scitia al frente de su nación, como ya hemos dicho, encontró entre sus pueblos á ciertas hechiceras que en el lenguaje de sus padres llamó aliorumnas. La desconfianza que le inspiraban hizo que las arrojase de entre los suyos; y habiéndolas perseguido lejos de su ejército, las rechazó á un terreno solitario. Habiéndolas visto los espíritus inmundos que vagaban por el desierto, se unieron con ellas, mezclándose en sus caricias, y dieron origen á esta raza, la más agreste de todas. Permaneció al principio entre los pantanos, encogida, negra, enfermiza, perteneciendo apenas á la especie humana, y pareciéndose muy poco su lenguaje al de los hombres.

Tal era el origen de los hunnos que llegaron á las fronteras de los godos. Su feroz nación, como refiere el historiador Prisco, permaneció primeramente en la ribera ulterior de la Palus Meótida, ocupándose exclusivamente en la caza, hasta que, habiéndose multiplicado, llevó la perturbación á los pueblos vecinos con sus fraudes y rapiñas. Algunos cazadores de entre los hunnos, estando, según costumbre, en acecho de caza en la orilla ulterior de la Palus Meótida, vieron de pronto presentarse delante de ellos una corza, que entró en la laguna, y unas veces avanzando, otras parándose, parecía indicarles un camino. Siguiéronla los cazadores, y atravesaron á pie la Palus Meótida, que consideraban tan poco vadeable como el mar; y después, cuando vieron la tierra de Scitia, que no conocían, desapareció repentinamente la corza. Los espíritus de que descienden los hunnos tramaron esto en odio á los scitas, según creo. Los hunnos, que en manera alguna sospe-

chaban que hubiese mundo al otro lado de la Palus Meótida, quedaron asombrados ante la tierra de Scitia; y como son muy sagaces, parecióles ver una protección sobrenatural en la revelación de aquel camino, que tal vez no había conocido nadie hasta entonces. Regresaron á los suyos, refirieron lo ocurrido y celebraron la Scitia, hasta que al fin persuadieron á su nación para que les siguiera, poniéndose en marcha todos juntos hacia aquellas comarcas por el camino que les mostró la corza. Los scitas que cayeron en sus manos á su llegada los sacrificaron á la victoria, y los demás fueron vendidos y subyugados. En cuanto pasaron aquella inmensa laguna, arrastraron como un torbellino á los alipzuros, los alcidzuros, los itamaros, los tuncases y los boiscos, que vivían en aquel lado de la Scitia. Igualmente sometieron con reiterados ataques á los alanos, que les igualaban en el combate, pero poseyendo más dulzura en las facciones y en la manera de vivir. Así, pues, aquellos mismos que hubiesen podido resistir á sus armas, no podían resistir la vista de sus espantosos rostros y huían á su presencia, dominados por mortal espanto. En efecto; su tez tiene horrible negrura; su rostro es más bien, si se puede hablar así, masa informe de carne que faz, y sus ojos parecen agujeros. Su firmeza y valor se revelan en su terrible mirada. Ejercen la crueldad hasta con sus hijos desde el día en que nacen, porque empleando el hierro, surcan las mejillas á los varones para que antes de mamar la leche se acostumbren á soportar las heridas. Por esta razón envejecen sin barba después de una adolescencia sin belleza, porque las cicatrices que deja el hierro en sus rostros extinguen el pelo en la edad en que tan bien sienta. Son pequeños, pero esbeltos; ágiles en sus movimientos y muy diestros para montar á caballo; anchos de hombros; armados siempre con el arco y prontos

para lanzar la flecha; firme la apostura y la cabeza alta, siempre con orgullo; bajo la figura del hombre, viven con la crueldad de las fieras. Los rápidos movimientos de los hunnos, sus rapiñas sobre grán número de pueblos, cuyo rumor llegaba hasta ellos, consternaron á los godos, que celebraron consejo con su rey para acordar lo que debía hacerse, con objeto de ponerse á cubierto de enemigo tan terrible. El mismo Ermanarico, á pesar de los numerosos triunfos de que antes hablamos, estaba preocupado con la proximidad de los hunnos, cuando le hizo traición la pérfida nación de los roxolanos, una de las que reconocían su autoridad. El motivo fué el siguiente: habiendo abandonado pérfidamente á su marido, una mujer llamada Sanielh, de aquella nación, se enfureció el rey y mandó atarla á cuatro caballos salvajes, cuyo furor se excitó, y la hicieron pedazos. Pero sus hermanos Ammio y Saro, para vengar la muerte de su hermana, hirieron con espada á Ermanarico en un costado. Desde que recibió aquella herida, no hizo otra cosa que arrastrar mísera vida en cuerpo débil. Aprovechando su mala salud, Balamiro, rey de los hunnos, atacó á los ostrogodos, que desde entonces quedaron abandonados por los visigodos, con los que estaban unidos hacía mucho tiempo. En medio de estos acontecimientos, Ermanarico, tan agobiado por los sufrimientos de su herida como por el pesar de ver las correrías de los hunnos, murió muy anciano, á los ciento diez años de edad; dando su muerte ocasión á los hunnos para prevalecer sobre aquellos godos que moraban, como ya dijimos, al lado Oriental, y que llevaban el nombre de ostrogodos.

CAPÍTULO XXV

Alarmas de los visigodos.—Con el consentimiento del emperador Valente se establecen en la Dacia Ripuaria, la Mesia y la Thracia.—Se convierten al arrianismo.

Los visigodos, es decir, aquellos godos que moraban al Occidente, encontrábanse, á causa de los hunnos, con iguales alarmas que sus hermanos, y no sabían qué resolver. Al fin, después de deliberar largamente, pusiéronse de acuerdo para enviar una legación á Romania cerca del emperador Valente, hermano del emperador Valentiniano I, pidiéndole que les cediese una parte de la Thracia ó de la Mesia para establecerse en ella; obligándose, en cambio, á vivir bajo sus leyes y á someterse á su autoridad; y con objeto de inspirarle mayor confianza, ofrecían hacerse cristianos, con tal que les enviase sacerdotes que hablasen su lengua. Valente accedió gustoso en seguida á una petición que hubiera querido dirigirles primeramente. Recibió á los godos en la Mesia y los estableció en esta provincia como parapeto del Imperio contra los ataques de otras naciones. Y como en aquel tiempo el Emperador, dominado por los pérfidos errores de los arrianos, había hecho cerrar todas las iglesias de nuestra creencia, les envió predicadores de su secta, que derramaron el veneno de su herejía en el alma de aquellos recién llegados incultos é ignorantes. Así fué que, por los cuidados del emperador Valente, los visigodos no se hicieron cristianos, sino arrianos. Éstos á su vez anunciaron el Evangelio, tanto á los godos como á los gépidos, á los que les unían lazos de sangre y amistad: transmitiéronles sus heréticas creencias y atrajeron por todas partes

á las prácticas de aquella secta todos los pueblos que hablaban su lengua. Al mismo tiempo pasaron el Danubio, como ya se ha dicho, y se establecieron, con el consentimiento del Emperador, en la Dacia Ripuaria, la Mesia y la Thracia.

CAPÍTULO XXVI

Hambre entre los visigodos.—Rigor con que les tratan los romanos.—Irritados los visigodos devastan las provincias septentrionales del Imperio. Acude Valente contra ellos. Es derrotado. Su muerte.

Ocurrióles lo que de ordinario sucede á toda nación mal establecida en un país: padecieron del hambre. Entonces Fridigerno, Alhateo y Safrach, los más notables de ellos y jefes que les gobernaban á falta de reyes, compadeciéndose de la penuria del ejército, suplicaron á los generales romanos Lupicino y Máximo que les vendiesen víveres. ¡Pero á qué excesos lleva la impía fiebre del oro! Impulsados por la codicia, aquéllos comenzaron á venderles no solamente carne de corderos y bueyes, sino también de perro y de animales repugnantes muertos de enfermedad, y tan cara, que exigían un esclavo por cada libra de pan, y diez libras por un poco de carne. Pronto faltaron esclavos y también muebles: entonces aquellos sórdidos mercaderes, no pudiendo ya arrebatarles nada, llegaron hasta á pedirles sus hijos; y los padres se resignaron á entregarlos, prefiriendo en su amor á aquellas prendas adoradas, verles perder la libertad ó verles perder la vida. ¿No es, en efecto, más humanitario vender un hombre para asegurarle la sustentación, que dejarle morir de hambre para salvarle de la esclavitud? Sucedió, pues, en aquel tiempo de

aflicción, que Lupicino, general de los romanos, invitó á Fridigerno, régulo de los godos, á un festín: éste era un lazo que le tendía, como se verá más adelante. Acudió al banquete sin desconfianza Fridigerno, llevando corta comitiva, y cuando se encontraban á la mesa en el interior del pretorio, oía los gritos de los desgraciados que morían de hambre. En seguida observó que habían encerrado á los que le acompañaban en lugar separado, y que los soldados romanos, por orden de su general, se esforzaban en exterminarlos. Los angustiosos gritos de los moribundos llegaban á sus oídos, llenándole de zozobra; y de pronto, no pudiendo dudar de la celada, sacó la espada Fridigerno en medio del festín: precipítase, no sin grave riesgo, salva á los suyos de segura muerte y los excita á exterminar á los romanos. Viendo ofrecérsele una ocasión que anhelaba, aquellos varones animosos prefirieron exponerse á perecer combatiendo á morir de hambre, y en el acto tomaron las armas para inmolar á los generales Lupicino y Máximo. Aquel día terminó la penuria de los godos y la seguridad de los romanos. Entonces comenzaron los godos á no ser ya extranjeros y fugitivos, sino ciudadanos y dueños absolutos de los poseedores de la tierra, conservando bajo su autoridad todas las provincias septentrionales hasta el Danubio. El emperador Valente recibió la noticia en Antioquía, y en seguida hizo tomar las armas á su ejército, dirigiéndose á la Thracia. Allí libró una batalla que le fué fatal, porque le vencieron los godos. Herido y fugitivo, se refugió en una casa de campo, cerca de Adrianópolis. Ignoraban los godos que aquella pobre morada encerraba al Emperador, y la prendieron fuego, que, redoblando en violencia, acabó con la pompa real y la vida de Valente. Así se cumplió el juicio de Dios, que quiso que fuese quemado por los mismos á quienes había extraviado hacia

la herejía, cuando le pedían ser instruídos en la verdadera fe, y á los que había separado del fuego de la caridad para entregarlos á las llamas del infierno. Después de esta victoria tan gloriosa para ellos, encontrándose los godos dueños de la Thracia y de la Dacia Ripuaria, se establecieron allí como si estas comarcas les hubiesen pertenecido siempre.

CAPÍTULO XXVII

Teodosio. Expulsa á los godos de la Thracia.—Fridegerno devasta la Tesalia, el Epiro y la Acaya.—Safrach y Alatheo ocupan la Pannonia.—Tratado de paz entre Graciano y los godos.

El emperador Graciano eligió para suceder á Valente á su tío Teodosio, á quien llamó de España y puso á la cabeza del imperio de Oriente. Pronto quedó restablecida la disciplina militar, experimentando los godos mucho temor al ver desterradas la molicie y negligencia de los antiguos príncipes. El nuevo Emperador templaba la severidad del mando con la liberalidad y dulzura para levantar el valor del ejército. Dotado de grande actividad, hacíase notable por su bravura tanto como por su prudencia. En cuanto al advenimiento de un príncipe digno del mando hubo devuelto la confianza á las tropas, se enardecieron para atacar á los godos y los arrojaron de la Thracia; pero habiendo caído Teodosio tan gravemente enfermo que casi se desesperaba de su vida, cobraron de nuevo valor los godos. Dividieron su ejército: Fridigerno marchó á devastar la Tesalia, el Epiro y la Acaya, mientras que Alatheo y Safrach penetraban en la Pannonia con el resto de las tropas. El emperador Graciano había salido de Roma

para marchar á las Galias á causa de la irrupción de los vándalos, cuando recibió esta noticia. Viendo que, mientras Teodosio sucumbía, sin esperanza, de una enfermedad fatal, extendían los godos sus estragos, reunió un ejército y marchó en seguida contra ellos; pero no confiando en sus fuerzas, prefirió reducirles con obsequios y regalos; y habiéndoles concedido paz y víveres, ajustó con ellos un tratado. Más adelante, cuando se restableció el emperador Teodosio y tuvo conocimiento de las capitulaciones establecidas por Graciano entre godos y romanos, la alianza, que él mismo había deseado, le llenó de regocijo y consintió el tratado de paz.

CAPÍTULO XXVIII

Atanarico en Constantinopla. Su muerte.—Se restablece la confederación con los romanos.—Militan á las órdenes de Teodosio contra el tirano Eugenio.

Por medio de regalos y afable trato se atrajo al rey Atanarico, que acababa de suceder á Fridigerno, y le invitó á que fuese á verle en Constantinopla. Gustoso aceptó la invitación, y cuando entraba en la ciudad imperial, lleno de admiración, exclamó: «Ahora veo lo que frecuentemente había oído sin creerlo: el esplendor de esta gran ciudad.» Y dirigiendo á uno y otro lado la vista, contemplaba con sorpresa en tanto la posición de la ciudad y las naves que salían y llegaban, en tanto sus célebres fortificaciones, donde se reunían los pueblos de diferentes comarcas, como de diversos puntos se ven surgir las aguas de un manantial. Pero cuando contempló los soldados en orden de batalla, «no puede dudarse, dijo, que el Emperador es un dios sobre la tierra; y el que alzare la mano contra él, debe expiarlo con

su sangre.» En medio de estos arrebatos de admiración, en el seno de los honores de que le colmaba diariamente el Emperador, murió pocos meses después de su llegada. En el afecto que le profesaba le tributó Teodosio tal vez más honores en la muerte que durante su vida; porque le dió sepultura digna de su rango, y hasta quiso preceder personalmente al féretro en el cortejo fúnebre. Después de la muerte de Atanarico, todo el ejército continuó al servicio de Teodosio, reconociéndose sujeto al imperio romano y, en cierto modo, formando un solo cuerpo con la milicia. Restableciéronse en igual número y con el mismo nombre los federados del emperador Constantino; y Teodosio, confiando en su fidelidad y adhesión, llevó consigo más de veinte mil contra el tirano Eugenio, que se había apoderado de la Galia después que perdió la vida Graciano; y habiendo hecho la victoria caer entre sus manos á aquel Emperador, se vengó de su rebelión.

CAPÍTULO XXIX

Muerte de Teodosio.—Los godos no reciben las pagas.—Alarico, elegido rey. Su origen. Invade Italia y acampa cerca del puente Condiniano.—Descripción de Ravena.

Pero después que murió Teodosio, amante de la paz y de la nación de los godos, sus hijos se dedicaron á arruinar uno y otro Imperio con su vida fastuosa, y dejaron de pagar á sus auxiliares, es decir, á los godos, los subsidios acostumbrados. Los godos comenzaron desde luego á disgustarse de estos príncipes, disgusto que fué en aumento; y por temor de que se enmoheciese su valor en paz demasiado larga, eligieron por rey á Alarico, de la familia de los balthos, raza heroica

y la segunda nobleza después de los amalas. Este nombre de baltho, que quiere decir valiente, se lo habían dado los suyos desde muy antiguo, á causa de su arrojo é intrepidez. En cuanto le eligieron rey, celebró consejo con los suyos, y los indujo á que conquistaran reinos con sus esfuerzos, en vez de permanecer ociosos bajo la dominación extranjera, y, poniéndose á la cabeza del ejército, siendo cónsules Stilicón y Aureliano, atravesó las dos Pannonias, dejando Firmio á la derecha y entró en Italia, casi sin defensores á la sazón. No encontrando obstáculo alguno, acampó cerca del puente Condiniano, á tres millas de la regia ciudad de Ravena. Esta ciudad, entre pantanos, el mar y el Po, solamente es accesible por un lado. Según antigua tradición, habitáronla en otro tiempo los enetos, nombre que significa «digno de elogio». Situada en el seno del Imperio romano, á orillas del mar Jónico, encuéntrase rodeada por las aguas y como sumergida en ellas, teniendo al Oriente el mar; y si, partiendo de Corcira y de Grecia, tomando á la derecha, se cruza directamente este mar, se pasa primero delante del Epiro, después ante la Dalmacia, la Liburnia, la Istria, y se alcanza á tocar con el remo á Venecia. Al Occidente la defienden pantanos, entre los cuales se ha dejado angosto paso á manera de puerto. Rodéala al Septentrión un brazo del Po, llamado canal de Ascón, y al Mediodía el mismo Po, designado todavía con el nombre de Eridano, y que lleva, sin rival, el nombre de rey de los ríos. Augusto rebajó su cauce, dándole mucha profundidad; pasa por la ciudad la séptima parte de sus aguas, y en su desembocadura forma un puerto excelente, en el que antiguamente, según refiere Dion, podía estacionar con toda seguridad una flota de doscientas cuarenta naves. Hoy, como dice Fabio, en el antiguo emplazamiento del puerto, vense inmensos jardines, llenos de árboles de

los que no penden velas, sino frutos. La ciudad tiene tres nombres, de lo que se gloría, como de los tres barrios que la dividen, y á los cuales corresponden: el primero es Ravena, el último Classis, el del centro Cesárea, entre Ravena y el mar. Construído sobre terreno arenoso, este último barrio es llano y suave y cómodamente situado para los transportes.

CAPÍTULO XXX

Alarico frente á Ravena. Para alejarle, cédele Honorio la Galia y la España.—Partida de los godos para dichas provincias.—Perfidia de Stilicón.—Ataca á los godos cerca de Polentia. Es vencido.—Vuelven los godos por el camino andado y se dirigen contra Roma. Toma y saqueo de esta ciudad.—Recorren la Lucania y la Campania é invaden el Brucio. Nombre y situación de esta provincia.—Muere Alarico cuando iba á pasar á África. Sus funerales.

Así, pues, cuando el ejército de los visigodos hubo llegado delante de la ciudad, envió una legación al emperador Honorio, que se encontraba encerrado en ella, para decirle que permitiese á los godos permanecer tranquilamente en Italia, y que en este caso vivirían con los romanos de tal suerte, que las dos naciones no formarían más que una; ó que se preparase al combate, y que el más fuerte arrojaría al otro y dominaría en paz después de la victoria. Estas dos proposiciones asustaron á Honorio, que, consultando á su Senado, deliberaba acerca de los medios de hacer salir á los godos de Italia. Decidióse al fin á hacerles donación, confirmada por un rescripto imperial, de la Galia y España, provincias lejanas que tenía por entonces casi perdidas, y que asolaba Giserico, rey de los vándalos, y autorizó á Alarico y á su nación para que se apoderasen de ellas

danza vadearon el Danubio, devastaron por segunda vez la Mesia y atacaron á Marcianópolis, célebre metrópoli de aquella provincia. Pero después de sitiarla por largo tiempo, se retiraron por una cantidad de dinero que les dieron los habitantes. Permítasenos, ya que hemos mencionado á Marcianópolis, decir algo acerca de la fundación de esta ciudad. He aquí con qué ocasión la mandó construir el emperador Trajano. Refiérese que una hija de su hermana Marcia se bañaba en aquel río, cuyas límpidas aguas, de exquisito sabor, nacen en medio de la ciudad, y que se llama Potamos. Queriendo sacar agua dejó caer, por desgracia, un vaso de oro de que se servía, que se hundió por el peso del metal, pero que reapareció algo más lejos. Seguramente cosa sobrenatural era que se sumergiese el vaso vacío y que flotase rechazado por las ondas después de haber estado sumergido; así fué que Trajano, al enterarse de estas circunstancias, quedó profundamente asombrado, y augurando que residía alguna divinidad en aquel manantial, construyó allí una ciudad á la que llamó Marcianópolis, del nombre de su hermana.

CAPÍTULO XVII

Los gépidos celosos de los godos. Su parentesco.—Origen del nombre de gépido.—La isla Gépidos.—Los vividarienos.—Fastida, rey de los gépidos, somete á su poder á lo sburgundios y otros pueblos.—Declara la guerra á los godos y es derrotado por Ostrogotha.

Como ya hemos dicho, los getas se retiraron de delante de aquella ciudad después de largo asedio, y regresaron á su país, enriquecidos con el dinero que habían recibido. Viéndoles los gépidos poseedores repentinamente de considerable botín y vencedores por to-

si podían, como si siempre les hubiesen pertenecido. Consintieron los godos en el arreglo, y se pusieron en marcha hacia las comarcas que acababan de cederles. Pero cuando se retiraban de Italia, donde no habían cometido ningún desmán, el patricio Stilicón, suegro del emperador Honorio (porque este príncipe casó sucesivamente con sus dos hijas María y Ermancia, que Dios sacó de este mundo castas y vírgenes), Stilicón, repito, avanzó pérfidamente hasta Polencia, ciudad situada en los Alpes Cotianos, y cuando los godos no desconfiaban de nada, cayó sobre ellos, encendiendo así una guerra que había de dar lugar á la ruina de Italia y á su propia vergüenza. El imprevisto ataque puso al pronto espanto entre los godos; pero reponiéndose en seguida y excitándose mutuamente, según su costumbre, pusieron en fuga á casi todo el ejército de Stilicón, lo persiguieron y destrozaron: en el furor que los domina, abandonan el camino, y, volviendo sobre sus pasos, entran en la Liguria, que acababan de atravesar. Después de recoger allí rico botín, devastan de igual manera la provincia de la Emilia; y recorriendo la vía Flaminia, entre el Piceno y la Toscana, talan cuanto encuentran al paso á uno y otro lado hasta Roma. Entrando al fin en esta ciudad, Alarico consiente el saqueo, pero prohibe que prendan fuego, según es costumbre de los paganos, ni que hiciesen daño alguno á los que se habían refugiado en las iglesias de los santos. Al dejar los godos á Roma, pasaron al Brucio, cruzando la Campania y la Lucania, donde realizaron iguales estragos. Después de permanecer allí mucho tiempo, decidieron pasar á Sicilia, y de allí al África. El país de los brucianos, situado al extremo de Italia por el lado de Mediodía, describe un ángulo, donde comienza el monte Apenino, que forma como una lengua que se adelanta para separar al mar Tirreno del Adriático, tomando su nombre

de Brucia, á la que tuvo por reina antiguamente. Habiendo llegado, pues, á esta comarca el rey de los visigodos con todas las riquezas de Italia de que se había apoderado, disponíase, como ya se ha dicho, á cruzar la Sicilia para marchar á establecerse pacíficamente en África; pero sean los que quieran los proyectos que forme el hombre, no se realizan sin la voluntad de Dios: en aquel borrascoso estrecho quedaron sumergidas muchas naves y otras, en considerable número, fueron dispersadas; y mientras que, rechazado por estos reveses, meditaba Alarico lo que había de hacer, sorprendióle repentinamente la muerte, arrebatándole de este mundo. Llorando los godos á su querido jefe, separaron de su lecho al río Barentino, cerca de Consencia, porque este río corre al pie de una montaña y baña esta ciudad con sus benéficas ondas. Hicieron que un grupo de cautivos cavase en medio del río fosa para enterrarle, y en ella depositaron á Alarico con gran número de objetos preciosos. En seguida volvieron las aguas á su cauce primitivo; y para que jamás conociese nadie el paraje de la sepultura, exterminaron á todos los enterradores.

CAPÍTULO XXXI

Ataúlfo sucede á Alarico. Vuelve á Roma. Segundo saqueo de esta ciudad. Se casa con Placidia. Su entrada en la Galia. Pasa á España. Sus guerras contra los vándalos. Muere asesinado. Le sucede Regerico. Su muerte.

Muerto Alarico, eligieron por rey los visigodos á su pariente Ataúlfo, tan notable por la superioridad de su talento como por su belleza; porque si bien no era muy elevada su estatura, su rostro era hermoso y su cuerpo perfectamente proporcionado. En cuanto tomó el man-

do, regresó á Roma y acabó de roer, como las langostas, lo que había quedado del primer saqueo. Despojó de sus riquezas en Italia, no solamente al Estado, sino que también á los particulares, sin que pudiera oponerse el emperador Honorio, y hasta llevó en cautiverio á Placidia, hermana de éste é hija del emperador Teodosio, pero de otra esposa. Atraído por la nobleza de su raza, por su belleza y castidad inmaculada, la tomó por legítima esposa en la ciudad de Forli, en la provincia de la Emilia, con objeto de que, al enterarse de esta unión que en cierto modo enlazaba el Imperio con la nación de los godos, experimentasen los pueblos saludable temor; y aunque estaban agotados los recursos de Honorio, en consideración á su parentesco con él, lo abandonó generosamente y marchó á la Galia. En cuanto entró en ella, las naciones vecinas, francos y burgondos, que antes infestaban cruelmente el país, comenzaron á encerrarse en sus límites. Por su parte los vándalos y alanos, que se habían establecido con autorización de los emperadores en las dos Pannonias, como ya dijimos, temiendo, si regresaban á estas provincias, no quedar seguros, á causa de la vecindad de los godos, pasaron á la Galia. Pero después de haberla ocupado poco tiempo, se refugiaron en España, donde se encerraron. Recordaban todavía, por los relatos de sus padres, todo el daño que Geberico, rey de los godos, había hecho á su nación, y cómo su valor les había expulsado de la tierra de sus abuelos. Tales fueron las circunstancias que abrieron las Galias á Ataúlfo desde su llegada. Cuando hubo afirmado la dominación de los godos en aquellas comarcas, empezó á compadecerse de las desgracias de los españoles, resolviendo librarles de las incursiones de los vándalos, é introduciéndose, por medio de sus riquezas, en Barcelona y en el interior de España con guerreros escogidos y fieles y multitud poco á propósi-

to para la guerra, combatió allí frecuentemente á los vándalos, pereciendo tres años después de haber sometido la Galia y la España, herido en el costado por una estocada de Vermulfo, del que se burlaba frecuentemente por su estatura. Después de su muerte, fué elegido rey Regerico; pero éste también pereció por las celadas de los suyos, perdiendo más pronto el trono y la vida.

CAPÍTULO XXXII

Valia.—Honorio envía á España á Constantino para libertar á Placidia.—Encuentro de Valia y Constantino.—Ajustan la paz.—Placidia es devuelta.—Valia marcha en unión de los romanos contra el tirano Constantino.—Éste es muerto en Arlés y su hijo en Viena de Francia.—Igual fin tienen Jovino y Sebastián.—Valia conduce su ejército á España contra los vándalos.

Eligieron en seguida por rey á Valia, guerrero tan bravo como prudente, siendo el cuarto después de Alarico. El emperador Honorio envió contra él con un ejército á Constantino, varón hábil en arte militar, famoso por gran número de combates. Temía que Valia rompiese el tratado, concluído desde antiguo con Ataúlfo, y que después de vencer á las naciones que le rodeaban, dirigiese nuevos ataques al Imperio. Al mismo tiempo quería librar á su hermana Placidia de vergonzosa sujeción. Por esta razón convino con Constantino en dársela por esposa si conseguía devolverla á sus estados por medio de la paz ó de la guerra ó de cualquiera otra manera. Regocijado con tal promesa, tomó tropas Constantino, y con aparato que ya parecía casi regio, se dirigió á España. Salió Valia á su encuentro en los desfiladeros de los Pirineos con fuerzas iguales á las suyas, y allí se enviaron recíprocamente legados, conviniéndose en que Valia devolvería á Placidia á su her-

mano el Emperador, y que marcharía él mismo en socorro del Imperio cuando lo exigiese la necesidad. Ahora bien; por este tiempo un tal Constantino se había proclamado emperador en la Galia, y había hecho césar á su hijo Constante, de monje que era; pero no gozó mucho tiempo del poder que había usurpado. Los godos y los romanos marcharon de concierto contra él, siendo muerto en Arlés, y su hijo en Viena. Después de éstos, quisieron usurpar también el Imperio Jovino y Sebastián; pero como ostentaron igual temeridad, tuvieron igual suerte. En el duodécimo año de su reinado, y en la misma época en que los romanos y los godos expulsaron á los hunnos de la Pannonia, de que se habían apoderado hacía cerca de cincuenta años, viendo Valia que los vándalos habían tenido la audacia de salir del interior de la Galia, donde en otro tiempo los había encerrado Ataúlfo, y que lo devastaban todo en las fronteras, es decir, en España, llevó en seguida su ejército contra ellos, siendo cónsules Hierio y Ardaburio.

CAPÍTULO XXXIII

Los vándalos á las órdenes de su rey Gicerico y á ruegos de Bonifacio, pasan á África.—Retrato de Gicerico.—Sus últimas disposiciones.—Sus sucesores Hunnerico, Gundamundo, Transamundo, Hilderico.—Éste es destronado por Gelimero, que le hace morir.—Belisario lleva cautivo á Gelimero á Constantinopla.—Su muerte.—Queda África libre de los vándalos.—Vuelta de Valia á Tolosa.—Su muerte.—Berimundo y su hijo Viterico abandonan á los ostrogodos y se unen á los visigodos.—Teodorico sucede á Valia.—Conducta prudente de Berimundo.

Por este tiempo, Bonifacio, que había caído en desgracia del emperador Valentiniano, llamó al África á

Gicerico, rey de los vándalos, no encontrando medio de vengarse del Emperador sino con detrimento del Imperio. A ruegos suyos, pues, pasaron al África los vándalos, haciéndoles entrar por el angosto paso llamado estrecho de Cadiz, que separa el África de España en extensión de cerca de siete millas y lleva las aguas del Océano al mar Tirreno. Gicerico era ya muy conocido en Roma por el daño que había hecho á los romanos. Su estatura era mediana, y había quedado cojo de resultas de una caída del caballo. Profundo en sus designios, taciturno, despreciando el lujo, colérico hasta perder la razón, ávido de riquezas, muy diestro y previsor para solicitar á los pueblos, infatigable para sembrar gérmenes de discordia y para confundir odios, así invadía el África, acudiendo, como ya hemos dicho, á los ruegos de Bonifacio. Dícese que después de haber reinado allí largo tiempo con la autoridad de un dios, reunió en torno suyo, antes de morir, á sus numerosos hijos, y tomó sus disposiciones para que la ambición de reinar no suscitase disensiones entre ellos. El superviviente, habiendo muerto los otros, debía por orden y grado suceder inmediatamente al mayor y de la misma manera á éste el que venía detrás. Durante mucho tiempo observaron esta regla y reinaron tranquilamente. No se mancharon con guerras intestinas, como ocurre en otras naciones, sino que subiendo al trono sucesivamente, cada cual á su turno, gobernaron en paz á los pueblos. He aquí el orden en que se sucedieron: en primer lugar Gicerico, que fué su señor y padre; después Hunnerico; el tercero fué Gundamundo; el cuarto Transamundo; el quinto Hilderico. Para desgracia de su nación, Gelimero, olvidando los preceptos de su abuelo, derribó al último del trono, le hizo morir, y usurpó el poder. Pero no quedó sin castigo su acción, porque cayó sobre él la venganza del emperador Justiniano. El glo-

riosísimo Belisario, jefe de la milicia de Oriente, cónsul ordinario y patricio, le llevó á Constantinopla con sus hijos y riquezas, de las que, como un pirata, no se separaba jamás. Allí sirvió de gran espectáculo al pueblo en el circo, y aunque afectado por tardío arrepentimiento al verse derribado de la cumbre de la realeza, no quiso plegarse á la vida obscura á que estaba reducido, y murió. De esta manera el África, que en la división de la tierra forma la tercera parte del mundo, quedó libre del yugo de los vándalos después de un período de cerca de cien años, reducida al Imperio romano y recobrando su antigua libertad: y esta comarca, que bajo cobardes señores y generales infieles se había destacado en otro tiempo del cuerpo del Imperio por un ejército pagano, quedó nuevamente reunida á él entonces bajo un príncipe hábil y un general fiel, durando aún el regocijo de su liberación. Verdad es que más adelante tuvo que sufrir por una guerra intestina y por la perfidia de los moros. Sin embargo, lo que comenzó la victoria que Dios concedió al emperador Justiniano ha concluído con buena salida. ¿Mas á qué referir cosas extrañas á esta historia? Volvamos al asunto. Valia, rey de los godos, estaba tan encarnizado contra los vándalos, que hubiese querido perseguirles hasta en África; pero se lo impidieron los mismos desastres que experimentó en otro tiempo Alarico cuando intentó pasar á esta comarca. Victorioso esta vez sin derramar sangre, salió de España, donde se había cubierto de gloria, y regresó á Tolosa. Allí cayó enfermo mucho tiempo después, y murió abandonando al Imperio romano, según su promesa, algunas provincias de las que había expulsado á los enemigos. Por este tiempo fué cuando Berimundo, hijo de Torismundo, el mismo de que antes hablamos al trazar la genealogía de la familia de los amalas, pasó al reino de los visigodos con su

hijo Viterico, abandonando á los ostrogodos, oprimidos entonces en la Scitia bajo el yugo de los hunnos. Tenía éste conciencia de su valor y de la nobleza de su raza, y confiaba en que sus parientes colocarían en el trono, con preferencia á cualquier otro, al reconocido descendiente de gran número de reyes. ¿Cómo dudar, en efecto, en elegir á un amala, si quedaba vacante el trono? Sin embargo, no quiso dar á conocer quién era; y los visigodos, inmediatamente después de la muerte de Valia, le dieron á Teodorico por sucesor. Berimundo vino después, y con la reserva que le era propia, guardó prudentemente silencio acerca de su elevada alcurnia, convencido de que los que reinan miran siempre con desconfianza á los descendientes de reyes. Resignóse, pues, á vivir ignorado para no perturbar el orden establecido. El rey Teodorico le recibió, así como á su hijo, con grandes honores, admitiéndole á su consejo y haciéndole comer á su mesa; y no era esto á causa de su nobleza, que ignoraba, sino en consideración á su valor y á la energía de carácter que le era común con su nación, y que no podía ocultar.

CAPÍTULO XXXIV

Los romanos y los hunnos marchan contra Teodorico.—Aecio.—Los godos y los romanos pactan la paz.—Atila.—Descripción de su palacio.

Muerto Valia, repetiremos lo que anteriormente dijimos, fué sucesor suyo Teodorico, varón dotado de mucha energía y de extraordinaria fuerza corporal, y cuyo reinado fué tan feliz para la Galia como poco lo había sido el de Valia. Bajo el consulado de Teodosio y de Festo, teniendo los romanos por auxiliares á los

hunnos, que entonces se les habían unido, rompieron la paz y marcharon contra él en la Galia, queriendo vengar los desórdenes cometidos por una tropa de godos federados que había tomado parte en Constantinopla por el conde Caina. Era entonces maestre de la milicia el patricio Aecio, nacido de Gaudencio, en la ciudad de Derostena, perteneciendo á la belicosa raza de los mesianos. Endurecido en todas las fatigas de la guerra, aquel hombre parecía criado exprofeso para sostener el Imperio romano, al cual había sujetado en otro tiempo los orgullosos suevos y los bárbaros francos, después de hacerles sufrir sangrientas derrotas. Mandaba á los hunnos auxiliares del ejército romano que avanzaba contra los godos, Litorio. Cuando estuvieron frente á frente los dos ejércitos, permanecieron bastante tiempo formados en batalla; pero al fin, viendo que el valor era igual en ambas partes, y que ninguna de las dos sobresalía, se tendieron las manos, y se restableció la concordia; renovóse el antiguo tratado, prometiéronse mutuamente guardar con fidelidad la paz, y se retiraron por una y otra parte. Este acuerdo calmó la irritación de Atila, jefe supremo de todos los hunnos y el primero, desde que existe el mundo, cuya dominación haya abarcado casi toda la Scitia. Por esta razón su resplandeciente gloria asombraba á todos los pueblos. He aquí, entre otras cosas que le conciernen, lo que refiere Prisco, enviado en legación cerca de él por Teodosio el Joven. Después de cruzar grandes ríos, el Tisias y el Drica, llegamos al paraje donde en otro tiempo, Vidicula, el más grande de los godos, pereció por las emboscadas de los sármatas; y cerca de allí encontramos una aldea donde residía el rey Atila. Digo una aldea, pero semejante á una ciudad muy grande. Vimos allí un palacio de madera inmenso, construído con tablas pulidas y brillantes, cuyas unio-

nes estaban tan bien disimuladas, que apenas podían descubrirse con mucha atención. Existían allí espaciosas salas para festines, pórticos de elegante arquitectura; y el patio del palacio, rodeado de alta empalizada, era tan grande, que su extensión sola bastaba para dar á conocer una mansión regia. Tal era el palacio de aquel Atila que mantenía bajo su dominación toda la barbarie, siendo dicha morada la que prefería á las ciudades conquistadas.

CAPÍTULO XXXV

Atila, hijo de Mondzuco.—Sus tíos Octar y Roas reinan antes que él en una parte del pueblo hunno.—Hace matar Atila á su hermano Bleta y reune bajo su autoridad todo este pueblo.—Retrato de Atila.—Descubrimiento de la espada de Marte.

El padre de Atila fué Mundzuco, y se cree que los hermanos de éste, Octar y Roas, reinaron antes sobre los hunnos, pero no sobre toda la nación. A su muerte compartió Atila el trono con su hermano Bleta, y para procurarse fuerzas que pudiesen secundar sus proyectos, fué fratricida y comenzó con la muerte de los suyos su lucha con el mundo entero. Crecieron sus culpables recursos á despecho de la justicia, y su barbarie consiguió un éxito que causa horror. Después de hacer perecer á su hermano Bleta, que reinaba sobre gran parte de los hunnos, redujo este pueblo entero á su poder; y habiendo recorrido gran número de otras naciones que le obedecían, aspiraba á la conquista de los dos primeros pueblos del universo, el romano y el visigodo. Dicen que su ejército se elevaba á quinientos mil hombres. Aquel hombre había venido al mundo para conmover su nación y hacer temblar la tierra. Por

no sé qué fatalidad, formidables ruidos le precedían, sembrando por todas partes el espanto. Era soberbio en su marcha, paseando las miradas en derredor y revelando el orgullo de su poder hasta en los movimientos del cuerpo. Gustábanle de las batallas, pero reprimíase en la acción; era excelente en el consejo, dejándose conmover por las súplicas y siendo bueno cuando una vez había concedido su protección. Bajo de estatura, tenía ancho el pecho y gruesa la cabeza. Aunque naturalmente era muy grande su confianza propia, aumentó con el descubrimiento de la espada de Marte, aquella espada que habían venerado siempre los reyes de los scitas. He aquí, según refiere Prisco, cómo se hizo el descubrimiento: «Un pastor, viendo cogear una becerra de su rebaño, y no pudiendo imaginar quién la había herido, siguió atentamente el rastro de sangre, llegando á la espada sobre la que había puesto el casco la becerra sin verla al pastar, y sacándola de la tierra, la llevó á Atila. Orgulloso éste con el regalo, pensó en su magnanimidad que estaba llamado á ser el rey del mundo, y que la espada de Marte le daba la victoria en las guerras.»

CAPÍTULO XXXVI

Crueldad de Gicerico con la hija de Teodorico.—Teme la venganza de este rey y excita á Atila contra los visigodos.—Envía Atila una embajada á Valentiniano. Su artificiosa política.—Embajada de Valentiniano á Teodorico.—Discurso de los legados.—Respuesta de Teodorico.—Marcha, en unión de los romanos, contra Atila.—Naciones que auxilian á los romanos.—Ambos ejércitos se encuentran en los campos Catalaunicos.

Gicerico, el rey de los vándalos de que anteriormente hablamos, descubriendo en Atila la inclinación que le

impulsaba á destruir el mundo, le arrastró por medio de grandes regalos á hacer la guerra á los visigodos, temiendo la venganza de su rey Teodorico por el tratamiento indigno que había hecho soportar á su hija. Casada ésta con Humerico, hijo de Gicerico, encontró al pronto la felicidad en aquella elevada unión; pero más adelante Gicerico, cuyo carácter cruel ni siquiera perdonaba á sus hijos, por la simple sospecha de que había querido envenenarle, la devolvió á su padre á las Galias, después de despojarla de su belleza natural haciéndola cortar la nariz y las orejas, condenando de esta manera á aquella desgraciada á llevar eternamente el sello de su repugnante suplicio. Pero este exceso de barbarie, capaz de sublevar hasta á los extraños, no podía menos de hacer inevitable la venganza del padre. Ganado Atila por Gicerico, se decidió á hacer estallar la guerra que meditaba hacía mucho tiempo, enviando legados al emperador Valentiniano en Italia para sembrar la discordia entre los godos y los romanos, con objeto de extenuár, por medio de disensiones intestinas, á los que no podía vencerpor las armas. Aseguraba que no quería en manera alguna romper la amistad que le unía al Imperio; que la guerra era entre él y Teodorico, rey de los visigodos, deseando de todo corazón que Valentiniano permaneciese extraño á ella. El final de su carta estaba lleno, como de costumbre, de adulaciones, procurando dar apariencias de verdad á sus mentiras. Otra carta semejante escribió á Teodorico, rey de los visigodos, excitándole á abandonar la alianza de los romanos y á recordar la guerra que éstos le habían hecho con encarnizamiento poco tiempo antes. Aquel hombre astuto combatía con el artificio antes de combatir con las armas. Entonces el emperador Valentiniano envió á los visigodos y á su rey Teodorico legados que le hablaron de esta manera: «De tu prudencia

es ¡oh el más valiente de los hombres! unirte con nosotros contra el tirano de Roma, que aspira á reducir á la servidumbre al mundo entero, sin averiguar las razones que puedan existir para hacer la guerra, y considerando legítimo todo lo que hace. Su brazo traza un círculo en derredor suyo, y la licencia encuentra siempre gracia ante su orgullo. Desprecia la justicia y se presenta como enemigo del género humano. ¡Odio, pues, contra aquel que se gloría de odiar indistintamente á todos los hombres! Recuerda, por favor, y ciertamente es imposible olvidarlo, recuerda que han venido á atacarnos los hunnos. Pero no es esto lo que hace peligroso á Atila, sino los lazos que tiende para llegar á conseguir sus propósitos. Sin hablar de nosotros, ¿cómo podéis dejar impune tanto orgullo? Venid, poderosos en la armas, á ayudarnos en nuestra aflicción; reunid vuestros brazos con los nuestros, socorred al Imperio, este Imperio del que vosotros poseéis una parte. Cuán necesaria sea esta unión por nuestro deseo é interés, los consejos de nuestro enemigo os lo dicen con claridad.» Con estas palabras y otras parecidas los legados de Valentiniano se atrajeron á Teodorico, quien contestó: «Satisfechos están vuestros deseos ¡oh romanos! También nos habéis hecho á nosotros enemigos de Atila. Le perseguiremos por todas partes donde nos llame su presencia, y aunque sus victorias sobre muchas naciones le han henchido de orgullo, los godos saben, sín embargo, combatir á los soberbios. Creedme: no hay guerra temible más que aquella que carece de motivo legítimo, y ningún revés ha de tener el que puede contar con la protección del cielo.» Al oir esta respuesta del jefe, sus compañeros lanzan aclamaciones, imitándoles la multitud entusiasmada. Apodérase de todos el ansia de combatir, y arden ya en deseo de llegar á las manos con los hunnos. Pónese, pues, el rey

Teodorico á la cabeza de innumerable multitud de visigodos; y, dejando en su palacio cuatro hijos suyos, esto es, Federico, Turico, Botmer é Himerit, solamente lleva con él para compartir las fatigas los dos mayores, Torismondo y Teodorico. ¡Dichosa armadura, la de tener en derredor por auxiliares y apoyos á los que se ama, y para quienes es felicidad exponerse á los mismos peligros que nosotros! Tal fué por parte de los romanos la previsora actividad del patricio Aecio, en el que descansaba entonces el Imperio de Occidente, que, habiendo reunido guerreros de todas partes, marchó contra aquella formidable multitud de enemigos, con fuerzas que no les eran inferiores. En efecto; á los romanos se unieron como auxiliares, francos, sármatas, armoricanos, licienos, burgundos, sajones, ripuarios é ibriones, soldados del Imperio en otro tiempo, pero llamados ahora solamente como auxiliares, y algunos otros pueblos célticos ó germánicos. Reuniéronse en los campos Catalaunicos, llamados también Mauricianos, campos que tienen cien leguas de longitud, según las llaman los godos, y setenta de anchura. La legua gala tiene mil quinientos pasos. Aquel rincón del mundo viene á ser la arena de innumerables pueblos. Los dos ejércitos están frente á frente, animados uno y otro por ardiente valor. Nada se hace por astucia, apelándose abiertamente á la fuerza. ¿Qué causa puede producir la agitación de tantos pueblos? ¿Qué odio ha podido impulsarles á empuñar las armas á unos y otros? Probado está que el género humano vivía por los reyes, el día en que el ciego arrebato de un hombre solo hizo correr la sangre de las naciones, y en el que el arbitrio de un monarca soberbio destruyó en un momento lo que la Naturaleza había empleado tantos siglos en producir.

CAPÍTULO XXXVII

Sangiban, rey de los alanos, promete á Atila entregarle á Orleans. Teodorico y Aecio se le anticipan, ocupando esta ciudad.—Vacilaciones de Atila. Consulta á los adivinos, y decide combatir.

Pero antes de relatar la batalla, parécenos necesario referir los movimientos que se realizaron en los dos ejércitos; porque aquel hecho fué tan fecundo en accidentes y en peripecias diversas, que se ha hecho memorable después. Sangiban, rey de los alanos, contemplando con terror el porvenir, promete ponerse de parte de Atila y entregarle la ciudad gala Aureliana (Orleans), donde moraba entonces. En cuanto Teodorico y Aecio tuvieron conocimiento de estos propósitos, se hicieron dueños de la ciudad por medio de grandes obras de tierra, la destruyeron antes de la llegada de Atila, y vigilando á Sangiban, que se había hecho sospechoso, le colocaron con sus alanos en medio de sus auxiliares. Acontecimiento tan grave causó profunda impresión en el rey de los hunnos: desconfiando de sus tropas, no atreviéndose á trabar combate, y agitándose ya en su mente la idea de huir, extremo más cruel que la misma muerte, se decidió á consultar á sus adivinos para conocer lo venidero. Éstos, después de haber observado en tanto las entrañas de las víctimas, en tanto ciertas venas que aparecen sobre sus huesos descubiertos, presagiaron á los hunnos funestos acontecimientos. Sin embargo, hacía algo menos siniestra su predicción el anuncio de que debía sucumbir, por parte de sus enemigos, uno de sus jefes supremos, que había de perecer antes de la victoria de los suyos, sin gozar de un triunfo que su muerte haría funesto. Atila, que

se creía en el deber de comprar, aun al precio de su propia ruina, la muerte de Aecio, porque éste era quien estorbaba sus movimientos, preocupado con el vaticinio, y acostumbrado, por otra parte, á tomar consejo en achaques de guerra, empeñó el combate con temor, cerca de la novena hora del día, con objeto de que, si se veía obligado á ceder, le favoreciese la proximidad de la noche. Como ya hemos dicho, los dos ejércitos se encontraban entonces frente á frente en los campos Catalaunicos (Chalons).

CAPÍTULO XXXVIII

Ambos ejércitos frente á frente.—Disposiciones tomadas por Aecio y por Atila.—Naciones auxiliares de los hunnos.—Apodéranse los romanos de una posición importante.

En el terreno inclinado del campo de batalla se alzaba una eminencia á manera de montecillo. Deseando apoderarse de ella cada uno de los ejércitos, porque aquella posición importante debía dar gran ventaja al que la obtuviera, los hunnos y sus auxiliares ocuparon el lado derecho, y los romanos, los visigodos y sus auxiliares el izquierdo, no siendo disputado el punto culminante de la posición, que quedó libre. Formaban el ala derecha Teodorico y sus visigodos; Aecio la izquierda con los romanos; en el centro habían colocado á Sangiban, el rey de los alanos, de que antes hablamos; y, por estratagema de guerra, habían cuidado de encerrar en medio de tropas de reconocida fidelidad á aquel en cuyas disposiciones no podían confiar; porque se somete á la necesidad de pelear á aquel á quien se quita la posibilidad de huir. El ejército de los hunnos formó en batalla en orden contrario, colocándose Atila en el cen-

tro con los más valientes de los suyos. Adoptando esta disposición, el rey de los hunnos pensaba especialmente en sí mismo, y su objeto, al colocarse en medio de sus guerreros más escogidos, era ponerse al abrigo de los peligros que le amenazaban; los numerosos pueblos, las diferentes naciones que había sometido á su dominación formaban las alas. Entre todas las fuerzas sobresalía el ejército de los ostrogodos, mandado por Valamiro, Teodomiro y Videmiro, tres hermanos que sobrepujaban en nobleza al mismo rey bajo cuyas órdenes marchaban entonces, porque pertenecían á la ilustre y poderosa raza de los amalas. Veíase también allí, al frente de innumerable masa de gépidos, á Ardarico, su rey, famoso y valiente, que por su gran fidelidad á Atila, era admitido por éste á sus consejos. El rey de los hunnos había sabido apreciar su sagacidad; así es que éste y Valamiro, rey de los ostrogodos, eran los preferidos entre todos los reyes que le obedecían. Valamiro era fiel para guardar el secreto, tenía palabra persuasiva y era incapaz de traición; Ardarico era renombrado por su fidelidad, como ya hemos dicho, y por su claro juicio. Al marchar con Atila contra sus parientes los visigodos, uno y otro justificaban su confianza. La multitud de los demás reyes, si puede hablarse así, y los jefes de las diferentes naciones, cual satélites suyos, observaban todos los movimientos de Atila; y en cuanto les hacía una señal con la mirada, cada uno de ellos en silencio, con temor y temblando, acudía á su presencia ó ejecutaba las órdenes que recibía. Pero el rey de los reyes, Atila, velaba por todos y sobre todo. Peleábase, pues, por apoderarse de la posición ventajosa de que hemos hablado. Atila hizo avanzar sus guerreros para ocupar lo alto de la colina; pero se le adelantaron Torismundo y Aecio, que, uniendo sus esfuerzos para subir á la cumbre, llegaron los primeros

y rechazaron fácilmente á los hunnos á favor de la altura que ocupaban.

CAPÍTULO XXXIX

Arenga de Atila á su ejército.

Viendo entonces Atila que aquella circunstancia había ocasionado perturbación en su ejército, comprendió en el acto la necesidad de tranquilizarlo, y habló de esta manera: «Después de vuestras victorias sobre tantas naciones grandes; después de haber dominado el mundo, si os mantenéis firmes hoy, creo inútil estimularos con palabras como á guerreros bisoños. Tales medios pueden convenir á un jefe novicio ó á un ejército poco aguerrido; pero yo no puedo deciros nada ni vosotros escuchar nada vulgar. Porque, ¿qué otra costumbre tenéis vosotros más que la de combatir? ¿O qué hay más dulce para el valiente que vengarse por su propia mano? Gran regalo nos ha hecho la Naturaleza dándonos la facultad de saciar nuestra alma de venganza. Marchemos, pues, con energía al enemigo; siempre atacan los más valientes. Despreciad esa aglomeración de naciones diferentes: señal de miedo es asociarse para defenderse. ¡Mirad! antes del ataque les domina ya el espanto: buscan las alturas, se apoderan de las colinas, y en sus tardíos pesares, sobre el campo de batalla piden con instancias parapetos. Por experiencia sabemos lo poco que pesan las armas de los romanos: caen, no diré á las primeras heridas, sino á la primera polvareda que se levanta. Mientras se estrechan sin orden y se entrelazan para formar la tortuga, pelead vosotros con la superioridad de valor que os distingue, y, despreciando sus legiones, caed sobre los alanos, precipitaos sobre

los visigodos. Es necesario que venzamos, ante todo, á los que sostienen la guerra. Una vez cortados los nervios, caen los miembros, y el cuerpo no puede sostenerse si le quitan los huesos. Que crezca vuestro valor, que vuestra ira aumente y estalle. ¡Hunnos, ha llegado el momento de preparar las armas, el momento de mostraros decididos, bien que heridos pidáis la muerte de vuestro enemigo, bien que sanos y salvos tengáis sed de matanza! No hay flecha que alcance al que debe vivir, mientras que, hasta en la paz, los destinos precipitan los días del que debe morir. En fin, ¿por qué había de haber asegurado la fortuna la victoria á los hunnos sino porque los destinaba al triunfo de esta batalla? Y además, ¿quién abrió á nuestros mayores el camino de la Palus Meótida, cerrado é ignorado por tantos siglos? ¿Quién hacía huir á pueblos armados ante hombres que no lo estaban? No, esa multitud reunida apresuradamente ni siquiera podrá resistir la vista de los hunnos. El éxito no me desmentirá; este es el campo de batalla que nos prometía tantos triunfos. Seré el primero en lanzar mis dardos al enemigo, y si alguno quedase ocioso cuando combata Atila, será muerto.» Inflamados por estas palabras, todos se lanzaron al combate.

CAPÍTULO XL

Batalla.—Muerte de Teodorico.—Derrotado Atila, refúgiase en su campamento durante la noche.—Confusión en el ejército romano.—Aecio y los auxiliares de los romanos no comprenden que son vencedores hasta el amanecer.—Actitud de Atila en su campamento.—Procuran sus enemigos apoderarse de él por hambre, y le bloquean.—Resolución de Atila en este peligro extremo.

Por tremendo que fuese el estado de las cosas, la presencia del rey, sin embargo, tranquilizaba á los que hu-

bieran podido vacilar. Llegóse, pues á las manos: batalla terrible, complicada, furiosa, obstinada y como jamás se había visto otra en parte alguna. Tales proezas se realizaron allí, según se refiere, que el valiente que se encontró privado de aquel maravilloso espectáculo, nada parecido alcanzó á ver en toda su vida; porque, si ha de creerse á los ancianos, un arroyuelo de aquel campo que corre por lecho poco profundo, aumentó de tal suerte, no por la lluvia, como solía acontecer, sino por la sangre de los moribundos, que, creciendo extraordinariamente por aquellas ondas de nuevo género, se convirtió en torrente impetuoso y sangriento, de manera que los heridos, que ardiente sed llevaba á sus orillas, bebieron agua mezclada con restos humanos y se vieron obligados por triste necesidad á manchar sus labios con la sangre que acababan de derramar los alcanzados por el hierro. Cuando el rey Teodorico recorría su ejército para animarlo, derribóle el caballo, y pisoteándole los suyos, perdió la vida, en edad avanzada ya. Dicen otros que cayó atravesado por una flecha que lanzó Andax del lado de los ostrogodos, que entonces estaba á las órdenes de Atila. Este fué el cumplimiento de la predicción que, poco tiempo antes, hicieron los adivinos al rey de los hunnos, aunque éste imaginaba que se refería á Aecio. Separándose entonces los visigodos de los alanos, caen sobre las bandas de los hunnos, y tal vez el mismo Atila hubiese sucumbido á sus golpes, si prudentemente no hubiera huído sin esperarles, encerrándose en seguida con los suyos en su campamento, que había atrincherado con carros. Detrás de esta débil barrera buscaron refugio contra la muerte aquellos ante los cuales no podían resistir antes los parapetos más fuertes. Torismundo, hijo del rey Teodorico, el primero que se apoderó de la colina con Aecio, arrojando á los hunnos, creyendo volver á reunirse con

los suyos, engañado por la obscuridad de la noche, vino á dar en los carros de los enemigos; y, mientras peleaba con denuedo, alguien le hirió en la cabeza, derribándole del caballo; pero los suyos, que cuidaban de él, le salvaron y se retiró del combate. Aecio, por su parte, habiéndose extraviado también en la confusión de aquella noche, vagaba èn medio de los enemigos, temiendo que les hubiese acontecido desgracia á los godos. Al fin encontró el campamento de los aliados, después de haberlo buscado por largo tiempo, y pasó el resto de la noche vigilando detrás de una muralla de escudos. En cuanto amaneció el día siguiente, viendo los campos cubiertos de cadáveres, y que los hunnos no se atrevían á salir de su campamento, convencidos de que era indispensable que Atila hubiese experimentado una pérdida muy grande para haber abandonado el campo de batalla, Aecio y sus aliados no dudaron que les pertenecía la victoria. Sin embargo, hasta después de su derrota, el rey de los hunnos conservaba altiva actitud, y haciendo resonar las trompetas en medio del chasquido de las armas, amenazaba con volver al ataque. Así el león, oprimido por las lanzas de los cazadores, gira en la entrada de su caverna, no se atreve á lanzarse sobre ellos y, sin embargo, no deja de espantar los parajes vecinos con sus rugidos: de la misma manera aquel rey belicoso, sitiado como se encontraba, hacía aún temblar á sus vencedores. Los godos y romanos se reunieron entonces para deliberar qué habían de hacer con Atila vencido; y como sabían que le quedaban pocos víveres, y por otra parte, que sus arqueros, apostados detrás de los parapetos del campamento, defendían incesantemente el acceso á flechazos, convínose en mantenerle bloqueado. Refiérese que en esta situación desesperada, el rey de los hunnos, grande siempre hasta en el último extremo, hizo formar una

hoguera con sillas de caballos, dispuesto á precipitarse en las llamas si el enemigo forzaba el campamento: sea para que ninguno pudiera gloriarse de haberle herido, sea para no caer él, dueño de las naciones, en poder de temibles enemigos.

CAPÍTULO XLI

Hacen los visigodos honras fúnebres al cadáver de Teodorico. Proclaman rey á Torismundo, que arde en deseo de vengar á su padre. Aecio le disuade de combatir á los hunnos. Número de los muertos que quedaron sobre el campo de batalla.—Libre Atila de enemigos, recobra su audacia.—Entrada de Torismundo en Tolosa. Su moderación.

En el descanso que proporcionó el asedio, los visigodos y los hijos de Teodorico buscaron los unos á su rey, y los otros á su padre, extrañando su ausencia en medio del triunfo que acababan de conseguir. Buscáronle durante largo tiempo, según costumbre de los valientes, y al fin le encontraron debajo de un gran montón de cadáveres, y, después de entonar cánticos en alabanza suya, le llevaron ante la vista de los enemigos. De ver eran las bandas de godos, de voces rudas y discordantes, ocuparse en los piadosos cuidados de los funerales, en medio de los furores de una guerra que no había terminado todavía. Corrían las lágrimas, pero de las que derraman los valientes. Para nosotros era la pérdida; pero los hunnos atestiguaban cuán gloriosa era; y parece era grande humillación para su orgullo, ver, no obstante su presencia, llevar con sus insignias el cadáver de aquel gran rey. Antes de terminar las exequias de Teodorico, los godos proclamaron rey, al ruido dc las armas, al valiente y glorioso Torismundo; y éste terminó los funerales de su amado padre cual

correspondía á un hijo. Después de acabar estas cosas, movido por el dolor de su pérdida y por la impetuosidad de su valor, Torismundo ardía en deseos de vengar la muerte de su padre sobre los que quedaban de los hunnos. Para ello consultó al patricio Aecio, á causa de su edad y de su consumada prudencia, para que le dijese qué debía hacer en aquella ocasión. Pero temiendo éste que, una vez aplastados los hunnos, cayesen los godos sobre el Imperio romano, le decidió con sus consejos á regresar á sus hogares y á ocupar el trono que su padre acababa de dejar, por temor de que sus hermanos, apoderándose del tesoro real, se hiciesen dueños del reino de los visigodos, y tuviese que mantener contra los suyos importante guerra, y, lo que era peor, desgraciada. Torismundo escuchó el consejo sin sospechar el interés que lo dictaba, sino, por el contrario, viendo en él atención á sus intereses, y, dejando allí á los hunnos, partió para la Galia. He aquí cómo, entregándose á las sospechas, la fragilidad humana se deja arrebatar la ocasión de hacer grandes cosas. Dícese que en aquella famosa batalla que dieron las naciones más valerosas perecieron por ambas partes ciento sesenta y dos mil hombres, sin contar noventa mil gépidos y francos que antes de la acción principal cayeron á los golpes que mutuamente se descargaron en un encuentro nocturno, peleando los francos por los romanos, y los gépidos por los hunnos. Al enterarse de la marcha de los godos, Atila, como ordinariamente ocurre en los acontecimientos imprevistos, sintió aumentar su desconfianza, creyendo que sus enemigos le tendían un lazo, y permaneció mucho tiempo encerrado en su campamento. Pero desengañado al fin por el largo silencio que había seguido á su retirada, recobró valor hasta atribuirse la victoria, entregándose á vana alegría, y recordando el poderoso rey los antiguos vatici-

nios. En cuanto á Torismundo, elevado repentinamente á la dignidad real por la muerte de su padre en los campos Catalaunicos, donde acababa de pelear, testigos de su valor, entró en Tolosa, donde fué recibido con gran regocijo por sus hermanos y los magnates de la nación, demostrando por su parte tanta templanza en los comienzos, que nadie le disputó la sucesión en el trono de su padre.

CAPÍTULO XLII

Marcha Atila á la conquista de Italia.—Sitio de Aquilea, que es saqueada. Igual suerte cabe á Milán, Pavía y otras muchas ciudades.—Casi toda Italia es devastada.—Atila quiere llegar hasta Roma. Sus soldados procuran disuadirle de este propósito. Sale á su encuentro el papa León. Consiente Atila en hacer la paz. Exige que le entreguen á Honoria. Desórdenes de esta princesa. Es acusada de haber atraído secretamente á Atila.

Aprovechando Atila la ocasión que le proporcionaba la retirada de los visgodos, y tranquilizado acerca de lo porvenir al ver disuelta la liga de sus enemigos, según había deseado siempre, marchó en seguida á la conquista de Italia, comenzando el ataque por el asedio de Aquilea, ciudad metropolitana de la Venecia, situada en una punta ó lengua de tierra del golfo Adriático, y cuyas murallas baña al Oriente el río Natissa, que corre del monte Picis. Mucho tiempo hacía que la sitiaba sin éxito, porque la defendían los mejores soldados del ejército romano encerrados en ella. Sus tropas comenzaban á murmurar y querían retirarse, y girando Atila en derredor de las murallas, deliberaba acerca de si levantaría el sitio ó lo continuaría, cuando vió cigüeñas, esas aves blancas que anidan en los techos de las casas,

sacando sus polluelos de la ciudad, y, contra su costumbre, yendo á depositarlos en el campo. Dotado, como estaba, de espíritu observador y penetrante, impresionóle aquéllo, y, dirigiéndose á los suyos, dijo: «Mirad esas aves que presienten lo que va á suceder: abandonan una ciudad destinada á la destrucción y, ante los peligros que las amenazan, desiertan de murallas próximas á caer. Que nadie se engañe; no hay nada insignificante, nada dudoso: cuando seres dotados de previsión, de tal manera cambian de costumbres, es siempre para huir de un peligro inminente.» En una palabra, los hunnos estrecharon el sitio de Aquilea con nuevo ardor; construyeron toda clase de máquinas de guerra, las pusieron en juego, y se apoderaron á poco de la ciudad, cuyos despojos se repartieron, destruyendola tan cruelmente después de saquearla, que apenas dejaron subsistir algunos vestigios. Alentados por el éxito y sedientos siempre de sangre romana, pasearon en seguida su furor por las demás ciudades de la Venecia, penetraron en la Liguria, devastaron Milán, metrópoli de esta provincia y ciudad real en otro tiempo; saquearon igualmente Pavía, así como los parajes inmediatos, é hicieron al fin de casi toda Italia un montón de ruinas. Proponíase Atila avanzar hasta Roma; pero, como refiere el historiador Prisco, los suyos le hicieron desistir, no por interés de la ciudad, que hubieran querido destruir, sino por temor de que aconteciese desgracia al rey, á quien recordaron el ejemplo de Alarico, antiguo rey de los visigodos, que no sobrevivió mucho tiempo después de haberse apoderado de Roma, sino que murió casi en seguida. Mientras permanecía indeciso Atila acerca de si iría ó no y perdía tiempo en deliberar, llegó á él una legación enviada de la ciudad, siendo bien recibida. Iba á su frente el papa León, y personalmente salió á su encuentro en el paraje llama-

do Acrovento Mamboleio, por donde diariamente pasan el Mincio numerosos viajeros. Atila consintió en ajustar la paz; y conteniendo los estragos que causaba su ejército, regresó al otro lado del Danubio, á las provincias de donde había salido; pero declarando públicamente y con amenazas que volvería más terrible á Italia si no le entregaban á Honoria, hermana del emperador Valentiniano é hija de la emperatriz Placidia, con la parte que le correspondía del tesoro imperial. Dícese que mientras guardaban estrechamente por orden de su hermano á esta princesa Honoria, por temor de que faltase á sus deberes y deshonrase á la corte, pudo enviar clandestinamente un eunuco á Atila, invitándole á que acudiese para aprovechar su protección contra la autoridad de su hermano: acción infame seguramente, porque compraba con la ruina de su país la libertad de entregarse á sus pasiones.

CAPÍTULO XLIII

Segunda expedición de Atila á la Galia. Marcha contra los alanos establecidos en las márgenes del Loira. Torismundo le obliga á retroceder.—Vuelta de Torismundo á Tolosa. Su muerte.

Había regresado, pues, Atila á sus hogares; pero sintiendo como remordimientos por su inacción, é indignándose de vivir sin combatir, envió legados á Marciano, emperador de Oriente, para decirle que, puesto que no le pagaba el tributo que le prometió en otro tiempo el emperador Teodosio, iba á talar sus provincias y á presentarse más terrible que nunca en medio de sus enemigos. Sin embargo, con su habilidad y astucia ordinarias, después de haber amenazado un punto, llevó sus armas á otro, y, escuchando solamente

las voces de su rencor, volvió la cara hacia los visigodos. Pero no obtuvo con éstos igual éxito que con los romanos. Acudió de nuevo por camino diferente que la primera vez, deseando reducir á su obediencia á los alanos, establecidos al otro lado del río Ligeris (Loira), con objeto de que su derrota, cambiando el aspecto de la guerra, aumentase el terror que inspiraba. Habiendo salido, pues, de la Dacia y de la Pannonia, provincia que ocupaban á la sazón los hunnos con diferentes naciones que les estaban sometidas, Atila marchó contra los alanos. Pero Torismundo, rey de los visigodos, comprendió la estratagema del rey de los hunnos con tanta sutileza como aquél había empleado en imaginarla: acudió diestramente al territorio de los alanos antes que él, y cuando llegó Atila, encontróse dispuesto y salió á su encuentro. Habiendo trabado el combate, Torismundo le quitó en seguida la esperanza de vencer, casi de la misma manera que hizo en los campos catalaunicos; y habiéndole vencido y puesto en derrota, le obligó á abandonar la Galia y á huir á su país. Así, aquél famoso Atila que tantas veces había sujetado á la victoria, en vez de hacer olvidar, como pretendía, el fracaso que ya le habían hecho experimentar los visigodos y de lavarse de la vergüenza de su primera derrota, sufrió la segunda y se retiró ignominiosamente. En cuanto á Torismundo, después de libertar á los alanos de las bandas de los hunnos, se puso en marcha para Tolosa, sin que los suyos experimentasen pérdidas. Vivía en el seno de la paz que había restablecido, cuando al tercer año de su reinado, estando enfermo y habiéndose hecho sangrar, le asesinó su cliente Ascalarno, que le denunciaba enemigos después de haberle sustraído las armas. Sin embargo, con la mano que le quedaba libre asió un escabel y vengó su sangre matando á golpes á algunos conspiradores.

CAPÍTULO XLIV

Teodorico sucede á Torismundo.—Riciario, rey de los suevos, quiere apoderarse de toda España.—Provincias de esta comarca ocupadas ya por los suevos.—Embajada de Teodorico á Riciario.—Respuesta de éste.—Teodorico marcha contra los suevos.—Batalla del Urbio.—Riciario, vencido, cae prisionero y es condenado á muerte.—Teodorico perdona á los suevos y dales por jefe á su cliente Athiulfo.—Sublevación de Athiulfo.—Su derrota y muerte.—Teodorico permite á los suevos elegir por rey á Remismundo.—Muerte de Teodorico.

Después de su muerte le sucedió en el trono de los visigodos su hermano Teodorico, que no tardó en descubrir un enemigo en Riciario, pariente suyo, y rey de los suevos. Este Riciario, prevaliéndose de su parentesco con Teodorico, creyó poder apoderarse de casi toda España y consideró el momento más favorable para una tentativa el principio de su reinado, inseguro todavía. Ocupaban entonces los suevos Galicia y Lusitania, que se extienden á lo largo de la costa del Océano, por el lado derecho de España, y tenían por límites, al Oriente la Astrogonia, al Occidente el promontorio donde se alza la tumba de Scipión, general romano; al Septentrión el Océano, y al Mediodía Lusitania y el Tajo, cuya arena, mezclada con rico metal, acarrea oro con barro despreciable. De estas provincias salió Riciario, rey de los suevos, con intento de apoderarse de toda España. Su pariente Teodorico, con su acostumbrada moderación, le envió legados encargados de decirle con dulzura, no solamente que se retirase de un territorio que no le pertenecía, sino también que no lo pretendiese en lo sucesivo y que su ambición solamente podía atraerle rencores. Pero el rey, henchido de orgullo, le contestó

de esta manera: «Si murmuras y pretendes impedirme avanzar, iré á Tolosa, donde moras; allí me detendrás si puedes.» Desagradó á Teodorico este lenguaje; púsose en paz con las otras naciones y marchó contra los suevos, ayudado por Grusdiaco é Hilperico, rey de los burgundios, ambos adictos á su persona. Encontráronse á orillas del río Urbio, que corre entre Asturias y la Iberia, y trabada la batalla, Teodorico y los visigodos, que peleaban por causa justa, quedaron vencedores y destrozaron á casi todas las tribus de los suevos. Su rey Riciario, abandonando la victoria á su enemigo y huyendo delante de él, se salvó en una barca; pero rechazado por una tempestad en el momento de entrar en el mar Tirreno, cayó en manos de los visigodos, que muy pronto le dieron muerte, sin que de nada le sirviese haber cambiado de elemento. Después de la victoria, perdonó Teodorico á los vencidos é hizo cesar la matanza, dando en seguida por jefe á su cliente Athiulfo á los suevos sometidos. Pero muy pronto cambió éste de sentimientos, y haciendo traición á su señor por instancias de los suevos, no teniendo para nada en cuenta sus órdenes, obraba con toda la arrogancia de un usurpador, y lisonjeándose de poder conservar por su valor un país que poco tiempo antes había ayudado enérgicamente á su señor á conquistar. En último caso, este hombre pertenecía á la raza de los varnos, de sangre muy inferior en nobleza á la de los godos; así es que no tenía franqueza ni fidelidad para su protector. Teodorico, al enterarse de su traición, envió en el acto tropas contra él para despojarle del imperio que se arrogaba. Estas tropas le atacaron á su llegada, le vencieron en la primera batalla é hicieron pronta justicia á sus crímenes; porque habiéndole abandonado los suyos, fué cogido y castigado con la muerte: experimentando ahora el enojo de aquel amo cuya bondad se había negado á recono-

cer. Viendo entonces los suevos muerto á su jefe, enviaron á Teodorico para ablandarle sacerdotes del país. Recibióles éste con respeto á su ministerio, dejándose conmover por piedad; y no solamente les concedió el perdón de los suevos, sino que consintió en que eligieran rey de su raza; como lo hicieron eligiendo á Remismundo para que reinase sobre ellos. Acababa de ocurrir esto, y estaba restablecida en todas partes la paz, cuando murió Teodorico á los trece años de reinar.

CAPÍTULO XLV

Eurico sucede á Teodorico.—Máximo hace morir á Valentiniano y usurpa el imperio.—Pasa á Italia Gicerico, rey de los vándalos, y devasta á Roma.—Urso mata á Máximo.—Mayoriano marcha contra los alanos y es muerto en Dertona. Severo.—Su muerte.—Anthemio.—Envía á Ricimero contra los alanos.—Derrota de los alanos.—Muerte de su rey Beurgo.—Anthemio píde auxilio á los bretones contra Eurico.—Llegada de los bretones y de su rey Riotimo á Bourges.—Los visigodos derrotan á los bretones.—Avito.—Toma de Arverna.—Últimos emperadores de Occidente.

El ávido apresuramiento que mostró en sucederle su hermano Eurico hizo recaer sobre él graves sospechas. Pero mientras estas y otras muchas cosas ocurrían en la nación de los visigodos, el emperador Valentiniano pereció por las celadas de Máximo, que usurpó el Imperio. Al saberlo Gicerico, rey de los vándalos, preparó una flota para pasar de África á Italia, y habiendo entrado en Roma, lo devastó todo. Máximo huyó y fué muerto por un soldado romano llamado Urso. Después de su muerte, Marciano, emperador de Oriente, invitó á Mayoriano para que se hiciese cargo del mando del Imperio de Occidente. Pero éste reinó muy poco tiempo á

su vez, siendo muerto en Dertona, cerca del río llamado Ira, cuando marchaba contra los alanos que infestaban las Galias. Ocupó su puesto Severo y murió en Roma en el tercer año de su reinado. Viendo esto el emperador León, que había sucedido á Marciano en el Imperio de Oriente, eligió para emperador de Occidente á su patricio Anthemio. En cuanto llegó éste á Roma, envió en seguida contra los alanos á su yerno Ricimero, varón de talento, y tal vez el único entonces en Italia que fuese apto para mandar un ejército. En efecto; en el primer encuentro deshizo á los alanos, matando gran número de ellos, incluso su rey Beurgo. Entretanto, Eurico, rey de los visigodos, viendo aquellos frecuentes cambios de emperadores romanos, quiso extender su autoridad por toda la Galia. Informado de sus designios el emperador Anthemio, pidió en seguida auxilio á los bretones. Su rey Riotimo llevó en seguida doce mil y fué recibido en la ciudad de Bituriga (Bourges) á su salida de las naves que le habían llevado por el Océano. Eurico, rey de los visigodos, á la cabeza de innumerable ejército, marchó á su encuentro; y, después de largo combate, Riotimo, rey de los bretones, quedó derrotado antes de que los romanos pudieran reunírsele. Después de perder gran parte de su ejército, huyó con los que pudo salvar, retirándose al país de los burgundios, nación que estaba muy cerca y que, en aquel tiempo, era aliada de los romanos. Poco después, el rey de los visigodos se apoderó de la ciudad de Arverna, en la Galia. Había muerto ya el emperador Anthemio, después de destruir la Romania con una guerra intestina encendida entre él y su yerno Ricamero, pereciendo á manos de éste y dejando el imperio á Olibrio. Por este mismo tiempo, Aspar, de la noble raza de los godos, y primer patricio de Constantinopla, pereció en el palacio bajo las espadas de los eunucos, con sus hijos Ardabu-

ro y Patriciolo, de los que uno había sido patricio y el otro era césar y yerno del emperador León. Habiendo muerto Olibrio antes del octavo mes de su reinado, tomó la púrpura en Ravena Glicerio, previniendo más bien que obteniendo la elección del Senado. Pero, apenas había pasado un año, cuando Nepos, hijo de una hermana de Marcelino, antiguo patricio, lo derribó del trono y lo hizo ordenar obispo en el puerto de Roma. Viendo Eurico tantos cambios, como ya hemos dicho, tantas vicisitudes, se apoderó, de la ciudad de Arverna, donde mandaba entonces por los romanos el ilustre Decio, senador, hijo del emperador Avito, que, habiéndose apoderado del poder antes de Olibrio, solamente conservó el imperio corto número de días, y se retiró voluntariamente á Placencia, donde fué ordenado obispo. Decio, el hijo de éste, sostuvo muchos combates con los visigodos, pero no pudiendo resistirles, abandonó su patria y la ciudad de Arverna al enemigo, retirándose á parajes más seguros. En cuanto se enteró el emperador Nepos, mandó á Decio que saliese de las Galias y se le presentase; y al mismo tiempo nombró para reemplazarle al maestre de la milicia Orestes. Tomó éste tropas y se puso en marcha contra el enemigo; pero habiendo llegado de Roma á Ravena, se detuvo en esta ciudad y proclamó emperador á su hijo Augústulo. Al enterarse, huyó Nepos á Delmacia, y, después de haber perdido el Imperio, murió en aquella provincia, donde moraba ya Glicerio, en otro tiempo Emperador y ahora obispo de Salona. Por entonces fué cuando Orestes proclamó Emperador á su hijo Augústulo en Ravena.

CAPÍTULO XLVI

Odoacro destrona á Augústulo.—Fin del imperio de Occidente.—Odoacro dueño de Italia.—Muerte de Brachila.

Poco tiempo después, Odoacro, rey de los turcilingos, llevando consigo sciros, hérulos y auxiliares de diferentes naciones, se apoderó de Italia y, después de matar á Orestes, derribó del trono á su hijo Augústulo, al que relegó en la fortaleza de Lúculo, en Campania. Así, pues, el Imperio romano de Occidente, que había comenzado el año setecientos nueve de la fundación de Roma, al advenimiento de Octaviano Augusto, primer emperador, cayó con aquel Augústulo quinientos veintidós años después, á contar desde la época en que los predecesores de éste comenzaron á reinar. Desde entonces los reyes de los godos fueron dueños de Roma y de Italia. Odoacro, rey de las naciones, habiendo subyugado toda la Italia y queriendo infundir á los romanos el terror de su nombre, mató en Ravena, al principio de su reinado, al conde Brachila. Por este medio afirmó su dominación y reinó cerca de catorce años, hasta la aparición de Teodorico, de quien hablaremos en la continuación de esta historia. Entretanto, reanudemos nuestro relato en el punto en que lo interrumpimos.

CAPÍTULO XLVII

Eurico se apodera de Arlés y de Marsella.—Sus conquistas en España y en la Galia.—Somete á los burgundios.—Su muerte.—Alarico.

Viendo vacilar el Imperio romano, Eurico, rey de los visigodos, redujo á su dominio Arlés y Marsella. Comprometióse en esta empresa seducido por los regalos de

Gicerico, rey de los vándalos, quien, para ponerse á cubierto de las asechanzas de León ó Zenón, llevó con sus intrigas á los ostrogodos á devastar el Imperio de Oriente y á los visigodos el de Occidente, á fin de que uno y otro Imperio, teniendo guerra en su seno, no pudieran ir á perturbarle en África. Apresuróse, pues, Eurico á secundarle, y, dueño ya de toda España y de gran parte de las Galias, sometió además á los burgundios y murió en Arlés, donde se encontraba en el año décimonono de su reinado. Tuvo por sucesor á su hijo Alarico, que fué el noveno rey de los visigodos después de Alarico el Grande: y sabido es que, lo que antes hicimos notar relativamente á Augústulo, ocurrió igualmente con los Alaricos; tan cierto es que muchas veces los Imperios terminan bajo príncipes del mismo nombre de los que los fundaron. Pero dejemos esto ahora y reunamos todos los hilos de la historia de los godos, según lo que prometimos. Hemos referido como nos ha sido posible, sirviéndonos de los testimonios de los antiguos, la historia tanto de los ostrogodos como de los visigodos, mientras estas dos naciones no formaron más que una. En seguida hemos narrado hasta el fin la de los visigodos, desde su separación de los ostrogodos; debemos ahora volver á sus antiguas moradas de la Scitia y exponer de la misma manera la genealogía y los hechos de los ostrogodos.

CAPÍTULO XLVIII

El rey de los ostrogodos Vinitar intenta librarse del yugo de los hunnos.—Sus combates contra los antos y contra los hunnos.—Es vencido y muerto.—Reyes de la familia de los amalas.—Sus sucesores.

Habiéndose separado los ostrogodos y los visigodos á la muerte de su rey Ermanarico, los primeros fueron

súbditos de los hunnos y continuaron habitando el mismo país; sin embargo, el amala Vinitar conservó las insignias de la realeza. Tan valiente como su abuelo Ataúlfo, que había tomado como modelo, pero menos afortunado que Ermanarico, Vinitar soportaba impaciente el yugo de los hunnos y se sustraía insensiblemente á su dominación. Procurando demostrar su valor, invadió las fronteras de los antos y fué vencido en el primer combate que les libró. Más adelante se comportó valientemente é hizo crucificar á su rey, llamado Box, con sus hijos y setenta jefes, cuyos cadáveres quedaron suspendidos en el patíbulo, para ejemplo de los vencidos é inspirarles terror. Hacía cerca de un año que reinaba con esta independencia, pero Balambero, rey de los hunnos, no lo consintió por más tiempo. Llamó á su presencia á Segismundo, hijo de Hunimundo el Grande, que, fiel á su juramento y á la fe prometida, había continuado sometido á los hunnos con gran parte de los godos; y, después de renovar con él la antigua alianza, llevó su ejército contra Vinitar. La guerra fué larga: en el primero y segundo combate quedó vencedor Vinitar y no sería posible explicar qué carnicería hizo en el ejécito de los hunnos; pero en la tercera, dada en la orilla del río llamado Eraco, habiendo marchado por sorpresa los dos reyes uno contra otro, Balambero disparó una flecha contra Vinitar, le hirió en la cabeza y le mató. En seguida tomó por esposa á Valadamarca, sobrina de éste último, y desde entonces toda la nación de los godos reconoció sin dificultad su autoridad; si bien este pueblo tuvo siempre rey propio para gobernarle, pero bajo la dependencia de los hunnos. Después de la muerte de Vinitar, los godos obedecieron á Hunimundo, hijo de Ermanarico, aquel rey tan poderoso en otro tiempo. Hunimundo era muy intrépido en los combates y singularmente hermoso de cuer-

po. Durante su reinado peleó con éxito con los suevos. Á su muerte tuvo por sucesor á su hijo Torismundo, que se encontraba en la flor de la juventud. Habiendo atacado éste á los gépidos en el segundo año de su reinado, alcanzó sobre ellos gran victoria y pereció, según se dice, de una caída del caballo. Tanta aflicción causó su pérdida á los ostrogodos, que, para que nada les distrajera de su recuerdo, no tuvieron rey para reemplazarle durante cuarenta años, hasta que llegó el tiempo en que Valamiro pudo indemnizarles de la desgracia de haberle perdido. Era este hijo de Vandalaro primo hermano de Torismundo, cuyo hijo Berimundo, como dijimos antes, había seguido la nación de los visigodos á Occidente, por desprecio á los estrogodos desde que estaban sometidos á los hunnos. De Berimundo nació Vederico, quien á su vez tuvo por hijo á Eutarico, que casó con Amalasuenta, hija de Teodorico, reuniendo así la raza de los amalas, dividida desde antiguo. Este engendró á Atalarico y á Matesuenta. Ahora bien: habiendo muerto en la juventud Atalarico, Matesuenta fué llevada á Constantinopla, donde casó en segundas nupcias con el hijo de un hermano del emperador Justiniano, llamado Germano, como su padre. Mas para no separarnos del orden que queremos seguir, tenemos que volver á la línea de Vandalaro, compuesta de tres florecientes vástagos; porque este Vandalaro, sobrino de Ermanarico y primo de Torismundo, de quien ya hemos hablado, tuvo tres hijos que le hicieron ilustre entre los amalas, á saber: Valamiro, Teodomiro y Videmiro. Valamiro, por la sucesión de sus padres, subió al trono en tiempo en que los ostrogodos y con ellos otras naciones estaban bajo la dominación de los hunnos. Y fué entonces cosa bella ver á los tres hermanos, cuando el heroico Teodomiro combatía para sostener el trono de Valamiro, cuando Valamiro á su vez no usaba de su supe-

rioridad sino para colmar de honores á su hermano y Videmiro se consideraba feliz obedeciendo por la gloria de uno y de otro. Sostenidos de esta manera por el mutuo cariño, en cierto modo eran tres reyes, y reinaban en común por su buena armonía. Sin embargo, como muchas veces se ha dicho, su autoridad estaba subordinada á la de Atila, rey de los hunnos, de manera que no hubiesen podido negarse á combatir aunque hubiera sido contra sus parientes los visigodos; porque lo que el interés del señor manda, aunque sea un parricidio, hay que cumplirlo. Ninguna nación scítica pudo libertarse del dominio de los hunnos hasta la muerte de Atila, muerte que todos los pueblos deseaban lo mismo que los romanos, y cuyo beneficio excitó tanta alegría como había causado asombro su vida.

CAPÍTULO XLIX

Muerte de Atila.—Sus funerales.

Atila, según refiere el historiador Prisco, casó al tiempo de morir con una joven muy hermosa, llamada Idlica, después de haber tenido considerable número de mujeres, según costumbre de su país. El día de las bodas se entregó á profunda alegría; y después, como abrumado por el vino y el sueño, se acostó sobre la espalda; su sangre, demasiado abundante, no pudo salir por la naríz, como de ordinario, y tomando dirección funesta, cayó sobre el pecho y le ahogó. De esta manera, aquel rey que se había distinguido en tantas guerras, encontró vergonzosa muerte en medio de la embriaguez. Al día siguiente, cuando tocaba ya á su fin, los servidores del rey, cediendo á grandes zozobras, rompieron las puertas, después de llamarle á grandes gri-

tos, encontráronle ahogado por la sangre, sin heridas, y á la joven cabizbaja, llorando bajo su velo. Entonces, según costumbre de la nación, cortáronle parte de la cabellera y le hicieron en el rostro profundas incisiones que aumentaron su fealdad. Querían llorar á aquel gran guerrero, no como mujeres, con gemidos y lágrimas, sino con sangre, como hombres que eran. He aquí un prodigio que ocurrió en aquella ocasión. Marciano, emperador de Oriente, en medio de las inquietudes que le ocasionaba enemigo tan terrible, vió aquella noche en sueños aparecérsele la divinidad mostrándole roto el arco de Atila, aquel arco en el que fundaba todas sus esperanzas la nación de los hunnos. El historiador Prisco pretende poseer testimonios irrecusables en apoyo de este hecho. Verdad es que Atila se había hecho tan temible á los grandes Imperios, que el cielo parecía conceder una gracia á los reyes quitándole la vida. No debemos prescindir de referir, aunque brevemente, de qué manera celebró su nación los funerales. Expusieron solemnemente su cuerpo en medio de los campos, en una tienda de seda, con objeto de que pudiesen contemplarlo. Los jinetes más distinguidos entre los hunnos corrían, como se hace en los juegos del circo, alrededor del paraje donde estaba colocado, y referían sus hazañas en el siguiente cántico fúnebre: «El más grande entre los reyes de los hunnos es Atila, hijo de Mondzuco. Ha sido dueño de las naciones más valientes; él sólo ha poseído la Scitia y la Germania, reuniendo sobre su cabeza un poder hasta entonces inaudito. Él también llevó el terror á los dos Imperios de los romanos; él quien, después de haberse apoderado de las ciudades, salvó del pillaje el resto, dejándose conmover por las súplicas y contentándose con un tributo anual. Y después de haber realizado estas cosas, en medio de su felicidad, ha muerto, no por mano de enemigo, no por traición de los

suyos, sino sin dolor, en medio del regocijo, en el seno de su nación floreciente. ¿Puede decirse que ha muerto aquel á quien nadie cree deber vengar?» Después de expresar su desolación de esta manera, celebraron sobre su tumba un gran festín, una *strava*, según lo llaman; y, entregándose sucesivamente á los sentimientos más opuestos, mezclaban la alegría con el duelo de los funerales. Encerraron el cuerpo de Atila en tres féretros, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro, dando á entender con esto que aquel poderoso rey lo había poseído todo; el hierro para domeñar las naciones; el oro y la plata en señal de los honores con que había revestido los dos Imperios. Á estos emblemas añadieron los trofeos de las armas tomadas al enemigo, collares enriquecidos con diferentes piedras preciosas, y en fin, los diversos ornamentos con que se adorna los palacios de los reyes. Y con objeto de preservar tales riquezas de la codicia de los hombres, mataron á los obreros empleados en los funerales, dándoles tan horrible salario; de manera que en el mismo momento la muerte se cernió sobre el cadáver sepultado y sobre los que acababan de sepultarlo.

CAPÍTULO L

Disensiones entre los hijos de Atila.—Los pueblos vasallos de los hunnos se sublevan contra ellos.—Modo de armarse estos pueblos.—Batalla de Netad.—Muerte de Ellac.—Godos, gépidos, sármatas, etc., recobran su libertad.—Nuevas comarcas donde se establecen estos pueblos.

Acababa de suceder esto, cuando el ánimo juvenil, excitado por la ambición de mando, suscitó disensiones entre los hijos de Atila por la sucesión al trono; y cuando todos ellos aspiraban locamente al Imperio, todos lo

perdieron á la vez: así lo que entraña frecuentemente, la ruina de un Estado, no es la falta de sucesores á la corona, sino su excesivo número Los hijos, que en su desenfrenada pasión por las mujeres, había tenido Atila, formaban casi un pueblo, y querían dividirse por partes iguales las naciones que consideraban como herencia del belicoso rey y echar á suertes á cuál de ellos había de corresponder cada parte. Cuando supo esto Ardarico, rey de los gépidos, indignóse de que quisieran tratar á tantos pueblos como vil rebaño de esclavos; y levantándose el primero contra los hijos de Atila, borró con sus triunfos la vergüenza del yugo que se había visto obligado á sufrir. Y no libertó solamente á su nación al separarse de los hunnos, sino á todas aquellas sobre que pesaba su dominación; porque el hombre está pronto con energía para toda empresa que tiene por objeto el bien general. Armáronse, pues, por una y otra parte para una guerra á muerte y se vino á las manos en Pannonia, á las orillas del río llamado Netad, teniendo lugar allí el choque de las diferentes naciones que Atila había mantenido bajo su dominio. Los reinos, los pueblos se dividen; de un solo cuerpo se forman diferentes miembros que ya no obedecen á una voluntad única, sino que, privados de su cabeza, se entregan á mutuos furores: y aquellas valientes naciones, que nunca habían encontrado rivales, no experimentaron resistencia digna de su valor, hasta el día en que volvieron las armas unas contra otras para exterminarse. Creo que fué aquel espectáculo admirable para el mundo, ver al godo enfurecido herir con su espada al gépido, rompiendo en las heridas de éste todos los dardos que había recibido; al suevo, orgulloso de sus peones; al hunno de su destreza en lanzar la flecha; al alano pesadamente armado y al hérulo de ligera armadura. Después de lucha larga y mortífera, la victoria favoreció

inopinadamente á los gépidos, y cerca de treinta mil hombres, tanto hunnos como de otras naciones auxiliares de éstos, cayeron bajo la espada de Ardarico y de los que se habían coligado con él. En esta batalla fué muerto el hijo mayor de Atila, llamado Elaco. Decíase que su padre le había mostrado tanta predilección, que le había elegido con preferencia á todos sus demás hijos para sucederle, pero la fortuna no secundó los deseos del padre. Sin embargo, pereció tan valientemente, después de derribar con sus golpes tantos enemigos, que su padre, si hubiese vivido, le habría envidiado tan glorioso fin. Después de su muerte, sus hermanos huyeron á las orillas del mar del Ponto, á las mismas comarcas donde, como antes dijimos, habitaron primeramente los godos. De esta manera fueron vencidos los hunnos cuando parecía que habían de vencer al mundo entero; y tales son los tristes efectos de la discordia, que aquel Imperio, cuya unión le hacía tan temible, se desmoronó el día en que estalló la división. Esta victoria de Ardarico, rey de los gépidos, fué acontecimiento feliz para todas las naciones que obedecían á despecho á los hunnos: levantó su ánimo por tanto tiempo abatido en la tristeza y su alma se entregó á las alegrías de una libertad ardientemente deseada. Muchas de ellas enviaron legaciones al país de los romanos, cerca de Marciano, emperador entonces, que las recibió favorablemente y les señaló tierras para establecerse; porque los gépidos se habían apoderado á viva fuerza de las tierras de los hunnos y poseían cual señores la Decia entera como por derecho de conquista. Así, pues, aquellos varones animosos no pidieron otra cosa al Imperio, para trabar amistad con él, sino la paz y un donativo anual, en lo que convino gustoso el Emperador: y el donativo se les ha venido dando hasta hoy, porque esta nación continúa á sueldo de los emperadores romanos. En

cuanto á los godos, viendo empeñados á los gépidos en conservar las tierrás de los hunnos y á éstos á su vez dueños de las que en otro tiempo les habían pertenecido, prefirieron acudir al Imperio romano que correr el riesgo de una invasión por terrenos ajenos, y fueron autorizados para ocupar la Pannonia, provincia que, extendiéndose en dilatadas llanuras, está limitada al Oriente por la alta Mesia, al Mediodía por la Dalmacia, la Nórica á Poniente y el Danubio al Septentrión, y en las que se encuentran numerosas ciudades, siendo la primera Sirmis y Vindomina la última. Los sauromatas ó sármatas, como les llamamos, y los comandros, seguidos de algunos hunnos, recibieron terrenos en la Iliria, cerca de Castrum Martena, donde se establecieron. De entre ellos salieron Blivilas, duque de Pentápolis, su hermano Froilas y Bessa, que ha sido patricio en nuestros días. Los sciros, satagarios y otros alanos, cuyo jefe se llamaba Candax, recibieron la Scitia menor y la baja Mesia. De este Candax, mientras vivió, fué notario Peria, padre de mi padre Alanovamuto, es decir, mi abuelo; y la hermana de Candax fué madre de Guntix, llamado también Baza, que fué maestre de la milicia y tuvo por padre á Andax, hijo de Andala, de la raza de los amalas. Y yo también, Jornades, aunque iliterato, fuí notario antes de mi conversión. Los rugos, con algunas otras naciones, pidieron establecerse en Biocimetas y en Scandiópolis. Á ejemplo de éstos, Hernac, el más joven de los hijos de Atila, eligió por morada con los suyos el extremo de la Scitia menor; y sus primos Emnedzar y Uzindur, la Dacia Ripuaria. Esta provincia estaba ya ocupada por Uto é Iscalmo, que salieron entonces por diferentes lados con multitud de hunnos y se lanzaron sobre la Romania. Los descendientes de éstos son los que llevan hoy el nombre de sacromontisos y de fosatisos.

CAPÍTULO LI

Los godos menores fijan la residencia en la Mesia.—El obispo Vulfila.

Existían también otros godos llamados menores, pueblo inmenso, que tenía por obispo y jefe á Vulfila, que pasa por haberles enseñado el arte de la escritura: estos son los mismos que habitan hoy en Eucópolis, en la Mesia. Pobres y poco guerreros, estableciéronse al pie de una montaña, donde todas sus riquezas consisten todavía en rebaños de ganados de diferentes especies, en pastos y bosques. Sus tierras, por otra parte, fecundas en pastos de toda clase, producen poco trigo; y en cuanto á viñas, muchos de ellos ignorarán siempre si existen en el mundo, porque solamente comerciando con las naciones vecinas pueden procurarse vino: por esta razón se alimentan con leche.

CAPÍTULO LII

Valemiro, Teodomiro y Videmiro reyes de los ostrogodos.—Son atacados por los hunnos y les rechazan.—Nacimiento de Teoderico.—Invasión de los ostrogodos en Iliria.—Ajustan la paz con el Imperio.—Teoderico dado en rehenes.

Volviendo á la nación de que se trata, los ostrogodos que habitaban en la Pannonia, bajo las órdenes del rey Valemiro y de sus hermanos Teodomiro y Videmiro, vivían en estrecha unión, aunque sus territorios estaban separados; porque Valemiro se había establecido entre los ríos Scarniunga y Agua-Negra, Teodomiro á

orillas del lago Pelso y Videmiro entre sus dos hermanos. Ocurrió, pues, que los hijos de Atila, reivindicando á los godos como desertores de su nación, como esclavos fugitivos, marcharon contra ellos é hicieron irrupción en las tierras de Valemiro, sin que lo supieran sus hermanos. Éste, si bien con pocas fuerzas, sostuvo el ataque; y despues de contenerles por mucho tiempo, les hizo experimentar tal derrota, que apenas dejó escapar algunos que huyeron llegando á las comarcas de la Scitia situadas al otro lado de la parte del Danubio, que llaman Hunivar en su lengua. Enviando en el acto Valemiro un mensajero á su hermano Teodomiro para darle cuenta de su regocijo, llegó en el mismo día á la casa de éste y le encontró mucho más regocijado aún que podía estarlo por la noticia que le llevaba, porque aquel día había nacido su hijo Teoderico, niño hermoso cuya madre, Erelieva, no era más que concubina. Poco tiempo después el rey Valemiro y sus hermanos Teodomiro y Videmiro, habiendo enviado legados al emperador Marciano para recibir los dones que el Imperio acostumbraba hacerles, así como á su valerosa nación, para la conservación de la paz, supieron que Teodorico, hijo de Triario, de la nación de los godos ciertamente, pero de otra raza que los amalas, gozaba, tanto él como los suyos, del mayor favor; que estaba ligado con amistad con los romanos y recibía regalos anuales, mientras ellos solos eran los desdeñados. Enfurecidos repentinamente, tomaron las armas, y recorriendo casi toda la Iliria la saquearon y devastaron; pero el Emperador cambió en seguida de sentimientos y les devolvió la antigua amistad enviándoles legados, no solamente para suplicarles que recibiesen los presentes que se les debían por lo pasado, sino también para prometerles que en lo venidero se les concedería sin dificultad, recibiendo de ellos, como prenda de paz, al niño Teoderico, hijo

de Teodomiro, de quien antes hablamos. Había cumplido entonces siete años y entrado en el octavo; y como su padre vacilaba en entregarle, se lo suplicó su tío Valemiro, únicamente para que quedase consolidada la paz entre godos y romanos. Habiendo entregado, pues, los godos á Teoderico en rehenes, lleváronle á Constantinopla con el emperador León; y como era un niño muy hermoso, se granjeó en seguida el favor imperial.

CAPÍTULO LIII

Expedición de los ostrogodos contra los satagas.—Invasión de Dinzio, hijo de Atila, en las tierras de los ostrogodos.—Es rechazado.—Guerra de los ostrogodos contra los suevos y sciros.—Muerte de Valemiro.

Después que godos y romanos establecieron sólida paz, viendo los godos que no les bastaban los socorros que recibían del Emperador, y deseando, además, dar á conocer su valor, comenzaron á saquear los alrededores de las naciones vecinas, y dirigieron primeramente sus armas contra los sátagas que ocupaban el interior de la Pannonia. Cuando lo supo Dinzio, rey de los hunnos é hijo de Atila, reunió en derredor suyo el corto número de naciones que aparentaban aún reconocer su autoridad, los ulzinguros, angisciros bitugoros y los bardoros, y presentándose delante de Basiana, ciudad de la Pannonia, la sitió y comenzó á talar su territorio. Llegando la noticia á los godos, en el país donde se encontraban, abandonaron la expedición emprendida contra los sátagas, y se volvieron contra los hunnos, á los que arrojaron de sus fronteras, con tanta ignominia para éstos, que, desde entonces hasta hoy, los que sobrevivieron á la derrota han conservado profundo miedo á las armas

godas. La nación de los hunnos dejaba al fin en paz á los godos, cuando Hunimundo, rey de los suevos, al pasar para ir á recoger botín en la Dalmacia, arrebató los rebaños de los godos dispersos en los campos: porque la Dalmacia era vecina de la Suevia y estaba cerca de la Pannonia, especialmente de la parte habitada por los godos. Cuando Hunimundo y los suevos, después de haber devastado la Dalmacia, regresaban á sus tierras, Teodomiro, hermano de Valemiro, rey de los godos, menos preocupado por la pérdida de los rebaños que por el temor de ver á los suevos redoblar de audacia, si el robo quedaba impune, de tal manera acechó su paso, que, mientras dormían en medio de obscura noche, cayó sobre ellos cerca del lago Pelso; y obligándoles á pelear de improviso, de tal manera los destrozó, que cayó prisionero el mismo rey Hunimundo, y todos los que escaparon de la espada de los godos los redujeron éstos á la servidumbre. Y como Teodomiro se inclinaba mucho á la misericordia, una vez vengado de los suevos les perdonó; y habiéndose reconciliado con ellos, adoptó por hijo á aquel mismo prisionero Hunimundo, enviándolo con los suyos á Suevia. Pero éste, sin gratitud á los beneficios de su nuevo padre, dió rienda suelta poco después á la perfidia que incuvaba, excitando á la nación de los sciros, establecida entonces sobre el Danubio, viviendo en paz con los godos, á que abandonase la alianza de éstos para unirse á él y tomase las armas contra ellos. No esperaban entonces los godos mal alguno, especialmente por parte de aquellas dos naciones vecinas, con cuya amistad contaban; y de pronto estalló la guerra. Apremiados por la necesidad, empuñaron las armas, y, comportándose en el combate con su acostumbrada bravura, vengaron la injuria recibida. En esta batalla pereció su rey Valemiro; encontrábase á caballo y corría delante de las filas

para exhortar á los suyos, cuando espantándose el caballo, cayó arrastrando al jinete, que en el acto fué atravesado por las lanzas enemigas. Los godos combatieron á los rebeldes con tanto furor para vengar la muerte de su rey y la propia injuria, que exterminaron á casi toda la nación de los sciros, exceptuando á aquellos que, llevando el mismo nombre, no se encontraron en la batalla y no habían participado de la felonía.

CAPÍTULO LIV

Liga de los suevos, sármatas, sciros, gépidos y rugos, contra los ostrogodos.—Sangrienta batalla que éstos ganan.

Temiendo que la ruina de los sciros arrastrase la suya, Hunimundo y Alarico, reyes de los suevos, tomaron las armas contra los godos. Apoyáronles los sármatas, que acudieron en su auxilio con sus reyes Benga y Babai, los sciros que quedaban, bajo el mando de sus jefes Edica y Vulfo, llamados por los suevos, porque debían pelear con tanto más encarnizamiento, cuanto que tenían que satisfacer su venganza: en fin, los gépidos que se les unieron, así como también un gran refuerzo de rugos. Reunieron además otros guerreros de diferentes regiones y, formando un cuerpo con aquella inmensa multitud, fueron á acampar cerca del río Bolia, en Pannonia. Habiendo muerto Valemiro, recurrieron los godos en aquel trance á su hermano Teodomiro, que, á pesar de que desde mucho tiempo reinaba conjuntamente con sus hermanos, hasta entonces no tomó las insignias del poder soberano. Envió éste á Videmiro, su hermano más joven, encargándole en parte de los cuidados de aquella guerra, y después, cediendo á la necesidad, acudió á las armas. Trabado el com-

bate, se sobrepuso el ejército de los godos y tal carnicería hizo en el enemigo, que el campo de batalla, inundado de sangre, parecía un mar rojo, en el que se alzaban como colinas montones de armas y de cadáveres, quedando en el suelo más de diez mil guerreros. Ante aquel espectáculo experimentaron los godos indecible alegría; porque al hacer aquella inmensa matanza, habían vengado la sangre de su rey Valemiro y su propia injuria. En cuanto á aquella innumerable multitud de enemigos diversos, los que pudieron escapar emprendieron la fuga y solamente con gran trabajo y cubiertos de vergüenza, pudieron llegar á su país.

CAPÍTULO LV

Teodomiro ataca y subyuga á los suevos y á los alemanes.—Regreso de Teoderico.—Expedición de Teoderico contra los sármatas.—Les mata á su rey Babai.—Toma á Singidon.

Pasado algún tiempo y durante el frío del invierno, habiéndose helado el Danubio como de ordinario (porque el agua de este río se endurece entonces hasta tal punto que, pareciendo roca, puede soportar un ejército, carros, trineos y toda clase de vehículos sin que haya necesidad de barcas), estando, pues, helado el Danubio, Teodomiro, rey de los godos, se puso al frente de un ejército de soldados de á pie, apareciendo de improviso á retaguardia de los suevos, cuyo país tiene á los baiobaros al Oriente, al Occidente los francos, al Mediodía los burgundios y al Septentrión los turingianos. Á los suevos se habían unido entonces los alemanes y éstos ocupaban como dueños las alturas de los Alpes, desde donde caen con gran estrépito algunos de los afluentes del Danubio. Á aquel país tan fortificado y en la estación

del invierno llevó Teodomiro el ejército de los godos: sin embargo, no dejó de vencer tanto á la nación de los suevos como á la de los alemanes, á pesar de su recíproca alianza, taló sus tierras y las subyugó casi por completo. Desde allí regresó á sus hogares, es decir, á Pannonia, donde tuvo la alegría de recibir á su hijo Teoderico, enviado en rehenes á Constantinopla y que le devolvía, con grandes regalos, el emperador León. Teoderico había salido ya de la infancia y entraba en la adolescencia, no habiendo cumplido todavía los diez y ocho años. Atrájose los guardias de su padre, hízose partidarios y clientes entre los godos en número de más de seis mil, y al frente de ellos pasó el Danubio sin que se enterase su padre y se puso en campaña contra Babai, rey de los sármatas, henchido de orgullo á la sazón por la victoria que acababa de alcanzar contra Camundo, duque de los romanos. Teoderico le sorprendió y le mató; y, habiéndose apoderado de su familia y de su tesoro, volvió triunfante al lado de su padre. Poco después se apoderó de la ciudad de Singidono, que habían ocupado los sármatas; pero en vez de devolverla á los romanos, la conservó bajo su autoridad.

CAPÍTULO LVI

Hambre de los godos.—Hacen invasiones en Oriente y Occidente.—Videmiro muere en Italia.—Su hijo, ganado por Glycerio, pasa á la Galia y se reune á los visigodos.—Apodérase Teodomiro de Naiso y de muchas otras ciudades.—Asocia á su hijo Teoderico á la autoridad real.—Tratado hecho entre Teodomiro y Clariano.—Poblaciones cedidas á los godos.—Muere Teodomiro en Ceres.—Le sucede Teoderico.

Como andando el tiempo disminuyó el botín en las naciones inmediatas, comenzaron los godos á carecer de víveres y vestidos; y aquellos hombres que, desde

muy antiguo, solamente vivían de la guerra, empezaron á encontrar insoportable la paz. Marcharon, pues, todos juntos y con grandes gritos al rey Teoderico y le rogaron que llevase el ejército á donde le pluguiese. Llamó éste á su hermano, y después de echar suertes, le exhortó á que marchase sobre Italia, donde á la sazón reinaba el emperador Glicerio, mientras que él mismo, con el ejército más fuerte, invadiría el más poderoso de los dos Imperios, el de Oriente. Así se hizo, y muy pronto entró por tierras de Italia Videmiro. Pero allí pagó el último tributo al destino y salió de este mundo dejando por sucesor á su hijo Videmiro, á quien decidió el emperador Glicerio, por medio de regalos, á que pasase de Italia á las Galias, oprimidas entonces por diferentes naciones de los alrededores, asegurándole que sus parientes, los visigodos, habían establecido allí su dominación en la vecindad del Imperio. Videmiro aceptó los regalos y las indicaciones del emperador Glicerio, y partió para las Galias, donde se reunió con sus parientes los visigodos, con quienes formó un solo cuerpo. De esta manera mantuvieron bajo su autoridad las Galias y las Españas, y tan bien las defendieron. que ningún otro pueblo pudo prevalecer contra ellos. En cuanto á Teodomiro, el mayor de los dos hermanos pasó con los suyos el río Saum (Save) amenazando con la guerra á los sármatas y á las milicias del Imperio, si alguien intentaba oponérsele. Con este temor se mantuvieron tranquilos, porque no hubiesen podido resistir fuerzas tan considerables como aquéllas. Viendo Teodomiro que alcanzaba éxitos en todas partes, se apoderó de Naiso, primera ciudad de la Iliria; y, habiéndose detenido allí para asociar á la corona á su hijo Teoderico, dió orden á sus condes de que pasasen por el fuerte de Hércules y que marchasen contra Ulpiana. En cuanto llegaron recibieron la sumisión de la ciudad, que sa-

quearon, y penetraron en otras plazas de la Iliria, donde los godos no habían estado hasta entonces. Igualmente tomaron y saquearon Haraclea y Larisa, ciudades de la Tesalia. Pero ni sus propios triunfos, ni los de sus hijos, satisfacían aun á Teodomiro, que salió de la ciudad de Naiso, no dejando allí más que corto número de los suyos para guardarla, y se dirigió sobre Tesalónica, donde se encontraba con tropas el patricio Clariano, enviado contra él por el Emperador. Viendo el patricio á los godos levantar empalizadas alrededor de la ciudad, y no esperando poder defenderse, envió una legación al rey Teodomiro y le decidió con regalos á que levantase el sitio. Ajustóse un tratado entre los godos y el general romano, quien consintió en abandonar algunas plazas para que se estableciesen en ellas; á saber: Cerópela, Europa, Mediana, Petina, Beresina y otros parajes comprendidos bajo el nombre de Sium, donde los godos y su rey vivieron tranquilos, después de ajustar la paz y deponer las armas. Poco tiempo después, atacado Teodomiro de enfermedad mortal en la ciudad de Cerres, llamó en derredor suyo á los godos, les designó por sucesor á su hijo Teoderico, y murió.

CAPÍTULO LVII

Honores tributados por el emperador Zenón á Teoderico.—Pide éste y obtiene marchar á Italia contra Odoacro.—Partida de Teoderico.—Sale Odoacro á su encuentro.—Encuéntranse ambos ejércitos en el territorio de Verona.—Es derrotado Odoacro.—Teoderico pasa el Po y acampa delante de Ravena.—Larga resistencia de Odoacro.—Italia reconoce á Teoderico por señor.—Odoacro se ve reducido á extrema necesidad. Pide gracia y la obtiene.—Su muerte.

El emperador Zenón supo con placer que Teoderico había sido proclamado rey por su pueblo; y, habiéndo-

le dirigido un mensaje, lo llamó á su lado, en Constantinopla, donde le recibió con los honores que merecía, y le confirió una de las primeras dignidades de su palacio. Poco tiempo después, queriendo honrarle más, lo adoptó por hijo de armas, decretó á su costa el triunfo en Constantinopla, y le nombró cónsul ordinario, lo que se tiene por la suma grandeza y gloria en este mundo. Y no cansándose de otorgar nuevos favores á aquel grande hombre, le hizo erigir una estatua ecuestre en el patio de su palacio. Ahora bien: mientras Teoderico gozaba en Constantinopla de todos los bienes por su alianza con el emperador Zenón, se enteró de que su nación, establecida en la Iliria, como ya dijimos, no se encontraba completamente al abrigo de la escasez y privaciones, y prefirió buscar la vida entre trabajos, según costumbre de los suyos, á gozar solo, en la ociosidad, las delicias de la corte imperial, mientras que su nación apenas podía subsistir. Decidiéndose, pues, dijo al Emperador: «La Hesperia, sobre la que reinaron en otro tiempo vuestros antecesores, y aquella antigua capital y señora del mundo ¿por qué viven hoy bajo la tiranía de un rey de los rugos y de los turcilnigos? Manda que marche contra él con mi nación, con objeto de que no caiga sobre ti el peso de los gastos de la expedición, y para que, si salgo vencedor con el auxilio del Señor, tu gloria brille en aquellas comarcas. Porque conviene que yo, que soy tu servidor y tu hijo, posea y tenga como don tuyo aquel reino, si lo conquisto; y tú no puedes tolerar que aquél, desconocido para ti, haga pesar tiránico yugo sobre tu senado y mantenga una parte del Imperio en la servidumbre y en esclavitud. En cuanto á mí, consideraré mi conquista, si salgo vencedor, como don y favor tuyo: y por tu parte, si soy vencido, no habrás hecho ningún sacrificio, sino que, como ya he dicho, habrás economizado los gastos de la expe-

dición.» El Emperador accedió á su ruego por no disgustarle, aunque le era penoso separarse de él: y, habiéndole colmado de ricos regalos, le despidió, recomendándole el Senado y el pueblo romano. Teoderico dejó, pues, á Constantinopla, y volvió entre los suyos. Tomó toda la nación de los godos, que le había ofrecido seguirle, y se puso en marcha hacia la Hesperia, subiendo en línea recta por la ciudad de Sirmas, que toca á la Pannonia. De allí entró en la Venecia y acampó cerca del puente llamado Soncio. Había permanecido allí algún tiempo para dar descanso á hombres y caballos, cuando Odoacro, á la cabeza de su ejército, acudió á su encuentro. Teoderico le alcanzó en el territorio de Verona y lo deshizo con gran carnicería: aumentando en seguida su confianza, levantó el campamento y atravesó las fronteras de Italia. Habiendo pasado el Po, estableció su campamento ante la ciudad real de Ravena, á unas tres millas de sus muros, en un paraje que lleva el nombre de Pineta: visto lo cual por Odoacro, se fortificó en la ciudad. Frecuentemente salía de noche y de improviso con los suyos para inquietar al ejército de los godos; y esto, no una vez, ni dos, sino casi sin descanso. De esta manera se defendió casi por tres años enteros; pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque ya reconocía toda la Italia á Teoderico por señor, y el deseo público estaba de acuerdo con el del rey de los godos.

Odoacro, con corto número de sus satélites y algunos romanos que le habían permanecido fieles, viéndose de día en día reducidos al extremo en Ravena por el hambre y las armas de los sitiadores, no teniendo ya esperanza, envió una legación y pidió gracia. Teoderico se la concedió primeramente, pero después le hizo morir. Así, pues, tres años después de su entrada en Italia, como ya hemos dicho, Teoderico, con el consentimiento expreso del emperador Zenón, dejó sus

vestiduras nacionales y revistió la púrpura real, como llamado en adelante á reinar sobre los godos y romanos.

CAPÍTULO LVIII

Teoderico contrae matrimonio con Andefleda.—Casa con diversos príncipes bárbaros á sus hijas, su hermana y su sobrina.—Petza arroja á Transarico de Sirmio y se apodera de esta plaza.—Marcha al socorro de Mundo contra Sabiniano.—Hibbas derrota á los francos en las Galias.—Amalarico es batido por los francos.—Su muerte.—Reyes de los visigodos en España.

Habiendo enviado Teoderico una legación á Lodvino, rey de los francos, para pedirle en matrimonio á su hija Andefleda, éste se la concedió gustoso, prometiéndose que aquella unión establecería la concordia entre sus hijos Cheldeperto y Tuideperto y la nación de los godos. Pero aquel matrimonio no contribuyó á la paz y buena armonía, y no impidió que en diferentes ocasiones hubiera entre los dos pueblos sangrientos combates por las tierras de la Galia; sin embargo, mientras vivió Teoderico, jamás cedió el godo al franco. Antes de tener hijos de Andefleda, este príncipe había tenido de una concubina, mientras estaba aun en Mesia, dos hijas naturales, llamada la una Tendicoda y la otra Ostrogota. En cuanto pasó á Italia las dió en matrimonio á dos reyes vecinos, á saber: una á Alarico, rey de los visigodos, y la otra á Segismundo, rey de los burgundios. De Alarico nació Amalarico: habiendo perdido éste á su padre y á su madre siendo muy joven, su abuelo Teoderico le tomó bajo su tutela y lo educaba cuidadosamente, cuando supo que vivía en España Eutario, hijo de Viterico y nieto de Beremundo y de Torismundo, de la familia de los amalas, que se encon-

traba en la flor de la edad y era notable por su prudencia, bravura y vigorosa salud: llamóle á su lado y lo unió en matrimonio con su hija Amalasuenta. Y para multiplicar todo lo posible su posteridad, hizo marchar á su hermana Amalafreda, madre de Teodato, que después fué rey, para que casara con Trasemundo, rey de los vándalos y de África, y casó á Amalaberga, hija de éste y sobrina suya, con el rey de los turingios Hermenfredo. En seguida designó entre los godos más notables á su conde Petza para que marchase á apoderarse de la ciudad de Sirmio. Este arrojó al rey Transarico, hijo de Trastila, cuya madre retuvo prisionera y se apoderó de la ciudad. Desde allí marchó contra Sabiniano, maestrante de la milicia en Iliria, cuando se preparaba éste para combatir á Mundo, cerca de la ciudad llamada Margoplano, entre el Danubio y el río Marciano; y acudiendo en socorro de Mundo con dos mil hombres de á pie y quinientos caballos, destruyó el ejército de Iliria. Mundo descendía de Atila: para huir de la nación de los gépidos, había cruzado el Danubio y recorrido terrenos incultos y deshabitados. Recogiendo de todos los países ladrones de bestias, bandidos y sicarios, se había establecido en la torre llamada Herta, situada en las orillas del Danubio, donde hacía vida salvaje, robando á sus vecinos y haciendo que le llamasen rey los cómplices de sus rapiñas. Encontrábase en situación desesperada y hasta pensaba en rendirse, cuando sobrevino Petza, que lo arrancó de manos de Sabiniano, y recibió, con grandes acciones de gracias de parte suya, su sumisión á Teodorico. A esta victoria siguió muy pronto otra no menos brillante que alcanzó sobre los francos, en las Galias, su conde Hibbas, en una batalla en que fueron muertos más de treinta mil francos. Después de la muerte de su yerno Alarico, Teoderico nombró á su escudero Tiodis tutor de su nie-

to Amalarico, rey de España. Pero Amalarico, adolescente aún, se dejó envolver en las redes de los francos, y perdió al mismo tiempo el trono y la vida. A su muerte, su tutor Teodis puso en sus sienes la corona, hizo desaparecer de España las pérfidas intrigas de los francos y contuvo á los visigodos mientras vivió. Tiodigisglosa subió al trono después de él, pero antes de ejercer la autoridad real pereció á manos de los suyos. Su sucesor es Hactenusagilo, que reina todavía, y contra el cual acaba de levantarse Atanagildo, solicitando el apoyo del Imperio romano, que envía á España al patricio Liberio con un ejército. Pero volviendo á Teoderico, mientras vivió no hubo nación en Occidente que no estuviese bajo su dependencia por amistad ó por sujeción.

CAPÍTULO LIX

Amanarico es proclomado rey.—Provincias de la Galia cedidas á los francos.—Amanarico se pone bajo la protección del Emperador de Oriente.—Su muerte.—Theodato.—Su ingratitud con Amalasuenta.—La hace estrangular.

Llegado á la vejez y comprendiendo que muy pronto le abandonaría la vida, llamó en derredor suyo á los condes de los godos y á los principales de la nación y proclamó rey á Atalarico, niño que apenas tenía diez años, hijo de su hija Amalasuenta y cuyo padre Eutarico había muerto. Y cual si temiese que sus disposiciones testamentarias no fuesen respetadas, les recomendó entre otras cosas que respetasen á su rey, que amasen al Senado y pueblo romano, para vivir siempre en paz con el Emperador de Oriente y cultivar su benevolencia. El rey Atalarico y su madre siguieron puntualmente sus

instrucciones mientras vivieron y reinaron tranquilamente durante ocho años casi enteros. Y como los francos, lejos de intimidarse por el poder de un niño, le miraban con desprecio y se preparaban para la guerra, éste les cedió las conquistas de su padre y de su abuelo en las Galias, y poseyó el resto de sus estados en profunda paz. Cuando Atalarico salió de la infancia, puso su adolescencia y la viudez de su madre bajo la protección del Emperador de Oriente; pero poco después, sorprendido por prematura muerte, el desgraciado salió de este mundo. Temiendo entonces su madre que la fragilidad de su sexo le atrajese el desprecio de los godos, se decidió á llamar á su primo Teodato, que vivía privadamente enToscana, ocupado en sus asuntos particulares, y, en consideración á su parentesco, lo elevó al trono. Pero él, sin respeto á los vínculos de la sangre, la arrancó poco después del palacio de Ravena, la relegó á una isla del lago de Bólsena, donde pasó muy pocos días sumida en la tristeza, siendo estrangulada en el baño por los satélites de Teodato.

CAPÍTULO LX

Belisario sale de África para invadir Sicilia.—Sitio de Siracusa.—Los godos con su jefe Sinderico se entregan á Belisario.—Evermos hace traición á Teodato.—Vitigis es elegido rey.—Muerte de Teodato—Belisario se apodera de Nápoles y de Roma.—Casamiento de Vitigis y de Malasuenta.—Progresos de Belisario.—Los godos son derrotados frente á Perusa.—Vitigis sitia inútilmente á Roma.—A su vez es sitiado en Ravena.—Ríndese á Belisario con Malasuenta.—Muere en Constantinopla.—Malasuenta se casa con Germano.

Cuando el Emperador de Oriente, Justiniano, tuvo noticia de su muerte, quedó profundamente conmovido, considerando como injuria que se le había inferido

el asesinato de su protegida. Acababa entonces de triunfar de los vándalos en África, por medio de su fidelísimo patricio Belisario; las armas estaban aún teñidas de sangre, y en el acto mandó al mismo general que marchase contra los godos. La extraordinaria prudencia de Belisario le hizo comprender que no podría someter esta nación, si primeramente no ocupaba la Sicilia, que la alimentaba, y esto fué lo que hizo; y en cuanto entró en ella, los godos que guardaban la ciudad de Siracusa, viendo que no podían conseguir ventaja, se le entregaron voluntariamente con su jefe Sinderico. Cuando supo Teodato que el general romano había invadido la Sicilia, envió á su yerno Evermor con un ejército para guardar el estrecho que separa esta isla de la Campania, por el que el mar Tirreno penetra en el Adriático. Habiendo llegado Evermor, acampó delante de la ciudad de Regio; pero viendo en seguida comprometida la situación de los suyos, se pasó al enemigo con corto número de hombres que le eran fieles y que fueron sus cómplices de deserción; y, arrojándose á los pies de Belisario, le manifestó su deseo de pasar al servicio del Imperio. En cuanto se supo esto en el ejército de los godos, gritaron que Teodato les hacía traición; que era necesario arrojarle del trono y alzar sobre el pavés á Vitigis, que los mandaba y que había sido su escudero; cosa que hicieron en seguida; y Vitigis, alzado sobre el pavés en los campamentos bárbaros, entró á poco en Roma, haciéndose preceder en Ravena por hombres profundamente adictos, encargados por él de matar á Teodato. En cuanto llegaron éstos ejecutaron sus órdenes, y un mensajero del nuevo rey, mientras se encontraba éste todavía en los campamentos bárbaros, anuncia á los pueblos la muerte de Teodato y el advenimiento de Vitigis. Entretanto el ejército romano cruza el estrecho, penetra en la Campania, saquea á Nápo-

les y entra en Roma. El rey Vitigis había salido pocos días antes y llegado á Ravena, donde había contraído matrimonio con Malasuenta, hija de Amalasuenta y nieta del rey Teoderico. Mientras que, encerrado en el palacio real de Ravena, saborea los placeres de su reciente matrimonio, el ejército imperial salió de Roma y se apoderó de las plazas fuertes de las dos Toscanas. Informan de ello á Vitigis varios mensajeros y envía hacia Perusa al duque de los godos Cumunillas, con fuerzas considerables. Encontrábase en aquella ciudad con escasas tropas un conde muy importante, y deseando ardientemente los godos expulsarle, le sitiaban desde mucho tiempo cuando llegó el ejército romano, que los derrotó sin que escapase ninguno. Al enterarse Vitigis, cual león enfurecido, reune todas las fuerzas de los godos, sale de Ravena y marcha sobre Roma, á la que hace sufrir los horrores de largo asedio; pero quedando frustrada su audacia, se retira, disponiéndose á sorprender á Arminium. Engañado otra vez en su esperanza y viéndose perdido, se retira á Ravena; sítianle allí y en seguida se entrega voluntariamente al vencedor con su esposa Malasuenta y el tesoro real. De esta manera, en el año mil trescientos de Roma, el emperador Justiniano, vencedor de diferentes naciones, sometió al fin por medio de su fiel cónsul Belisario á aquella nación intrépida, cuyo famoso Imperio subsistía desde muy antiguo; y Vitigis, llevado á Constantinopla, fué elevado al rango de patricio. En aquella ciudad murió después de haber pasado más de dos años recibiendo pruebas de afecto del Emperador. Después de su muerte, Justiniano casó á su viuda Malasuenta con el patricio Germano, hermano del mismo Justiniano. De este matrimonio ha nacido un hijo después de la muerte de su padre, que, como él, lleva el nombre de Germano; y este niño, en quien se encuentran reunidas

las familias de los amalas y la de los anicianos, infunde hoy la esperanza de que, con la gracia del Señor, estas dos familias no se extinguirán. Hasta aquí, la antigua raza de los getas, la nobleza de los amalas y las hazañas de los valerosos de los pasados tiempos y las de sus admirables vástagos, todo ha cedido ante un príncipe sin igual, y, ante un general más intrépido que ellos, los godos se han confesado vencidos; pero en todos los siglos, en todas las edades se celebrará su gloria. Ahora se ve por qué el glorioso, el triunfante emperador Justiniano y el cónsul Belisario son llamados vandálicos, africanos y géticos. Tú que me lees, sabe que he tomado por guías los escritores antiguos y que en sus espaciosas praderas he cogido éstas pocas flores formando con ellas, según mi talento, una corona para quien quiera instruirse. Y no se crea, porque soy oriundo de la nación de los godos, que he añadido nada en favor suyo á lo que me han enseñado los libros ó mis propias investigaciones. Si, por otra parte, no he incluído en mi trabajo todo cuanto se ha escrito con relación á ellos, es porque lo he realizado, no tanto en su honor como en honor del que los ha vencido.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS GODOS

ÍNDICE